

¿Estás perdida, nena?

365 días

BLANKA LIPÍŃSKA



Blanka Lipińska

¡Apoya al autor comprando sus libros!

Este documento fue hecho sin fines de lucro, ni con la intención de perjudicar al Autor (a). Ninguna traductora, correctora o diseñadora del foro recibe a cambio dinero por su participación en cada uno de nuestros trabajos. Todo proyecto realizado por **Letra por Letra** es a fin de complacer al lector y así dar a conocer al autor. Si tienes la posibilidad de adquirir sus libros, hazlo como muestra de tu apoyo.



¡Disfruta de la lectura!



365 días



Blanka Lipińska

Staff

Mrs. Emerson

Mrs. Darcy

Mrs. Hunter

Corrección

Mrs. Grey

Mrs. Kincaid

Diseño

Mrs. Hunter



365 días



Blanka Lipińska

SINOPSIS

Asquerosamente romántico, extremadamente verdadero e inspirador...

Laura, junto con su novio Martin y dos amigos, se van de vacaciones a *Sicilia*. En el segundo día de su estancia, en su vigésimo noveno cumpleaños, la mujer es secuestrada. El secuestrador resulta ser el jefe de la mafia siciliana, extremadamente guapo, el joven Don-*Massimo Toricelli*.

Un hombre varios años antes había atentado contra su vida. Le dispararon varias veces, casi muere, y cuando su corazón dejó de latir, vio a una mujer frente a sus ojos, y exactamente vio a *Laure Biel*.

Cuando volvió a la vida, se prometió a sí mismo que encontraría a la mujer que vio. Massimo le da *365 días* para hacerla amarlo y quedarse con él.



365 días



Blanka Lipińska

CAPÍTULO 1

Massimo

—Massimo, ¿sabes lo que esto significa?

Giré la cabeza hacia la ventana, mirando el cielo sin nubes, y luego moví los ojos hacia mi visitante.

—Me haré cargo de esta empresa, le guste o no a la familia Manente.— Me puse de pie, Mario y Domenico se levantaron de sus sillas y se pusieron en fila detrás de mí. —Fue un placer conocerte, pero has estado decidiendo demasiado tiempo. —Abracé a los presentes en la habitación y fui hacia la puerta.



—Mira, esto será bueno para todos.— Levanté mi dedo índice. —Me lo vas a agradecer.



Me quité la chaqueta y me desabroché otro botón de mi camisa negra. Estaba sentado en el asiento trasero del coche, disfrutando el silencio y la frescura del aire acondicionado.

—A casa,— Resoplé bajo mi nariz y empecé a navegar por los mensajes de mi teléfono.

La mayoría de ellos estaban relacionados con los negocios, pero entre ellos también encontré un SMS de Anna:

"Estoy mojada, necesito un castigo".

Mi polla se movió por debajo, suspiré, la corregí y la apreté con fuerza. Oh sí, mi polla sintió bien mi humor. Sabía que esta reunión no iba a ser agradable y no me dejaría ir. También sabía lo que me relajaba.

365 días



Blanka Lipińska

"Prepárate para el día veinte", respondí brevemente, y me senté a ver cómo desaparecía el mundo fuera de la ventana del coche.

Cerré los ojos.

Y entonces ahí estaba otra vez. Mi polla se puso dura como el acero en un segundo. Dios, me volveré loco si no la encuentro. Han pasado cinco años desde el accidente; cinco largos años desde—como dijo el doctor: un milagro— la muerte y la resurrección, durante los cuales sueño con una mujer que nunca he visto en la vida real. La conocí en mis visiones cuando estaba en coma. El olor de su cabello, la suavidad de su piel casi sentí la forma en que la estaba tocando. Cada vez que hacía el amor con Anna o con cualquier otra mujer, le hacía el amor a ella. La llamé mi dama. Ella era mi maldición, locura, y supuestamente una liberación.



El coche se detuvo. Tomé mi chaqueta y salí. Domenico, Mario y los chicos que me llevé estaban esperando en la pista del aeropuerto. Tal vez reaccioné exageradamente, pero a veces se necesita una demostración de fuerza para confundir al enemigo.

Saludé al piloto y me senté en el asiento blando y la azafata me dio un whisky con un cubito de hielo. La miré; ella sabía lo que me gustaba. Me quedé en blanco y ella se enrojeció y sonrió coqueteando. ¿Y por qué no? Pensé, y me levanté vigorosamente.

Agarré a la sorprendida mujer por la mano y la arrastré hacia la parte privada del jet.

—¡Despegue!— Le grité al piloto y cerré la puerta, y desaparecí con la chica.

Cuando nos encontramos en la habitación, la agarré por el cuello y la giré con un fuerte movimiento, empujándola contra la pared. La miré a los ojos, estaba asustada. Me acerqué a sus labios, le agarré el labio inferior y ella gimió. Sus manos colgaban libremente a lo largo de su cuerpo, y sus ojos se clavaban en los míos. La agarré por el pelo para doblarle la cabeza con más firmeza, cerró los párpados y volvió a gemir.

Blanka Lipińska

Era bonita, tan femenina, todo mi personal tenía que ser así, me gustaba todo lo que era bonito.

—Arrodíllate...— Estaba boquiabierta, tirando de ella hacia abajo. Sin dudar, ella llevó a cabo la orden. Ronroneé, alabando su correcta sumisión, y con mi pulgar pasé por su boca, que ella obedientemente abrió. Jamás estuve involucrado con ella, y sin embargo ella sabía exactamente qué hacer. Apoyé su cabeza contra la pared y comencé a desabrochar mi cremallera. La azafata tragó su saliva en voz alta, y sus grandes ojos me miraban todo el tiempo.

—Silencio— dije con calma, pasando mi pulgar sobre sus párpados.
—No empezarás a abrir hasta que yo te lo permita.

Mi polla saltó de mis pantalones, dura y casi dolorosamente inflada. Se apoyó en los labios de la chica, y la chica educadamente y con la boca abierta. No sabía lo que le esperaba, pensé, y lo puse hasta el final, manteniendo la cabeza abajo para que no se pudiera mover. Sentí que se ahogaba, la empujé aún más profundo. Sí, me gustaba que abrieran los ojos con horror, como si realmente pensarán que las iba a estrangular. Me retiré lentamente y la toqué en la mejilla, casi acariciando, suavemente. La vi calmarse y lamer la saliva espesa de sus labios, que salía de su garganta.

—Te cogeré por la boca.— La mujer estaba un poco temblorosa.
—¿Puedo?

No tenía ninguna emoción en mi cara, ninguna sonrisa. Por un momento, la chica me miró con ojos gigantescos y, después de unos segundos, sacudió la cabeza en sentido afirmativo.

—Gracias— susurré, moviendo ambas manos sobre sus mejillas. Apoyé a la chica contra la pared y una vez más le bajé la lengua hasta la garganta. Ella apretó sus labios a mí alrededor. ¡Oh, sí! Mis caderas empezaron a empujar con fuerza hacia ella. Sentí que no podía respirar, después de un rato empezó a pelear, así que la agarré con más fuerza.



Blanka Lipińska

¡Muy bien! Sus uñas se atascaron en mis piernas, primero trató de apartarme, luego trató de lastimarme arañando. Me gustaba, me gustaba cuando peleaban, cuando no tenían fuerzas.

Cerré los ojos y vi a mi Dama, arrodillada ante mí, su mirada casi negra me atravesó. Le gustaba cuando la tomaba así. Apreté mis manos aún más fuerte en el cabello, sus ojos estaban llenos de deseo. No pude soportarlo más, dos golpes más fuertes y me paralicé, y el esperma se derramó fuera de mí, estrangulando aún más a la chica. Abrí los ojos y miré su maquillaje borroso. Me retiré un poco para hacer espacio para ella.

—Traga,— dije haciéndole una coleta, tiré de su pelo otra vez.

Las lágrimas fluían por sus mejillas, pero ella obedeció mi orden. Le saqué la polla de la boca y cayó sobre sus talones, deslizándose por la pared.

—Lámelo. —La chica se congeló. —Hasta que esté limpia.

Apoyé ambas manos contra la pared delante de mí y la miré enfadado. Se volvió a levantar y cogió mi hombría con una pequeña mano. Comenzó a lamer los restos de semen. Sonreí un poco, al ver la edad que tenía. Cuando creí que había terminado, me alejé de ella, abrochándome la cremallera.

—Gracias.— Le di una mano, y ella se paró junto a mí sobre sus piernas ligeramente temblorosas. —Ahí está el baño.— Apunté la dirección con mi mano, tal vez ella conocía este avión como la palma de su mano. Asintió con la cabeza y se dirigió hacia la puerta.

Volví con mis acompañantes y me senté en la silla. Había bebido un sorbo de la bebida perfecta, que ya había perdido un poco la temperatura. Mario dejó el periódico y me miró.

—En la época de tu padre nos habrían disparado a todos.



Blanka Lipińska

Suspiré, girando los ojos, y con irritación golpeé el vaso contra la parte superior.

—En los tiempos de mi padre, habríamos comerciado ilegalmente con alcohol y drogas, y no dirigiríamos las mayores empresas de Europa.

Me apoyé en el sillón y puse mi mirada furiosa en mi consejero.

—Soy el jefe de la familia Toricelli y esto no es una coincidencia, sino una decisión meditada de mi padre. Casi desde que era niño, me he preparado para que la familia entre en una nueva era cuando yo tome el mando—, suspiré y me relajé un poco cuando la azafata se nos escabulló casi imperceptiblemente. —Mario, sé que te gustaba dispararte a ti mismo.— El hombre mayor, que era mi consejero, sonrió un poco.

—Estamos a punto de disparar.— Lo miré seriamente.

—Domenico—, ahora me volví hacia mi hermano, que me miró.

—Deja que tu gente empiece a buscar a esa puta de Alfred.— Miré a Mario. —¿Quieres un tirador? No creo que te extrañe.

Tomé otro sorbo.

El sol se estaba poniendo sobre Sicilia cuando aterrizamos en el aeropuerto de Catania. Me puse mi chaqueta y nos dirigimos a la salida de la terminal. Me saqué las gafas oscuras y sentí el golpe de aire caliente. Miré a Ethna, hoy se le podía ver en toda su gloria. Los turistas están contentos, pensé y entré en el edificio con aire acondicionado.

—La gente de Aruba quiere reunirse por el caso del que hablamos antes— comenzó Domenico, caminando a mi lado. —También tenemos que lidiar con los clubes de Palermo.

Lo escuché atentamente, elaborando en mi cabeza una lista de las cosas que todavía debo hacer hoy. De repente, aunque mis ojos estaban abiertos, se hizo oscuro.

Y entonces la vi.

Blanka Lipińska

Pestañeé nerviosamente unas cuantas veces; antes había visto a mi dama sólo cuando yo deseaba. Abrí bien los ojos y ella desapareció. ¿Mi condición se deterioró y las alucinaciones se intensificaron? Tengo que ir a ver a ese idiota para hacer mis pruebas. Pero eso será más tarde. Ahora es el momento de terminar con el contenedor de cocaína que murió por mí. Aunque "muerto" no era el término más exacto en esta situación.

Estábamos llegando al coche cuando la vi de nuevo. Joder, eso es imposible. Me metí en un coche aparcado y casi arrastré a Domenico dentro, que abrió el segundo par de puertas traseras.

—Era ella—, susurré con la garganta comprimida, mostrando a la delantera a la chica que caminaba por la acera, alejándose de nosotros.
—Esa es la mujer.



Me sonaba la cabeza, no podía creerlo. ¿O era sólo yo? Estaba perdiendo la cabeza. Los coches se pusieron en marcha.

—Más despacio.— Dije bajo cuando nos estábamos acercando a ella.

—¡Oh, joder!— Se quejó cuando nos acercamos a ella.

Mi corazón murió por un segundo. La chica me miraba directamente, sin ver nada a través de una ventana casi negra. Sus ojos, su nariz, su boca, era exactamente como yo pensaba que era.

Agarré la manija, pero mi hermano me detuvo. Un poderoso hombre calvo estaba llamando a mi dama, y ella fue hacia él.

—Ahora no, Massimo.

Me senté como un hombre paralizado. Estaba aquí, viva. Existía. Podría tenerla, tocarla, llevármela y estar con ella para siempre.

—¿Qué demonios estás haciendo?!— Grité.

—Está con gente. No sabemos quién es.



Blanka Lipińska

El coche aceleró, y todavía no podía quitar los ojos de la figura de mi dama que desaparecía.

—Ya estoy enviando gente tras ella. Antes de que lleguemos a casa, sabrás quién es ella. ¡Massimo!— Levantó la voz cuando no reaccioné. —Has esperado tantos años, que no podrás esperar unas cuantas horas más.

Lo miré con tanta furia y odio, como si estuviera a punto de matarlo. Restos razonables de mis pensamientos eran adecuados para él, pero todos los demás, que eran mucho más, no querían escucharle.

—Tienes una hora— estaba gruñendo, mirando irreflexivamente al asiento de enfrente. —Tienes sesenta putos minutos para decirme quién es.



Aparcamos en la entrada y cuando salimos del coche, la gente de Domenico se acercó a nosotros y le entregaron un sobre. Me lo dio, y fui a la biblioteca sin decir una palabra. Quería estar solo para poder creer que todo era verdad.

Me senté detrás de mi escritorio y con mis manos ligeramente temblorosas arranqué la parte superior del sobre, vertiendo su contenido en la parte superior.

—¡Maldita sea!

Me agarré la cabeza cuando las fotos ya no eran cuadros pintados por artistas, sino fotografías que mostraban la cara de mi dama. Tenía un nombre, apellido, pasado y futuro que ni siquiera esperaba. Escuché un golpe en la puerta.

—¡Ahora no!— Grité, sin apartar la vista de las fotos y las notas. —Laura Biel— dije para mí, tocando su cara en el papel de tiza.

Después de media hora de analizar lo que conseguí, me senté en la silla y empecé a mirar la pared.



Blanka Lipińska

—¿Puedo?— Preguntó Domenico, metiendo la cabeza por la puerta.

Como no reaccioné, entró y se sentó enfrente.

—¿Y ahora qué pasará Massimo?

—La traeremos aquí— respondí impasible, moviendo mis ojos hacia la joven de la foto.

Se sentó, asintiendo con la cabeza. —Pero, ¿cómo vas a hacer eso?— Me miró como un idiota, lo que me molestó un poco. —Vas a un hotel y le dices que cuando moriste, tuviste visiones, y en ellas...— Miró la nota que estaba delante de mí. —Y en ellas, tú, Laura Biel, y ahora serás mía, he tomado esa decisión.

—La secuestraré.— Lo decidí sin dudarlo. —Envía gente al apartamento de este...— Deje de hablar buscando el nombre de su novio en las notas —Martin. Que averigüen quién es.

—Tal vez sea mejor que le preguntes a Karlos. Está allí.— Habló Domenico.

—Bien, dejemos que la gente de Karlos escarbe todo lo que pueda. Necesito encontrar una manera de traerla aquí lo antes posible.

—No tienes que encontrar una manera.— Miré a la puerta, una voz de mujer surgió. Domenico también se dio la vuelta.

—Aquí estoy yo.— Ella estaba caminando hacia nosotros. Sus largas piernas del cielo se alcanzaban. Maldije en mi mente. Me olvidé completamente de ella.

—Te dejo con eso.— Domenico se levantó con una estúpida sonrisa y se dirigió hacia la salida. —Me ocuparé de lo que hemos hablado y mañana terminaremos con esto—, añadió.

La rubia se me acercó. Con su pierna me separó suavemente las rodillas. Olía a locura como siempre, una combinación de sexo y poder.



Blanka Lipińska

Enrolló un vestido de cóctel de seda negra y se sentó sobre mí, metió su lengua en mi boca sin avisar.

—Pégame—, pidió, mordiéndome el labio y frotando su coño contra la tela de mis pantalones de traje. —¡Con fuerza!

Me lamió y me mordió la oreja, y miré las fotografías que estaban esparcidas en el escritorio. Me quité la corbata, que se había aflojado antes, y me levanté, deslizando a Anna en el suelo. Le di la vuelta y la amarré en los ojos. Sonrió, lamiéndose el labio inferior. Ella estaba sosteniendo su mano en el escritorio. Abrió bien las piernas y se acostó sobre el escritorio de roble, con el trasero bien asentado. Ella estaba sin bragas. Me acerqué a ella por detrás y le di un fuerte golpe. Ella gritó en voz alta y abrió la boca de par en par. La vista de las fotos esparcidas sobre el escritorio y el hecho de que estuviera en la isla hizo que mi polla se pusiera dura como una roca.



—Oh, sí— estaba gruñendo, frotando su húmedo coño sin dejar de lado las fotos de Laura. La sostuve por el cuello y agarré todos los papeles que cubría con su cuerpo, luego la puse de nuevo en el mostrador, levantando las manos por encima de su cabeza. Arreglé las fotografías para que me miraran.

Tener a la mujer de las fotografías... no quería nada más en ese momento.

Estaba listo para llegar en cualquier momento. Rápidamente me quité los pantalones. Le metí dos dedos a Anna, y ella estaba gimiendo, retorciéndose debajo de mí. Era estrecha, húmeda y extremadamente caliente. Empecé a mover con la mano derecha su clítoris y ella se agarró con más fuerza al escritorio sobre el que estaba tumbada. La agarré por el cuello con la mano izquierda y la golpeé con la mano derecha, sintiendo un alivio inexplicable. Una vez más miré la foto y la golpeé aún más fuerte. Mi novia gritó, y la golpeé como si eso la hiciera convertirse en Laura. Su nalga estaba casi morada. Me incliné y empecé



Blanka Lipińska

a lamerla, estaba caliente y palpitaba. Extendí sus nalgas y empecé a retorcer la lengua alrededor de su dulce agujero, y tuve a mi dama frente a mis ojos.

—Sí— gimió en voz baja.

Tengo que tener a Laura, tengo que tenerla a ella toda, pensé, levantándome y golpeando a Anna en mí mismo. Se dobló la espalda en una curva y luego cayó sobre la madera empapada de sudor. Me la cogía duro, mirando constantemente a Laura. Pronto. En un momento, esos ojos negros me mirarán cuando se arrodille ante mí.

—¡Putas!— Me mordí los dientes, sintiendo que el cuerpo de Anna se ponía rígido.



Me empujé a mí mismo con fuerza y dureza hacia ella, sin prestar atención a la ola de orgasmos que la inundaba. No me importaba. Los ojos de Laura me hacían sentir que no tenía suficiente, pero no podía soportarlo más. Tenía que sentir más, más fuerte. Saqué mi polla de Anna y la puse en su estrecho culo con un pequeño movimiento. Un grito salvaje de dolor y placer salió de su garganta y sentí que se apretaba a mi alrededor. Mi polla explotó, y todo lo que pude ver fue mi dama.



Blanka Lipińska

8 horas antes

Laura

El sonido del despertador entró literalmente en mi cerebro.

—Levántate, cariño, son las nueve en punto. Tendremos que hacer una redada para empezar unas vacaciones en Sicilia esta tarde. ¡En marcha!— Martin estaba de pie en la puerta del dormitorio con una amplia sonrisa.



No quería abrir los ojos. Es miércoles por la noche, qué idea tan bárbara de volar a esta hora, pensé. Desde que dejé mi trabajo hace unas semanas, el día ha perdido completamente sus proporciones. Me fui a dormir muy tarde, me desperté muy tarde, y lo peor fue que no sentí nada en él y pude hacer cualquier cosa. Había estado atrapada en el pantano de la industria hotelera durante demasiado tiempo, y cuando finalmente llegué a la posición de directora de la industria hotelera, dejé todo esto porque perdí el ánimo para trabajar. Nunca pensé que diría que me quemé cuando tenía veintinueve años, pero eso no es lo que pasó.

Trabajar en el hotel me dio satisfacción y realización, permitió que mi exuberante ego creciera. Cada vez que negociaba grandes contratos, sentía una emoción, y cuando negociaba con personas mayores y más capacitadas, me volvía loca de alegría, especialmente cuando ganaba. Cada victoria en las batallas financieras me dio un sentido de superioridad y satisfizo el lado vano de mi carácter. Alguien puede decir que es una estupidez, pero para una chica de un pueblo pequeño que no ha terminado sus estudios, demostrar a todos los que la rodean lo mucho que sabe o no es una prioridad.

365 días



Blanka Lipińska

—Laura, ¿quieres cacao o té con leche?

—¡Martin, por favor! ¡Es la mitad de la noche!— Me di la vuelta y me cubrí la cabeza con una almohada.

El brillante sol de agosto caía en el dormitorio. A Martin no le gustaba la oscuridad, así que incluso en las ventanas de los dormitorios no había persianas que oscurecieran. Afirmaba que la oscuridad le deprimía, lo cual era más fácil de conseguir que el café en Starbucks. Las ventanas estaban en el lado este, y el sol molestaba mi sueño cada mañana.

—Hice cacao y té con leche.— Satisfecho de sí mismo Martin estaba de pie en la puerta del dormitorio con un vaso de bebida fría y una taza de bebida caliente. —Hace unos cien grados afuera, así que creo que elegirás los fríos —dijo y me entregó el vaso, levantando el edredón.



Salí de mi cueva, enojada. Sabía que no me lo perdería de todas formas. Martín se puso de pie y sonrió; ya lo había tenido, de modo que por la mañana la energía se estaba extendiendo a través de él. Era un hombre poderoso con una cabeza calva, eso es lo que la gente de mi pueblo solía llamar "los cuellos". Pero aparte de su físico, no tenía nada en común con cualesquiera que sean los chicos. Era el mejor hombre que he conocido, tenía su propio negocio, y cada vez que ganaba más dinero, transfería mucho dinero a un hospicio infantil, diciendo: *"Dios me dio, así que lo compartiré"*.

Tenía ojos azules, buenos y llenos de calidez, una nariz grande y rota, bueno, no siempre era inteligente y educado, lleno de gracia, lo que más me gustaba de él, y una sonrisa encantadora, que fue capaz de desarmarme en un segundo cuando me volví como una loca.

Sus enormes antebrazos estaban decorados con tatuajes, básicamente tatuado tenía todo el cuerpo entero a través del balbuceo de sus piernas. Era un hombre poderoso, con un peso de más de cien kilos, con él siempre me sentí segura. Me veía ridícula con él, yo y mis ciento sesenta y cinco centímetros de altura y cincuenta kilos de peso. Mi madre me

Blanka Lipińska

dijo que hiciera deporte toda mi vida, así que entrené lo que pude, y como tenía un fervor de caña para el segundo, supongo que practiqué todo, desde deportes de caminata hasta karate. Gracias a esto, mi silueta, a diferencia de la figura de mi hombre, estaba muy en forma, mi estómago era duro y plano, mis piernas eran musculosas, mis glúteos estaban apretados y extendidos un símbolo del millón de sentadillas que hacía.

—Me estoy levantando— dije para beber un delicioso cacao frío. Guardé el vaso y me dirigí al baño. Cuando me paré frente al espejo, me di cuenta de lo mucho que necesitaba unas vacaciones. Mis ojos casi negros estaban tristes y resignados, pero mi falta de actividad causó apatía. El cabello castaño corría por mi delgada cara y caía sobre mis hombros. En mi caso, su longitud fue todo un éxito, ya que normalmente no superaban los quince centímetros. En circunstancias normales, me daría lástima como una buena chica, pero desafortunadamente no ahora. Me sentí abrumada por mi propio ayuno, mi reticencia a trabajar, la falta de idea de qué hacer a continuación. Mi vida profesional siempre ha influido en mi sentido de valor. Sin una tarjeta de visita en mi cartera y un teléfono de empresa, tenía la impresión de que yo no existía.

Me lavé los dientes, me sujeté el pelo, me puse rimel y decidí que esto era lo mejor que podía hacer hoy. De todos modos, fue suficiente porque hace algún tiempo, debido a la pereza, me hice un maquillaje permanente de las cejas, los ojos y los labios, lo que me dejó el mayor tiempo posible para dormir, manteniendo al mínimo mis visitas matutinas en el baño.

Ayer fui a mi vestidor a preparar mi ropa. Independientemente de mi estado de ánimo y de las cosas en las que no influyera, siempre tenía que estar vestida lo más perfectamente posible. Con el traje adecuado, me sentí mejor inmediatamente y pensé que podía verlo.

Mi madre solía decirme que una mujer debe ser bella incluso cuando sufre, y si mi cara no podía ser tan atractiva como de costumbre, tenía que distraerla. Para el viaje elegí pantalones cortos de mezclilla ligera,



Blanka Lipińska

una camisa blanca suelta y aunque había una temperatura de diez grados a las nueve de la mañana, una chaqueta de lana ligera del color de mi lanza gris. Siempre me he soñado en un avión y aunque me vea muriendo prematuramente, me sentiré cómoda en el aire, siempre y cuando alguien que esté aterrorizado por volar pueda sentirse cómodo allí. Me metí las piernas en mis zapatillas grises y blancas en las anclas de Isabel Marant y estaba lista.

Entré en la sala de estar conectada a la cocina. El interior era moderno, frío y crudo. La pared estaba revestida de cristal negro, el bar estaba forrado de plomo y en lugar de una mesa —como en las casas normales— sólo había un tablero de mesa con dos taburetes cubiertos de cuero. Una enorme esquina gris en el centro sugería que el propietario no era uno de los más pequeños. El dormitorio estaba separado de la sala de estar por un gran acuario. Fue una visión vana buscar la mano de una mujer en este interior. Era una combinación perfecta para el eterno soltero, que era el amo y señor de esta casa.

Martin siempre estaba sentado con la nariz en el ordenador. No importaba lo que hiciera: ya fuera que estuviera trabajando o recibiendo a alguien o simplemente viendo una película en la televisión, su computadora como su mejor amigo siempre era una parte integral de su ser. Me volvió loca, pero desafortunadamente lo hice desde el principio, así que no me di el derecho de cambiarlo. Incluso yo me encontré en su vida hace más de un año gracias a este dispositivo, así que sería hipócrita si de repente le hiciera dejarlo.

Era febrero, y yo, sorprendentemente, no había estado en una relación por más de seis meses. Ya estaba aburrida de ello, o quizás estaba más afligida por la soledad, así que decidí crear un perfil en un portal de citas, lo que me dio mucha diversión y definitivamente elevó mi ya alta autoestima. Durante una de las noches de insomnio, mientras hojeaba los perfiles de cientos de hombres, me encontré con Martin, que buscaba otra mujer para llenar su mundo de una vez.



Blanka Lipińska

Fue una sorpresa, y así la niña domesticó al monstruo tatuado. Nuestra relación era inusual, porque ambos teníamos un carácter muy fuerte y explosivo, ambos teníamos también intelecto y muchos conocimientos en nuestras profesiones. Nos unió, nos intrigó y nos impresionó. Lo único que faltaba en esta relación era el tren de los animales, la atracción y la pasión, que nunca estalló entre nosotros. Como Martin dijo una vez de forma eufemística: *"ya se ha estado molestando en su vida"*. Yo, en cambio, era un volcán hirviente de energía sexual, cuya liberación encontré en la masturbación casi diaria. Pero yo estaba bien con eso, me sentía segura y tranquila, y esto era más valioso para mí que el sexo. O al menos eso creía.

—Cariño, estoy lista, sólo tengo que cerrar mi maleta de alguna manera y podemos irnos.



Martin se rió desde el ordenador, lo metió en su maleta y se dirigió hacia mi equipaje.

—Puedo manejarlo de alguna manera, nena—, dijo, apretando la maleta, en la que podría caber fácilmente. —Cada vez repito: exceso de equipaje, treinta pares de zapatos y el absurdo de cargar la mitad del armario, mientras que usted utiliza tal vez el diez por ciento de lo que ha tomado.

Me incliné y puse las manos sobre mi pecho.

—¡Pero tengo una opción!— Me acordé de ponerme gafas en la nariz.

En el aeropuerto, como siempre, sentí una emoción malsana, o más bien miedo, porque odiaba volar debido a mi claustrofobia. Además, heredé de mi madre una especie de oscuridad, para poder sentir la muerte que me acecha en todas partes, y una lata voladora con motores nunca elevó mi confianza.

En el luminoso vestíbulo de la terminal de salidas, ya nos esperaban los amigos de Martin, que eligieron la dirección de nuestras vacaciones.

Blanka Lipińska

Karolina y Michael habían sido pareja durante muchos años, estaban pensando en casarse, pero el pensamiento había terminado.

Era el tipo de corredor, pequeño, bronceado, bastante guapo, con ojos azules y pelo rubio claro. Sólo le interesaban los pechos de las mujeres, de los que no se escondía del todo. Ella, por otro lado, era una morena alta, de piernas largas, compuesta por chicas delicadas con rasgos parciales. Nada especial a primera vista, pero cuando se le prestaba más atención, resultaba muy interesante. Ella efectivamente ignoró los impulsos masculinos de Michael. Me preguntaba cómo lo hizo. No podría hacerlo con un tipo cuya cabeza, al ser vista por las mujeres, gira como el periscopio de un submarino en busca de un enemigo. Tomé dos pastillas tranquilizantes para no entrar en pánico a bordo y tomar un poco de aire.



Hicimos una parada en Roma. Allí, una hora de escala y un vuelo directo, gracias a Dios, de sólo una hora a Sicilia. La última vez que estuve en Italia fue cuando tenía dieciséis años, y desde entonces no he tenido la mejor opinión sobre la gente que vivía allí. Los italianos eran ruidosos, insistentes y no hablaban inglés. Para mí, el inglés era como mi lengua materna. Después de tantos años en cadenas de hoteles, a veces incluso pensaba en inglés.

Cuando aterrizamos en el aeropuerto de Catania, el sol ya se estaba poniendo. El tipo de la compañía de alquiler de coches atendió a los clientes durante demasiado tiempo y estuvimos atrapados en la cola durante una hora. Estaba nerviosa por el hambre de Martin, así que decidí echar un vistazo en un barrio con poco que ver. Salí del edificio con aire acondicionado y sentí el calor. A lo lejos se veían las etnias fumadoras. Esta vista me sorprendió, aunque sabía que este volcán estaba activo. Caminando con la cabeza al revés, no me di cuenta de que la acera terminaba y antes de darme cuenta, un enorme italiano creció delante de mí, sobre el cual casi me tropecé. Me quedé como si estuviera



Blanka Lipińska

enchufado a cinco centímetros de la espalda del hombre, y él ni siquiera se movió, como si no hubiera notado que casi aterricé en su espalda.

Unos tipos con trajes oscuros salían corriendo del edificio del aeropuerto, y parecía que los estaba escoltando. No esperé a que pasaran, sino que me di la vuelta sobre mi talón y me dirigí de nuevo hacia la tienda de alquiler, rezando para que el coche estuviera listo. Cuando me acerqué al edificio, tres SUV negros pasaron a hurtadillas por delante de mí, el del medio parecía ir más despacio, pasando de largo, pero era imposible mirar dentro por las ventanas negras.

—¡Laura! —Escuché a Martin gritando, con las llaves del coche en la mano. —¿A dónde vas? Vamos.

El Hilton Giardini Naxos nos recibió con un enorme jarrón en forma de cabeza con enormes lirios blancos y rosas. Su aroma flotaba en un impresionante pasillo ricamente decorado con oro.

—Oh, Dios mío.— Me volví hacia Martin con una sonrisa.— Un pequeño Luis XVI. Me pregunto si habrá una bañera de patas de león en la habitación.

Todos nos reímos a carcajadas, porque creo que los cuatro tuvimos la misma sensación. El hotel no era tan lujoso como debería haber sido, perteneciente a la cadena Hilton. Tenía muchos defectos, que mi ojo experto de especialista captó inmediatamente.

—Es importante que haya una cama cómoda, vodka, y un buen trato —añadió Michael. —El resto no es importante.

—Sí, olvidé que este es otro patógeno lógico, me siento mal por no ser un alcohólico como tú—, dije con una falsa cara agria. —Tengo hambre, la última vez que comí en Varsovia. ¿Podemos darnos prisa e ir a la ciudad a cenar? Ya puedo saborear la pizza y el vino en mi boca.

—Dijo que un adicto al vino y al champán sin alcohol —Martin me mordió, envolviéndome con su brazo.

Blanka Lipińska

Abrumados por un hambre igualmente fuerte, desempaquetamos nuestras maletas con excepcional rapidez y después de sólo quince minutos, cerramos el chic en el pasillo entre nuestras habitaciones.

Lamentablemente, al tener tan poco tiempo, no pude prepararme adecuadamente para la salida, pero ya caminando hacia la habitación, estaba peinando el contenido de la maleta en mis pensamientos. Mis pensamientos giraban en torno a las cosas menos perturbadas después del viaje. Llevaba un vestido negro largo con una cruz metálica en la espalda, chanclas negras, un bolso de cuero con borlas del mismo color, un reloj dorado y unos enormes pendientes dorados. De prisa, dibujé los ojos con lápiz negro, añadí un poco de rímel a las pestañas, mejorando lo que quedaba en ellas después del viaje, y empolvé ligeramente la cara. Al salir, tomé un brillo labial con partículas doradas y, en un movimiento de *"memoria sin espejo"*, dibujé mis labios.



Karolina y Michael me miraron en el pasillo con sorpresa. Llevaban exactamente los mismos trajes con los que habían viajado.

—Laura, dime, ¿cómo es posible que hayas vivido para cambiar, pintar y parecer que te has estado preparando para esta salida todo el día?
— dijo Karolina de camino al ascensor.

—Bueno... —Me encogí de hombros. —Ustedes tienen talento para beber vodka, y yo puedo prepararme todo el día para estar listo en quince minutos.

—Vale, deja de joder y vamos a tomar una copa, Martin.

Los cuatro atravesamos el vestíbulo del hotel hasta la salida.

Giardini Naxos era hermoso y pintoresco por la noche. Las calles estrechas estaban llenas de vida y música, había jóvenes y madres con niños. Sicilia empezaba a vivir sólo de noche porque el calor era insoportable durante el día. Llegamos al puerto y a la parte más poblada de la ciudad en este momento. Decenas de restaurantes, bares y cafés se extienden a lo largo del paseo marítimo.



Blanka Lipińska

—Me voy a morir de hambre, me voy a caer aquí y no me levantaré otra vez—, dijo Karolina.

—Y me matará la falta de alcohol en mi sangre. Mira este lugar, será perfecto para nosotros.— Michael señaló con el dedo el restaurante de la playa.

Tortuga era un restaurante elegante con sillones blancos, sofás del mismo color y mesas de cristal. Había velas encendidas por todas partes, y el techo era enorme, brillantes láminas de lona de vela, que se agitaban con el viento, dando la impresión de que todo el pub estaba flotando. Las cajas donde se colocaron las mesas estaban separadas entre sí por gruesos fardos de madera, a los que se fijó la estructura del techo de lona provisional. El lugar era ligero, fresco y mágico. A pesar de los precios bastante altos, estaba lleno de vida. Martin asintió con la mano al camarero y después de un rato, gracias a unos pocos euros, estábamos sentados cómodamente en los sofás, vertiendo el menú. Mi vestido y yo no se mezclaban con el entorno. Tuve la impresión de que todos me miraban juntos, porque yo brillaba como una bombilla negra en medio de todo ese blanco.

—Me siento como si me estuvieran observando, pero quién iba a saber que íbamos a comer en una jarra de leche— le susurré a Martin con una estúpida y lamentable sonrisa.

Miró a su alrededor, se inclinó hacia mí y susurró: —Tienes una manía de persecución, nena. Además, te ves increíble, así que deja que te miren.

Volví a mirar, como si nadie me prestara atención, pero sentí como si alguien me siguiera observando. Alejé otra enfermedad mental heredada de mi madre, encontré mi pulpo a la parrilla favorito en la tarjeta, añadí un prosecco rosado y estaba lista para pedir. El camarero, aunque era siciliano, también era italiano, por lo que no se puede esperar un

Blanka Lipińska

demonio de la velocidad y esperaremos aquí un rato antes de que se decida a venir a pedir.

—Tengo que ir al baño— les informé, mirando a los lados.

En la esquina junto a una hermosa barra de madera había una pequeña puerta, así que fui en su dirección. Lo revisé, pero desafortunadamente sólo había un lavavajillas detrás de él. Me giré para dar la vuelta, y luego impulsivamente golpeé a la figura que estaba delante de mí. Me quejé cuando mi cabeza chocó con un duro torso masculino. Curvado, con su frente llena de chupones, levanté los ojos. Un italiano alto y guapo se paró frente a mí. ¿No lo he visto en ningún otro lugar? Su mirada helada me atravesó. No podía moverme cuando me miraba así con los ojos casi completamente negros. Había algo en él que me asustaba, así que en un segundo crecí en la tierra.



—Creo que te perdiste—, dijo, con un hermoso y fluido inglés con acento británico. —Si me dices lo que estás buscando, te ayudaré.

Me sonrió con sus blancos y parejos dientes, puso su mano entre mis omóplatos, tocando mi desnuda piel, y me acompañó hasta la puerta por la que entré. Cuando sentí su toque, un escalofrío recorrió mi cuerpo, lo que no facilitó el caminar. Estaba tan aturdida que no podía hablar ni una palabra de inglés a pesar de mis esfuerzos. Simplemente sonreí, o más bien me acurruqué, y me dirigí hacia Martin, porque había olvidado por completo por qué me levanté del sofá. Cuando llegué a la mesa, la compañía estaba vertiendo alcohol en cada uno de los otros—bebieron la primera ronda y ya ordenaron otra. Me caí en el sofá, agarré un vaso de prosecco y lo vacié de un solo sorbo. Mientras tanto, sin arrancarlo de mi boca, le di al camarero una clara señal de que necesitaba una recarga.

Martin me miró con diversión.

—¡Nena! Yo soy el que tiene el problema del alcohol.

—De alguna manera, la bebida era muy fuerte— respondí, ligeramente atenuada con un licor que se bebió demasiado rápido.

Blanka Lipińska

—En el baño creo que se están produciendo algún tipo de hechizos, ya que la visita allí funcionó tan bien para ti, mi patrulla.

Miré nerviosamente estas palabras en busca de un italiano que me hizo temblar las rodillas como cuando por primera vez caminé en pro de mi moto después de quitarme el permiso de conducir de categoría A. Sería fácil encontrarlo en medio del blanco, porque estaba vestido como yo, completamente inadecuado para el entorno. Pantalón de lino negro y suelto, una camisa negra con un rosario de madera que sobresale por debajo y mocasines sin cordones del mismo color. Aunque sólo lo vi por un tiempo, recuerdo la vista exactamente.

—¡Laura!— Fui arrancado de la búsqueda por la voz de Michael.

—No pongas a toda la gente con los ojos en ellos, sólo bebe.



Ni siquiera me di cuenta de que otra copa de licor espumoso apareció en la mesa. Decidí sorber lentamente el líquido rosado, aunque me apetecía verterlo dentro de mí como el vaso anterior, ya que el temblor de mis piernas aún no se detenía. Después de que nos dieran la comida de la que teníamos hambre. El pulpo estaba perfecto; sólo se le añadieron tomates dulces. Martín comió un calamar gigante, hábilmente cortado y esparcido en un plato acompañado de ajo y cilantro.

—¡Mierda!— Martín gritó, rompiendo el sofá blanco. ¿Sabes qué hora es? Son más de las doce. ¡Así que, Laura! Cien años, cien años...— Los otros dos también se levantaron de sus asientos y empezaron a cantarme una canción de cumpleaños en un estilo divertido, ruidoso y muy polaco. Los huéspedes del restaurante los miraron con interés, y luego se unieron al coro, cantando en italiano. Se escuchó un aplauso estruendoso en el restaurante y me sentí como si me cayera bajo tierra. Era una de mis canciones más odiadas. Probablemente no hay nadie a quien le guste, probablemente porque nadie sabe qué hacer mientras canta y aplaude, ¿sonreír a todo el mundo? Cada vez que el vínculo es malo y cada vez que pareces un completo idiota. Con una falsa sonrisa alcohólica, me



Blanka Lipińska

levanté del sofá y saludé a todo el mundo, doblándome por la mitad y agradeciéndoles sus deseos.

—Tenías que hacerme esto, ¿eh?— Le sonreía a Martin.

—Recordarme que soy viejo no es agradable. Además, ¿tenía toda esta gente que estar involucrada en esto?

—Bueno, cariño, justo como lo ven tus ojos, pedí tu licor favorito para empezar nuestra fiesta hoy.

—Cuando terminó de hablar, apareció el camarero con un cubo de champán *Moët & Chandon Rosé* y cuatro copas.

—¡Me encanta!— Grité, saltando en el sofá y aplaudiendo como una niña.

Mi alegría no escapó a la atención del camarero, que me sonrió, dejando una botella medio derramada en la mesa.

—¡Salud, entonces!— dijo Karolina, levantando su copa. —Para que encuentres lo que buscas, ella consiguió lo que querías, y llegó a donde te gustaría que estuviera. ¡Cien años!

Pegamos nuestras copas y las inclinamos hasta el fondo. Cuando terminé el champán, realmente tenía que ir al baño, esta vez decidí encontrarlo con la ayuda del personal. El camarero me mostró la dirección en la que debía ir. Después de las doce el restaurante se convirtió en un club nocturno, la colorida iluminación cambió completamente el carácter del lugar. Blanco, elegante y casi estéril interior explotó con colores. De repente, el blanco adquirió un significado completamente diferente, la falta de color hizo que la luz diera a las habitaciones todos los colores. Estaba corriendo entre la multitud hacia el baño, cuando una vez más tuve la extraña sensación de que me estaban observando. Me paré allí y miré los alrededores para investigar. Un hombre vestido de negro estaba de pie en una plataforma, apoyado en la viga de una de las cajas, y una vez más me estaba congelando con su mirada. Me llevaba en marcha con calma y sin



Blanka Lipińska

emoción desde los tobillos hasta la parte superior de la cabeza. Parecía un italiano típico, aunque era el tipo de marido o persona menos típica que había visto nunca. Su pelo negro caía rebelde sobre su frente, su rostro estaba adornado con una barba de unos días, bien arreglada, sus labios estaban llenos y claramente delineados como si hubieran sido creados para deleitar a una mujer con ellos. Su vista era fría y penetrante, como la de un animal salvaje que se prepara para atacar. Sólo cuando lo vi de lejos me di cuenta de que era bastante alto. Era muy superior a las mujeres que estaban cerca, así que debía tener unos ciento noventa centímetros de altura. No sé cuánto tiempo nos miramos; tenía la impresión de que el tiempo se había detenido. Me liberó del aturdimiento un hombre que me dio un empujón en el hombro al pasar. Porque con esta mirada me quedé dura como una tabla, giré sobre una sola pierna y caí al suelo.



—¿Estás bien?— preguntó Black, que surgió a mi alrededor como un fantasma. —Si no fuera por el hecho de que viera que no fuiste tú quien le pegó esta vez, pensaría que chocar con hombres extraños era tu manera de llamar la atención.

Me agarró del codo y me levantó. Era sorprendentemente fuerte. Lo hizo tan fácilmente como si yo no pesara nada. Esta vez, me recompuse, y el alcohol que altera la sangre me dio valor.

—¿Y siempre haces el trabajo duro de una pared o de una grúa?— Me desinflé, tratando de enviarle la mirada más helada que he cocinado.

Se alejó de mí y siguió mirándome como si no pudiera creer que yo fuera real.

—Me has estado mirando toda la noche, ¿verdad?— Pregunté molesta. Tengo unos modales que envían un mensaje, pero una corazonada nunca me decepciona. El hombre sonrió como si me estuviera burlando de él.



Blanka Lipińska

—Miro al club— respondió. —Controlo el servicio del lugar, compruebo la satisfacción de los huéspedes, busco mujeres que necesiten una pared o una grúa.

Su respuesta me divirtió y me confundió.

—Así que gracias por ser una grúa y le deseo una buena noche.— Le di una mirada provocativa y me dirigí al baño. Cuando se quedó atrás, me sentí aliviada de respirar. Al menos esta vez no me vi como una completa idiota y pude hablar con él.

—Nos vemos, Laura. —Lo escuché a mis espaldas. Cuando me di la vuelta, había una extraña multitud detrás de mí, Black desapareció.

¿Cómo supo mi nombre? ¿Escuchó nuestra conversación? No podría estar tan cerca. Lo vería, lo sentiría. Karolina me agarró la mano.

—Vamos, no vas a llegar a ese baño, y siempre se nos atascará el atún.

Cuando volvimos a la mesa, había otra botella de moëta en el mostrador de cristal.

—Bueno, bueno, cariño, puedo ver que hoy es nuestro rico cumpleaños. Me reí.

—Pensé que lo habías pedido —dijo sorprendido Martin—. Ya he pagado por ello y quieres seguir adelante.

Miré por el club. Sabía que la botella no estaba aquí por casualidad, y él seguía buscando.

—Probablemente es un regalo del restaurante. Después de semejante coro, supongo que no podrían haber hecho otra cosa.— Karolina se rió. —Ya que está aquí, tomemos un trago.

Hasta el final de la botella me retorció ansiosamente en el sofá, preguntándome quién era el hombre vestido de negro, por qué me miraba así y cómo sabía mi nombre.

Blanka Lipińska

Pasamos el resto de la noche en una peregrinación de club a club. Regresamos al hotel cuando amaneció.

Un terrible dolor de cabeza me despertó. Bueno... Me encanta el champán, pero la resaca literalmente me vuela el cráneo. ¿Quién se emborracha con eso? Saqué el resto de mis fuerzas de la cama y fui al baño. Encontré los analgésicos en la cosmética, me tragué tres y volví bajo el edredón. Cuando me desperté después de un par de horas, Martin no estaba, el dolor de cabeza había desaparecido, y desde detrás de la ventana abierta se escuchaban sonidos de diversión en la piscina. Tengo vacaciones, así que tengo que levantarme y broncearme. Me movilicé por este pensamiento y me dí una ducha rápida, salté en mi traje y después de media hora estaba lista para la playa.



Michael y Karolina estaban sorbiendo una botella de vino frío, tumbados junto a la piscina.

—La cura— dijo Michael, dándome un vaso de plástico. —Siento lo del plástico, pero ya conoces las reglas.

El vino estaba delicioso, frío y húmedo, así que vacié la copa.

—¿Has visto a Martin? Me desperté y se había ido.

—Trabaja en el vestíbulo del hotel, el Internet era demasiado débil en la habitación—, explicó Karolina.

Sí, el mejor amigo del ordenador, el trabajo, el favorito de los amantes, pensé, tumbado en el sofá. Pasé el resto del día sola en compañía de los prometidos abrazados. De vez en cuando Michael interrumpió este preludio de amor con una declaración: "¡Qué tetas!"

—¿Quizás deberíamos almorzar?— Preguntó. —Voy a buscar a Martin, qué decepción cuando está constantemente sentado y mirando el monitor.

Se levantó de la tumbona, se puso la camiseta y se dirigió hacia la entrada del hotel.

Blanka Lipińska

—A veces me canso de él.— Me volví hacia Karolina, y ella me miró con grandes ojos. —Nunca seré lo más importante. Es más importante que el trabajo, que los amigos, para mí. Tengo la impresión de que está conmigo, porque no hay nada mejor que hacer y está muy cómodo. Es un poco como tener un perro cuando quieres, lo acaricias, cuando te apetece, juegas con él, pero cuando no te apetece tener un perro, lo mantienes alejado, porque él es para ti, no tú para él. Martin habla con sus amigos en Facebook más a menudo de lo que habla conmigo en casa, sin mencionar la cama.

Karolina se giró hacia un lado y se apoyó en su codo.

—Sabes, Laura, es así en las relaciones, que el deseo se desvanece con el tiempo.



—Pero no después de un año y medio... ¿Hay algo malo en mí? ¿Es malo que sólo quiera follar?

Karolina rompió a reírse de su sofá y me tiró de la mano.

—Supongo que necesitamos un trago, porque no vas a cambiar nada por preocuparte. ¡Mira dónde estamos! Es divino, y tú eres delgada y bonita. Recuerda, si no es éste, es diferente. Vamos.

Me puse una ligera túnica floral, sacudí el turbante de la bufanda, me tapé los ojos con las seductoras gafas Ralph Lauren y seguí a Karolina hasta el bar del vestíbulo. Mi compañera fue a la habitación para dejar la bolsa y parecer una situación de almuerzo, porque no encontramos a nuestros compañeros en el vestíbulo. Fui al bar y llamé al cantinero. Pedí dos vasos de prosecco frío. Oh sí, definitivamente lo necesitaba.

—¿Eso es todo? — Escuché la voz de un hombre detrás de mí.
—Pensé que tu paladar debería ser moeta?

Me di la vuelta y me quedé inmóvil. Estaba parado frente a mí otra vez. Hoy no pude decirle que era Black. Llevaba pantalones de lino en blanco roto y una camisa ligeramente estirada que combinaba

Blanka Lipińska

perfectamente con su piel bronceada. Se quitó las gafas de la nariz y me atravesó con sus ojos helados otra vez. Se dirigió al barman en italiano, quien desde su aparición en el bar me ignoró por completo, quedándose de pie y esperando la orden de mi perseguidor. Escondido detrás de los ojos oscuros, fui extremadamente valiente, extremadamente enojada y extremadamente explorador ese día.

—¿Por qué tengo la irresistible impresión de que me estás siguiendo?

— Pregunté, con las manos en el pecho. Levantó su mano derecha y lentamente deslizó mis gafas para ver mis ojos. Sentí como si alguien hubiera tomado mi escudo, que era mi protección.

—No es una impresión—, dijo, mirándome profundamente a los ojos.

—No es una coincidencia, tampoco. Feliz veintinueve cumpleaños, Laura. Que el año que viene sea el mejor de tu vida.— Me susurró y me besó suavemente en la mejilla.



Estaba tan confundida que no podía sacarme ninguna palabra de la garganta. ¿Cómo supo cuántos años tenía yo? ¿Y cómo diablos me encontró al otro lado de la ciudad? La voz del barman me sacó de mi mente; le di la espalda. Puso delante de mí una botella de *moët rosa* y una pequeña magdalena de color, sobre la que había una vela encendida.

—¡Mierda!— Me volví hacia Black, que literalmente se disolvió en el aire.

—Bueno, eso está bien —dijo Karolina, llegando a la barra. —Iba a haber una copa de prosecco, y terminé con una botella de champán.

Me encogí de hombros y corrí nerviosamente por el pasillo con los ojos en busca de Black, pero se hundió en el suelo. Saqué mi tarjeta de crédito de mi cartera y se la di al camarero. En un inglés deficiente, se negó a aceptar el pago, alegando que la factura ya estaba pagada. Karolina le dio una sonrisa radiante, agarró la hielera con la botella y se dirigió a la piscina. Soplé la vela que aún estaba encendida en el pastel y la seguí. Estaba enojada, desorientada e intrigada. En mi cabeza nacieron

Blanka Lipińska

diferentes escenarios que describían quién era el hombre misterioso. Lo primero que me dijo mi cerebro fue la teoría de que era un perseguidor perverso. Sin embargo, no estaba del todo de acuerdo con la imagen de un encantador italiano que se escapa de sus fans en lugar de seguirlos. A juzgar por sus zapatos y ropa de marca, que usaba siempre, no era pobre. Y mencionó algo sobre la comprobación de la satisfacción de los clientes en el restaurante. Así que otra teoría natural era que él era el gerente del restaurante donde estábamos. ¿Pero qué estaba haciendo en el hotel? Giré la cabeza, como si quisiera sacudirme los pensamientos excesivos, y alcancé un vaso. ¿Qué me importa? Pensé, sorbiendo. Debe haber sido una absoluta coincidencia, y yo sólo estaba jugando con algo.

Cuando vaciamos la botella, nuestros caballeros aparecieron. Estaba de humor por el champán.

—Entonces, ¿almorzamos?— Martin preguntó con satisfacción.

Tenía mucho champán en la cabeza, el de hoy y el de ayer. Estaba furiosa por su descuido y disparé:

—¡Martin, joder! ¿Es mi cumpleaños, y desapareces durante todo el día, no te importa lo que hago o cómo me siento, y ahora apareces y como si nada preguntas sobre el almuerzo? ¡Ya he tenido suficiente! Basta con el hecho de que siempre es como tú quieres, que siempre eres el que dice cómo debe ser, y que yo nunca soy lo más importante, en cualquier situación. Y el almuerzo fue hace unas horas, ¡ahora es más bien la hora de la cena!

Agarré mi túnica, mi bolso y casi corrí hacia la puerta del hotel. Corrí a través del vestíbulo y me encontré en la calle. Podía sentir un chorro de lágrimas subiendo por mis ojos, que estaba a punto de salir. Me puse mis gafas y me fui.

Las calles de *Giardini* parecían pintorescas. A lo largo de la acera, había árboles cubiertos de flores, los edificios eran hermosos y bien mantenidos. Desafortunadamente, en este estado, no pude disfrutar de la



Blanka Lipińska

belleza del lugar en el que me encontraba. Me sentí sola. En un momento dado me di cuenta de que las lágrimas corrían por mis mejillas, y casi corría, sollozando como si quisiera escapar de algo.

El sol se estaba poniendo naranja, y yo seguía caminando. Cuando mi primer enojo pasó, sentí cuánto me dolían las piernas. Mis chancas sobre las áncoras, aunque eran hermosas, no eran adecuadas para un maratón. En el callejón vi un pequeño y típico café italiano, que resultó ser un lugar perfecto para relajarse, ya que uno de los elementos del menú era el vino espumoso. Me senté afuera, mirando la tranquila superficie del mar. La anciana me trajo un vaso del licor que había pedido y me dijo algo en italiano, acariciándome la mano. Dios, aún sin entender una palabra, sabía que ella estaba hablando de cuán desesperados pueden ser los hombres y cuán indignos de nuestras lágrimas. Me senté allí y miré fijamente al mar hasta que oscureció. No podía levantarme de la silla después de tanto alcohol, pero mientras tanto, comí una excelente pizza con cuatro quesos, que resultó ser una mejor receta para las penas que el vino espumoso, y el tiramisú realizado por la anciana fue mejor que el mejor champán.



Me sentí lista para regresar y enfrentar lo que había dejado atrás cuando me escapé. Me moví silenciosamente hacia el hotel. Las calles por las que caminé estaban casi desiertas porque estaban lejos del paseo principal que bordea el mar. En un momento dado, pasé por dos SUV. Pensé que ya antes, cuando estaba esperando frente a la tienda de alquiler en el aeropuerto, había visto coches similares.


La noche estaba caliente, estaba borracha, mi cumpleaños había terminado y en general todo estaba mal. Me di la vuelta cuando la acera terminó y me di cuenta de que no sabía dónde estaba. Maldición, yo y mi orientación. Miré alrededor y todo lo que vi fueron las deslumbrantes luces de los coches que entraban.



Blanka Lipińska

CAPÍTULO 2

Cuando abrí los ojos, era de noche. Miré la habitación y me di cuenta de que no tenía ni idea de dónde estaba. Estaba acostada en una cama enorme, iluminada sólo por la luz de una lámpara. Me dolía la cabeza y quería vomitar. ¿Qué diablos pasó? ¿Dónde estoy? Intenté levantarme, pero estaba completamente impotente, como si pesara una tonelada, incluso mi cabeza no quería ser levantada de la almohada. Cerré los ojos y me dormí de nuevo.



Cuando me desperté de nuevo, todavía estaba oscuro. No sé cuánto dormí, tal vez fue otra noche. No había reloj en ninguna parte, ni bolso, ni teléfono. Esta vez me las arreglé para salir de la cama y sentarme en la orilla. Esperé un rato hasta que dejó de sentir mareos en mi cabeza. Noté una lámpara de cabecera junto a la cama. Cuando su luz inundó la habitación, me di cuenta de que el lugar en el que me encontraba era probablemente bastante antiguo y completamente desconocido para mí.

Los marcos de las ventanas eran enormes y estaban ricamente decorados, frente a la pesada cama de madera había una gigantesca chimenea de piedra, sólo vi otras similares en las películas. Había viejas vigas en el techo, que combinaban perfectamente con el color de los marcos de las ventanas. La habitación era cálida, elegante y muy italiana. Me acerqué a la ventana y después de un rato salí al balcón, desde el cual había una vista impresionante del jardín.

—Es genial que ya no estés durmiendo.

Me congelé hasta la muerte y mi corazón se fue a la garganta. Me di la vuelta y vi a un joven italiano. Su acento, cuando hablaba en inglés, era innegable. Además, su aparición confirmó definitivamente esta convicción. No era muy alto, como el setenta por ciento de los italianos que vi. Tenía pelo largo y oscuro cayendo sobre sus hombros, delicados



Blanka Lipińska

rasgos faciales y labios gigantes. Se podría decir que era un niño bonito. Perfectamente e impecablemente vestido con un traje elegante, todavía parecía un adolescente. Aunque obviamente practicó, y no mucho, porque sus hombros extienden su silueta de manera desproporcionada.

—¿Dónde estoy y por qué?!— Me puse furiosa, yendo hacia el hombre.

—Por favor, refrésquese. Volveré pronto a por ti, entonces lo averiguarás todo—, dijo y desapareció, cerrando la puerta tras él. Parecía que se había escapado de mí, mientras que yo era el que estaba aterrorizado.

Intenté abrir la puerta, pero estaba cerrada con llave o el tipo tenía una llave y la usó. Lo maldije. Me sentí impotente.



Había otra puerta junto a la chimenea. Encendí la luz y un baño fenomenal apareció ante mis ojos. En el centro había una enorme bañera, en un rincón había un tocador, al lado había un gran lavabo con un espejo, en el otro extremo vi una ducha bajo la cual podía caber un equipo de fútbol. No tenía ni platos de ducha ni paredes, sólo vidrio y un piso hecho de un pequeño mosaico. El baño era del tamaño de todo el apartamento de Martin, donde vivíamos juntos. Martin... debe estar preocupado. O tal vez no, tal vez está feliz de que nadie finalmente lo moleste con su presencia. Me sentí abrumada por la ira otra vez, esta vez combinada con el miedo causado por la situación en la que me encontraba.

Me paré frente al espejo. Me veía excepcionalmente bien, estaba bronceada y probablemente muy somnolienta, porque las marcas que tenía debajo de los ojos desaparecieron recientemente. Todavía llevaba puesta una túnica negra y un traje de baño que usé en mi cumpleaños cuando salí corriendo del hotel. ¿Cómo se supone que me las arreglaré sin mis cosas? Me quité la ropa y me duché, cogí una bata blanca y gruesa de la percha y pensé que me había refrescado.



Blanka Lipińska

Cuando estaba explorando la habitación en la que me desperté, buscando una pista de dónde podría estar, la puerta del dormitorio se abrió. Una vez más, un joven italiano estaba allí, y me mostró el camino con un gesto poderoso. Caminamos por un largo pasillo decorado con jarrones de flores. La casa estaba en el crepúsculo, iluminada sólo por faroles, cuya luz caía por numerosas ventanas. Estábamos atravesando un laberinto de pasillos hasta que un hombre se acercó a una puerta y la abrió. Cuando crucé el umbral, me encerró en el medio, no entrando conmigo. La habitación era probablemente una biblioteca, las paredes estaban cubiertas de estantes con libros y pinturas en pesados marcos de madera. En el lugar central ardía otra deliciosa chimenea, alrededor de la cual se colocaba un suave sofá verde oscuro con muchos cojines en tonos de oro. En una de las butacas había una mesa donde vi un refrigerador de champán. Me rasqué al verlo; después de mi última locura, el alcohol no era lo que necesitaba.



—Siéntese, por favor. Reaccionaste mal al sedante, no vi que tuvieras problemas de corazón —oí una voz masculina y vi una figura parada en el balcón de espaldas a mí.

Ni siquiera me moví.

—Laura, siéntate. No te lo voy a pedir de nuevo, sólo te voy a tumbar.

La cabeza me zumbaba con sangre, oí los latidos de mi corazón y pensé que estaba a punto de desmayarme. Estaba oscureciendo ante mis ojos.

—¿Por qué diablos no me escuchas?

La figura del balcón se movió en mi dirección y antes de que me deslizara por el suelo, me agarró por los hombros. Parpadeaba los ojos para captar el foco. Sentí que me plantaba en la silla y me ponía un cubito de hielo en la boca.

Blanka Lipińska

—Chupa esto. Has estado durmiendo durante casi dos días, el doctor te dio una intravenosa para que no te deshidrataras, pero es posible que quieras beber y tienes derecho a no sentirte bien.

Conocía esa voz y sobre todo ese acento distintivo.

Abrí los ojos y entonces encontré esta mirada fría, como la de un animal. Había un hombre arrodillado delante de mí que vi en el restaurante, en el hotel y... Oh, Dios, en el aeropuerto. Estaba vestido de la misma manera que el día que aterricé en Sicilia y me topé con la espalda de un gran guardaespaldas. Llevaba un traje negro y una camisa negra alrededor del cuello. Era elegante y muy altivo. Con furia, le escupí un cubo de hielo en la cara.

—¿Qué demonios estoy haciendo aquí? ¿Quién eres y qué derecho tienes a retenerme aquí?



Se limpió el resto del agua que había dejado el hielo de su cara, cogió el frío y transparente cubo de una gruesa alfombra y lo metió en su bebida.

—¡Contéstame, maldita sea, contesta!— Gritaba con locura hasta el límite, olvidando lo fatal que me sentía hace un momento. Cuando intenté levantarme de la silla, me agarró fuertemente por los hombros y me presionó en el lugar.

—Le dije que se sentara, no acepto la desobediencia, y no pienso tolerarla— estaba gruñendo, colgando sobre mí apoyado en los apoyabrazos.

Levanté la mano en un tono abrumador y le di al hombre en su mejilla enfurruñada. Sus ojos se iluminaron con furia salvaje, y me hundí en el asiento por miedo. Lentamente se levantó, se enderezó y resopló fuerte el aire. Tenía tanto miedo de lo que había hecho que decidí no comprobar dónde están los límites de su fuerza. Se dirigió hacia la chimenea, se puso delante de ella y se apoyó con ambas manos contra la pared sobre la chimenea. Pasaron los siguientes segundos y permaneció en silencio. Si

Blanka Lipińska

no hubiera sido por el hecho de que me sentía prisionera de él, probablemente ahora tendría remordimientos, y mis disculpas no habrían terminado, pero en la situación actual difícilmente podría sentir otra cosa que no fuera ira.

—Laura, eres tan desobediente, es extraño que no seas italiana.

Se dio la vuelta y sus ojos seguían ardiendo. Decidí no hablar, con la esperanza de averiguar qué estoy haciendo aquí y cuánto tiempo más tardaría.

De repente se abrió la puerta y el mismo joven italiano que me trajo entró en la habitación.

—Don Massimo...— Dijo.



El hombre oscuro lo miró con cautela, y de repente pareció congelarse. Se acercó a él y se quedó allí de pie y casi tocó los mostradores. Definitivamente tuvo que agacharse, porque Había una docena o tal vez unas pocas docenas de centímetros de diferencia entre él y el joven italiano.

La conversación tuvo lugar en italiano, estaba tranquila, y el hombre que me atrapó aquí se puso de pie y escuchó. Respondió en una frase y el joven italiano desapareció, cerrando la puerta tras él. El hombre oscuro caminó por la habitación y luego salió al balcón. Se apoyó con ambas manos en la barandilla y repitió algo en un susurro.

Don... Pensé que así es como llamaban a Marlon Brando, el jefe de la familia de la Mafia, en El Padrino. De repente, todo empezó a encajar: la seguridad, los coches con las ventanas negras, esta casa, ninguna objeción. Me pareció que cosa nostra fue idea de Francis Ford Coppola, y mientras tanto me encontré en medio de una historia muy siciliana.

—¿Massimo...?— Dije en voz baja. —¿Se supone que debo llamarte así, o debería decir Don?



Blanka Lipińska

El hombre se dio la vuelta y se acercó a mí. La multitud de pensamientos en mi cabeza me dejó sin aliento. El miedo inundaba mi cuerpo.


—¿Crees que ahora lo entiendes todo?— Preguntó, sentándose en el sofá.

—Creo que ahora sé tu nombre.

Sonrió un poco, y parecía estar relajado.

—Me doy cuenta de que esperas una explicación. Pero no sé cómo vas a reaccionar a lo que quiero decirte, así que mejor que tomes un trago.

Se levantó y sirvió dos copas de champán. Tomó uno, me lo dio, y del otro tomó un sorbo y se sentó en el sofá.



—Hace unos años tuve, digamos, un accidente, me dispararon varias veces. Eso es parte del riesgo de pertenecer a la familia en la que nací. Cuando estaba allí tumbado, muriendo, vi...— Aquí estaba, y se levantó. Se acercó a la chimenea, puso un vaso y suspiró fuerte. —Lo que te voy a decir va a ser tan asombroso, que no pensé que fuera verdad hasta el día que te vi en el aeropuerto. Mira el cuadro que cuelga sobre la chimenea.

Mi vista se dirigió al lugar que él señaló. Me congelé. El retrato representaba a una mujer, exactamente mi cara. Agarré un vaso y lo apoyé hasta el fondo. Rasguñé el sabor del alcohol, pero funcionó de manera tranquilizadora, así que busqué la botella para rellenarla. Massimo continuó.

—Cuando mi corazón se detuvo, vi... ..a ti. Después de semanas en el hospital, recuperé la conciencia, y luego me recuperé completamente. En cuanto pude transmitir la imagen que tenía delante de mí todo el tiempo, llamé al artista para que pintara a la mujer que ví en ese momento. Él te pintó.



Blanka Lipińska

No se podía ocultar el hecho de que era yo quien estaba en el cuadro.
¿Pero cómo es posible?

—Te he buscado por todo el mundo, pero no creo que sea una gran palabra. En algún lugar de mí, había una certeza de que un día estarías ante mí. Y así sucedió. Te vi en el aeropuerto, saliendo de la terminal. Estaba listo para atraparte y no volver a soltarte, pero eso hubiera sido demasiado arriesgado. Desde ese momento, mi gente te ha estado vigilando. Tortuga, el restaurante al que viniste, me pertenece, pero no fui yo, sino que el destino te llevó allí. Cuando estabas dentro, no pude resistirme a hablar contigo, y de nuevo, el destino te hizo aparecer detrás de una puerta en la que no deberías estar. No puedo decir que no fuera muy bueno en esto. El hotel en el que te has estado alojando también me pertenece en parte a mí...



En este punto, entendí de dónde venía el champán de nuestra mesa, donde la sensación constante de ser observada. Quería interrumpirlo y hacerle un millón de preguntas, pero decidí esperar lo que sucedería después.

—Tú también debes pertenecerme, Laura.

No podía soportarlo.

—No pertenezco a nadie. No soy un objeto. No puedes tenerme sólo porque quieres. Secuestrarme y contar conmigo para que sea tuya.—
Estaba gruñendo a través de mis dientes.

—Lo sé, por eso te voy a dar la oportunidad de amarme y quedarte conmigo, no porque quieras.

Resoplé una risa histérica. Estaba flotando silenciosa y lentamente desde mi silla. Massimo no se resistió cuando me acerqué a la chimenea, girando una copa de champán en mis dedos. Me incliné, lo bebí hasta el final y me volví hacia mi secuestrador.



Blanka Lipińska

—Me estás tomando el pelo.— Entrecerré los ojos, voy a salir a la luz.
—Tengo un tipo que me va a buscar, tengo familia, amigos, tengo mi vida. ¡Y no necesito una oportunidad para amarte!— El tono de mi voz se elevó definitivamente. —Así que te pido amablemente que me dejes ir y me dejes ir a casa.

Massimo se levantó y entró en el otro extremo de la habitación. Abrió el gabinete y sacó dos grandes sobres. Volvió y se quedó a la espera. Se acercó lo suficiente a mí como para que pudiera oler su aroma, una combinación de poder, dinero y agua del inodoro con una nota picante muy fuerte. De esta mezcla, me mareé.

Me dio el primer sobre y dijo:

—Antes de que lo abras, te explicaré lo que hay dentro...

No esperé a que empezara, me di la vuelta y con un solo movimiento rompí la parte superior del sobre, y las fotos cayeron al suelo.

—Oh, Dios...— y me caí tranquilamente al suelo, escondiendo mi cara en las manos.

Mi corazón se apretó y las lágrimas comenzaron a correr por mis mejillas. En las fotos, había un Martin empujando a una mujer. Las fotografías fueron claramente sacadas de su escondite y, desafortunadamente, indudablemente mostraron a mi chico.

—Laura...— Massimo se arrodilló a mi lado. —Te explicaré en un minuto lo que ves, así que escúchame. Cuando te digo que hagas algo y tú haces algo diferente, siempre terminará peor de lo que debería ser para ti. Entiende esto y deja de pelear conmigo porque estás en posición de perder.

Levanté los ojos de mi llanto y lo miré con tal odio que se alejó de mí. Estaba enfadada, desesperada, destrozada y no me importaba.

—¿Sabes qué? ¡Vete a la mierda!— Le aventé el sobre y me tiré a la puerta.

Blanka Lipińska

Massimo siguió arrodillándose, me agarró la pierna y me tiró en su dirección. Me caí y arrojé mi muslo contra el suelo. El hombre oscuro no hizo nada al respecto, me arrastró sobre la alfombra hasta que me encontré debajo de ella. Rápidamente soltó el tobillo de mi pierna derecha, que tiró, y me agarró las muñecas. Me tiré por todo el lugar, tratando de liberarme.

—¡Suéltame, joder!— Estaba gritando, cagándome encima.

En algún momento, cuando me sacudió, llamándome a la derecha, una pistola se cayó de su cinturón y golpeó el suelo. Me quedé helada al ver esto, pero Massimo parecía no prestarme ninguna atención, no quitándome los ojos de encima. Estaba apretando sus manos en mis muñecas más y más. Finalmente, dejé de luchar con él, me quedé desamparada y llorando, y él me penetraba con sus ojos fríos. Miró hacia abajo a mi cuerpo semidesnudo; la túnica que lo cubría se elevó bastante. Se acercó a mis labios hasta que dejé de respirar, pensé que estaba absorbiendo mi olor, y en un momento vio cómo sabía. Arrastró sus labios por mi mejilla y susurró:

—No haré nada sin su permiso y voluntad. Incluso si hay un osito de peluche que creo que tengo, esperaré hasta que me quieras, me quieras y vengas a mí por mí mismo. Esto no significa que no quiera profundizar en ti y dejar que grites con mi lengua.

Me lo dicen tan tranquilamente y con seguridad, que me exalté.

—No te retuerzas y escucha un momento, hoy voy a pasar un mal rato, los últimos días tampoco han sido fáciles, y no me estás facilitando la tarea. No estoy acostumbrado a tener que tolerar la desobediencia, no puedo ser amable, pero no quiero hacerte daño. Así que o te ato a una silla y te amordazo la boca o te dejo ir, y obedecerás mis órdenes educadamente.

Su cuerpo estaba pegado al mío, podía sentir cada músculo de este hombre extremadamente armonioso. La rodilla izquierda, que tenía entre

Blanka Lipińska

mis piernas, la empujó hacia arriba cuando no reaccioné a sus palabras. Gemí en voz baja, suprimiendo el grito al entrar entre mis muslos, molestando el punto sensible, e involuntariamente doblé mi espalda en un arco, apartando mi cabeza de él. Mi cuerpo sólo se comportó así en situaciones de excitación, y ésta fue definitivamente así a pesar de la agresión tangible.

—No me provoques, Laura,— él siseaba a través de sus dientes.

—Bien, me calmaré, y ahora levántate de encima.

Massimo se levantó con gracia de la alfombra y puso su arma sobre la mesa. Me tomó en sus brazos y lo puso en la silla.

—Definitivamente será más fácil para nosotros. Así que cuando se trata de fotos— ...él empezó. —En tu cumpleaños, fui testigo de una situación en la piscina entre tú y tu chico. Cuando saliste corriendo, supe que este era el día en que te traería a mi vida. Después de que tu hombre ni siquiera se movió cuando dejaste el hotel, supe que no era digno de ti y no se desesperaría mucho después de que lo hicieras. Cuando desapareciste, tus amigos fueron a comer, como si nada hubiera pasado. Entonces mi gente tomó tus cosas de la habitación y dejó una carta en la que le escribías a Martin que lo dejabas, que volvías a Polonia, que te mudabas y desaparecías de su vida. No hay forma de que no lo leyera cuando volviera a tu apartamento después de una comida. Por la noche, cuando pasaban por la recepción vestidos y con ánimo de champán, un hombre del personal les pidió que visitaran uno de los mejores clubes de la isla. Toro también me pertenece y gracias a eso pude controlar la situación. Cuando mire las fotos, verá toda la historia que acaba de escuchar. Lo que pasó en el club... Bueno, estuvieron bebiendo, jugando hasta que Martin se interesó por una de las bailarinas, ya has visto el resto. Creo que las fotos hablan por sí mismas.

Me senté y lo miré con incredulidad. En cuestión de horas, mi vida entera se puso patas arriba.



Blanka Lipińska

—Quiero volver a Polonia, por favor déjame estar en casa otra vez.

Massimo se levantó del sofá y se puso delante del fuego ardiente, que ya se había apagado ligeramente, creando un cálido crepúsculo en la habitación. Se apoyó en la pared con una mano y dijo algo en italiano. Respiró hondo, se volvió hacia mí y repelió:

—Lamentablemente, durante los próximos trescientos sesenta y cinco días esto no será posible. Quiero que me des el próximo año. Haré todo lo que pueda para que me ames, y si nada cambia el año que viene en tu cumpleaños, te dejaré ir. No es una proposición, es información. No te estoy dando una opción, sólo te estoy diciendo cómo va a ser. No te tocaré, no haré nada que no quieras, no te obligaré a hacer nada, no te violaré si tienes miedo... Porque si realmente eres un ángel para mí, quiero mostrarte tanto respeto como mi propia vida vale para mí. Todo en la mansión estará a su disposición. Tendrá protección, pero no para el control, sino para su propia seguridad. Elegirás a tu propia gente para protegerte en mi ausencia. Tendrás acceso a todas las mansiones, no voy a encarcelarte, así que, si quieres jugar en los clubes o salir, no veo ningún problema...

Lo interrumpí.

—No hablas en serio ahora, ¿verdad? ¿Cómo se supone que me voy a sentar aquí? ¿Qué piensan mis padres? No conoces a mi madre, va a llorar cuando le digan que me han secuestrado, pasará el resto de su vida buscándome. ¿Sabes lo que quieres hacerle? Prefiero que me dispires ahora que culparte si algo le pasa a ella a través de mí. Si me dejas salir de esta habitación, me escaparé y no me volverás a ver. No voy a ser de tu propiedad ni de la de nadie más.

Massimo se acercó a mí como si supiera que algo no muy agradable iba a suceder de nuevo. Extendió su mano y me dio un segundo sobre.



Blanka Lipińska

Sosteniéndolo en mis manos, me preguntaba si debería abrirlo. Estaba investigando la cara de Black. Miró el fuego como si estuviera esperando mi reacción a lo que había dentro.

Rompí el sobre y con mis manos temblorosas saqué más fotos. ¿Qué demonios? Estaba sirviendo para ti. Las fotografías mostraban a mi familia: mi madre, mi padre y mi hermano. En situaciones normales, tomadas al lado de la casa, en el almuerzo con los amigos, a través de la ventana del dormitorio mientras dormían.

—¿Qué demonios es esto?!— Le pregunté a los confusos y enojados donadores.

—Es mi política la que me garantiza que no te escaparás. No puedes arriesgar la seguridad y la vida de tu familia. Sé dónde viven, cómo viven y trabajan, a qué hora se van a dormir y qué comen para el desayuno. No voy a vigilarte porque sé que no puedo hacerlo mientras no estoy, no te encarcelaré, ni te ataré o encerraré. Todo lo que puedo hacer es darte un ultimátum: dame un año y tu familia estará a salvo y protegida.

Me senté frente a él y pensé en si podría matarlo. Había un arma en la mesa entre nosotros, y yo quería hacer todo lo posible para proteger a mi familia. Agarré el arma y la apunté a Black. Todavía estaba sentado muy quieto, pero su ira estaba ardiendo.

—Laura, me estás volviendo loco y furioso al mismo tiempo. Baja el arma o tendré que hacerte daño.

Cuando terminó de hablar, cerré los ojos y apreté el gatillo. No pasó nada. Massimo se lanzó sobre mí, tomó mi pistola y me sacó del sillón, me tiró del sofá del que se levantó. Me dio vuelta sobre mi estómago y me ató las manos con una cuerda de una de las almohadas. Cuando terminó, me sentó, o más bien me tiró en un asiento blando.

Blanka Lipińska

—¡Tienes que desbloquearlo primero! ¿Prefieres hablar así? ¿Estás cómoda? ¿Quieres matarme, pensando que es así de fácil? ¿No crees que nadie ha intentado esto antes?

Cuando termine de gritar, se pasó las manos por el pelo, suspiró y me miró con ojos enfadados y fríos.

—¡Domenico!— gritó.

Un joven italiano apareció en la puerta, como si todavía estuviera detrás de la pared, esperando la llamada.

—Lleva a Laura a su habitación y no cierres la puerta con llave—, dijo en inglés con ese acento británico suyo, para que yo pudiera entender. Luego se volvió hacia mí:

—No te encarcelaré, pero ¿te arriesgarás a huir?

Me recogió por la cuerda que Domenico le quitó, completamente indiferente a toda la situación. El hombre oscuro se puso la pistola por el cinturón en los pantalones y salió de la habitación, lanzándome una mirada de advertencia en el umbral.

El joven italiano me indicó el camino con un amplio gesto y se movió a lo largo del pasillo, guiándome por la "correa" que Massimo me había preparado. Después de pasar por la maraña de pasillos llegamos a la habitación donde me desperté hace unas horas. Domenico me desató las manos, asintió con la cabeza y cerró la puerta, marchándose. Esperé unos segundos y agarré la manija, la puerta no estaba cerrada con llave. No estaba muy segura de si quería cruzar el umbral. Me senté en la cama, y un torrente de pensamientos corrió por mi cabeza. ¿Hablaban en serio? ¿Todo el año sin familia, sin amigos, sin Varsovia? Estaba llorando por eso. ¿Sería capaz de hacer algo tan cruel con mis parientes? No estaba segura de lo que estaba diciendo, y al mismo tiempo no quería comprobar si estaba fanfarroneando. La ola de llanto que inundó mis ojos fue como una catarsis. No sé cuánto lloré, pero finalmente me dormí por cansancio.



Blanka Lipińska

Me desperté enrollada en una bola, todavía con una bata blanca y esponjosa. Todavía estaba oscuro afuera, otra vez no sabía si esta terrible noche estaba pasando o si era otra.

Desde el jardín, había voces masculinas silenciosas, salí al balcón, pero no vi a nadie. Los sonidos eran demasiado silenciosos para estar cerca. Pensé que algo estaba pasando al otro lado de la propiedad. Probablemente agarré la manija, la puerta aún no estaba cerrada. Salí de la habitación y durante mucho tiempo me pregunté si debía dar un paso adelante o si podía volver atrás. La curiosidad ganó y me moví por el oscuro pasillo en dirección a las voces que venían hacia mí. Era una calurosa noche de agosto, las cortinas de luz en las ventanas soplaban al viento con olor a mar. La casa estaba tranquila en la oscuridad. Me pregunto cómo se veía durante el día. Sin que Domenico se perdiera en la maraña de pasillos y puertas era bastante obvio, al poco tiempo no tenía ni idea de dónde estaba. Lo único que sugerí fue que los sonidos de las conversaciones de los hombres eran cada vez más claros. Caminando a través de la puerta ligeramente entreabierta, llegué a un enorme pasillo con ventanas gigantescas que dan a la entrada. Me acerqué al cristal y me apoyé con las manos en el enorme marco, escondiéndome en parte detrás de él.

En la oscuridad vi a Massimo y a algunas personas que estaban de pie. Un hombre estaba arrodillado delante de ellos, gritando algo en italiano. Su rostro traicionó el horror y el pánico cuando miró a Black.

Massimo se quedó tranquilo con las manos en los bolsillos de sus sueltos pantalones oscuros. Le daba palmaditas al hombre con una mirada helada y esperaba el final del argumento del sollozo. Cuando se calló, Black le dijo en voz baja una o dos frases, luego sacó una pistola de detrás del cinturón y le disparó en la cabeza. El cuerpo del hombre cayó en un camino de piedra.

Este espectáculo fue el gemido que suprimí con mis manos, pegándolo a mi boca. Sin embargo, fue tan fuerte que Black apartó los ojos del



Blanka Lipińska

hombre que estaba delante de él y me miró. Su mirada era fría e impasible, como si la acción que acababa de realizar no le hubiera impresionado en absoluto. Agarró el silenciador y le dio el arma al hombre que estaba a su lado; luego me deslicé hasta el suelo.

Traté desesperadamente de tomar aire, pero desafortunadamente sin éxito. Sólo podía oír mi corazón latiendo más y más lentamente y la sangre latiendo en mi cabeza, empezó a oscurecerse delante de mis ojos, y mi estómago indicó claramente que en un momento habría champán bebido antes en la alfombra. Con las manos temblando nerviosamente, traté de desatar el cinturón de mi bata, que parecía estar cada vez más apretado, bloqueando mi capacidad de respirar. Vi la muerte de un hombre, en mi cabeza como una película feroz desplazada a través de la imagen de un tiroteo. La escena repetida causó que el oxígeno se drenara completamente de mi cuerpo. Me di por vencida en esto y dejé de luchar. Con el resto de mi conciencia grabé que mientras se afloja el cinturón de mi bata de baño, dos dedos en mi cuello tratan de sentir un pulso débil. Una mano se deslizó a través de mi espalda y cuello hasta que me agarró la cabeza y la otra bajo mis piernas medio dobladas. Sentí que me movía, quería abrir los ojos, pero no podía levantar los párpados. Se escucharon algunos sonidos a mi alrededor, sólo uno claramente me llegó:

—Laura, respira.

Este acento, pensé. Sabía que me abrazaban los brazos de Massimo, los brazos de un hombre que hace un momento le había quitado la vida a alguien. Un hombre oscuro entró en la habitación y pateó la puerta, cerrándola. Cuando sentí que me ponía en la cama, todavía estaba luchando con mi respiración, la cual, aunque se estaba volviendo cada vez más estable, no era lo suficientemente profunda para darme todo el oxígeno que necesitaba.

Massimo abrió mi boca con una mano y deslizó una píldora bajo mi lengua con la otra.



Blanka Lipińska

—Relájate, nena, es una cura para el corazón. El doctor que te está cuidando lo dejó para ti.

Después de un tiempo mi respiración se hizo más constante, más oxígeno llegaba a mi cuerpo, y mi corazón de un galope loco se ralentizó hasta un tarso tranquilo. Me caí en la ropa de cama y me quedé dormida.



365 días



Blanka Lipińska

CAPÍTULO 3

Para cuando abrí los ojos, estaba claro en la habitación. Estaba acostada en ropa de cama blanca, con una camiseta y bragas, por lo que recordaba, estaba dormida en mi bata de baño. ¿Black me vistió? Para ello, habría tenido que recogerme primero, lo que habría significado que me viera desnuda. Ese pensamiento no parecía muy agradable, a pesar de que Massimo era un hombre impresionantemente guapo.

Los eventos de anoche estuvieron ante mis ojos. Con horror, me tiré al aire y me cubrí la cara con una colcha. Toda la información, trescientos sesenta y cinco días que me dio a mí, a mi familia, a la infidelidad de Martin y a la muerte de ese hombre, fue demasiado para una sola noche.

—No te he vestido—, escuché una voz silenciada por el edredón.

Poco a poco me lo quité de la cara para mirar a Black. Estaba sentado en una gran silla junto a su cama. Esta vez llevaba un atuendo mucho menos oficial, pantalones grises de chándal y una camiseta blanca con amplias correas para los hombros, que mostraba sus hombros extendidos y sus manos bellamente esculpidas. Estaba descalzo y con el pelo deshecho; si no fuera por el hecho de que se veía fresco y apetitoso, habría pensado que acababa de salir de la cama.

—María lo hizo—, continuó. —Ni siquiera estaba en la habitación. Le prometí que no pasaría nada sin su permiso, aunque no le oculté que tenía curiosidad y quería mirar. Sobre todo porque estabas inconsciente, indefensa, y finalmente estaba seguro de que no me darían otro tiro en la cara. —Diciendo eso, levantó las cejas con diversión y lo vi sonreír por primera vez. Estaba despreocupado y satisfecho. Parecía olvidar por completo los dramáticos acontecimientos de anoche.

Me levanté y me apoyé en la cabecera de una cama de madera.



Blanka Lipińska

Massimo, todavía con una sonrisa juvenil y juguetona, en el asiento mejoró ligeramente, puso la pierna derecha sobre la rodilla izquierda y esperó las primeras palabras de mi boca.

—Mataste a un hombre... —susurré, y había rastros en mis ojos. —Le disparaste y lo hiciste tan simple como si me comprara otro par de zapatos.

Los ojos de Black se volvieron helados y animales otra vez, la sonrisa desapareció de su cara. Fue reemplazado por una máscara de seriedad e intransigencia que ya conocía.

—Traicionó a su familia, y la familia soy yo, así que me traicionó a mí.— Se inclinó un poco. —Te lo dije, pero creo que pensaste que era una broma. No acepto oposición o desobediencia, Laura, y nada es más importante para mí que la lealtad. Aún no estás lista para todo esto, y para una vista como la de ayer, probablemente nunca estarás lista.



Se alejó de su silla y se levantó de la misma. Se acercó a mí y se sentó en el borde de la cama. Me peinó suavemente con los dedos, como si estuviera comprobando si yo era real. En un momento dado, me pasó la mano por debajo de la cabeza y me agarró fuertemente el pelo contra la piel. Tiró su pierna izquierda a través de mi cuerpo y se sentó sobre mí, inmovilizándome. Su respiración se aceleró, y sus ojos se iluminaron con el deseo y la ferocidad animal. Estaba muerta de miedo, que estoy segura de que estaba pintado en mi cara. Massimo vio ese miedo, y claramente le estaba dando la vuelta.

Después de lo que pasó anoche, supe que este hombre no estaba bromeando, que si quiero que mi familia esté segura y tranquila, tengo que aceptar las condiciones que me puso.

El tipo oscuro me apretaba la mano en el pelo cada vez más fuerte, pasando su nariz por mi cara. Estaba metiendo aire en mis pulmones, absorbiendo el olor de mi piel. Quería cerrar los ojos para mostrarle falta de respeto y fingir que no me conmovía, pero hipnotizada por su mirada



Blanka Lipińska

salvaje no podía apartar los ojos de él. No podía ocultar que era un hombre hermoso, muy de mi tipo. Ojos negros, cabello oscuro, labios maravillosos, enormes y bellamente raspados, barba de unos días, que ahora me cosquilleaba suavemente las mejillas. ¡Y este cuerpo! Largas y delgadas piernas envueltas a mi alrededor, poderosos hombros musculosos y un pecho extendido, que se podía ver a través de una camiseta ajustada.

—El hecho de que no haga nada sin su permiso no significa que pueda detenerme, —murmuró, mirándome a los ojos.

Su mano en mi pelo me tiró con fuerza, empujándome más profundamente en la almohada. Hice un gemido silencioso de mí misma. Massimo sacó aire a este sonido. Suavemente y despacio deslizó su pierna derecha entre mis muslos y se aferró a mí con su hombría. Sentí en mi cadera cuánto me quería. Sólo sentí miedo.

—Quiero tenerte, Laura, quiero tenerte a ti... — Me pasó la nariz por la cara.— Cuando eres tan frágil e indefensa, me excitas mucho. Quiero follarte como nadie más lo ha hecho, quiero hacerte daño y darte consuelo. Quiero ser tu último amante...

Dijo todas estas palabras, y sus caderas se frotaron rítmicamente contra mi cuerpo. Me di cuenta de que el juego en el que estaba a punto de participar acababa de empezar. No tenía nada que perder, podía pasar los siguientes trescientos sesenta y cinco días o bien luchando contra este hombre, que estaba condenado a fracasar de antemano, o bien conociendo las reglas del juego que me estaba preparando y participando en él. Puse lentamente mis manos detrás de mi cabeza y las puse en una almohada, mostrándole la rendición y sin un arma. Black, al ver esto, soltó mi pelo y entrelazó sus dedos con mis manos, apretándolos contra la almohada.

—Mucho mejor, nena,— susurró. —Me alegro de que lo hayas entendido.



Blanka Lipińska

Massimo me empujaba cada vez más fuerte en la cadera con su impresionante polla, que yo sentía hasta el estómago.

—¿Me quieres a mí?— Pregunté, levantando ligeramente la cabeza, de modo que pasé mi labio inferior por encima de su barbilla.

Gimió y antes de que me diera cuenta, su lengua ya me estaba hinchando la boca, empujándolo loco y profundamente, buscando con avidez la mía. Me soltó el abrazo de las manos para que pudiera soltar mi mano derecha. Ocupado con los besos, no se dio cuenta de cómo me escapé de su abrazo. Levanté mi rodilla derecha y lo empujé lejos de mí, mientras lo golpeaba en la mejilla enfurruñada con mi mano liberada.

—¿Ese es el respeto que me has dado?!— Grité. —Ayer, por lo que recuerdo, se suponía que estabas esperando mi permiso expreso, para no implicar malas interpretaciones.



El hombre oscuro estaba congelado en la quietud, y cuando volvió la cabeza hacia mí, sus ojos estaban tranquilos y sin palabras.

—Si me golpeas de nuevo...

—¿Y qué? ¿Vas a matarme?— ...le ladré antes de que terminara.

Massimo se sentó junto a su cama y me miró un rato y luego se rió limpia y sinceramente. Se veía joven, y probablemente lo era, pero no tenía ni idea de su edad, pero en ese momento parecía más joven que yo.

—¿Cómo puedes no ser italiana?— Preguntó. —Este no es un temperamento eslavo.

—¿Y cuántos esclavos conoces?

—Eso es suficiente para mí— dijo divertido y saltó de la cama. Se volvió hacia mí y me anunció con una sonrisa:— Será un año genial, pero tengo que esquivar más rápido, porque estás perdiendo la vigilancia, nena.



Blanka Lipińska

Se dirigió a la puerta, pero antes de cruzar el umbral, se detuvo y me miró.

—Trajeron tus cosas y Domenico puso a Jew en el armario. No hay muchos de ellos, aunque para alguien que se fue de vacaciones de cinco días, todavía tiene sorprendentemente mucha ropa y aún más zapatos. Tenemos que cuidar tu vestuario, así que por la tarde, cuando vuelva, iremos a comprarte ropa, ropa interior y lo que necesites. Esta habitación es tuya, a menos que encuentres otra habitación en la casa que te guste más, entonces la cambiaremos. Todos los sirvientes saben quién eres, si necesitas algo, llama a Domenico. Los coches y los conductores están a su disposición. Tendrás una protección que intentará no llamar la atención. Te daré el teléfono y la computadora esta noche, pero aún tendremos que discutir los términos de uso.



Lo miré con los ojos abiertos y me pregunté cómo me sentía. No podía concentrarme, oliendo la saliva de Massimo en mis labios. La tensión de su erección pulsaba en sus pantalones, absorbiendo mi atención. Incuestionablemente y sin lugar a dudas, mi torturador sentía mucha curiosidad por mí. No pude responder a la pregunta de si quiero vengarme subconscientemente de Martin por su traición o si solo quiero demostrarle a Black lo dura que soy.

Massimo continuó.

—La residencia cuenta con una playa privada, motos acuáticas y lanchas, pero por ahora no está permitido su uso. Hay una piscina en el jardín, Domenico le mostrará todo, será su asistente personal y traductor, si es necesario, algunas de las personas de la casa no hablan inglés. Lo elegí porque le gusta la moda tanto como a ti, y tienes casi la misma edad.

—¿Cuántos años tienes?— Lo interrumpí. Soltó la manilla y se apoyó en el marco de la puerta. Los padrinos de la mafia deberían ser viejos, ¿no?

Blanka Lipińska

Massimo entrecerró los ojos y siguió mirándome a los ojos, dijo:

—No soy capo di tutti capi, ellos son más viejos, soy capofamiglia, o Don. Pero es una historia demasiado larga, así que si estás tan interesada, te la explicaré más tarde.

Se dio la vuelta y se movió por el largo pasillo hasta que desapareció, entrando en una de las docenas de puertas. Estuve un rato acostada allí, analizando mi posición. Pensar en esta situación fue agotador, sin embargo, así que decidí tomarme un tiempo.

Por primera vez tuve la oportunidad de ver la propiedad a la luz del día. Mi habitación tenía probablemente ochenta metros de altura y había todo lo que una mujer podría querer. En la pasarela había un gran camerino vivo como si fuera de *Sex and the City*, sólo que estaba casi vacío. Las cosas que me llevé a Sicilia llenaron tal vez una centésima parte de una enorme habitación. Las estanterías de los zapatos estaban vacías, de compras y docenas de cajones sólo tenían un forro de satén para la joyería.

Además del armario, también tenía a mi disposición un cuarto de baño gigante que utilizaba para ducharme. En ese momento estaba demasiado aturdida para notar su impresionante mobiliario. La gran cabina abierta tenía una función de sauna de vapor y chorros de masaje transversales que parecían toalleros con agujeros. En el tocador con un espejo, me encantó descubrir los cosméticos de todas mis marcas favoritas: *Dior*, *YSL*, *Guerlain*, *Chanel* y muchas otras. En la parte superior del lavabo había botellas de perfume, entre las cuales encontré mi querida Rosa de Medianoche de *Lancôme*. Al principio me pregunté cómo lo sabía, pero él lo sabía todo, así que algo tan prosaico como el perfume que pudo ver en mi equipaje no era ningún secreto. Me di una ducha, larga y caliente, me lavé el pelo, que tanto lo necesitaba, y fui a mi vestidor para elegir algo cómodo para ponerme. Hacía treinta grados afuera, así que busqué un vestido largo y ligero de frambuesa sin espalda, y con sandalias. Iba a





Blanka Lipińska

secarme el pelo, pero antes de vestirme ya estaba seco. Así que lo clavé en un moño descuidado y me fui por el pasillo.

La casa se parecía un poco a una villa de la Dinastía, sólo que en la versión italiana. Era enorme e impresionante. Mientras caminaba por las habitaciones contiguas, descubrí más retratos de una mujer de la visión de Massimo. Fueron extremadamente hermosas y me mostraron en varias tomas y poses. Todavía no podía entender cómo era posible que me recordara con tanta precisión.

Bajé al jardín sin encontrarme con nadie en el camino. ¿Qué clase de servicio? Pensé, paseando por los pasillos bien cuidados y diseñados con precisión. Descubrí un descenso a la playa. De hecho, había un puerto deportivo donde se amarraba una hermosa lancha blanca y varias motos de agua. Me quité los zapatos y subí al barco. Cuando me sorprendí al descubrir que las llaves estaban junto al encendido, me alegré, y un mal plan pasó por mi cabeza, que incluía romper las prohibiciones del Black. Tan pronto como toqué el llavero, escuché una voz detrás de mí.

—Hubiera preferido que te abstuvieras de hacer este viaje hoy.

Me di la vuelta asustada y vi a un joven italiano.

—¡Domenico! Sólo quería ver si encajaban— dije con una sonrisa idiota en mi cara.

—Le aseguro que se ajustan, y si quiere nadar, lo arreglaremos después del desayuno.

¡La comida! No puedo recordar la última vez que comí. No sé cuántos días pasé durmiendo, en realidad; no sabía qué día era, ni siquiera qué hora era. Cuando pensaba en comer, mi estómago me decía *"ruge desde las profundidades"*. Tenía mucha hambre, pero debido a todas las emociones que he tenido últimamente, me olvidé por completo de ello.

Domenico, con un gesto familiar, señaló el descenso de la barca, le di la mano y me llevó al embarcadero.




Blanka Lipińska

—Me tomé la libertad de preparar el desayuno en el jardín, hoy no hace mucho calor, así que será más agradable—, me dijo.

Bueno, en realidad, pensé, treinta grados es casi frío, así que por qué no.

Un joven italiano me condujo a través de los callejones a una enorme terraza en la parte trasera de la mansión. Mi habitación probablemente tiene un balcón a esta parte del jardín, ya que la vista me pareció sorprendentemente familiar. En el piso de piedra había un gazebo improvisado, que era ilusoriamente similar a las cajas del restaurante donde comimos la primera noche. Tenía gruesos soportes de madera a los que se fijaban enormes láminas de lona blanca para protegerse del sol. Bajo un techo ondulado, se colocó una gran mesa de la misma madera que los soportes y varios cómodos sillones con cojines blancos.



El desayuno era verdaderamente real, así que mi hambre se apoderó de repente. Platos de queso, aceitunas, maravillosos fiambres, panqueques, fruta, huevos todo lo que me gustaba estaba allí. Me senté en la mesa y Domenico desapareció. Supuestamente me acostumbré a las comidas solitarias, pero esta vista y esta cantidad de comida pedían un compañero. Después de un tiempo, el joven italiano volvió y puso los periódicos delante de mí.

—Pensé que te gustaría mirar a la prensa.— Se dio la vuelta y desapareció de nuevo dentro de la villa.

Miré con sorpresa "*Rzeczpospolita lita*", "*Wyborcza*", la versión polaca de "*Vogue*" y algunos títulos de chismes. Inmediatamente me sentí mejor, pude averiguar lo que estaba pasando en Polonia. Cuando pongo más delicias en mi plato y recorro los periódicos, me pregunto si así es como conoceré las noticias de mi país para el próximo año.

Después de la comida, no tenía fuerzas para nada, estaba enferma. Aparentemente no era la mejor idea comer tanto después de unos días de hambre. A lo lejos, al final del jardín, noté un sofá con almohadas



Blanka Lipińska

blancas y un dosel extendido sobre él. Sería un lugar perfecto para esperar la indigestión, juzgué y me puse en marcha en esta dirección, llevando el resto de la prensa borrosa bajo mi brazo.

Me quité los zapatos y entré en el mullido centro de la plaza de madera, tirando junto al periódico. Salí del camino cómodo. La vista era grande: pequeños barcos en el mar se agitaban a un ritmo lento, a lo lejos una lancha a motor tiraba de un enorme paracaídas con vapor, el agua azul pedía saltar y las monumentales rocas que sobresalían de las profundidades eran una promesa de vistas maravillosas para los amantes del buceo. Un viento fresco y agradable soplaba desde el mar, y el azúcar que crecía en mi cuerpo me hacía hundirme cada vez más en la tierra blanda.



—¿Vas a dormir otro día?— Me despertó un susurro silencioso con acento británico.

Abrí los ojos, Massimo se sentó en el borde del sofá y me miró suavemente.

—Le eché de menos—, dijo, llevándose mi mano a su boca y dándome un suave beso. —Nunca le dije esto a nadie en mi vida porque nunca lo sentí. Todo el día pensé que estabas aquí, y tuve que volver.

Parcialmente todavía aturdida por mi siesta, me arrastraba perezosamente con un vestido ligero que traicionaba mi forma. El hombre oscuro se puso de pie y se quedó allí. Su vista se iluminó de nuevo con los ojos salvajes y animales.

—¿Puedes no hacer eso?— Preguntó, lanzándome una mirada de advertencia. —Si usted provoca a alguien, considere que su acción puede ser efectiva.

Al ver su vista, me puse de pie y me paré frente a él. Sin mis zapatos, ni siquiera alcancé su barba.



Blanka Lipińska

—Simplemente me estiro, es un reflejo natural cuando me despierto, pero como te molesta, por supuesto que no lo haré de nuevo en tu presencia—, dije con cara de ofendida.

—Creo que sabes exactamente lo que haces, pequeña —dijo Massimo, levantándose la barbilla con el pulgar. —Pero ya que te levantaste, podemos irnos. Necesito comprarte algunas cosas antes de que te vayas.

—¿Te vayas? ¿Voy a alguna parte?— Pregunté, con las manos en el pecho.

—Sí, yo también. Tengo algunas cosas que hacer en el continente, y tú me acompañarás. Después de todo, sólo me quedan trescientos cincuenta y nueve días.



Massimo estaba claramente entretenido, su humor despreocupado me dio rápidamente. Estuvimos tan cara a cara como dos adolescentes coquetos en el patio de la escuela. La tensión, el miedo y el deseo de comida fluyeron entre nosotros. Me pareció que ambos sentíamos las mismas emociones, con la única diferencia de que probablemente teníamos miedo de cosas completamente diferentes.

El hombre oscuro tenía las manos en los bolsillos sueltos de su pantalón oscuro, su camisa del mismo color, abierta por la mitad, mostraba pequeños pelos en el pecho. Se veía apetitoso y sensual mientras el viento se llevaba su pulcro peinado. Volví a sacudir la cabeza, desechando los pensamientos equivocados en mi opinión.

—Me gustaría hablar contigo... —me atraganté con eso.

—Lo sé, pero no ahora. Es hora de cenar. Tienes que aguantar. Vamos.

Me agarró de la muñeca, recogió mis zapatos de la hierba y se dirigió hacia su casa. Cruzamos un largo pasillo y nos encontramos en la entrada. Me paré sobre una superficie de piedra como si hubiera crecido en el suelo. El horror de la noche anterior volvió a mi vista. Massimo sintió que mi muñeca se ponía blanda y coja. Me tomó en sus manos y

A faint, artistic background image of a couple in a car, with a man in a suit and a woman in a dark dress, set against a purple and pink smoky backdrop.

Blanka Lipińska

me puso en una camioneta negra a unos metros de distancia. Pestañee los ojos nerviosamente, tratando de captar el foco y tratando de salir de la pesadilla, que se desplazaba constantemente por mi cabeza como una película que titubea.

—Si cada vez que intentas salir de casa vas a perder el control absoluto, tendré toda la entrada principal cambiada—, declaró con calma, manteniendo los dedos en la muñeca y mirando el reloj. —Tu corazón está a punto de estallar, así que trata de calmarte, o de lo contrario tendré que darte la medicina de nuevo, y ambos sabemos que estarás durmiendo por unas horas.

Me agarró y me puso en su regazo. Me abrazó con la cabeza a su pecho, me puso los dedos en el pelo y empezó a asentir rítmicamente, ligeramente.



—Cuando era pequeño, mi madre solía hacer eso. La mayoría de las veces ayudó—, dijo en un tono suave, acariciando mi cabeza.

Estaba lleno de contradicciones. Un bárbaro sensible, este término era perfecto para él. Peligroso, inobjetable, gobernado, y una cereza es cariñoso y gentil. La combinación de todas estas características me asustó, fascinó e intrigó al mismo tiempo.

Le dijo algo al conductor en italiano y apretó el botón del panel que estaba al lado, lo que hizo que el cristal que teníamos delante se cerrara, proporcionando privacidad. El auto arrancó y Black siguió acariciando mi cabello. Después de un tiempo estaba completamente calmada y mi corazón latía rítmicamente y de forma constante.

—Gracias— le susurré, deslizándome de sus rodillas y sentándome.

Me estaba llevando en su mirada, asegurándose de que estaba bien.

Para evitar su mirada penetrante, miré por la ventana y me di cuenta de que íbamos cuesta arriba todo el tiempo. Miré hacia arriba y vi una



Blanka Lipińska

hermosa vista sobre nuestras cabezas. La ciudad en las rocas, pensé que ya la había visto.

—¿Dónde estamos exactamente?— pregunté.

—La villa está en las laderas de Taormina, y nos vamos a la ciudad, creo que te gustará—, dijo, sin apartar la vista del cristal.



365 días



Blanka Lipińska

CAPÍTULO 4

El Giardini Naxos, al que vinimos con Martin, estaba a pocos kilómetros de *Taormina*, se podía ver desde prácticamente todos los lugares de la ciudad. El pueblo en la roca fue uno de los puntos de nuestra gira juntos. ¿Y si Martin, Michael y Karoline están siguiendo el plan? ¿Y si nos encontramos con ellos? Estaba inquieta en mi asiento, lo cual no escapó a la atención de Black.

Como si leyera en mis pensamientos, dijo: —Salieron de la isla ayer.

¿Cómo supo que estaba pensando en eso? Lo miré haciendo preguntas, pero ni siquiera se fijó en mí.



Cuando llegamos, el sol se estaba poniendo lentamente y miles de turistas y locales salieron a las calles de *Taormina*. La ciudad estaba llena de vida, calles estrechas y pintorescas tentadas con cientos de cafés y restaurantes. Los letreros de las tiendas caras me sonrieron. ¿Marcas exclusivas en un lugar así, prácticamente en el fin del mundo?

Tales tiendas fueron en vano en el centro de Varsovia. El coche se detuvo, el conductor salió y abrió la puerta, Black me echó una mano y me ayudó a salir del todoterreno, que era bastante alto para mí. Después de un tiempo me di cuenta de que nos acompañaba otro coche, del que salieron dos hombres vestidos de negro. Massimo me cogió la mano y me llevó a una de las calles principales. Sus hombres nos siguieron a una distancia que se suponía no debía llamar demasiado la atención. Se veía bastante grotesco, si no querían ser vistos, deberían usar pantalones cortos y chancletas, no trajes de sepulturero. Sólo que sería difícil esconder un arma en el retrete de la playa.

La primera tienda que visitamos fue la boutique de *Robert Cavelli*. Cuando cruzamos su umbral, la vendedora se nos lanzó casi corriendo, dándonos la bienvenida a mi compañero y a mí justo después. Un

Blanka Lipińska

elegante anciano salió de la parte de atrás y saludó a Massimo con dos besos en la mejilla, diciéndole algo en italiano y luego se volvió hacia mí.

—Bella—, dijo, agarrándome las manos.

Fue una de las pocas palabras en italiano que entendí. Le sonreí radiantemente en agradecimiento por el cumplido.

—Mi nombre es Antonio y te ayudaré a elegir el vestuario adecuado— comenzó en un inglés fluido. —Talla 36, creo. Me miró para investigar.

—A veces 34, depende de la talla del sostén. Como puedes ver, no fui bendecida naturalmente,— dije, señalando con la risa a mis pechos.

—¡Oh, cielos!— Antonio gritó. —A Roberto Cavalli le encantan estas formas. Vamos, dejemos que Don Massimo descanse y espere las consecuencias.



Black se sentó en el sofá en una tela plateada parecida al satén. Antes de que sus nalgas tocaran la almohada, ya había una botella de *pérignon* de la casa fría esperando al lado, y una de las vendedoras, afortunadamente, llenó un peso. Massimo me miró con lujuria y luego se cubrió con un periódico. Antonio llevó docenas de vestidos al vestidor, los cuales me puso uno por uno, pisoteando alegremente. Delante de mis ojos, sólo volaban las etiquetas con las cantidades de las próximas creaciones. Por la pila que me preparó, se podría comprar fácilmente un piso en Varsovia, pensé. Después de más de una hora, elegí unas cuantas creaciones, que fueron empaquetadas en hermosas cajas decorativas.

En las siguientes tiendas la situación era similar: una calurosa y eufórica bienvenida y un sinfín de compras... *Prada, Louis Vuitton, Chanel, Louboutin* y finalmente *Victoria's Secret*.

Black se sentaba y hojeaba la prensa, hablaba por teléfono o revisaba algo en su *iPad* cada vez. No estaba interesado en mí para nada. Por un lado, era feliz, por otro lado, era molesto. No lo entendía: esta mañana no

Blanka Lipińska

pudo alejarse de mí, y ahora que tiene la oportunidad de verme en cada una de estas maravillosas creaciones, no tiene ganas de hacerlo.

Definitivamente echaba de menos mi idea de estar animada como de *Pretty Woman*—yo sirviéndole todo tipo de encarnaciones calientes y él como mi fanático cachondo.

Victoria's Secret nos saludó con rosa, este color estaba literalmente en todas partes: en las paredes, en los sofás, en las vendedoras, tenía la impresión de que me había caído en la máquina de algodón de azúcar y estaba a punto de vomitar. Black me miró, se arrancó el teléfono de su oreja.

—Esta es la última tienda, no tenemos más tiempo. Tome en consideración sus elecciones y necesidades,— él arrojó a la basura lo no deseado, luego regresó, se sentó en el sofá y comenzó a hablar de nuevo.

Me incliné y me quedé allí un rato, mirándolo con desaprobación. No se trataba del final de esta loca persecución, porque ya he tenido suficiente, sino de la forma en que se refería a mí.

—Señora— la vendedora se volvió hacia mí y me invitó al camerino con un gesto amistoso.

Cuando entré en el box, vi una gran pila de trajes de baño preparados y panales de ropa interior.

—No tienes que probarte todo. Sólo ponte un juego para que pueda estar seguro de que la talla que elegí para ti es la correcta—, dijo y desapareció, deslizando una pesada cortina rosa detrás de ella.

¿Para qué necesito tantas bragas? No creo que haya tenido tanto en toda mi vida. Delante de mí había una montaña de telas de colores, principalmente encajes. Me asomé por detrás de la cortina y pregunté:

—¿Quién eligió todo esto?

Al verme, se puso en pie y se acercó.



Blanka Lipińska

—Don Massimo hizo preparar exactamente estos modelos de nuestro catálogo.

—Entiendo—, respondí y me escondí detrás de la cortina.

Cuando estaba girando el montón, noté cierta predilección: encaje, encaje fino, encaje grueso, encaje... y tal vez algo de algodón. Maravilloso y muy cómodo, era irónico. Elegí un conjunto de encaje rojo combinado con seda y empecé a quitarme lentamente el traje para poder quitarme los accesorios de la cabeza. El delicado sujetador se ajustaba perfectamente a mis pequeños pechos. Descubrí con curiosidad que, aunque no era una versión de flexión, mi busto se veía muy tentador en ella. Me incliné y saqué mis piernas de encaje a través de la media tanga. Mientras me enderezaba y me miraba en el espejo, vi a Massimo de pie detrás de mí. Se apoyaba en la pared del vestidor, con las manos en los bolsillos y me miraba de arriba a abajo. Me volví hacia él y lo mire con enfado.



—¿Qué estás...?—...antes de que me agarrara por el cuello y me presionara en el espejo.

Me pegó todo el cuerpo y movió suavemente su pulgar sobre mis labios. Estaba como paralizada, su cuerpo tenso bloqueaba cada uno de mis movimientos. Dejó de jugar con mis labios y arrastró su mano hasta mi cuello. El abrazo no fue fuerte, no tenía que serlo, sólo tenía que mostrarme su dominio.

—No te muevas—, dijo, atravesándome con un ojo helado y salvaje. Miró hacia abajo y gimió en silencio. —Estás guapa.— Estaba siseando entre dientes. —Pero no puedes usarlo, no todavía.

La palabra "*no puedo*" en su boca era como un estímulo, como una provocación para hacer exactamente lo contrario. Saqué mis nalgas del frío espejo y empecé a dar el primer paso lentamente. Massimo no se resistió, se alejó al ritmo que yo caminaba, manteniendo la mano apretada alrededor de mi cuello todo el tiempo. Cuando estaba segura de



Blanka Lipińska

que estaba tan lejos del espejo que él podía verme por todas partes, lo miré. Como sospechaba, su mirada se quedó atascada en mi reflejo. Miró a su presa, y vi que sus pantalones le quedaban demasiado ajustados. Respiraba fuerte y su pecho flotaba a un ritmo acelerado.

—Massimo, —dije en voz baja.

Me quitó los ojos de las nalgas y me miró a los ojos.

—Salga o le garantizo que lo ve por primera y por última vez— estaba lamentándome, tratando de poner una cara peligrosa.

Black sonrió, tratando mis palabras como un reto. Su mano se apretó fuertemente alrededor de mi cuello. Sus ojos se iluminaron con una demanda airada, dio un paso adelante, luego otro y otra vez clavé mi cuerpo en el frío espejo. Luego al final me soltó el cuello y dijo en un tono tranquilo:

—Lo elegí todo y decidiré cuando lo vea— entonces se fue.

Estuve de pie allí un rato, enfadado y feliz al mismo tiempo. Poco a poco empecé a tener las reglas del juego y aprendí los puntos sensibles de la guía.

Cuando me puse el vestido, mi ira seguía zumbando en mí. Agarré la parte superior preparada de mi ropa interior y salí del vestuario con ella. La vendedora se paró, pero yo la pasé con indiferencia. Vi a Massimo sentado en el sofá. Subí y presioné todo lo que tenía en mis manos contra él.

—¡Usted eligió, por favor! ¡Todo es tuyo!— Grité y salí corriendo de la tienda.

Los guardias de seguridad que esperaban frente a la boutique ni siquiera se movieron cuando los pasé, solo miraron a Black y se quedaron en el mismo lugar donde estaban parados. Corrí a través de las calles atestadas de gente, preguntándome qué estaba haciendo, qué haría y qué pasaría. Vi las escaleras entre los dos edificios, giré y corrí hacia



Blanka Lipińska

ellas, volví a girar en la primera calle que encontré y después de un rato vi otra escalera. Subí más y más alto hasta que me encontré a dos cuadras de donde escapé. Me apoyé contra la pared, respirando con esfuerzo. Mis zapatos pueden haber sido hermosos, pero ciertamente no fueron hechos para correr.

Miré al cielo, al castillo que daba a Taormina. No puedo soportar un año así, pensé.

—Solía ser una fortaleza, según he oído.

—¿Quieres correr hasta allí o le ahorras a los chicos ese esfuerzo? Los chicos están tan en forma como yo.

Giré la cabeza. Massimo estaba de pie en la escalera, se ve que corría porque tenía el pelo desgreñado por el viento, pero no respiraba, a diferencia de mí. Se apoyó contra la pared y puso despreocupadamente las manos en el bolsillo del pantalón.

—Debemos regresar ahora. Si quieres practicar, hay un gimnasio y una piscina en casa. Y si te apetece una maratón en la escalera, hay muchas en la villa.

Sabía que no tenía más remedio que volver con él, pero por un tiempo sentí que estaba haciendo lo que quería. Me extendió la mano, la ignoré y bajé las escaleras donde había dos hombres de traje negro. Los pasé con una cara de desaprobación y me acerqué a la camioneta estacionada al lado. Entré y di un portazo.

Pasó un tiempo antes de que Massimo se uniera a mí. Se sentó en el asiento de al lado con el teléfono en la oreja y habló hasta que se estacionó en la entrada. No tengo ni idea de cuál era su tema, porque en italiano todavía sólo entendía unas pocas palabras. Su tono era tranquilo y objetivo, escuchaba mucho, no hablaba mucho, y no pude deducir nada de su lenguaje corporal.

Blanka Lipińska

Nos detuvimos en el piso de abajo de la casa, agarré la manija, pero la puerta estaba cerrada. Black terminó la conversación, escondió el teléfono en el bolsillo interior de la chaqueta y me miró.

—La cena será en una hora.— Domenico vendrá por ti.

La puerta del coche se abrió y vi a un joven italiano extender su mano para ayudarme a salir. Se lo di ostentosamente, sonriéndole radiantemente. Corrí hacia el edificio sin mirar el lugar que había sido mi peor pesadilla desde anoche. Domenico me siguió.

—Error.— Dijo en voz baja cuando giré la puerta equivocada.

Lo miré, agradeciéndole la pista, y después de un rato llegué a mi habitación.



El joven italiano se paró en la puerta como si esperara el permiso para entrar.

—En un momento, traerán todas las cosas que compraron hoy. ¿Necesitas algo más?— Preguntó.

—Sí, me gustaría tomar una copa antes de la cena. ¿A menos que no se me permita?

El italiano sonrió y asintió con la cabeza, y luego desapareció en la oscuridad del pasillo.

Entré al baño, me quité el vestido y cerré la puerta. Me paré en la ducha y abrí el agua fría. Apenas respiraba aire, estaba realmente helado, pero después de un tiempo se volvió agradable. Tuve que refrescarme. Cuando el chorro helado refrescó mis emociones, cambié un poco mi actitud. Me lavé el pelo, me puse un acondicionador y me senté contra la pared. El agua estaba agradablemente tibia, fluyendo a través del cristal y tranquilizándome. Tuve un momento para pensar en lo que pasó esta mañana y luego en lo que pasó en la tienda. Estaba confundida. Massimo era tan complicado, cada vez era impredecible. Poco a poco se me

Blanka Lipińska

ocurrió que si no aceptaba la situación y empezaba a vivir normalmente, me cansaría.

Entonces me deslumbró. Realmente no tenía nada con que pelear y nada de qué huir. En Varsovia ya no me esperaba nada, no perdí nada, porque todo lo que tenía ya se había ido. Ahora sólo podía participar en la aventura que el destino me había preparado. Era el momento de aceptar la situación, Laura, me dije a mí misma, y luego me levanté.

Me enjuagué el pelo y lo envolví en una toalla, me puse la bata y salí del baño.

Docenas de cajas llenaban el dormitorio, y me sentí superada por la alegría de verlas. Una vez me hubieran despedazado para hacer esas compras y ahora yo también iba a disfrutarlas. Tenía un plan.



Encontré bolsos con el logo de *Victoria's Secret*, busqué entre docenas de juegos y encontré el de encaje rojo. De la caja pegada saqué un vestido corto negro transparente y del siguiente conjunto los *Louboutin* a juego. Sí, este conjunto era lo que Massimo no sobreviviría. Fui al baño, tomando una botella de champán en el camino, que estaba en la mesa junto a la chimenea. Me serví un vaso y lo vacié en un solo suspiro, necesitaba valor. Me serví otro, me senté frente al espejo y saqué los cosméticos.

Cuando terminé, mis ojos estaban muy marcados, mi tez estaba perfectamente cubierta de maquillaje y mis labios brillaban por el carnoso lápiz labial de *Chanel*. Me he secado el pelo, lo he rizado ligeramente y lo sujeté en un moño alto.

La voz de Domenico salió de la habitación.

—Señora Laura, la cena está esperando.

Me puse mi ropa interior, grité a través de la puerta abierta:

—Dame dos minutos y estaré lista.

Blanka Lipińska

Me puse mi vestido, me puse mis tacones altos sin tiras en las piernas, y vertí mucho el contenido de un frasco de mi querido perfume. Me paré frente al espejo y felizmente batí mi cabeza. Me veía divina, el vestido estaba perfectamente colocado, y el encaje rojo que brillaba a través de él hacía juego con las suelas rojas de mis zapatos perfectamente. Me veía elegante y profesional para él. Me bebí un tercer vaso de líquido espumoso. Estaba lista y puesta ligeramente.

Cuando salí del baño, Domenico abrió bien los ojos para verme.

—Te ves cómo...— Se fue, buscando la palabra correcta.

—Sí, lo sé, gracias.— Respondí, y estaba coqueteando.

—Esas agujas son divinas— casi susurró y me dio un brazo.

Lo tomé y me dejé llevar por el pasillo.

Salimos a la terraza donde desayuné hoy. El cenador con techo de lona fue iluminado por cientos de velas. Massimo estaba parado atrás del bloque, mirando hacia otro lado. Solté el brazo del joven italiano.

—Seguiré sola.

Domenico desapareció, y yo me dirigí hacia Black.

Al oír el sonido de los tacones golpeando el suelo de piedra, se dio la vuelta. Llevaba pantalones de lino gris y un suéter ligero del mismo color con las mangas subidas. Se acercó a la mesa y guardó el vaso que tenía en la mano. Observó cada paso que di cuando me acerqué a él, midiéndome con los ojos. Cuando me detuve frente a él, se apoyó en la mesa y ladeó ligeramente las piernas. Me interpuse entre ellos sin soltarle los ojos. Él estaba en llamas, aunque yo fuera cegada, sentiría a través de su piel después de la silenciosa petición.

—¿Me servirías un trago?— Pregunté en voz baja, mordiéndome el labio inferior.



Blanka Lipińska

Massimo se enderezó para mostrarme que incluso con tacones estoy mucho más abajo que él.

—¿Eres consciente —empezó a susurrar —de que si me provocas, no puedo controlarme?

Apoyé mi mano contra su duro pecho y lo empujé suavemente, dándole una clara señal para que se sentara. No se resistió e hizo lo que yo quería. Me miró con curiosidad y calidez a mi cara, a mi vestido, a mis zapatos, y sobre todo, al encaje rojo, que definitivamente dominó el atuendo de hoy.

Me paré muy cerca de él, así que no pudo evitar oler mi perfume. Le metí la mano derecha en el pelo y le bajé suavemente la cabeza. Se dio por vencido en esto sin perder de vista. Me acerqué a sus labios y le volví a preguntar en voz baja:

—¿Me servirás o debo encargarme yo misma?

Después de un momento de silencio, le solté el pelo, me acerqué a la nevera y me serví en un vaso. Black seguía sentado en la mesa y me estaba llevando con los ojos, y sus labios formaban una especie de sonrisa. Me senté en la mesa, jugando con el cristal del vaso.

—¿Vamos a comer?— Le pregunté, echándole una mirada aburrida.

Se levantó, se acercó a mí y me puso las manos sobre los hombros. Se inclinó, tomó aire profundo y susurró:

—Te ves maravillosa.— Debe haberme metido la lengua en el oído.
— No recuerdo que ninguna mujer haya actuado así conmigo.— Sus dientes pasaron suavemente sobre la piel de mi cuello.

Mi cuerpo fue atravesado por el escalofrío que surgió entre mis piernas.

—Tengo ganas de poner tu barriga sobre la mesa, subirte el vestido corto y sin quitarte las bragas, te voy a follar duro.



Blanka Lipińska

Respiré profundamente, sintiendo la emoción que crece dentro de mí. Continuó.

—Podía olerte cuando te paraste en la puerta de la casa. Me gustaría chupártela.— Al decir esto, empezó a apretar rítmicamente y con firmeza sus manos sobre mis hombros. —Hay un lugar en tu cuerpo donde no puedes olerlo ahora. Ahí es donde más me gustaría estar.

Me quitó su argumento sensual y empezó a besarme y morderme el cuello suavemente otra vez. No me resistí, sólo giré la cabeza a un lado para darle mejor acceso. Sus manos se deslizaron lentamente por su escote para apretar ambos pechos con firmeza después de un rato. Gemí.

—Puedes ver por ti misma que me quieres, Laura.

Sentí sus manos y labios desaparecer.

—Recuerda, este es mi juego, así que yo hago las reglas.— Me besó en la mejilla y se sentó en la silla a mi lado.

Triunfó, ambos lo sabíamos, lo que no cambió el hecho de que sus pantalones se volvieran demasiado pequeños otra vez.

Fingí estar entusiasmada con toda la situación, pero sólo divertía a mi compañero. Estaba sentado, jugando con una copa de champán, con una sonrisa en su cara.

Domenico apareció en la puerta para desaparecer inmediatamente, y un momento después dos jóvenes nos sirvieron un aperitivo. El Carpaccio con el Eje de los Miodles de Nica fue delicioso y delicado, y los siguientes platos servidos en la mesa fueron mejorando. Comimos en silencio, espiándonos de vez en cuando. Después del postre me alejé de la mesa con mi silla, tomé una copa de vino rosado en mi mano y comencé con cierta voz:

—*Cosa nostra*.

Massimo me dio una mirada de advertencia.



Blanka Lipińska

—Por lo que sé, no existe. ¿No es así?

Se rió burlonamente y preguntó en voz baja:

—¿Qué más sabes, nena?

Confundida, empecé a girar la copa en mis dedos.

—Bueno, supongo que todos vieron al Padrino. Me pregunto cuánta verdad hay en eso sobre ti.

—¿Sobre nosotros?— preguntó sorprendido. —No hay nada ahí sobre mí. No lo sé.

Se estaba burlando de mí. Lo sentí, así que pregunté de inmediato:

—¿A qué se dedica?

—Hago negocios.

—Massimo— No me di por vencido —Te lo pido en serio. ¿Esperas que declare y obedezca durante un año y no crees que debería saber a qué me estoy apuntando?

Su cara se volvió seria. No puedo dejar de tener un ojo gélido.

—Tienes derecho a esperar explicaciones, y te daré las suficientes, claro que las necesitas.— Se tragó un sorbo de vino. —Después de que mis padres murieron, fui elegido jefe de la familia, así que la gente me llama don. Tengo algunas compañías, clubes, restaurantes, raciones, hoteles... es como una corporación de la que soy presidente. Todo esto es parte de un negocio más grande. Si quiere un censo completo, lo tendrá, pero creo que el conocimiento detallado sería superfluo y peligroso.— Me estaba enfadando y me lo tomé en serio. —No sé qué más conocimiento necesitas. ¿Quieres saber si tengo mi consejero? Sí. Creo que estás a punto de conocerlo. Cuando me preguntes si tengo un arma, si soy peligroso y si resuelvo mis propios problemas, sabrás la respuesta por la noche. No sé qué más quieres saber, pregunta.



Blanka Lipińska

Tenía un millón de pensamientos en mi cabeza, pero no necesitaba saber nada más. La situación está clara desde hace tiempo, de hecho desde anoche lo sabía todo.

—¿Cuándo me devolverás mi teléfono y mi ordenador?

El hombre negro se dio la vuelta en silencio en la silla y puso su pierna sobre su rodilla.

—Cuando quieras, nena. Sólo tenemos que averiguar qué le dirás a la gente con la que quieres tratar.

Recuperé el aliento para decir algo, pero él levantó la mano, sin dejarme empezar.

—Antes de que me interrumpas, te diré cómo es. Llamas a tus padres, y si crees que es necesario, vuelas a Polonia.

Mis ojos se iluminaron con estas palabras, y la alegría se pintó en mi cara.

—Les dices que te han ofrecido una guinda del pastel para trabajar en uno de los hoteles de Sicilia y que vas a aprovecharla. El contrato incluirá un período de prueba de un año. De esta manera no tendrás que mentir a tus seres queridos cuando quieras tener contacto con ellos. Sus pertenencias fueron tomadas del apartamento de Martin antes de que regresara a Varsovia. Deberían estar en la isla mañana. Considero que el tema de este hombre está cerrado. No quiero que tengas nada que ver con él.

Lo miré haciendo preguntas.

—Si no me he explicado bien, tal vez sea más específico: te prohíbo que tengas ningún contacto con este hombre —dijo con firmeza.

—¿Algo más?

Me mantuve callado por un tiempo. Lo pensó todo, la situación estaba bien planeada y era lógica.



Blanka Lipińska

—Vale, ¿y si necesito visitar a mi familia?— Seguí tirando. —¿Y luego qué?

Massimo arrugó la frente.

—Bueno... entonces conoceré mejor tu hermoso país.

Me reí, tomando un sorbo de vino antes. Ya puedo ver al jefe de la familia de la mafia viniendo a Varsovia.

—¿Tengo derecho a no estar de acuerdo con usted?— Pedí vacilante.

—Lamentablemente, no se trata de una propuesta, sino de una descripción de la situación que tendrá lugar.— Se inclinó hacia mí.

—Laura, eres tan lista, ¿no te ha llegado todavía el hecho de que siempre consigo lo que quiero?

Me incliné, recordando lo que pasó hoy.

—Que yo sepa, don Massimo, no siempre.— Solté el encaje blanco que sobresalía de mi vestido y me mordí el labio.

Me levanté lentamente de la silla. Black estaba vigilando cada uno de mis movimientos. Me quité los maravillosos tacos con suela roja y me dirigí hacia el jardín. El césped estaba húmedo y el aire tenía gusto a sal. Sabía que no resistiría la tentación y que me seguiría. Después de un tiempo, sucedió. Caminé en la oscuridad, viendo sólo las luces de los barcos que se balanceaban en el mar en la distancia. Me detuve cuando llegué al sofá con dosel cuadrado, en el cual tomé una siesta durante el día.

—Te sientes bien aquí, ¿verdad?— Preguntó Massimo, esperando.

En realidad, tenía razón, no me sentía extraña y nueva aquí, me sentía como si siempre hubiera estado aquí. Además, ¿qué chica no querría estar en una hermosa villa, con servicio y todas las comodidades?

—Lentamente acepto la situación, me acostumbro, porque sé que no tengo salida— respondí, tomando un sorbo del vaso.

Blanka Lipińska

Black me lo quitó de la mano y lo tiró al césped. Me tomó en sus manos y me puso suavemente sobre las almohadas blancas. Mi respiración se aceleró porque sé que puedo esperar absolutamente cualquier cosa. Me puso una pierna encima y otra vez estábamos tirados como esta mañana. La diferencia era que entonces tenía miedo, y ahora sólo sentía curiosidad y emoción. Tal vez fue culpa del alcohol étílico, o tal vez simplemente acepté la situación y todo se simplificó.

Black, sosteniendo sus manos a ambos lados de mi cabeza, se inclinó sobre mí.

—Desearía...— susurro, frotando mis labios con su nariz —que me enseñe a ser amable contigo y conmigo.

Me congelé. Un hombre tan peligroso, para ser un hombre poderoso y fuerte, me pidió permiso, por amor y afecto.

Mis manos fueron a su cara y se detuvieron en sus mejillas. Lo sostuve un momento para mirar sus negros y tranquilos ojos. Con un movimiento suave, lo atraje hacia mí. Cuando nuestros labios se encontraron, Massimo vino hacia mí con toda su fuerza, fuerte y ávidamente abriéndolos cada vez más. Nuestras lenguas se retorcían al mismo ritmo. Su cuerpo estaba cayendo sobre mí y sus brazos estaban tejidos alrededor de mis hombros. Definitivamente se sentía como si ambos nos quisiéramos, su lengua y sus labios se estaban cogiendo, fuerte y apasionadamente, mostrando nuestro casi idéntico temperamento sexual.

Después de un tiempo, cuando la adrenalina se había ido volando y me enfrié un poco, me di cuenta de lo que estaba haciendo.

—Espera, detente—, dije repúlsando ocultándolo de mí.

Black no iba a parar. Me agarró por las muñecas que yo estaba agitando y las apretó contra el colchón blanco. Me levantó las manos y me agarró con una mano. El otro subió a lo largo de mi muslo, subiendo hasta el punto en que se encontró con el extremo de los pantalones. Los agarró, arrancando sus labios de los míos. La pálida luz de las linternas



Blanka Lipińska

distantes iluminó mi rostro asustado. No peleé con él. No tenía ninguna posibilidad. Me quedé inmóvil y las lágrimas corrían por mis mejillas. Al ver esto, soltó mis manos, se levantó y se sentó, descansando sus pies en la hierba húmeda.

—Un poco...— Susurró con fuerza. —Cuando has estado usando la violencia toda tu vida y tienes que luchar por todo, es difícil reaccionar de manera diferente cuando alguien te quita el placer que quieres.

Se levantó y se pasó el pelo con la mano, pero yo ni siquiera le di un apretón de manos, pesando sin movimiento en la espalda. Estaba enfadada, pero me daba pena Massimo. Tenía la impresión de que no era uno de esos hombres que torturaban a las mujeres y se las llevaban por la fuerza. Le parecía normal hacer eso. Un toque fuerte, como yo lo llamaría, era tan obvio para él como un apretón de manos.

Probablemente tampoco le importaba nadie, no tenía que intentar cuidar los sentimientos de nadie. Ahora quería imponer la reciprocidad a una mujer, y la única manera de hacerlo era por la fuerza.

El sonido de una celda vibrando en sus pantalones nos arrancó de un silencio aterrador. Black sacó el teléfono, miró la pantalla y respondió. Mientras hablaba, me limpié los ojos y llevé la lágrima debajo del sofá. Con un paso tranquilo me acerqué a la casa. Estaba cansada, un poco borracha y completamente confundida. Me llevó un tiempo, pero finalmente llegué a la habitación y, agotada, me caí en la cama. Ni siquiera sé cuándo me dormí.



Blanka Lipińska

CAPÍTULO 5

Me desperté cuando estaba despejado. Sentí una mano pesada en mi cintura. Envuelta junto a Massimo, estaba durmiendo, abrazándome en la cintura.

Su cara estaba cubierta de pelo, su boca ligeramente abierta. Lenta y constantemente estaba tomando aire, y su cuerpo bronceado, vestido de la misma manera que la mañana anterior, se veía muy impresionante contra el fondo de la ropa de cama blanca. Oh Dios, qué delicioso es, pensé, lamí mis labios y seguí el olor de su piel.



Todo maravilloso, pero ¿qué hace él aquí? Pensé. Tenía miedo de moverme para no despertarlo, y tenía que ir al baño. Empecé a deslizarme de su mano, levantándola suavemente. Black tomó aire y se dio la vuelta; todavía estaba durmiendo. Me levanté de la cama y me dirigí hacia la puerta del baño. Mientras estaba frente al espejo, me incliné para verme a mí misma. El maquillaje sin lavar tomó la forma de una máscara del Zorro, mi estrecho vestido estaba torcido en todas las direcciones, y el elaborado bollo parecía un nido de pájaro.

—Querida— Estaba apretando los dientes y limpiando las manchas negras alrededor de mis ojos con una bola de algodón. Cuando terminé, me desvestí y fui a la gran ducha. Cerré el agua y me eché jabón en la mano. En ese momento la puerta se abrió y Black se puso de pie en ella. Sin la menor vergüenza, me miró.

—Buenos días, nena, ¿puedo unirme a ti?— Preguntó, limpiándose los ojos dormidos y sonriendo alegremente. En un primer momento quise acercarme a él, darle una paliza y echarlo del baño. Pero por la experiencia que he adquirido en los últimos días, sabía que no funcionaría, y su reacción sería violenta y no muy agradable para mí. Así que respondí sin emoción, esparciendo jabón en el cuerpo:

—Claro, vamos.

Massimo dejó de frotarse los ojos, los entrecerró y se quedó de pie como si estuviera atorado. Supongo que no estaba seguro de lo que escuchó, y ciertamente no estaba preparado para ello.

No pude cambiar el hecho de que él entró aquí y me vio desnuda, pero al menos pude mirarlo sin ropa.

Massimo se acercó lentamente al cuarto de baño, que yo llamaría más bien el salón de baño, agarró la parte de atrás de su camisa y se la sacó por encima de la cabeza con un solo movimiento. Me paré contra la pared, poniendo lentamente otra porción de gel blanco en mi cuerpo. No le quites la vista a Massimo, él era así. Lo miré de tal manera y después de un tiempo me di cuenta de que sólo estaba enjabonando mis pechos y lo he estado haciendo durante demasiado tiempo.



—Antes de quitarme los pantalones, tengo que advertirte que soy un tipo normal, es de mañana y estás desnuda, así que...— Así se soltó los pantalones y se encogió de hombros despreocupadamente, doblando la boca en una inteligente sonrisa.

Y con esas palabras, mi corazón saltó a la garganta. Agradecí a Dios que estaba de pie en la ducha, porque esta información me hizo mojar en un segundo. ¿Cuándo fue la última vez que tuve sexo? Pensé. Martin lo trató como una compulsión ocasional, por lo que no he tenido el placer de alguien más durante semanas. Y creo que me estaba acercando a la ovulación y las hormonas estaban ganando la marcha sobre mi libido. Qué tortura, me limpié la nariz y, volviendo a la ducha, giré los mangos para que el agua se volviera fría.


Me excitó verlo rápidamente, hasta que encogí los dedos de los pies y los músculos de mi cuerpo se encogieron sin querer. Por mi propio bien y seguridad, cerré los ojos y me deslicé bajo el agua fría, simulando enjuagar la piel con jabón. Desafortunadamente, esta vez la temperatura no ayudó, y el agua parecía sólo tibia.

A romantic scene with a couple in a shower, serving as the background for the page. The man is leaning over the woman, and they are both partially covered in water spray. The lighting is soft and intimate.

Blanka Lipińska

Massimo entró en la cabina y abrió la ducha que estaba al lado. En total, había cuatro duchas detrás del vidrio y un enorme panel de masaje de agua que parecía un radiador de baño con agujeros.

—Hoy nos vamos— Black comenzó en silencio. —No serán unos pocos días, tal vez una docena o algo así, no lo sé todavía. Tendremos que visitar algunos eventos oficiales, así que al hacer las maletas, tenedlo en cuenta. Domenico preparará todo, sólo tienes que indicar lo que estás tomando.



Escuché lo que dijo, pero no escuché. Intenté mantener los ojos abiertos a toda costa, pero la curiosidad era más fuerte. Giré la cabeza y vi a Massimo apoyado contra la pared con ambas manos, dejando que el agua corriera por su cuerpo. La vista era impresionante, sus piernas desnudas y delgadas se movían en un hermoso esculpido para los rastros, y sus músculos abdominales eran un testimonio de la enorme cantidad de trabajo que había hecho para mantenerse en forma. En ese momento mi vista dejó de vagar, deteniéndose en un punto. Una imagen apareció a mis ojos, lo que más me asustaba. Su hermosa, compañera y extraordinariamente gruesa polla sobresalía como una vela clavada en el pastel que me regalaron en el hotel el día de mi cumpleaños. Era perfecto, idealmente, no muy largo, pero grueso casi como mi carne en una olla, simplemente perfecto. Me quedé así en chorros de agua helada y apenas tragué mi saliva. Massimo tenía los ojos cerrados todo el tiempo y su cara mirando hacia las gotas que caían. Giró suavemente la cabeza hacia los lados para que el agua se extendiese uniformemente por su pelo.

Inclinó sus manos hacia arriba y se apoyó en la pared con los codos, de modo que su cabeza ya estaba fuera del chorro.

—¿Quieres algo de mí o sólo estás mirando?— preguntó con los ojos todavía cerrados.

Blanka Lipińska

Mi corazón latía con fuerza y no podía quitarle los ojos de encima. En mi mente maldije el momento en que le dejé meterse en la maldita ducha, aunque probablemente mi oposición no habría cambiado mucho. Ese cuerpo estaba de pie contra mí, todas las células querían tocarlo. Me lamí los labios al pensar que podría tenerlo en mi boca.

Tenía una imagen frente a mis ojos cuando estaba parado detrás de él, todo empapado de agua, y estaba captando su masculinidad. Lentamente aprieto mis dedos sobre él, y él gime, animado por mi toque. Le doy vuelta y me apoyo contra la pared. Me acerco a él sin soltar su polla dura. Tengo prisa por lamer sus pezones y mover lentamente mi mano desde la base hasta la punta. Puedo sentir sus caderas cada vez más duras y sus caderas saliendo al encuentro de mis movimientos...



—Tu vista, Laura, indica que no estás pensando en las cosas que tienes que llevarte.

Me golpeé la cabeza como si me acabara de despertar y quisiera ahuyentar el sueño. Black estaba de pie en la misma posición, con el codo contra la pared, pero ahora me miraba con su juguetona vista. Entré en pánico. No fui capaz de engañarlo, porque lo único en lo que estaba pensando ahora era en echarlo a perder. Mi pánico lo llamó como un animal depredador herido.

Massimo se acercó a mí, y yo hice todo lo posible por mirarle a los ojos. Le llevó unos tres pasos llegar a mí, lo que definitivamente me hizo feliz, ya que hizo que el objeto de mi interés desapareciera de mi vista después de un tiempo. Desafortunadamente, mi alivio no duró mucho, porque en el momento en que se enfrentó a mí, su todavía pegajoso falo sacudió suavemente mi vientre.

Yo estaba retrocediendo, y él me estaba siguiendo. Después de cada dos pasos que di, él hizo uno, que fue suficiente para estar cerca de nuevo. Aunque la cabina era gigantesca, sabía que en algún momento

Blanka Lipińska

nos quedaríamos sin espacio. Cuando me apoyé en la pared, Black casi se pegó a mí con su cuerpo.

—¿En qué estabas pensando al mirarlo?— Preguntó, inclinándose sobre mí. —Quieres tocarlo, porque por ahora él es el que te está tocando...

No pude sacar una palabra de mí, solo abrí la boca, pero los sonidos no querían salir de ella. Me quedé indefensa, aturdida y abrumada por el deseo, y él se frotó contra mí, empujando cada vez más fuerte sobre mi vientre. Su presión se convirtió en movimientos rítmicos y pulsantes. Massimo gimió y apoyó su frente contra la pared detrás de mí.

—Lo haré con o sin su ayuda— él estaba respirando sobre mi cabeza.



No pude aguantar más y agarré las duras nalgas de Black con mis manos. Cuando le clavé las uñas en ellas, un gemido bajo salió de su garganta. Le di la vuelta con un movimiento decisivo y lo apoyé contra la pared. Sus manos colgaban inertes a lo largo de su cuerpo, y sus ojos ardían de deseo. Sabía que si no me detenía ahora, en un momento no sería capaz de controlar la situación y algo que no debería suceder.

Me di la vuelta y corrí a través de la cabina y el baño. Agarré una bata que colgaba junto a la puerta y me apresuré a cruzar el umbral. También atravesar el pasillo, aunque no podía oír los pasos detrás de mí. Sólo me detuve cuando pasé el jardín, las escaleras y me encontré en el puerto deportivo. Corrí a la cubierta de una lancha, respirando pesadamente, y me caí en uno de los sofás.

Tratando de recuperar el aliento, estaba analizando a mi chico aquí, pero las imágenes en mi cabeza no me dejaban pensar con lógica. Delante de mis ojos, como una película tonta, el maravilloso y pegajoso pene de Massimo salió corriendo. Casi sentí su sabor en mi boca y en mi mano el toque de su delicada piel.

No sé cuánto tiempo pasé mirando el agua, pero finalmente sentí que podía levantarme y volver a la residencia.



Blanka Lipińska

Cuando abrí cuidadosamente la puerta de mi dormitorio, encontré a Domenico en el medio de la habitación con una gran maleta LV.

—¿Dónde está don Massimo?— Casi susurré con la cabeza entre la puerta y el marco de la puerta.

El joven italiano me miró y sonrió.

—En la biblioteca, creo. ¿Quieres ir con él? Ahora hablará con su consejero, pero tengo órdenes de llevársela a don Massimo cada vez que lo necesite.

Entré y cerré la puerta.

—Definitivamente no quiero—. Dije, agitando las manos. —¿Te dijo que me empacaras?



Domenico todavía estaba desplegando las maletas. —Tienes que irte en una hora, así que necesitarás ayuda, a menos que no la quieras.

—Deja de dirigirte a mí de esa manera, me estás molestando. Además, probablemente tenemos la misma edad, así que no tenemos que hacer el tonto.

Domenico sonrió y asintió, señalando que estaba dispuesto a aceptar mi oferta.

—¿Por qué no me dices a dónde vamos?— Yo pregunté.

—A Nápoles, Roma y Venecia— respondió. —Luego a la Costa Azul.

Abrí bien los ojos, sorprendida. No he viajado tanto como Massimo pensaba mostrarme en los próximos días.

—¿Conoce el propósito de cada una de nuestras visitas?— pregunté. —Me gustaría saber qué tomar.

Domenico dejó de desplegar las maletas y se dirigió al vestidor.



Blanka Lipińska

—Básicamente, sí, pero no debería decírtelo. Don Massimo te explicará todo. Te ayudaré a empacar la ropa adecuada, no te preocupes.
— Me guiñó un ojo. —La moda es mi especialidad.

—Si es así, confiaré en ti al 100%. Ya que tengo menos de una hora para prepararme, me gustaría empezar.

Domenico asintió con la cabeza y desapareció en el abismo de un exquisito gran vestidor.

Entré en el baño, donde el olor del deseo todavía estaba presente. Me apretó en el estómago. No lo soporto, pensé. Volví al dormitorio, lo atravesé, entré en el vestidor y me volví hacia Domenico:

—¿Ya llegaron mis cosas de la casa de Varsovia?



El hombre abrió uno de los grandes armarios y apuntó con su mano a las cajas.

—Sí, pero don Massimo dijo que no los moviera.

Excelente, pensé.

—¿Puedes dejarme sola un momento?

Antes de que pudiera voltearme para mirarlo, estaba de pie sola en el medio de la habitación.

Me lancé a escarbar en cajas buscando lo único que me interesaba: mi colega Pink con tres puntas. Cuando finalmente lo tuve en mis manos después de un buen cuarto de hora y había hojeado docenas de cajas, me sentí aliviada de respirar. Lo escondí en el bolsillo de mi bata y fui al baño.

Domenico estaba de pie en el balcón, esperando una señal mía. Corriendo por la habitación, asentí con la cabeza y él regresó al lugar que yo había abandonado rápidamente.

Blanka Lipińska

Saqué a Pink de mi bolsillo y lo lavé a fondo. Me quejé al verlo, era mi mejor amigo en ese momento. Miré alrededor del baño, buscando un lugar conveniente. Me gustaba masturbarme, tumbarme cómodamente, no podía hacerlo con prisas ni en posición inclinada. El dormitorio sería lo mejor, pero la presencia de mi asistente fue una distracción. En la esquina del baño, junto al aseo, había una moderna chaise longue de cuero blanco. No será el lugar más cómodo, pero es duro, pensé. Estaba tan desesperada que me tumbaría en el suelo en un momento.

El chaise longue era sorprendentemente suave y se adaptaba perfectamente a mi altura. Solté el cinturón de mi bata de baño, y cayó a ambos lados de mi cuerpo. Me quedé desnuda y sedienta de un orgasmo. Lamí dos dedos y los deslicé juntos para reducir la fricción.

Sorprendentemente, descubrí que estaba tan mojada que parecía superfluo. Encendí el vibrador y lentamente deslicé su punta media en mi palpitante interior.

A medida que la parte más gruesa se hundía más y más en mí, la otra punta en forma de conejo se deslizó en mi entrada trasera. Un escalofrío recorrió mi cuerpo y supe que no necesitaría mucho tiempo para ponerme cómoda. La tercera parte de mi compañero de goma fue la que más vibró, apoyándose en mi clítoris hinchado. Cerré los ojos. Sólo tenía una vista en mi cabeza y era la única que quería ver ahora: Massimo de pie en la ducha, con su hermosa polla en las manos.

El primer orgasmo se produjo después de unos segundos, y los siguientes fueron llegando en oleadas con un máximo de medio minuto de diferencia. Después de unos momentos estaba tan agotada que apenas podía sacar a Pink y deslizar mis piernas.

Treinta minutos después estaba de pie frente al espejo, empacando mis cosméticos en una de las bolsas de cuero. Miré mi reflejo; no me parecía en nada a la mujer que era hace una semana. Mi piel estaba bronceada, y se veía saludable y fresca. Mi pelo estaba recogido en un suave moño, mis ojos estaban ligeramente coloreados y mis labios estaban claramente



Blanka Lipińska

marcados con un lápiz labial oscuro. Domenico eligió un juego blanco de Chanel para mi viaje. Largos, anchos, ligeros y rotos pantalones blancos de seda translúcida fusionados casi en un overol con una delicada blusa de chorro sobre gruesos marcos carnosos. El conjunto se completó con agujas de Prada con una pequeña punta.

—Tus maletas ya están hechas—, dijo Domenico, dándome una bolsa.

—Me gustaría ver a Massimo ahora.

—Aún no ha terminado la reunión, pero...

—Bueno, terminará en un momento. Lo eché del dormitorio.

La biblioteca era una de esas salas cuya ubicación recordaba. Atravesé el pasillo y el golpe de mis agujas se extendió por el suelo de piedra.

Cuando llegué a la puerta, respiré hondo y me agarré al mango. Entré y me dio un escalofrío en la espalda. No he estado en esta habitación desde que hablé por primera vez con Black, justo después de despertar del coma de unos días.

Massimo estaba sentado en el sofá. Llevaba un traje de lino ligero y una camisa abierta. A su lado, en el sillón, había un hombre apuesto y duro que definitivamente asustaba a su socio. Típico italiano, pensé, con el pelo largo recogido, una barba tostada. Ambos se levantaron de sus asientos cuando los vi. La primera mirada que Black me envió fue helada, como si me castigara por interrumpir su reunión. Pero cuando sus ojos tocaron toda mi figura, fue como si la suavizara, si se puede llamar así. Le dijo algo al hombre sin perder de vista, y se acercó a mí. Se acercó y se inclinó para besarme en la mejilla.

—Y tuve que prescindir de ti... —susurró antes de besarme.

—Yo también me las arreglé por mi cuenta—, añadí en voz baja cuando sus labios se alejaban.



Blanka Lipińska

Estas palabras lo detuvieron por un momento en la quietud. Me atravesó con una visión llena de pasión y rabia. Me tomó la mano y me llevó a su invitado.

—Laura, te presento a Mario, mi mano derecha.

Me acerqué al hombre para estrecharle la mano, pero me agarró suavemente por los hombros y me besó en ambas mejillas. Todavía no estaba acostumbrado a este gesto, en mi país sólo los más cercanos a mí son recibidos con un beso así.

—Consigliere,— dije con una sonrisa.

—Mario estará bien.— El anciano sonrió suavemente. —Me complace verle finalmente con vida.



Estas palabras me han puesto bajo tierra... ¿Cómo que viva? ¿Esperaba que no viviera para verlo? Mi cara debió de ser un poco impactante, porque Mario explicó rápidamente lo que quería decir.

—Tus retratos están por toda la casa. Han estado dando vueltas por aquí durante años, pero nadie esperaba que existieras realmente. A ti también te sorprende la historia, ¿no?

Me encogí de hombros sin poder hacer nada.

—No voy a ocultar el hecho de que toda esta situación es surrealista y abrumadora para mí. Pero todos sabemos que no puedo resistirme a Don Massimo, así que humildemente trato de aceptar cada uno de los más de trescientos cincuenta días que me quedan.

Massimo soltó una carcajada.

—Con humildad...— Repitió y se entregó en italiano a su compañero, que se divirtió tanto como él.

—Me alegro de que mi persona te divierta. Para hacerles disfrutar de mi ausencia, una vez que esperé en el coche— me escurrí entre los dientes, dándoles a ambos hombres una sonrisa irónica.

Blanka Lipińska

Cuando les di la espalda y fui a la puerta, Mario dijo divertido:

—De hecho, Massimo, es extraño que no sea italiana.

Ignoré ese mensaje y cerré la puerta detrás de mí.

Antes de ir a la entrada, me detuve un momento. Delante de mis ojos todavía tenía una imagen de un hombre muerto que yacía sobre losas de piedra. Tragué mi saliva y sin mirar a los lados, me dirigí hacia una camioneta estacionada a pocos metros de mí. El conductor abrió la puerta y me echó una mano para que pudiera entrar cómodamente.

Mi iPhone estaba en el asiento y mi ordenador estaba al lado. Estaba tomándolo con alegría. Presioné un botón en el panel que cerró la ventana entre el interior del coche y los asientos delanteros. Estaba feliz de encender el teléfono y descubrí con horror docenas de llamadas de mi madre y, sorprendentemente, incluso una del teléfono de Martin. Es raro y triste descubrir, después de más de un año, lo mucho que alguien podría haberme chupado el culo, pensé.

Marqué el número de mi madre. Había una voz aterrorizada en el teléfono:

—Cariño, por el amor de Dios, estoy preocupada y me muero de miedo—, dijo mamá, casi sollozando.

—Mamá, me llamaste ayer. Cálmate. No pasa nada.

Desafortunadamente, su instinto maternal le dijo lo contrario, así que no se rindió.

—¿Estás bien, Laura? ¿Has vuelto de Sicilia? ¿Cómo fue?

Tengo aire en los pulmones y sabía que no se le podía engañar tan fácilmente. ¿Estaba bien? Bueno, yo... Me miré a mí misma, y luego miré a mi alrededor.

—Está muy bien, mamá. Sí, he vuelto, pero tengo que decirte algo.—
Cerré los ojos, rezando por el espíritu para que ella se enganchara.



Blanka Lipińska

—Durante mis vacaciones, me ofrecieron un trabajo en uno de los mejores hoteles de la isla.— Mi voz estaba sobreexcitada. —Me ofrecieron un contrato de un año, que decidí aceptar, así que actualmente me estoy preparando para irme.— Me detuve y esperé a que reaccionara, pero hubo silencio en el teléfono.

—Después de todo, no sabes ni una palabra en italiano— ella apuntó.

—Oh, por favor. ¿Qué importa? Todo el mundo habla inglés.

La situación se estaba poniendo tensa y sabía que si hablábamos un rato, mi madre sentiría algo. Para prevenir eso, vomité brevemente:

—Iré a verte dentro de unos días y te lo contaré todo, y ahora tengo un montón de cosas que hacer antes de irme.



—Bien, ¿qué hay de Martin?— Pregunto. —Ese adicto al trabajo no dejará la compañía.

Suspiro con fuerza.

—Me traicionó cuando estábamos en Italia. Lo dejé, y gracias a ello sé que este viaje es una gran oportunidad del destino— le añadí el tono más tranquilo y apasionado que pude sacar de mí misma.

—Te dije desde el principio que él no es el tipo para ti, nena.— Por supuesto. Bueno, no conoces el actual, pensé.

—Mami, tengo que irme. Voy a la oficina. Llamare y recuerda que te quiero.

—Cuídate, cariño.

Cuando presioné el botón rojo, suspiré con alivio. Creo que funcionó. Ahora sólo tengo que contarle a Black sobre la inevitable visita a Polonia. En ese momento se abrió la puerta del coche y Massimo se deslizó dentro en un elegante movimiento.

Me miró la mano en la que sostenía el teléfono.

A faint, artistic background image of a couple in a car, with the man driving and the woman in the passenger seat, both looking forward. The image is rendered in a soft, painterly style with a purple and blue color palette.

Blanka Lipińska

—¿Hablaste con tu madre?— Preguntó con una voz casi cariñosa cuando el coche se movió.

—Sí, pero eso no cambiaba el hecho de que estuviera todavía preocupada— respondí, sin apartar la vista de la ventana.

— Lamentablemente, hablar con ella por teléfono no me dio nada y tendré que ir a Polonia dentro de unos días. Sobre todo porque piensa que ya estoy allí.— Finalmente, giré la cabeza hacia Black para comprobar su reacción. Se sentó de lado y me miró.

—Lo esperaba. Por eso planeé Varsovia al final de nuestro viaje. No sucederá tan pronto como usted lo desee, pero creo que llamadas telefónicas más frecuentes calmarán a su madre y nos darán algo de tiempo.

Estas palabras me hicieron muy feliz.

—Gracias, te lo agradezco.

Massimo me miró fijamente, y luego apoyó su cabeza en el reposacabezas del asiento y suspiró.

—No soy tan malo como crees. No quiero encarcelarte o chantajearte, pero dime, ¿te quedarías conmigo sin ser forzada?— Sus ojos me miraban haciendo preguntas.

Giré la cabeza hacia la ventana. ¿Me habría quedado? No dejaba de repetirlo en mi mente. Por supuesto que no.

Black esperó un rato para obtener una respuesta, y al no obtenerla, sacó su iPhone y comenzó a leer algo en Internet.

Este silencio era insoportable, hoy necesitaba hablar mucho con él. Tal vez por la nostalgia del país, o tal vez la ducha de la mañana me afectó mucho. Sin apartar la cabeza de la ventana, pregunté:

—¿Adónde vamos ahora?

Blanka Lipińska

—Al aeropuerto de Catania. Si no hay un atasco de tráfico, deberíamos llegar allí en menos de una hora.

Al sonar la palabra aeropuerto, estaba temblando. Mi cuerpo se puso tenso y mi respiración se aceleró. Volar era una de mis actividades más odiadas.

Empecé a retorcerme ansiosamente en mi asiento, y el agradable frescor del aire acondicionado me pareció de repente una escarcha ártica. Nerviosamente me froté la mano sobre los hombros para calentarlos, pero la piel de gallina no desapareció. Massimo me miró con una mirada helada, que de repente se convirtió en un fuego:

—¿¡Por qué demonios no llevas sujetador!?!— Gritó. Fruncí el ceño y le miré preguntando. —Puedo ver tus pezones.

Miré hacia abajo y descubrí que, de hecho, tal vez estén un poco por encima del delicado material de la seda. Dejé caer la ancha correa de mi blusa y revelé mi hombro. El encaje de un sujetador beige claro brillaba en el cuerpo bronceado.

—No es mi culpa que toda la lencería que poseo esté hecha de encaje — yo inicié esto con pasión. —No tengo un solo sujetador rígido, así que siento que mi apariencia llame tu atención, pero no elegí todo eso.— Lo miré a los ojos, esperando su reacción.

Black observó un trozo de encaje que sobresalía durante un rato, luego extendió su mano y deslizó el ancho brazo de la parte superior aún más abajo. El corte suelto de la blusa hizo que bajara por mi hombro, haciendo visible el busto. Mi compañero se sentó y absorbió la vista, y no quise molestarlo. Después de la reunión con Pink por la mañana, tuve al menos la ilusión de estar satisfecha y controlar mi propia cabeza. Black enrolló una pierna y se sentó de lado. Extendió sin prisa su mano y deslizó su pulgar sobre mi hombro y mi piel. Su toque me hizo temblar de nuevo, pero éste ya no tenía nada que ver con el vuelo.




Blanka Lipińska

—¿Tienes frío?— Preguntó, moviendo su pulgar cada vez más bajo y poniendo sus dedos bajo la tela.

—Odio volar— respondí, para no dejar pasar la creciente excitación.

—Si Dios quisiera que un hombre se desprendiera del suelo, le daría alas — casi susurré con los ojos medio cerrados, que afortunadamente no eran visibles bajo las gafas oscuras.

La mano de Massimo seguía moviéndose hacia mi pecho; lentamente ponía el encaje entre sus dedos, moviéndose cada vez más abajo. Cuando llegó, el deseo apareció en su rostro, y sus ojos se iluminaron con el deseo animal. Ya había visto esa vista, y luego cada vez que me escapaba. Pero ahora no tenía ningún lugar de donde huir.



Black puso su mano en mi pecho y se acercó cada vez más a mí. Mis caderas empezaron a moverse ligeramente de forma involuntaria y mi cabeza cayó en el reposacabezas del sillón mientras me aplastaba el pezón, girándolo en sus dedos. Con su mano libre, me agarró por el cuello, como si supiera cuánto tiempo he pasado arreglándome el pelo y cuánto lo odio. Incluyó su cabeza y agarró el pezón hinchado con sus dientes. Lo mordió suavemente a través de la punta.

—Es mío. —Susurró, abriendo la boca por un rato.

Este tono ronco y lo que dijo hizo que un gemido silencioso saliera de mi boca.

Massimo me quitó la blusa de los dos hombros hasta que cayó a la altura de la cintura. Movié el sostén hacia atrás y pegó su boca a un pezón desnudo. Todo latía dentro de mí, los juegos de la mañana no daban nada, porque todavía estaba mucho más caliente por él. Me lo imaginé arrancándome los pantalones y, sin dejarlos del todo, me estaba cogiendo por detrás, frotándose contra el encaje de mis bragas. Despierto por mis propios pensamientos, entrelace mi mano en su pelo y lo presioné contra mí.



Blanka Lipińska

—¡Más fuerte!— Susurré, quitándome las gafas oscuras con mi mano libre. —Muerde más fuerte.

Fue como presionar un botón rojo en su cabeza. Casi me arrancó la parte superior de encaje y me clavó los dientes en los pechos, alternando la succión con la mordedura. Sentí una ola de deseo que me inundó, que no pude resistir en un momento. Levanté su cabeza por el pelo y dejé que sus labios encontraran los míos. Lo aparté suavemente para poder mirarlo a los ojos. Estaba muy caliente, sus enormes pupilas llenaban lirios enteros, que parecían completamente negros. Estaba respirando en mi boca, tratando de atrapar mis labios con sus dientes.

—Don... no empieces algo que no puedas terminar,— dije con suavidad. —En un momento, estaré tan mojada que será imposible seguir sin cambiarme de ropa.



Con estas palabras, Black apuñaló sus manos en la orilla de la tela tan fuertemente que la piel bajo presión estaba gritando. Me estaba perforando con sus ojos salvajes, y le vi golpear mis pensamientos.

—La segunda parte del discurso fue innecesaria— dijo, sentado en nuestro sillón. —Pensar en lo que está pasando entre tus piernas ahora me vuelve loco.

Le eché un vistazo a sus pantalones y me tragué mi saliva. Esta erección milagrosa ya no era sólo una idea para mí.

Sabía exactamente cómo se veía su impresionante polla gorda cuando estaba en sus pantalones. Massimo se alegró de ver mi reacción a lo que vi. Sacudí mi cabeza para que mis pensamientos saltaran al camino correcto, y empecé a vestirme con prisa.

Él seguía observando mientras yo corregía mi ropa fuertemente arrugada. Me alisé el pelo y me puse las gafas. Cuando terminé, sacó una bolsa de papel negro de la guantera.

—Tengo algo para ti—, dijo y me lo dio.



Blanka Lipińska

Las elegantes letras doradas del bolso formaban la inscripción Patek Philippe. Sabía lo que era la compañía, así que podía esperar lo que tenía. También sabía lo que costaba un reloj de esta marca.

—Massimo, yo...— Lo estaba mirando para investigar. —No puedo aceptar un regalo como este.

Black se rió y se puso en la nariz a esos lentes de aviador.

—Pequeña, es uno de los regalos más baratos que recibirás de mí. Además, no olvides que no tienes elección durante unos cientos de días. Ábrelo.

Sabía que esta discusión no funcionaría, y que resistirse podría terminar mal, especialmente porque no tenía ninguna salida. Saqué la caja negra y la abrí. El reloj era maravilloso, de oro rosa, con pequeños diamantes. Perfecto.

—Has estado fuera de contacto con el mundo durante días. Sé que te he quitado mucho, pero ahora lo vas a recuperar todo—, dijo, sujetándolo a mis manos.





Blanka Lipińska

CAPÍTULO 6

Llegamos al aeropuerto sin mayores problemas. El conductor abrió la puerta negra mientras yo estaba metiendo cosas en mi bolso que accidentalmente se cayeron de mi asiento. Massimo dio la vuelta al coche y abrió la puerta de mi lado, dándome una mano. Se comportó con galantería y se veía impresionante en un traje de lino.

Cuando mis dos pies estaban en el suelo, me agarró discretamente el trasero y me empujó hacia la entrada. Lo miré, sorprendida por este gesto que asocié con los adolescentes. Sonrió ligeramente y, poniendo su mano en mi espalda, me llevó hacia la terminal.



Nunca había pasado por la sesión informativa tan rápido, ya que me llevó tanto tiempo como atravesar el edificio. Después de ir al brillante aeropuerto, otro coche nos recogió y nos llevó bajo las escaleras de una pequeña avioneta. Cuando me paré frente a ellos, me enfermé. El avión parecía microscópico, como un tubo con alas. Tenía problemas para volar aviones chárter, que eran como David en Goliat cuando tenía una cosa ante mí.

—Sube a las escaleras... —lo escuché a mis espaldas.

—Nada de eso, Massimo, no puedo.— estaba gruñendo. —No me dijiste que estábamos volando esta cáscara. No voy a entrar ahí.— Me puse histérica e intenté volver al coche.

—Laura, no hagas una escena, o te pondré ahí en un minuto— se enojó, pero no pude seguir adelante.

Sin pensarlo dos veces, Black me tomó en su mano y a pesar de mi grito de súplica y de mis manos, me empujó a través de una entrada en miniatura. Le gritó algo en italiano al piloto que estaba en lo alto de la escalera, que intentaba saludarnos, y la puerta del avión se cerró.

Blanka Lipińska

Estaba aterrorizada y mi corazón latía con fuerza, de modo que no podía oír mis propios pensamientos. Al final, mi lucha no tuvo éxito y Massimo me derribó.

Tan pronto como mis pies tocaron el suelo y se alejó de mí, le di una fuerte bofetada.

—¡En qué coño estás pensando! ¡Déjame salir, quiero salir!— Estaba gritando asustada, y luego me tiré a la puerta.

Me agarró de nuevo y me tiró en el sofá de piel clara, que cubría casi todo el lado de la máquina. Me pegó su cuerpo para que no pudiera moverme.

—¡Maldita sea, Massimo!— Todavía había gritos salvajes y maldiciones que salían de mi boca.



Para amordazarme, me metió la lengua en la garganta, pero esta vez no me apetecía jugar, y en cuanto se metió dentro de mí, le mordí con fuerza. Black saltó hacia atrás y se balanceó como si quisiera golpearme. Cerré los ojos y me acurruqué, esperando el golpe. Cuando los reabrí, noté que estaba desabrochando vigorosamente el cinturón de su pantalón. Dios, ¿qué está tratando de hacer? Estaba pensando. Empecé a moverme hacia atrás a lo largo del sofá, empujando nerviosamente mis talones del suelo. Continuó, hasta que finalmente sacó el cinturón de cuero de las presillas en un rápido movimiento. Se quitó la chaqueta con calma y la colgó en el respaldo del sillón, que estaba a su lado. Estaba enfadado, sus ojos ardían de rabia y sus mandíbulas se apretaban rítmicamente.

—Massimo, no, por favor... Yo...— Estaba tirando las palabras rotas.

—Levántate,— dijo, y cuando no reaccioné, gritó. —¡Levántate, maldita sea!

Me asusté.

Se acercó a mí, me agarró la barbilla con los dedos y la levantó para mirarme a los ojos.



Blanka Lipińska

—Ahora elegirás tu castigo, Laura. Te advertí que no lo hicieras de nuevo. Extiende tus manos.

Aún mirando su cara, seguí la orden. Me agarró de las muñecas y me ató las manos con su cinturón. Cuando terminó, me puso en la silla y me ató con su cinturón de seguridad. Después de un tiempo, me di cuenta de que el avión se estaba moviendo. Black se sentó al otro lado de la línea y me miró, todavía burbujeante de ira.

—Para que no tengas que esforzarte, te diré lo que puedes elegir:— empezó lentamente con voz tranquila. —Cada vez que me golpeas en la cara, me muestras una absoluta falta de respeto, me insultas, Laura. Por eso quiero que veas lo que siento. Tu castigo será carnal, y te garantizo que, como yo, tampoco lo querrás. Puedes elegir entre una mamada o te haré hablar con la lengua correctamente.



El avión despegó cuando escuché esas palabras. Cuando sentí que íbamos a subir, me desmayé.

Cuando me desperté, estaba acostada en el sofá y mis manos aún estaban atadas. Black estaba sentado en un sillón con su pierna en la rodilla, me clavó los ojos y jugó con su pierna por una copa de champán.

—¿Y bien?— preguntó impasible. —¿Qué es lo que eliges?

Abrí bien los ojos y me senté, metiéndome dentro.

—Estás bromeando, ¿verdad?— Pregunté en voz alta, tragando mi saliva.

—¿Parece que estoy bromeando? Cuando me golpeas en la cara de nuevo, ¿lo tratas como una broma?— Se inclinó hacia mí. —Laura, tenemos una hora de viaje por delante, y dentro de esa hora tendrá lugar tu castigo. Soy más justo contigo que tú conmigo porque te dejo elegir. —Entrecerró los ojos y se lamió los labios.— Pero en un momento mi paciencia se acabará y haré lo que quieras que haga.




Blanka Lipińska

—Te la chuparé.— Dije que nada de emociones. —¿Vas a desatar mis manos o sólo quieres follarme la boca?— dije tirando duro.

No podía mostrarle mi miedo, sabía que eso lo empujaba. Era como un depredador de caza; cuando sentía la sangre, atacaba.

—Esperaba esa respuesta— después de que él lo escuchara, se levantó y se bajó la cremallera. —No voy a darte una solución por miedo a lo que vas a hacer y a lo severo que sería otro castigo que se me ocurriera.

Cuando se acercó a mí, cerré los ojos. Terminemos con esto, pensé. En lugar de su falo, sentí mi cuerpo flotando. Abrí los ojos. El pasillo se estrechó en esta parte del avión, así que tuvo que ponerme de lado para encajar. Entramos en una cabina oscura con una cama.



Black lentamente me dejó en la cama suave. Me dejó y se fue a una pequeña habitación de al lado. Volvió de él, sosteniendo en su mano un cinturón negro de su bata. Observé sus movimientos y en un momento dado me di cuenta de que, a pesar del horror que sentía, lo que tenía que hacer no sería un castigo para mí.

Black agarró el cinturón que me sujetaba las manos y lo desató. Luego me arrojó sobre mi estómago y cambió las duras ataduras de cuero por un suave cinturón de bata. Terminó y me encontré de nuevo de espaldas. No podía mover las manos donde estaba.

Metió la mano en la mesilla de noche que estaba junto a la cama y sacó el antifaz de ella. Utilicé uno en Varsovia cuando el sol no me dejaba dormir por la mañana.

Se inclinó y se puso el antifaz para que todo lo que viera fuera su superficie de terciopelo negro.

—Pequeña, ni siquiera sabes cuántas cosas me gustaría hacer contigo ahora— susurró.



Blanka Lipińska

Estaba completamente confundida. No sabía dónde estaba o qué estaba haciendo. Me lamía nerviosamente los labios, preparándome para su hombría.

De repente sentí que me desabrochaba los pantalones.

—¿Qué vas a hacer?— Le pregunté, tratando de quitar el antifaz de los ojos, frotándolo contra la ropa de cama. —Supongo que para lo que quieres hacer, ¿sólo necesitas mi boca?

Massimo se rió irónicamente y siguió desnudándome, susurró:

—Satisfacerme no será un castigo para ti, sé que lo has estado deseando al menos desde esta mañana. Pero si le hago esto a usted, sin su participación y control, estaremos a mano— terminó y me arrancó los pantalones con un movimiento.



Estaba acostada, doblando las piernas tan fuerte como podía, aunque sabía que no podía resistirme a él si quería hacer algo.

—Massimo, por favor, no lo hagas.

—También te pedí que no hicieras...— Se fue, y sentí que el colchón en el que estaba acostada se doblaba bajo su peso.

No sabía dónde estaba y qué estaba haciendo, sólo podía escuchar. Sentí su aliento en mi mejilla y un suave mordisco en el lóbulo de mi oreja.

—No tengas miedo, nena—, dijo, poniendo su mano entre mis piernas para separarlas. —Seré amable, lo prometo.

Yo estaba apretando las piernas cada vez más fuerte, gimiendo en silencio ante ese horror.

—Shhh...— susurró. —Voy a abrirte las piernas y a ponerte un dedo para empezar. Relájate.

Blanka Lipińska

Sabía que lo haría como él quería, sin importar lo que pasara. Así que aflojé mi agarre.

—Muy bien. Ahora abre bien las piernas para mí.

Hice lo que él deseaba.

—Tienes que ser educada y hacer lo que te pido porque no quiero hacerte daño, nena.

Empezó a besar suavemente mis labios mientras su mano bajaba lentamente. Me agarró la cara con la otra mano y profundizó el beso. Me rendí y un momento después nuestras lenguas bailaron suavemente, acelerando el ritmo cada segundo. Yo lo quería, mis labios se volvieron más y más codiciosos.



—Cálmate, nena, no tan rápido, que esto es un castigo— susurró cuando su mano llegó a la superficie de encaje de mis bragas. —Me encanta la combinación de tu cuerpo y este delicado material. Quédate quieta.

Sus dedos se precipitaron en el lugar más íntimo de mi cuerpo. Lentamente, con su boca en mi oído, examinó primero el interior de mis muslos, acariciándolos suavemente con dos dedos como si me estuviera tomando el pelo. Frotó mis labios hinchados hasta que finalmente se deslizó dentro. Cuando sentí su toque milagroso, mi espalda se curvó y un gemido de placer salió de mi boca.

—No te muevas ni te quejes. No debes hacer ningún sonido. ¿Entiendes?

Estaba sacudiendo la cabeza. Su dedo se deslizó más y más profundo hasta que finalmente se hundió en mí. Apreté los dientes para no hacer ruido, y él empezó a sentir una sutil sensación de caza dentro de mí. Su dedo medio se deslizó hacia dentro y hacia fuera, y su pulgar acarició suavemente el hinchado clítoris. Sentí que su peso cedía de mí y se movía hacia abajo. Hasta que dejé de respirar. Sus dedos no dejaron de



Blanka Lipińska

acariciarme cuando llegó allí. Él inesperadamente me los sacó, y yo me escurría por el descontento. Después de un rato, sentí su aliento en la corona de mi tanga, que todavía llevaba puesta.

—He estado soñando con ello desde el día en que te vi. Quiero que me hables cuando empiece. Quiero saber si estás bien, dime cómo se supone que debo hacerte feliz— estaba siseando, tirando de mi ropa interior bajo mis tobillos.

Me concentré en apretar los muslos, sintiéndome avergonzada y apenada.

—¡Abre las piernas para mí, bien abiertas! Quiero verla.

En ese momento comprendí por qué me puso un antifaz, quería mantenerme cómoda en el primer plano. Me hizo pensar que Black podía ver menos de lo que realmente podía. Es un poco como con los niños que cierran los ojos cuando están asustados porque piensan que si no pueden ver, tampoco pueden verlos a ellos.

Lentamente seguí sus instrucciones y le oí respirar profundamente en sus pulmones. Él estaba doblando mis piernas más y más y más profundamente, penetrando con sus ojos en el lugar más íntimo del cuerpo de cada mujer.

—Lámeme... —Tiré, no pude retenerte más. —¡Por favor, don Massimo!

Empezó a frotar mi clítoris rítmicamente con su pulgar con estas palabras.

—Eres impaciente. Creo que te gusta que te castiguen.

Se inclinó y metió su lengua en mi coño. Soñé con agarrarlo por el pelo, pero mis manos atadas a la espalda lo hicieron imposible. Me frotó la lengua con fuerza, moviéndola dinámicamente. Estaba extendiendo los dedos de una mano a los lados de mi coño para llegar al punto más sensible.



Blanka Lipińska

—Quiero que te vengas enseguida, y luego te voy a atormentar con más orgasmos, hasta que empieces a rogarme que pare y no pararé porque quiero castigarte, Laura.

En ese momento, me arrancó el antifaz de los ojos.

—Quiero que me mires. Quiero ver tu cara cuando vengas de nuevo.

Se levantó y me puso una almohada bajo la cabeza.

—Debe tener una buena vista,— añadió.

Black entre mis piernas era tan sexy como aterrador. Nunca me gustó que un hombre me mirara durante un orgasmo porque parecía demasiado íntimo, pero esta vez no tuve elección. Se frotó los labios en mi clítoris y me apuñaló con dos dedos. Cerré los ojos, me quedé al borde del placer.

—Más fuerte.— Susurré.

Su muñeca se movía rápidamente, y su lengua penetró la parte más sensible de mí.

—¡Maldita sea!— Grité en mi lengua materna cuando llegué. El orgasmo fue largo y poderoso, y todo mi cuerpo estaba tenso como una cuerda atrapada en lo que estaba haciendo. Cuando sentí que el orgasmo desaparecía, empujó mi clítoris demacrado e hipersensible, empujándome al umbral del dolor.

Chirrié los dientes con fuerza y me retorcí, clavada en sus dedos.

—¡Disculpe!— Grité después de otra oleada de doloroso placer.

Black redujo lentamente la presión, calmó mi cuerpo, me besó y acarició los puntos dolorosos con su lengua. Mis caderas cayeron duramente sobre el colchón cuando terminó. Cuando yo estaba tumbada sin moverme, él puso su mano debajo de mí y con un movimiento aflojó las ataduras para que yo pudiera extender mis brazos. Abrí los ojos y lo miré. Tenía prisa por salir de la cama. Metió la mano en el cajón de la



Blanka Lipińska

mesita de noche y sacó una caja de toallitas húmedas. Limpió suavemente los lugares que acababa de tratar con tanta brutalidad.

—Acepto la disculpa— se tiró y desapareció detrás de la pared que conducía a la cabina principal.

Me quedé quieta por un rato, analizando la situación, pero fue difícil llegar a lo que acababa de suceder. Sabía una cosa:

Estaba tan satisfecha y dolorida como si me lo hubiera cogido toda la noche.

Cuando volví, Massimo estaba sentado en su silla, mordiéndose el labio superior. Me miró.

—Mis labios huelen a tu coño. Y ahora no sé si es un festival para ti o para mí.

Me senté en la silla frente a él, después de no sentirme afectuosamente conmovida por lo que escuché.

—¿Cuáles son nuestros planes para hoy?— Pregunté, tomando una copa de champán de su mano.

—Te estás volviendo descarada de una manera encantadora.— Sonrió y se sirvió otra. —Veo que el tamaño del avión ya no te molesta.

Apenas tragué otro sorbo de champán. Todo este tiempo he olvidado mi miedo.

—Un viaje a su interior ha cambiado definitivamente mi perspectiva. ¿Y qué? ¿Qué nos espera hoy?

—Lo descubrirás con el tiempo. Yo trabajaré un poco y tú harás de la mujer de la mafia—, dijo con un aire infantil en la cara.

Había guardias de seguridad esperándonos en el aeropuerto y camionetas negras estacionadas en la salida. Uno de los hombres me abrió la puerta y la cerró cuando me senté en el sillón. Cada vez que veía

Blanka Lipińska

este juego de coches, tenía la sensación de que tenía que ser mágico, así que movía toda la fiesta de un lugar a otro. ¿Cómo es que esta gente y sus coches siguen a Massimo en tan poco tiempo? De mis caóticas deliberaciones, probablemente causadas por los recientes orgasmos, fui arrancada por la voz de mi torturador, dirigida directamente a mi oído.

—Me gustaría entrar en ti... —susurró, y su aliento caliente...

— Profundo y violento, me gustaría sentir tu vagina húmeda apretando a mi alrededor.

Las palabras que escuché dispararon cada partícula de mi imaginación. Casi sentí físicamente lo que me estaba hablando. Cerré los ojos y traté de calmar los latidos de mi corazón; lentamente se volvieron menos y menos regulares. De repente, el cálido aliento de Black desapareció y le oí decir algo al hombre sentado al volante. Las palabras eran incomprensibles para mí, pero después de unos segundos, el coche se fue a un lado de la carretera, se detuvo, y el conductor se bajó y nos dejó solos.

—Siéntese en el asiento del pasajero delantero—, dijo, con una mirada fría y negra. Dijo estas palabras, sentado inmóvil, lo que me dio una pequeña pista.

—¿Para qué?— Pregunté desconcertada.

Una irritación apareció en la cara de Massimo y su mandíbula comenzó a apretarse rítmicamente.

—Laura, por última vez, voy a decir: Adelántate o te pondré en marcha en un minuto.

Una vez más, su tono ha provocado agresión y un deseo abrumador de oponerse a él sólo por curiosidad de ver qué pasa después. Ya sabía que castigarme le iba muy bien y que implicaba algún tipo de coacción, pero no estaba muy segura de que esa coacción fuera algo que no me gustara.

—Me das órdenes como un perro, y no voy a ser...

Blanka Lipińska

Recuperé el aliento para decir una letanía sobre su comportamiento hacia mí, pero antes de que pudiera decir otra palabra, él me sacó del coche y me colocó exageradamente en el asiento del pasajero delantero. Me dobló brutalmente las manos detrás del respaldo del asiento.

—Perro no, perra... —dijo, atando mis manos con un cinturón de tela.

Antes de que me diera cuenta de lo que acababa de hacer, estaba sentada con las manos atadas detrás de mi asiento, y Black tomó el asiento del conductor. Me toqué con los dedos las ataduras y curiosamente descubrí que era un cinturón de la bata con el que estaba atada en el avión.

—¿Te gusta atar a las mujeres?— Le pregunté cuándo estaba configurando algo en el panel de control.

—En tu caso, no es una cuestión de preferencia, sino de compulsión.

Emprendió el viaje y una voz femenina y suave de navegación comenzó a guiarlo.

—Me duelen las manos y la espalda— le informé después de unos minutos de conducir en una posición curvada no natural.

—Y me duele por una razón completamente diferente. ¿Quieres hacer una oferta?

Vi que estaba enojado o frustrado, no podía adivinarlo todavía, pero no tenía idea de cómo mi comportamiento contribuía a ello. Y desafortunadamente, aunque no lo hiciera, me afectaba.

—Maldito, terco, egoísta— estuve aniquilando en polaco, sabiendo que él no me entendería. —Tan pronto como me desates, te daré una paliza para que saques tu dentadura de gángster del suelo.

Massimo redujo la velocidad y se detuvo ante las luces, y luego miró fríamente en mi dirección.

—Y ahora dilo en inglés—... fue drenado a través de sus dientes.

Blanka Lipińska

Sonreí con desprecio y empecé a lanzar un torrente de maldiciones y vulgarismos dirigidos a él en polaco. Estaba sentada allí, revolviéndose en mí con creciente furia, hasta que, cuando la luz volvió a ser verde, se movió.

—Sonríe ante tu dolor, o al menos te distraeré de él—, dijo, desabrochando mis pantalones con una mano.

Después de un rato, su mano izquierda descansó tranquilamente en el volante y su mano derecha se deslizó bajo mis bragas de encaje. Me agité y me tiré al asiento, jurando y pidiéndole que no lo hiciera, pero ya era demasiado tarde.

—¡Massimo, lo siento!— Yo estaba gritando, tratando de despegarlo, haciendo más difícil para él hacer lo que quería hacer. Nada duele, y lo que dije en polaco...

— Ya no me interesa, y si no te callas, tendré que amordazarte. Me gustaría escuchar la navegación, así que de ahora en adelante se supone que debes estar callada.

Su mano se deslizó lentamente dentro de mis bragas, y sentí que estaba en pánico y en total sumisión.

— Prometiste no hacer nada en mi contra...— pisé el reposacabezas del sillón.

Los dedos de Massimo irritaron suavemente mi clítoris, esparciendo la humedad que aparecía cuando me tocaba.

—No estoy haciendo nada contra ti, quiero que mis manos dejen de lastimarte.

Su presión se hacía cada vez más fuerte, y los movimientos circulares me enviaban una vez más al abismo de su poder sobre mí. Cerré los ojos y disfruté de lo que estaba haciendo. Sabía que estaba actuando instintivamente, porque tenía que dividir su atención en dos acciones: conducir y castigarme.

A faint, artistic background image of a couple in a car, with a man and a woman in a close embrace, serving as the backdrop for the text.

Blanka Lipińska

Me retorcí en el asiento, frotando mis caderas rítmicamente contra el asiento cuando el coche se detuvo de repente. Sentí su mano salir del lugar donde debería haber permanecido unos dos minutos más y se me aflojaron las ataduras.

—Estamos... —dijo, apagando el motor.

Lo miré por debajo de los párpados apenas abiertos, una voz en mi cabeza gritó, se enojó y lo llamó desde lo peor. ¿Cómo se puede dejar a una mujer al borde del placer, y por lo tanto en el umbral de la desesperación en un momento? No tuve que hacer esta pregunta en voz alta porque sabía exactamente cuál era el motivo de Massimo. Quería que se lo pidiera, decidió demostrarme cuánto lo deseaba, aunque yo tratara de rebelarme contra todo lo que él hacía.



—Eso es genial. —Dije, masajee mi muñeca floja. Me duelen tanto las manos que casi me vuelvo loca. —Espero que lo que te duele se haya detenido,— lancé provocativamente y me encogí de hombros.

Fue como presionar un botón rojo. Black me agarró y se sentó encima de mí, así que apoyé mi espalda contra el coche. Me agarró por el cuello y presionó mi coño contra su duro pene. Gemí, sintiendo como se frotaba contra mi sensible y despierto clítoris.

—Duele... Yo...— él estaba forzando cada palabra...— aún no he me metido en tu boca.

Sus caderas se tambaleaban en círculos perezosos, subiendo de vez en cuando. Este movimiento y la presión de su pene me dejó sin aliento.

—Y no llegarás en mucho tiempo... —le susurré directamente a la boca, y al final le lamí el labio. —Empieza a gustarme el juego que me dijiste que jugara— dije con diversión.

Se quedó inmóvil, y sus ojos me examinaron, buscando respuestas a preguntas sin respuesta. No sé cuánto tiempo hemos estado así, mirándonos el uno al otro, porque nos han echado de esta lucha

Blanka Lipińska

silenciosa. Massimo lo dejó y en el otro lado vi la cara no muy sorprendida de Domenico. Dios, ¿creo que este tipo ha visto todo? Eso pensé.

Dijo unas cuantas frases en italiano, ignorando por completo la posición en que estábamos sentados, y Black definitivamente negó lo que escuchó. No tenía idea de lo que estaban hablando, pero por el tono de la discusión estaba claro que Black no quería lo que Domenico estaba hablando. Cuando terminaron, Massimo abrió la puerta y sin dejarme ir, salió del coche y se dirigió hacia la entrada del hotel donde aparcamos. Lo envolví con mis piernas en la cintura y me sentí sorprendida por las miradas de los otros invitados mientras pasaba por delante de ellos sin decir una palabra con cara de piedra.



—No estoy paralítica,— dije, levantando las cejas y asintiendo ligeramente con la cabeza.

—Eso espero, pero hay algunas buenas razones por las que no quiero dejarte ir, al menos dos.

Pasamos por la recepción y entramos en el ascensor donde me apoyó contra la pared. Nuestros labios casi entraron en contacto unos con otros.

—La primera es que mi polla dura está a punto de romper miserablemente mis pantalones, y la segunda es que los tuyos está empapados de humedad, y lo único que podría cubrir la vista son mis manos y tus caderas.

Me mordí los labios cuando escuché sus palabras, especialmente porque lo que dijo tenía sentido.

La campana del ascensor dijo que llegamos al piso donde nos bajamos. Después de algunos pasos, puso la tarjeta que había recibido de Domenico en la puerta y entró en el monumental apartamento, poniéndome a mí en el medio.

—Me gustaría lavarme— dije, mirando mi equipaje.




Blanka Lipińska

—Todo lo que necesitas está en el baño, tengo que hacer algo ahora— dijo, poniéndose el teléfono en el oído y desapareciendo en la enorme sala de estar.

Me duché y me engrasé con una loción de vainilla que encontré en el armario. Salí del baño y al caminar por las habitaciones me encontré con una botella de mi querido licor. Me serví una copa, luego otra y otra, miré la televisión, bebí champán y me pregunté dónde había desaparecido mi torturador. Después de un tiempo, aburrida, comencé a caminar por el apartamento, descubriendo que ocupa una gran parte del piso del hotel. Cuando llegué a la última puerta, cruzando su umbral, caí en una oscuridad a la que mis ojos tuvieron que acostumbrarse por un tiempo.

—Siéntese— escuche un acento familiar.



Sin balbucear, seguí la orden, sabiendo que no había nada que objetar. Después de varios segundos vi a Massimo desnudo limpiándose el pelo con una toalla. Tragué saliva en voz alta, aturdida por la vista y estimulada por el alcohol bebido. Estaba de pie junto a una enorme cama, que se apoyaba en cuatro vigas monumentales. Decenas de cojines en púrpura, oro y negro se encontraban en el colchón, toda la habitación era oscura, clásica y extremadamente sensual. Me agarré firmemente a los lados del sillón cuando empezó a acercarse a mí, sin poder apartar la vista de su pene que colgaba de mi cara. Simplemente lo miré con la boca ligeramente abierta. Sólo se detuvo cuando sus piernas descansaron sobre mis rodillas dobladas. Se puso una toalla blanca sobre los hombros y se agarró los extremos. Cuando sus fríos ojos de animal se encontraron con mis ojos, comencé a orar; pedí fervientemente a Dios fuerza para resistir lo que vi y sentí.

Massimo sabía muy bien cómo trabajar conmigo. Creo que me lo pinté en la cara, y además, la succión involuntaria de mi labio inferior no ayudó en absoluto a enmascarar mis sentimientos.

Blanka Lipińska

Lentamente lo agarró con su mano derecha y comenzó a deslizarlo desde la raíz hasta el final. Oré aún más fervientemente. Su cuerpo se estaba flexionando,

Los músculos abdominales de acero estaban apretando y el pene, que traté de no mirar, se estaba hinchando y creciendo.

—¿Puede ayudarme?— Preguntó, sin quitarme los ojos de encima y sin jugar conmigo. No te hará nada, recuerda.

Dios, no tenía que hacer nada, ni siquiera tenía que tocarme físicamente para ponerme al rojo vivo y enfocar mis pensamientos sólo en mí, en la polla y en el sueño de tenerla en la boca. Pero los últimos rincones sobrios de mi psique me dijeron que si él obtenía lo que quería, el juego ya no sería interesante y no me sentiría tan cómodo cediendo a él tan fácilmente. Porque el hecho de que este tipo me tuviera era más que seguro, la única incógnita era cuándo sucedería. Mi mente perversa, como parte de la lucha contra el deseo, me envió la idea de que este hombre divino que se masturba ante mí quiere matar a mi familia. Toda la excitación desapareció y fue reemplazada por la ira y el odio.

—Probablemente estás soñando,— dije, resoplando con desprecio.

—No tengo ninguna intención de ayudarte, además tienes gente de todo, así que puedes pedirles que lo hagan también.— Lo miré a él. —¿Puedo irme ya?

Traté de levantarme de la silla, pero él me agarró del cuello y me clavó en el respaldo otra vez. Se inclinó y lo pidió con una inteligente sonrisa:

—¿Estás segura de lo que dices, Laura?

—Suéltame, maldita sea.

Estuve apretando mis dientes juntos.

Hizo lo que le pedí y se alejó de mí hacia la cama. Me levanté y agarré la manija, queriendo salir de esta habitación lo antes posible antes de que mis pensamientos empiecen a girar de nuevo en torno a situaciones no



Blanka Lipińska


deseadas. Pero la puerta estaba cerrada. Black tomó el teléfono que estaba en la mesa de noche, llamó a alguien y dijo algunas palabras, y luego colgó.

—¡Ven aquí!— Él ordenó.

—¡Déjame salir! ¡Déjame salir!— Estaba tirando de la manija, gritando.

Arrojó una toalla sobre la cama y se puso de pie con las manos bajadas a lo largo de su cuerpo, clavándome unos ojos helados y negros.

—Ven aquí, Laura, la última vez que te lo digo.



Me puse de pie contra la puerta y no tuve intención de hacer ningún movimiento, y ciertamente no hice lo que me pidió. Un profundo rugido salió de su garganta cuando se acercó a mí. Cerré los ojos por miedo, sin tener idea de lo que pasaría. Sentí mi cuerpo flotando y cayendo sobre la cama en un momento. Black estaba murmurando algo en italiano todo el tiempo. Cuando me sentí hundido entre las almohadas, abrí los párpados y vi a Massimo elevándose sobre mí. Me agarró la mano derecha y la encadenó con una larga cadena terminada con una hebilla a uno de los cuatro pilares. Me agarró la mano izquierda, pero me las arreglé para sacarla y le pegué. Se mordió los dientes, y un momento después un grito furioso salió de su garganta. Sabía que había cruzado la línea. Volvió a apretar su mano en mi muñeca izquierda con demasiada fuerza y lo llevó a la otra empuñadura, inmovilizando toda la parte superior de mi cuerpo.

—Haré lo que quiera contigo—, dijo, sonriendo insolentemente.

Pateé y me arrojé sobre la cama hasta que se sentó sobre mis pies, de espaldas a la cama, y sacó un tubo corto. No tenía ni idea de lo que era, sólo quería que se me quitara de encima. Me puso dos collares suaves alrededor de los tobillos, que estaban en los extremos de la barra, y luego buscó otra barra. Tomó la cadena por detrás y la sujetó al mango del tobillo derecho, repitió lo mismo con el izquierdo y luego se levantó de la cama. Se puso de pie, mirando mi cuerpo encadenado a cuatro



Blanka Lipińska

columnas. Claramente estaba contento y entusiasmado con esta vista. Estaba confundida y aturdida. Cuando quise sacudir mis piernas, el tubo al que estaban encadenadas se expandió y bloqueó. Massimo se mordió el labio inferior.

—Esperaba que lo hicieras. Es un palo telescópico. Puedes extenderlo cada vez más, pero no se doblará si no sabes dónde empujarlo.

Después de estas palabras, entré en pánico, estaba inmóvil y mis piernas estaban muy separadas, como una invitación a él.

En ese momento se oyó el golpe de la puerta y me puse aún más tensa.

Black se acercó a mí, sacó con un movimiento el edredón sobre el que estaba tumbado y me cubrió con fuerza.



—No tengas miedo—, dijo con una ligera sonrisa, acercándose a la puerta.

Abrió la puerta y metió a la joven al interior. No pude verla muy claramente, pero tenía el pelo largo y oscuro y tacones altos que resaltaban sus delgadas piernas. Massimo le dijo dos frases y la chica se quedó inmóvil. Después de un tiempo me di cuenta de que todavía estaba desnudo y que esta mujer no se sorprendió en absoluto.

Se acercó a mí y me empujó una almohada bajo mi cabeza para que pudiera observar toda la habitación sin ninguna dificultad ni esfuerzo.

—Me gustaría mostrarte algo. Algo que extrañarás... —susurró, mordiéndome la oreja.

Volvió al otro extremo de la habitación y se sentó en un sillón justo enfrente de la cama, de modo que estábamos literalmente a unos pocos metros. Sin apartar la vista de mí, le dijo algo en italiano a la chica que estaba parada como un poste, y ella se quitó el vestido y se paró frente a él en ropa interior. Mi corazón estaba galopando cuando se arrodilló y empezó a chupar a mi torturador. Sus manos se deslizaron sobre su cabeza y se enredaron en su pelo oscuro. No podía creer lo que estaba



Blanka Lipińska

viendo. Sus ojos negros me miraban fijamente, y sus labios se abrían cada vez más y tomaban aire nerviosamente. Podías ver que la chica sabía lo que estaba haciendo. De vez en cuando él lanzaba una palabra en italiano, como si le diera instrucciones, y ella gemía con satisfacción. Miré la escena y traté de entender cómo me sentía. Su mirada, que me estaba volando la cabeza, me excitaba hasta el límite para ver a Massimo en éxtasis, pero el hecho de no estar entre sus piernas me quitaba completamente la alegría de la vista. ¿Estoy celosa de este apodíctico gilipollas? Estaba alejando la idea de que quería estar en su lugar, pero no podía quitarle los ojos de encima. En un momento dado, Massimo agarró a la chica por la cabeza y le empujó brutalmente la polla hacia ella, por lo que ella empezó a atragantarse. Ella no le estaba dando caña, él se estaba cogiendo sus labios, profundo y loco. Me retorció en la cama, y las cadenas atadas a mis miembros se frotaban contra las vigas de madera. Estaba atrapando el aire cada vez más fuerte, y mi pecho subía y bajaba demasiado rápido. El espectáculo, del que era el actor principal, me emocionó, me excitó y me hizo enojar a una guinda. Sólo ahora entendí el significado de las palabras que él dijo antes de que ella se acercara a él. Sí, ciertamente estaba celosa. Con gran esfuerzo, cerré los ojos y giré la cabeza a un lado.

—Ahora abre los ojos y mírame,— susurró Massimo.

—No quiero, no me obligarás —dije con voz ronca, que apenas salió de mi interior.

—Si no me miras ahora mismo, me acostaré a tu lado y ella terminará de frotarse contra tu cuerpo. Decídete, Laura.

Esta amenaza fue lo suficientemente alentadora como para que yo obedeciera su orden. Cuando mis ojos se encontraron con los suyos, él miró con satisfacción y abrió firmemente sus labios y puso una sonrisa borrosa. Se levantó de su asiento y se movió de tal manera que ahora la muchacha que estaba arrodillada frente a él estaba recostada contra la cama, y él estaba de pie a sólo un metro y medio de mí. Mis caderas se

Blanka Lipińska

tambaleaban, rozándose con el lino satinado, y mis labios secos se suavizaban por el paso de la lengua. Yo lo quería. Si no hubiera sido por el hecho de que estaba atada, creo que la habría echado de la habitación y terminado el trabajo. Massimo lo sabía bien. Después de un tiempo, sus ojos se volvieron oscuros y vacíos, y después de un pecho recién lavado, fluyeron gotas de sudor. Sabía que sucedería pronto, porque la mujer arrodillada frente a él definitivamente aceleró.

—¡Laura, sí!— Un gemido apagado salió de su boca cuando todos los músculos se apretaron y empezaron a llegar a su punto máximo, inundando su garganta con esperma.

Estaba extremadamente emocionada y abrumada por la demanda, hasta el punto de que pensé que iba a correrme con él. Mi cuerpo se inundó con una ola de calor. Ni siquiera me quitó los ojos de encima ni un momento.

Respiré con alivio, esperando que el show terminara. Black dijo una frase en italiano y la chica terminó, se levantó, tomó su vestido y se fue. También él desapareció en la puerta del baño. Escuché el sonido del agua que se derramaba en la ducha y después de unos minutos se puso de nuevo frente a mí, limpiándose el pelo con una toalla.

—Te voy a liberar, nena. Te voy a lamer lentamente y dejarte correr por mucho tiempo a menos que prefieras sentirme dentro de ti.

Abrí bien los ojos y mi corazón latía como un aplauso después del concierto de *Beyoncé*. Quería oponerme a ello, pero no pude sacar ni una palabra de mí misma.

Massimo me arrancó el edredón con un solo movimiento y luego abrió lentamente la mitad de mi bata que llevaba puesta.

—Me gusta este hotel por dos razones:— empezó cuando tenía prisa por sentarse en la cama. —En primer lugar, es mío, y, en segundo lugar, tiene este apartamento. Llevo mucho tiempo buscando el equipo adecuado para ello.— Su voz era tranquila y sexy. —Verás, Laura, en

Blanka Lipińska

este momento estás lo suficientemente inmovilizada como para no escapar ni oponerme resistencia.— Me lamió el interior del muslo. —Al mismo tiempo, tengo acceso a absolutamente todas las partes de tu bonito cuerpo.

Me agarró de los tobillos, me abrió los botones aún más, dándome la oportunidad de tener las piernas a los lados. El tubo telescópico se golpeó un par de veces y luego se trabó en su lugar, haciendo que mis piernas se separaran en forma de V.

—Por favor— susurré, porque eso fue lo único que me vino a la mente.

—¿Me estás pidiendo que empiece ahora o que lo deje?

Esta sencilla pregunta me pareció tan difícil en ese momento que cuando quise responder, sólo un callado gemido de resignación surgió de mi garganta.



Black se acercó y se colgó sobre mi cara, clavándome los ojos. Con su labio inferior me pinchó la nariz, los labios, las mejillas.

—En un momento te follaré para que tus gritos se oigan en Sicilia.

—Te ruego que no—, dije con el resto de mis fuerzas y apreté los párpados, bajo los cuales fluyeron lágrimas de miedo. El silencio llegó y tuve miedo de abrir los ojos, aterrorizada por lo que podía ver. Escuché un chasquido y sentí que mi mano derecha estaba libre, luego otro chasquido y ambas manos cayeron sobre las almohadas. Luego otros dos chasquidos de los candados y sentí lástima de mí misma, completamente liberada de las ataduras.

—Vístete, tenemos que estar en uno de mis clubes en una hora— dijo, saliendo del dormitorio desnudo.

Estuve acostada un rato, analizando lo que acababa de pasar. Entonces una ola de rabia me inundó, me separé del resto y corrí tras él. Ya estaba usando sus pantalones de traje y bebiendo una copa de champán.



Blanka Lipińska

—¿Me explicarás amablemente todo esto?!— Grité cuando se dio vuelta lentamente, escuchando mi galope nervioso hacia él.

—¿Qué pasa, nena?— Preguntó, apoyándose despreocupadamente en la mesa donde estaba la botella. —¿Estás interesada en la chica? Es una puta. Tengo algunas agencias sociales. No querías ayudarme a relajarme. Obviamente te gustó la cama y los juguetes en ella, así que no necesita un comentario. Igual que lo que hizo Verónica, a juzgar por tu reacción. — Levantó ligeramente las cejas. —¿Qué más puedo decirte? Tiene las manos en el pecho. No me meteré dentro de ti si no quieres, te lo prometí. Es difícil para mí controlarme completamente, pero lo suficiente para no violarte, puedo controlarme.— Se dio la vuelta y se movió por la habitación. —Aunque ambos sabemos que sería el mejor sexo de nuestras vidas y que pedirías más después de todo.



Me quedé allí como si estuviera en cama y no podía negarlo. Aunque no quería admitirlo, tenía razón. Estaba a unos pasos de él. Pero Massimo quería que me rindiera ante él por afecto, no por una necesidad animal. Quería tenerme toda, no sólo meterme la polla. Dios, su destreza y sus habilidades de manipulación me volvieron loca. Después de las palabras que dijo cuándo se fue, lo deseaba aún más, y ahora era yo quien lo mantenía a raya para no tener que sentarse en uno de los grandes sofás. Grité por impotencia y, apretando los puños, me metí en una ducha fría, que resultó ser un gran éxito. Cuando salí del baño, me encontré con Domenico en su habitación poniendo una botella de champán en la mesa.

—Me sorprende que aún no hayas tenido suficiente—, dijo, sirviendo una botella de champán.

—¿Y quién dijo que no tengo eso? Nunca me preguntaste qué bebería, sólo sigues alimentándome con esos carbohidratos rosados...— Dije, con un sorbo de risa. —¿A qué club vamos?



Blanka Lipińska

—Nostro. Creo que el club favorito de Massimo. Es un lugar exclusivo donde los políticos y los hombres de negocios y...— Al final calló, lo que me dio curiosidad.

—¿Quién está? ¿Sus putas? ¿Cómo Verónica? —Le di la espalda.

Domenico me miró buscando, como si estuviera comprobando cuánto sé y cuánto estoy fanfarroneando. Me quedé allí con la cara quieta, fingiendo que estaba escarbando en mi ropa en busca de una creación. De vez en cuando, me llevaba la copa a la boca.

—Tal vez no exactamente como Verónica, pero así es como la gente se divierte.

—Después de que hoy chupó a Massimo delante de mis ojos, parecía conocerlo bien, así que probablemente hicieron muchas cosas en este club.— Cuando terminé de decir una frase en la que iba a pensar, me quedé helada y durante un tiempo no supe qué hacer. Así que me encogí de hombros y me dirigí al baño, desechando la repentina facilidad de expresión. No cerré la puerta y después de un rato, cuando empecé a ponerme una base en la cara, apareció un joven italiano apoyado en el marco de la puerta. No ocultó su diversión con mi sinceridad.

—No es asunto mío quién le chupa la polla o quién le contrata.

—¿Por qué no me dices que tampoco te importa cómo se hace el reclutamiento?

Domenico primero abrió bien los ojos y luego se echó a reír.

—Laura, lo siento, ¿pero estás celosa?

He estado temblando con estas palabras hasta que he estado tiritando en mi espalda. ¿Es que fingir ser indiferente que no me va bien?

—Estoy impaciente. Estoy esperando que mi año termine, y volveré a casa. ¿Qué me pongo?— Pregunté, alejándome del espejo e intentando cambiar de tema.

Blanka Lipińska

Domenico sonrió y se dirigió hacia la habitación.

—No puedes estar celosa de una puta porque lo que hace es su trabajo. Ya te he conseguido un vestido.

Cuando se fue, me caí en el fregadero, caminando con la cabeza entre las manos. Si puedes ver cuánta presión no estoy sosteniendo, lo que pasa después. ¡Concéntrate! Me dije a mí misma, golpeando mis mejillas.

—Si así es como quieres disciplinarte, te golpearé más fuerte.

Levanté la vista y vi a Massimo sentado en la silla detrás de mí.

—¿Quieres ponerte una máscara?— Le pregunté, con el ojo cubierto de lápiz.

—Si te hace sentir...

Traté de concentrarme en lo que debía hacer, pero su vista parpadeante me dificultaba mucho hacer cualquier cosa, incluso el truco más simple.

—¿Quieres algo o me dejas en paz?

—Verónica es una puta, viene, me la chupa, y me la cojo si me apetece. Le gusta la violencia y el dinero. Satisface a los clientes más exigentes, incluyéndome a mí. Todas las chicas que trabajan para mí...

—¿Tengo que escuchar esto?— Me volví hacia él, crucé mis brazos sobre mi pecho. —¿Cómo sabes cómo me jodió Martin? ¿O te gustaría verlo?

Sus ojos se volvieron completamente negros, y su inteligente sonrisa dio paso a una cara de piedra. Se levantó y se acercó a mí. Me agarró por los hombros y me plantó en la parte superior junto al fregadero.

—Todo lo que ves aquí me pertenece.— Me agarró la cabeza y giró mi cara hacia el espejo. —Todo...lo que...ves...—... dijo con los dientes



Blanka Lipińska

apretados. —Y voy a matar a cualquiera que busque algo que sea mío.
— Se dio la vuelta y salió del baño.

Todo es suyo, el hotel es suyo, las putas son tuyas y el juego es suyo. Se me ocurrió un vil plan con el que decidí castigar la hipocresía tácita de Black. Entré en el dormitorio y miré un vestido dorado con lentejuelas en la cama, sin espalda. Desafortunadamente, a pesar de que era hermoso, no era adecuado para mis intenciones. Me acerqué al armario, donde todas mis prendas estaban colgadas cuidadosamente.

—¿Te gustan las putas? Te mostraré a la puta...— Estaba murmurando en polaco.

Elegí un vestido y zapatos, y luego fui a maquillarme para un maquillaje más apropiado. Treinta minutos después, cuando Domenico llamó a la puerta, yo estaba abrochando mis botas.

—Joder, —dijo, cerrando la puerta nerviosamente. —Te está liquidando, y luego me matará a mí si sales así.

Me reí burlonamente y me paré frente al espejo. El vestido carnoso en los delgados brazos de los nudillos parecía más una falda que una prenda.

Tenía descubierta toda la espalda y el lado de los pechos, pero se suponía que iba a ser así. Debido a que el vestido estaba muy ajustado a los pechos, una enorme cruz con tapas negras colgaba de mi espalda para que se notara aún más mi desnudez. Las botas largas hasta la mitad de mi muslo enfatizaban perfectamente el hecho de que el vestido apenas cubría mi trasero. Hacía calor afuera, pero por suerte Emilio Puc, cuyos zapatos tenía en los pies, predijo que como hay mujeres que aman los zapatos altos todo el año, este modelo es aireado, forrado hasta el final y sin dedos. Obsceno y extremadamente caro. Me até el pelo en una cola de caballo muy apretada en la parte superior de mi cabeza. El peinado sexy, simple y real fue perfectamente compuesto con ojos ahumados y lápiz labial brillante.

Blanka Lipińska

—Domenico, ¿quién me compró todas estas cosas? Bueno, ya que pagó la bahía, creo que sabía que algún día me pondría esto. ¿Estás guapo, así que entiendo que te vienes con nosotros?

El joven italiano se puso de pie, sosteniendo su cabeza con ambas manos, y su jaula subió y bajó rápidamente.

—Voy contigo porque Massimo tiene que hacer otra cosa. ¿Sabes que estaré en problemas cuando te vea con ese atuendo?

—Así que dile que intentaste detenerme y que yo fui más fuerte. Vamos.

Agarré una bolsa negra y un pequeño bolero de zorro blanco, y luego lo pasé con una sonrisa feliz. Murmuró algo, siguiéndome, pero desafortunadamente yo todavía no tenía la habilidad de hablar su idioma.

Cuando fuimos del ascensor al pasillo, todo el personal de recepción se quedó inmóvil. Domenico asintió con la cabeza y yo, todavía orgullosa de mí misma, pasé por allí, con toda claridad. Nos subimos a la limusina estacionada frente a la entrada y salimos a una fiesta.

—Hoy voy a morir—, dijo, vertiéndose un líquido de relleno de color ámbar. —Estás siendo mala, ¿por qué me haces esto?— Se lo bebió todo con el alma.

—Oh, Domenico, no exageres. Además, no eres tú, es él. De todos modos, creo que me veo muy elegante y sexy.

Un joven italiano se asomó a otro vaso y se sentó en la silla. Se veía muy a la moda hoy en día con pantalones gris claro, zapatos del mismo color y una camisa blanca con las mangas arremangadas. En su muñeca brillaba un hermoso rolex de oro y varios brazaletes de madera, oro y platino.

—¿Sexy, seguro, pero elegante? Dudo mucho que Massimo aprecie este tipo de elegancia.





Blanka Lipińska

CAPÍTULO 7

Nostro reflejaba perfectamente cómo era Massimo. Dos grandes guardaespaldas custodiaban la entrada a la cual tú caminabas en la alfombra púrpura. Después de bajar las escaleras, un lugar elegante y oscuro surgió delante. Las cabinas estaban separadas por grandes cortinas de material pesado y oscuro. Las paredes de ébano y la luz de las velas lo hicieron sensual, erótico y muy atractivo. Mujeres casi desnudas con máscaras en la cara estaban paradas en dos plataformas, retorciéndose al ritmo de la música de *Massive Attack*.

La larga barra negra tapizada con cuero acolchado era servida sólo por mujeres vestidas con cuerpos muy estrechos y tacones altos. En ambas muñecas llevaban bandas de cuero que imitaban las ataduras. Sí, ciertamente podrías sentir a Massimo en este lugar.



Pasamos la barra y la multitud perezosa se frotaba entre sí al ritmo de la canción. Un gran guardaespaldas que se abrió paso entre la gente hizo retroceder otra cortina y apareció ante mis ojos una habitación con techo a la altura del primer piso del edificio. Las esculturas monumentales de madera negra parecían como si los cuerpos estuvieran unidos entre sí, pero me llamó la atención su tamaño y no lo que el autor quería decir. En la esquina de la habitación, sobre una plataforma, ligeramente cubierta con tela translúcida, había una cabina a la que fuimos conducidos. Era mucho más grande que las otras y sólo podía adivinar lo que pasaba aquí, ya que en el centro había un tubo de baile.

Domenico se sentó, y antes de que sus nalgas pudieran tocar el forro de satén del sofá, se introdujeron en la habitación bebidas alcohólicas, aperitivos y una bandeja cubierta con una tapa de plata. En mi primer instinto, lo alcancé, pero Domenico me agarró la muñeca, sacudiendo la cabeza. Me dio champán.



Blanka Lipińska

—No vamos a estar solos hoy.— Empezó siendo cuidadoso, como si tuviera miedo de lo que iba a decir. —Se nos unirán algunas personas con las que tendremos que arreglar las cosas.

Asentí con la cabeza y repetí tras él:

—Unas cuantas personas, algunas cosas. Así que vas a jugar a la mafia. —Saqué una copa y se la di para que la llenara de nuevo.

—Haremos negocios. Acostúmbrate.

De repente, sus ojos eran tan grandes como platos. Miró el espacio detrás de mí.

—Bueno, está a punto de comenzar, dijo, peinándose con la mano.

Me di la vuelta y vi a algunos hombres entrar en la cabina, entre ellos Massimo. Cuando me vio, estaba totalmente inmóvil, moviéndome de arriba a abajo con un lanzamiento frío y furioso. Tragué fuerte y pensé que mi idea de disfrazarme de puta no era la más exitosa hoy en día. Los compañeros pasaron junto a él y se dirigieron hacia Domenico, mientras Massimo estaba todavía de pie y su ira se hizo casi tangible.

—¿Qué demonios llevas puesto?— estaba gruñendo, atrapándome mientras me traía hacia él.

—Unos pocos de tus miles de euros... —Ladré, alejando su mano.

Ese discurso lo hizo hervir como agua en una tetera, casi vi el vapor que salía de sus oídos. Entonces uno de los hombres le gritó algo, y él respondió sin apartar la vista de mí.

Me senté en la mesa y alcancé otra copa de champán. Si voy a hacer un poste, al menos seré un poste borracho.

Hoy me lo he pasado muy bien con el alcohol. Aburrida, observé las otras habitaciones y escuché el sonido de las palabras pronunciadas por Black. Cuando hablaba italiano, era muy sensual. Entonces Domenico me sacó de mi pensamiento y levantó la cúpula de la bandeja de plata.



Blanka Lipińska

Miré su contenido y me aplastó en el agujero: cocaína. La droga, dividida en docenas de filas ordenadas, cubría todo el plato, que en mi casa familiar prefería servir pavo asado. Suspiré fuerte por esta vista y me levanté de la mesa. Salí de la cabina pero ni siquiera pude girar la cabeza para mirar a mi alrededor cuando un enorme guardaespaldas apareció a mi lado. Miré a Massimo, que tenía una mirada en mí. Me incliné, fingiendo que me rascaba la pierna para mostrarle el largo, o más bien el corto, de mi vestido antes de salir. Me enderecé y metí la vista en la mirada del animal a unos pocos milímetros de mi cara.

—No me provoques, cariño.

—¿Por qué? ¿Tienes miedo de que me vaya demasiado bien?— Pregunté, lamiéndome el labio inferior. El alcohol siempre funciona conmigo, pero con Massimo, cuando estaba borracha, un demonio entró literalmente en mí.

—Alberto te acompañará.

—Estás cambiando de tema—, dije, agarrando las medias de su chaqueta y aspirando el aroma característico de Massimo. —Tengo una suite de vestidos tan cortos que podría venir sin duda con o sin ellos.— Agarré su mano y lo llevé por mi cintura y luego lo deslicé bajo el vestido. —Encaje blanco, como querías, ¡Alberto!— Grité y me fui a la pista de baile.

Me di la vuelta y miré a Massimo, que estaba de pie en una columna con las manos en los bolsillos y una amplia sonrisa en su rostro; estaba muy excitado.

Caminé por el pasillo y me encontré en un lugar donde la música retumbante marcaba el ritmo. La gente bailaba, bebía, y en los cubículos privados probablemente se follaban unos a otros. No estaba muy interesada, quería desconectar. Entonces, me corté la mano con el barman y antes de que pudiera abrir la boca, había una copa de champán rosado delante de mí. Tenía sed, así que me eché todo dentro

Blanka Lipińska

inmediatamente y agarré otra copa, que apareció mágicamente en la barra. Así es como pasé una hora o tal vez más, cuando pensé que ya estaba bien borracha, volví a buscar a los drogadictos que dejé en la cabina.

Me sorprendió mucho cuando al pasar por el negro translúcido, vi que ya no están solos. Las mujeres que se agitaban a su alrededor se frotaban como gatos contra sus piernas, brazos y entrepierna. Eran hermosas y definitivamente eran putas. Massimo estaba sentado en el medio, pero no noté ninguna mujer en sus piernas. Ya sea un accidente o un acto deliberado, me alegré de que estuviera solo, porque el alcohol podía empujarme a la agresión. Podría y debería, pero desafortunadamente mi mente enferma y borracha vio primero el tubo de baile.

Sorprendentemente, el poste estaba libre.



Cuando me mudé a Varsovia, inmediatamente me inscribí en clases de pole dance. Inicialmente pensé que este baile se trataba de entrar en una forma sexy. Sin embargo, mi instructor me sacó rápidamente del error, demostrando que era la forma perfecta de tener un cuerpo perfectamente tallado. Un poco como la gimnasia o el fitness, pero en un palo vertical. Me acerqué a la mesa y, mirando directamente a los ojos de Massimo, me quité lentamente la cruz que estaba sobre mi cuello y espalda. Lo besé y luego lo puse en la mesa delante de él. *Running Up That Hill* Placebo resonó a mi alrededor, lo cual fue como una invitación. Me di cuenta de que no podía hacer todo lo que quería por el largo del vestido y la presencia de sus invitados. Pero sabía que en el momento en que tocara el tubo, él seguiría estando jodido. Cuando agarré el metal en mi mano y me volví para examinar su reacción, él se quedó allí, y todos los hombres alrededor ignoraron el ruido de las mujeres que los estaban hundiendo y observaron con él. ¡Te tengo! Después de una docena de segundos, me di cuenta de que a pesar de algunos años de interrupciones, recuerdo todo y los movimientos todavía no me causan ningún problema. Bailar era algo completamente natural para mí, que conocía y entrenaba

Blanka Lipińska

desde la infancia. Y ya sea en el campo de la danza, social o latina, me dio la misma satisfacción cada vez.

Me dejé llevar; el alcohol, la música, el ambiente del lugar donde estaba, y toda la situación me cambió mucho. Después de mucho tiempo, miré en la dirección donde Black estaba de pie por última vez. Ahora el lugar estaba vacío, pero todos los ojos de los hombres estaban pegados a mí, incluyendo el menisco de los hombres en el sofá. Me volví a dar la vuelta y me quedé congelada. Los ojos salvajes, fríos y animales me derretieron; él estaba de pie a unos pocos centímetros de mí. Lo rodeé con mi pierna y le entretejé los dedos en el pelo, apoyándolo contra el palo.

—Interesante selección musical para un club.

—Porque como te has dado cuenta, es un club, no una discoteca.

Hice un giro y apoyé mis nalgas en su entrepierna, moviéndolas suavemente. Massimo me agarró del cuello y presionó mi cabeza contra su hombro.

—Serás mía, te lo garantizo, y luego te tomaré como y cuando quiera.

Me reí coqueta y me escabullí de la plataforma. Me dirigí hacia la mesa, y entonces uno de los hombres sentados se levantó y me agarró la muñeca, tirando de mí hacia él. Perdí el equilibrio y me caí en el sofá. El hombre me levantó el vestido y me agarró el trasero desnudo, golpeándolo unas cuantas veces y gritando algo en italiano. Quería levantarme para darle en la cabeza con una botella, pero no podía moverme. En un momento dado sentí que alguien me arrastraba por los hombros sobre un paño suave, y cuando levanté la cabeza, vi a Domenico. Me di la vuelta y vi que Massimo tenía a un hombre por el cuello, que hace un momento sostenía mi mano.

Él tenía en su mano su arma, midió a mi admirador. Me separé de Domenico que intentó sacarme de la cabina y corrí hacia Black.



Blanka Lipińska

—No sabía quién era yo...— dije, acariciando su pelo.

Massimo gritó algo y Domenico me agarró otra vez, pero esta vez lo suficiente para que no me alejara de él. Don Massimo giró la cabeza hacia el hombre que estaba junto al sofá y al cabo de un rato todas las mujeres desaparecieron de la habitación. Cuando nos dejaron solos, arrastró al hombre que tenía en el cuello hasta las rodillas y le apuntó a la cabeza con la pistola. Esta vista hizo que mi corazón se moviera al galope. Delante de mis ojos vi una escena de la entrada de la casa, que todavía era una pesadilla indescriptible para mí. Me di la vuelta frente a Domenico y abracé mi cabeza contra él.

—No puede matarlo aquí...— Dije con seguridad —no lo hará en público.



—Sí, tal vez— el joven italiano me rechazó con calma, abrazándome lo suficiente. —Y lo hará.

La sangre fluía de mi cara, y un sonido odioso apareció en mis oídos. Mis piernas se volvieron como algodón y lentamente comencé a deslizarme por el pecho de Domenico. Me sujetó y gritó algo, y luego sentí que me levantaba y me llevaba a alguna parte. Luego la música se calló y caí sobre suaves almohadas.

—Te gustan las salidas espectaculares— me habló, empujando la píldora de mi lengua. —Vamos, Laura, cálmate.

Mi corazón estaba volviendo a un ritmo normal cuando la puerta de la habitación con un golpe se abrió y Massimo cayó a través de ella con su pistola empujada detrás de su cinturón.

Se arrodilló delante de mí en el suelo y me miró con gran alegría.

—¿Lo mataste?— Casi le pregunté en un susurro, rezando en espíritu para que lo negara.

—No.



Blanka Lipińska

Respiré con alivio y me puse de espaldas.

—Le disparé a sus manos con las que se atrevió a tocarme— lanzó, se levantó de las rodillas y le dio el arma a mi guardián.

—Quiero volver al hotel, ¿está bien?— Le pregunté, tratando de levantarme, pero la mezcla de medicina para el corazón y alcohol hizo que la habitación girara y me tambaleé y me caí sobre las almohadas.

Black me tomó en sus brazos y me abrazó fuertemente. Domenico abrió la puerta, a través de la cual caminamos a la parte de atrás y luego a la cocina, hasta que finalmente nos encontramos en la parte de atrás del club. Había una limusina esperando a que Massimo entrara sin dejarme fuera de sus manos. Se sentó en un sillón y me cubrió con su chaqueta. Me dormí acurrucada en su amplio pecho.



Me desperté en el hotel cuando estaba maldiciendo por lo bajo, tratando de quitarme las botas.

—Hay una cremallera en la parte de atrás— susurré con los ojos entrecerrados. —No crees que nadie sería capaz de atarlos cada vez.

Levantó los ojos y me miró enfadado, quitándome los zapatos de los pies.

—Lo que te hizo parecer como...

—¡Termínalo!— Gruñí emocionada y me desperté en un segundo para salir de mi boca. —Como una puta. ¿Es eso lo que querías decir?

Black apretó sus manos en un puño, y su mandíbula se apretó y se soltó.

—Te gustan las putas, y el mejor ejemplo de eso es Verónica, ¿no?

Sus ojos se vaciaron completamente cuando terminé de hablar, y me congelé con la boca cerrada, esperando una respuesta. No hablé, y de las manos apretadas hasta que los nudillos se volvieron blancos. En cierto momento, se levantó vigorosamente y se sentó sobre mí con su brazo a



Blanka Lipińska

mi lado, abrazando mis caderas con sus piernas. Me agarró las muñecas y mientras las apretaba contra el colchón, me levantó por encima de la cabeza. Mi pecho comenzó a moverse a un ritmo loco mientras se acercaba a mi cara, y después de un rato rompió brutalmente la lengua en la boca. Gemí, retorciéndome debajo de él, pero no tenía intención de luchar contra él, no quería eso. Su lengua estaba presionando mi garganta, frotando más y más fuerte.

—Cuando te vi bailando hoy...— susurró, alejándose caóticamente de mí. —¡Mierda!— Presionó su cara contra mi cuello. —¿Por qué haces esto, Laura? ¿Quieres demostrarme algo? ¿Quieres ver dónde está la línea? Yo la pongo, no tú. Y si quieres que tome lo que quiero, lo haré sin tu permiso.



—¿No era eso lo que se suponía que debía hacer hoy? Además, baja conmigo, quiero un trago.

Levantó la cabeza, mirándome con sorpresa.

—¿Qué es lo que quieres?

—Un trago.— Dije, saliendo de debajo de él, al soltar un abrazo y caer de lado sobre la cama. —Me estás jodiendo, Massimo...— Fui a la mesa y me serví el líquido de una garrafa de color ámbar.

—Laura, no puedes beber alcohol fuerte, y después de las drogas que has tomado y la cantidad de champán que has bebido en el club, no es una buena idea.

—¿No bebo?— Te pregunté cuándo me acerqué el vaso a la boca. —Mira.

Lo incliné y me lo eché por toda la garganta para que tuviera valor. Dios, qué cosa tan desagradable, pensé, maldición. Pero esta reacción chocante de mi cuerpo no me impidió servirme otra porción. Caminando hacia la terraza, me di la vuelta y miré a Black, que estaba viendo mi espectáculo con la cabeza apoyada en su mano.



Blanka Lipińska

—¡Te arrepentirás, nena!— gritó cuando desaparecí por la puerta que daba a la salida.

La noche era maravillosa, el calor se suavizaba y el aire parecía sorprendentemente fresco, aunque estábamos en el corazón de Roma. Me senté en un gran sofá y me eché otro gran sorbo. Después de unos minutos, cuando vacié el vaso, me sentí somnolienta y mareada. De hecho, no bebí alcohol fuerte y ahora sabía por qué. El helicóptero en mi cabeza no me facilitó el caminar, y la doble visión hizo difícil golpear la puerta. Así que cerré un ojo, concentrándome en mantener al resto de la clase en la cama. Me quedé lo más cerca posible de la puerta, agarrando los marcos y dándome cuenta de que Massimo podía mirarme. No me equivoqué, estaba en la cama con el ordenador en su regazo. Estaba desnudo, sin contar los boxers blancos de CK. Oh, Dios mío, qué hermoso es, pensé cuando levantó los ojos sobre mí desde el monitor. Mi cerebro borracho me dijo una vez más que la túnica del Antiguo plan para exponerse lentamente a él y dejarlo en paz. Me adelanté, agarrando los tirantes del vestido; los deslicé de mis hombros y la tela cayó al suelo. Levanté con gracia mi rodilla y desaparecí en el baño, pero en ese momento mis piernas se negaron a cooperar. Mi tobillo derecho se enredó en el vestido y mi pie izquierdo lo pisó. Caí sobre la alfombra con un gemido, y después de un rato estallé en una risa nerviosa.

Black surgió sobre mí como la primera noche que lo vi en el club. Esta vez, sin embargo, no me cogió por los codos, sino que me tomó en sus brazos y me puso en la cama, comprobando que no me pasara nada. Cuando mi histeria paró, me miró con cuidado.

—¿Está usted bien?

—Tómame— Susurré, sacando el último pedazo del exterior de mí mismo. Cuando la tanga de encaje blanco estaba en los tobillos, levanté la pierna y la agarré con las manos.— Métete dentro de mí, Massimo.— Puse las manos detrás de la cabeza y abrí bien las piernas.

Blanka Lipińska

Black estaba sentado allí mirándome, y una sonrisa se dibujaba en su rostro. Se inclinó sobre mí y me besó ligeramente en la boca, y luego cubrió mi cuerpo desnudo con una colcha.

—Te dije que no es una buena idea que bebas. Buenas noches.

Su actitud amistosa hacia mi propuesta me hizo sentir muy excitada. Me balanceé para darle otro golpe en la cara, pero o yo era extremadamente lenta o él era tan rápido que me agarró la muñeca y me la sujetó con una muñequera que me inmovilizó cuando Verónica estaba dando el espectáculo. Saltó sobre la cama y al cabo de un rato yo estaba tendida entre las varas, temblando como un pez sacado del agua.

—¡Desátame!— Estaba gritando.

—Buenas noches—, dijo, dejando la habitación y apagando la luz.

Fui despertada por el sol de agosto que entraba en mi habitación. Mi cabeza estaba pesada y dolorida, pero ese no era el mayor problema no podía sentir mis manos en absoluto. ¿Qué carajo está pasando? Pensé, mirando la pulsera que tenía puesta en mis muñecas. Los sacudí, y el sonido del roce del metal contra la madera literalmente me arrancó el cerebro. Gemí en voz baja y miré alrededor de la habitación. Estaba sola. Me esforcé por recordar lo que pasó anoche, pero lo único que recordé fue mi actuación en el tubo. Jesucristo, suspiré al pensar en lo que debió haber pasado cuando regresamos al despertar en estas circunstancias. Estoy segura de que Massimo consiguió lo que quería, y ahora voy a morir atormentada por la resaca y la culpa. Después de unos minutos de autocompasión, era hora de pensar lógicamente. Empecé a enterrar las puntas de los dedos en el fuerte, pero el constructor de esta trampa lo planeó de tal manera que fue imposible liberarme.

—¡Joder, joder, joder!— Grité resignada, y luego llamaron a la puerta en silencio. —Por favor,— dije con inseguridad, preocupada por quién va a estar en el umbral.



Blanka Lipińska

Cuando vi a Domenico, me alegré como nunca, y él se congeló y me miró divertido por un rato. Bajé la cabeza para ver si por casualidad ninguno de mis senos lo miraba, pero estaba bien cubierto con una colcha.

—¿Vas a seguir riendo o vas a ayudarme, maldita sea?— Estaba muy molesta.

El joven italiano se acercó a mí y me soltó las manos.

—Puedo ver que la noche fue exitosa. —Habló, levantando sus cejas con diversión.

—Dame un respiro.— Me cubrí la cara con una colcha, queriendo morir.



Cuando mis manos pasaron por debajo, descubrí con asombro que estaba completamente desnuda.

—No. —dije en silencio, estuve a punto de morir.

—Massimo se ha marchado, tiene mucho trabajo que hacer, así que serás condenada con nosotros. Te esperaré en el salón, para desayunar.

Después de treinta minutos, una ducha y un paquete de paracetamol, me senté a la mesa, tomando un sorbo de té con leche.

—¿Te lo pasaste bien anoche?— Me preguntó cuándo iba a dejar el periódico.

—Hasta donde puedo recordar, estuvo medianamente bien, a juzgar por la forma en que lo encontraste, probablemente mejor, pero gracias a Dios ya no recuerdo eso.

Domenico siguió riéndose para ahogarse con un croissant.

—¿Hasta qué punto te acuerdas?

—Bailando en un tubo, luego es un agujero negro.

Se estaba golpeando la cabeza.



Blanka Lipińska

—Ese baile, y recuerdo que eres muy flexible.— Había una sonrisa aún más grande en su cara.

—Matame,— dije, golpeando mi cabeza en la mesa. —O dime qué pasó después.

Domenico levantó las cejas y bebió un expreso.

—Don Massimo te llevó a tu habitación y...

—Voló...— terminé por él.

—Lo dudo, pero no estaba contigo. Lo encontré justo después de que llegamos, y luego lo vi salir de aquí cuando se fue a dormir al otro dormitorio. Lo conozco desde hace tiempo y no parecía... satisfecho, y creo que él estaría así después de la noche contigo.



—Dios, Domenico, ¿por qué me molestas? Sabes lo que pasó, ¿no puedes decírmelo?

—Puedo, pero será mucho menos divertido.— Creo que mi expresión lo convenció de que hoy no tengo ganas de hacer bromas. —Vale, te emborrachaste y estabas un poco desordenada, así que te sujetó a la cama y se fue a dormir.

Me sentí aliviada al escuchar lo que decía y al mismo tiempo empecé a preguntarme qué había pasado.

—Deja de preocuparte y come, tenemos una agenda muy apretada.

Sólo llevamos tres días en Roma y hace tiempo que no veo a Massimo. Después de una mala noche en el club, desapareció sin noticias, y el joven italiano permaneció callado como una tumba.

Pasé días enteros con Domenico, que me mostró la ciudad eterna. Comió conmigo, fue de compras, fue al spa. Me preguntaba si así es como se vería cada uno de nuestros viajes.

Blanka Lipińska

Cuando estábamos almorzando el otro día en un restaurante de moda con vista a la Escalera de las Damas, le pregunté:

—¿Me dejará trabajar alguna vez? No puedo hacer nada más que esperarle.

El joven italiano guardó silencio durante mucho tiempo y luego dijo:

—No puedo hablar de don Massimo, de lo que quiere, hace o piensa. No me pidas, Laura, por favor, esas cosas. Debes recordar quién es. Cuantas menos preguntas, mejor para ti.

—Maldita sea, creo que tengo derecho a saber qué hace, por qué no llama y si está vivo.— ladre, tirando los cubiertos al plato.

—Está vivo.— respondido con brusquedad, no respondido a mi pregunta.



Me incliné hacia atrás y volví a la comida. Por un lado, me gustaba la vida que había vivido durante algún tiempo, pero por otro lado, no era del tipo "mujer de mi hombre". Sobre todo porque Massimo no lo era.

El tercer día de la mañana Domenico desayunó conmigo como siempre. Cuando sonó su teléfono, se disculpó conmigo y se levantó de la mesa.

Habló un rato y luego volvió a mí.

—Laura, hoy dejarás *Roma*.

Lo miré con sorpresa.

—Acabamos de volar.

El joven italiano me sonrió con una sonrisa y se dirigió hacia mi vestidor. Bebí té y leche y lo seguí.

Me fijé el pelo en una cola de caballo alta y me rellené las pestañas; el bronceado cada vez más oscuro de mi cara me permitió maquillarme cada vez menos. Hacía treinta grados todos los días al aire libre. Sin

Blanka Lipińska

saber a dónde iba, me puse unos cortos pantalones vaqueros en azul marino y un diminuto top blanco que apenas cubría mis modestos pechos. Traté la ropa de hoy como un manifiesto sin usar ropa interior. No seré elegante, pensé y me metí las piernas en mis queridas zapatillas Isabel Marant. Cuando me puse las gafas en la nariz y cogí el bolso, Domenico salió de la esquina. Se puso firme como si estuviera atado, e iba a estar mirándome por un rato.

—¿Estás segura de que quieres irte así?— preguntó avergonzado.
—Don Massimo no se alegrará cuando te vea.

Me di la vuelta tranquilamente y me puse las gafas en la punta de la nariz y le di una mirada irrespetuosa.

—¿Sabes que conseguí después de estos tres días?— Me di la vuelta y fui al ascensor.

Mi reloj exquisitamente caro mostraba las once cuando Domenico me metió en el coche.

—¿No vienes conmigo?— Le pregunte, pidiendo con el labio inferior como una niña.

—No puedo, pero Klaudio se ocupará de ti mientras viajas.— Cerró la puerta y el coche se puso en marcha. Me sentí sola y triste. ¿Es posible que me haya perdido a Black?

Mi conductor Klaudio, que también me protegía, no era muy hablador.

Tomé el teléfono y llamé a mi madre. Estaba más tranquila, pero moderadamente satisfecha después de que le dije que no los alcanzaría esta semana.

Cuando terminé una conversación bastante larga, el coche estaba saliendo de la autopista y entrando en Fiumino. Klaudio fue muy eficiente en el movimiento del gran SUV en calles estrechas y pintorescas. En un momento dado el coche se detuvo y un enorme puerto lleno de yates exclusivos apareció ante mis ojos.



Blanka Lipińska

Un viejo vestido de blanco me abrió la puerta. Miré con atención al conductor, que asintió con la cabeza para dejarme salir.

—Bienvenido a Porto di Fiumicino, Laura. Soy Fabio y te llevaré al barco. De nada.— Asintió con la mano, señalándome en la dirección.

Cuando nos detuvimos para subir a bordo después de unos pasos, me explotó la cabeza y me caí al suelo. El Titán apareció a mis ojos. La mayoría de los barcos en el puerto eran blancos como la nieve, este tenía un color de acero frío y oscuro y cristales tintados.

—El yate tiene noventa metros de largo. Cuenta con doce cabinas de huéspedes, jacuzzi, sala de cine, spa, gimnasio y, por supuesto, una enorme piscina y zona de aterrizaje de helicópteros.

—Modesto— juzgué con la boca ligeramente abierta.

Cuando entré en la primera de las seis cubiertas, un impresionante salón apareció ante mis ojos, sólo parcialmente cubierto. Era elegante y muy estéril. Casi todos los muebles eran blancos, accesorios de acero, y todo se completó con un piso de acrílico. Luego estaba el comedor, las escaleras y un jacuzzi en la sección de proa. En las mesas había rosas blancas en jarrones, pero me llamó la atención una mesa sin flores en la parte superior. En su lugar había un enorme jarrón con hielo y botellas de moët rose sumergidas en él.

Antes de terminar de ver este nivel, Fabio apareció con una copa llena en la mano. ¿Todos piensan que soy alcohólica, y que la única forma de conocer y practicar es beber?

—¿Qué te gustaría hacer antes de que nos vayamos? ¿Visitar el barco? ¿Tomar el sol, tal vez servir el almuerzo?

—Me gustaría estar sola, si puedo.— Dejé mi bolso y me fui al proa.

Fabio asintió con la cabeza y desapareció. Me paré y miré el mar. Bebí la copa, luego otra y otra hasta que la botella se vació. La resaca que se




Blanka Lipińska

estaba comiendo mi cuerpo era tranquilizadora porque estaba borracha otra vez.

Titán salió del puerto. Mientras la tierra desaparecía en el horizonte, pensaba en cuánto me hubiera gustado no venir nunca a Sicilia. No para conocer a Massimo y ser su salvación. Podría seguir viviendo en mi mundo normal, no quedarme encerrada en una jaula dorada.

—¿Qué demonios llevas puesto?— Escuché un acento familiar. —Te ves cómo...— Me di la vuelta y casi me encuentro con Massimo, que creció ante mí como la noche en que lo vi por primera vez. Ya estaba bien levantado, así que me di la vuelta y me caí en el sofá.



—Me veo como quiero, y no hay nada de eso— balbuceé. —Me dejas sin decir una palabra y me tratas como a una marioneta con la que juegas cuando tienes ese eco. Hoy la marioneta tiene ganas de tocar en solitario. —Después del duelo, me caí del sofá, agarré otra botella de champán y di un paso tambaleante hacia la popa. Las botas en el gancho no me facilitaban el caminar y era consciente de lo patética que parecía, así que me las quité de los pies con frustración.

Black me siguió, gritando algo, pero su voz no rompió con el ruido del alcohol en mi cabeza. No conocía la nave, pero para escapar, bajé las escaleras y...eso es lo último que recuerdo.



Blanka Lipińska

CAPÍTULO 8

—Respira.— Escuché una voz como salida de una urna. —Laura, respira, ¿me oyes?— La voz se estaba volviendo cada vez más clara.

Sentí que mi estómago se acercaba a mi garganta, empecé a vomitar, ahogándome con algo salado.

—¡Gracias, Dios! Pequeña, ¿puedes oírme?— preguntó Massimo, acariciando mi pelo.

Apenas abrí los ojos, vi a Black chorreando agua sobre mí. Estaba vestido, todo lo que faltaba eran los zapatos. Miré, pero no pude sacar ni una palabra de mí. Me zumbaba la cabeza y el sol me quemaba. Fabio me dio una toalla, con la que Black me envolvió, y luego me tomó. Él me cargó sobre las cubiertas siguientes hasta que entró en el dormitorio y la puso sobre la cama. Todavía estaba aturdida y no tenía ni idea de lo que había pasado. Massimo me limpió el pelo, mirándome con sus ojos llenos de cuidado mezclado con ira.

—¿Qué ha pasado?— Pregunté en voz baja y dura.

—Te caíste de la plataforma. Gracias a Dios que no navegamos más rápido y te caíste a un lado. Lo que no cambia el hecho de que casi te ahogaste.— Massimo se arrodilló frente a la cama. —Joder, Laura, me apetece matarte, pero estoy tan agradecido al destino que estás viva.

Toqué su mejilla con mi mano.

—¿Me salvaste?

—Es bueno que estuviera tan cerca. No quiero ni pensar en lo que podría haberte pasado. ¿Por qué eres tan desobediente y terca?— Suspiró.

Blanka Lipińska

Todavía tenía el alcohol en la cabeza y sentía el sabor del agua de mar en la boca.

—Me gustaría bañarme.— Dije y traté de levantarme.

Black me detuvo, agarrándome suavemente del brazo.

—No te dejaré hacer eso ahora. No estabas respirando hace cinco minutos, Laura. Si quieres, te bañaré.

Lo miré con un ojo cansado, no pude resistirme. Además, ya me había visto desnuda, y no sólo me vio, sino que me tocó, por lo que ninguna parte de mi cuerpo era un secreto para él. Asentí con la cabeza, aceptando. Desapareció por un momento, y cuando volvió, hubo un ruido de agua que provenía del baño.



Black se quitó la camisa mojada, los pantalones y al final del boxer. En circunstancias normales esta vista haría hervir mi cuerpo, pero no ahora. Descubrió la toalla en la que estaba envuelta y me quitó suavemente la ropa, ignorando por completo lo que veía. Me desabrochó los pantalones cortos y me sorprendió al descubrir que no llevaba ropa interior.

—¿¡No llevas bragas!?

—Ese es un punto valioso.— Sonreí. —No pensé que nos veríamos.

—¡Razón de más para sonreír!— Su mirada se puso fría, así que decidí no apretar el gatillo.

Desnuda, me tomó en sus brazos y me llevó al baño, que estaba a pocos metros de la cama. Una enorme bañera que estaba contra la pared ya estaba parcialmente llena de agua. Entró en ella, se sentó y apoyó su espalda en la orilla, me dio la vuelta y me puso entre sus piernas para que mi cabeza se apoyara en su pecho. Primero me lavó por todas partes, sin evitar ningún lugar, y luego comenzó a lavarme la cabeza. Me sorprendió la delicadeza con la que podía tratar conmigo. Al final, me sacó de la bañera, me envolvió en una toalla y me llevó a la cama. Pulsó



Blanka Lipińska

un botón del mando a distancia y las enormes persianas cubrieron completamente las ventanas, dando una agradable oscuridad. Ni siquiera sé cuándo me dormí.

Me desperté aterrorizada, cogiendo aire nerviosamente. Entré en pánico, sin tener idea de dónde estaba. Después de un tiempo, cuando me di cuenta, recordé lo que pasó ese día. Me levanté de la cama y encendí la luz, el camarín estaba frente a mis ojos. Los sofás ovalados blancos de la sala de estar hacían una maravillosa combinación con el suelo casi negro. El interior era minimalista y muy masculino. Incluso las flores que se encontraban en las brillantes columnas no parecían delicadas.

¿Dónde está Massimo? Pensé. ¿Ha vuelto a desaparecer? Tiré mi bata sobre mi cuerpo desnudo y fui a la puerta. Los pasillos eran amplios y ligeros, no tenía ni idea de adónde iba porque elegí emborracharme en lugar de ir en el barco. Estaba asqueado por el alcohol. Cuando subí las escaleras, me encontré en una cubierta que no conocía muy bien. Aunque conocía la situación por la historia, sentí miedo. Estaba completamente vacío y casi completamente oscuro; el piso de vidrio sólo estaba iluminado por los focos incorporados en él. Me dirigí hacia la sala semiabierta hasta llegar al borde del pico.

—¿Dormilona?— Escuché una voz desde la oscuridad.

Miré alrededor. En el jacuzzi, apoyado en la orilla con ambas manos, Black estaba sentado, con un vaso en la mano.

—Veo que te sientes mejor. ¿Por qué no te unes a mí?

Inclinó la cabeza hacia un lado como si estuviera aflojando el cuello. Tomó el vaso en su boca y bebió un sorbo de líquido ámbar sin apartar la mirada glacial de mí.

Titán permanecía parado, y a la distancia se podían ver las luces parpadeantes de la tierra. El mar en calma se agitó ligeramente, golpeando suavemente el barco.



Blanka Lipińska

—¿Dónde está todo el personal?— pregunté.

—Donde debería estar, que ciertamente no es aquí.— Sonrió y guardó el vaso. —¿Esperas otra invitación, Laura?

Su tono era serio y sus ojos brillaban con la luz reflejada de las luces de cubierta. Cuando estaba delante de él, me di cuenta de que lo había extrañado durante días.

Agarré un cinturón de mi bata, lo saqué y lo dejé deslizarse de mí. Massimo miró con curiosidad, apretando rítmicamente sus mandíbulas. Me acerqué lentamente a él y me metí en el agua; me senté frente a él.

Lo miré mientras sorbía otro sorbo; era terriblemente atractivo cuando se estaba volviendo un poco reservado.



Me incliné y me acerqué a él para sentarme en sus rodillas, pegando mi cuerpo firmemente a él. Sin permiso, metí mis manos en su pelo, él gimió y echó la cabeza hacia atrás, cerrando los ojos. Absorbiendo la vista por un rato y luego agarré su labio inferior con mis dientes. Sentí que se endurecía debajo de mí. Este impulso desencadenó involuntariamente el suave movimiento de mis caderas. Chupé y mordí sus labios lentamente hasta que en algún momento deslicé mi lengua en su boca. Black bajó sus manos y me agarró firmemente por las nalgas, apretando contra sí.

—Te he echado de menos— susurré, con un temblor en la boca.

Al oír estas palabras, me empujó y me perforó con su ojo investigador.

—¿Así es como demuestras tu anhelo, nena? Porque si vas a expresar gratitud por haberte salvado la vida de esta manera, has elegido la peor manera posible. No lo haré contigo hasta que estés segura de que quieres hacerlo.

Esa declaración me dolió. Lo alejé, y como una quemadura, salté del agua. Agarré mi bata, y me avergoncé de tirar de mí misma. Quería llorar y soñaba con estar lejos de él lo antes posible.

Blanka Lipińska

Bajé corriendo las escaleras en las que había llegado unos minutos antes y me convertí en una maraña de pasillos. Todas las puertas parecían casi idénticas, así que cuando pensé que eran las correctas, cogí el pomo. Entré en la habitación y, moviendo mi mano a lo largo de la pared, busqué el interruptor de la luz. Cuando finalmente lo encontré, me di cuenta de que no estaba en el lugar al que quería ir. La puerta detrás de mí se cerró y escuché el sonido de un cerrojo cerrado. La luz se apagó casi por completo y me quedé congelada, con miedo de volverme, aunque sabía subconscientemente que no había peligro.

—Me encanta cuando me agarras el pelo,— dijo Black, parado detrás de mí. Agarró el cinturón de mi bata de baño y me dio la vuelta, dejando caer vigorosamente un trozo de tela que llevaba puesto.



Cuando estuve cerca, lo sentí desnudo, mojado y caliente. Tomó mis labios con los suyos, besando fuerte y profundamente. Sus manos se movían por todo mi cuerpo hasta que terminaron en mis nalgas. Me levantó, sin interrumpir mis besos, y me llevó a la cama. Me acostó y me miró durante un rato, parado ahí. Lo miré fijamente, y finalmente puse mis manos detrás de mi cabeza y las moví a las almohadas para mostrarle mi vulnerabilidad, que ahora sentía, y la confianza de mi compañero.

—¿Sabes que esta vez, si empezamos, no podré parar?— Preguntó en un tono serio. —Si cruzamos una línea, te joderé lo quieras o no.

En su boca, sonaba como una promesa que sólo me hacía disparar.

—Así pues, que te jodan.— Dije, sentada frente a él en el borde de su cama.

Barrió algo en italiano a través de sus dientes apretados y se paró a unos centímetros de mí. La luz que quedaba en la habitación me permitió ver su erección temblorosa. Lo agarré por las nalgas y lo acerqué lo suficiente como para agarrar su masculinidad con mi mano. Era



Blanka Lipińska

maravilloso, gordo y duro. Moví mis dedos sobre él, le lamí los labios con gusto.

—Agárrame la cabeza,— dije, mirándolo a los ojos. —Y castigarme.

Massimo dejó salir el aire en voz alta y me agarró por el pelo.

—Ahora me pides que te trate como a una puta, ¿es eso lo que quieres?

Incliné la cabeza y abrí bien la boca.

—Sí, don Massimo.— Susurré.

Tomó mi pelo como un apretón de manos. Se deslizó y puso su polla hinchada en mi boca con un movimiento tranquilo y suave. Gemí cuando sentí que se me deslizaba por la garganta. Sus caderas empezaron a ondear rítmicamente, sin dejarme recuperar el aliento.

—Si en algún momento no te gusta más, di mito, sólo para saber que no te estás burlando de mí.— siseo, sin interrumpir.

Retrocedí un poco y me lo saqué de la boca, continuando con el movimiento de mi mano.

—Lo mismo va para ti—, dije con convicción, levantando ligeramente las cejas, y empecé a chuparlo de nuevo.

Black se rió burlándose y gimió mientras yo aceleraba para demostrarle que no estaba bromeando. Lo chupaba más rápido y más fuerte de lo que sus manos que controlaban mi cabeza querían. Respiraba y apretaba las manos en el pelo. Podía sentirlo crecer en mi boca, era como un estímulo para mostrarle quién estaba repartiendo las cartas ahora. Era dulce, su piel era suave y su cuerpo olía a sexo. Lo disfruté, quería estar satisfecho con lo que quería durante tanto tiempo. La otra parte de mí quería demostrarle algo, mostrarle que en ese momento tenía el poder sobre él en mi boca; aceleré de nuevo. Sabía que no podía

Blanka Lipińska

soportarlo durante mucho tiempo, y sentía que él también lo sabía. Trató de frenar mis movimientos, pero no sirvió de nada.

—Más despacio— él estaba siseando, y yo ignoré completamente su orden.

Después de un momento de locura, lo sacó, empujándome. Yo estaba acostada cuando él se paró y me miró, respirando pesadamente. Me agarró de los hombros y me presionó sobre la cama, luego se volvió sobre mi estómago, pegando todo su cuerpo a mí.

—¿Quieres demostrarme algo?— preguntó, lamiendo dos dedos.

—Relájate, nena—, siseó y los deslizó dentro de mí. Un fuerte gemido salió de mi garganta. Dos dedos fueron suficientes para ponerme al día.

—Creo que estás lista. Estas palabras me hicieron temblar la espalda. La expectativa, la incertidumbre, el miedo y el deseo se mezclan.



Massimo empezó a entrar en mí lentamente, pude sentir cada centímetro de su grueso miembro.

Sus brazos me sujetaban con una fuerza que me causaba dolor. Cuando entró en todo esto, se detuvo, y luego lo empujó hacia afuera y otra vez, aún más fuerte. Gemí, y la excitación y el placer se mezclaron con el dolor. Sus caderas se aceleraban, y su aliento las perseguía sin rodeos. La milagrosa fricción que sentí derramó olas de placer en mi cuerpo. De repente, él disminuyó la velocidad, y yo me sentí aliviada de respirar.

Puso su mano bajo mi vientre y levantó mis caderas, con su rodilla extendiendo suavemente mis piernas.

—Muéstrame ese lindo trasero, —dijo, acariciando mi entrada trasera. Me asusté, supongo que no quiso intentarlo la primera vez, para lo cual definitivamente no estaba preparada todavía.

—Don...— Susurré de forma insegura, mirándolo.

Me agarró el pelo y presionó mi cara contra las almohadas.



Blanka Lipińska

—Cálmate, nena.— Susurró, inclinándose sobre mí. —Llegaremos allí también, pero no hoy.

Lenta y rítmicamente me empujó, doblando mi columna vertebral para que mis nalgas se estiraran más sin querer.

—Oh sí— respiraba felizmente, agarrando mis caderas con más fuerza.

Me encantaba follar por detrás, y el control que tenía sobre mi cuerpo en esta posición me asustaba y excitaba al mismo tiempo. Se inclinó un poco y pasó una mano por encima de mi clítoris. Abrí mis piernas aún más para que pudiera jugar conmigo.

—Abre la boca.—recomendó, poniendo sus dedos en mi boca.



Cuando estaban lo suficientemente mojados, volvió a burlarse de mi coño.

Lo hizo perfectamente y supo exactamente dónde debían estar sus manos para volverme loca. Agarré la almohada firmemente en mis manos, incapaz de sostener el loco ajetreo de sus caderas. Me quejé y me retorcí debajo de ella, murmurando en polaco.

—Todavía no, Laura— me lo dijo y me dio la vuelta. —Quiero ver cuando llegas al máximo.

Puso ambas manos debajo de mí y me abrazó con fuerza, su pene se deslizó hacia adentro y hacia afuera más y más firmemente y más rápido hasta que sentí que empezaba a encogerme por dentro. Eché la cabeza hacia atrás y dejé que el orgasmo se apoderara de mi cuerpo.

—Más fuerte— exigí.

Me empujó el doble de fuerte, sentí que no estaba muy lejos de mí, pero no pude contener el placer por más tiempo. Yo gritaba con fuerza en la trampa del orgasmo, y las caderas de Massimo continuaban golpeándome. Otro empujón y otro, lo oí sonar en mis oídos; era



Blanka Lipińska

demasiado. Con un grito aterrador, llegué por segunda vez, y mi cuerpo sudoroso cayó inerte sobre el colchón.

Black disminuyó la velocidad, era casi perezoso en el movimiento que estaba haciendo. Me agarró las manos por las muñecas y las levantó. Se apoyó en sus rodillas y observó mis pechos ondulados; estaba satisfecho, triunfó.

—Córrete sobre mi estómago, quiero verlo—, dije agotada.

Massimo sonrió y apretó su mano en mis muñecas.

—No—, respondió y le dio a su cuerpo un loco empujón.

Después de un rato sentí una ola caliente que se derramaba en mí. Me paralicé. Él sabía muy bien que yo no usaba anticonceptivos. Vino largo y tendido, luchando con mi cuerpo, que quería proteger de su dulzura a toda costa. Cuando terminó, cayó sobre mí sudoroso y caliente.



Intentaba reunir mis pensamientos, contando los días del ciclo en mi cabeza, sabiendo bien que había elegido lo peor posible. Quería alejarme de él, pero su peso me impedía moverme.

—Massimo, ¿qué demonios estás haciendo?— Pregunté enfadada.

—Sabes muy bien que no tomo pastillas.

Se rió y se apoyó en sus codos. Me miró cuando me puse furiosa debajo de él.

—Las píldoras pueden o no, son difíciles de confiar. Tienes un implante anticonceptivo, mira.

Tocó el interior de mi brazo izquierdo a la altura de los bíceps con sus dedos. Había un pequeño tubo bajo la piel. Me soltó las manos y me aterrorizó descubrir que no mentía.

—El primer día que dormiste, dije que lo implantaras, no quería arriesgarme. Durará tres años, pero por supuesto que se puede quitar después de un año—, dijo con una sonrisa en la cara.

Blanka Lipińska

Fue la primera vez que lo vi sonreír de esa manera, lo cual no cambió el hecho de que yo estaba enojada. Satisfecha, pero enfadada.

—¿Quieres dejarme en paz?— Pregunté, mirándolo impasiblemente.

—Desafortunadamente, va a ser imposible por un tiempo, nena, va a ser difícil para mí alejarte— me tiró, mordiéndome el labio. —Cuando vi tu cara por primera vez, no te quería, estaba aterrorizada por la visión que me había conocido. Pero con el tiempo, cuando los retratos estaban por todas partes, empecé a ver cada detalle de tu alma. Te pareces mucho a mí, Laura —dijo y me besó suavemente los labios.

Estaba acostada mirándolo, y sentí que la ira se me iba. Me encantó cuando era honesto conmigo, sentí lo mucho que le costó y lo aprecié.

Sus caderas empezaron a agitarse suavemente y sentí que se endureció en mí otra vez. Me besó la cara y continuó.

—La primera noche te miré hasta que estuvo claro. Podía oler tu olor, tu calor corporal, estabas viva, existías y estabas acostada a mi lado. No podía alejarme de ti todo el día, tenía un miedo irracional de volver y que no estuvieras allí.

Su tono era cada vez más triste y lamentable, como si quisiera que yo supiera que el hecho de que me estuviera reteniendo a la fuerza no le trae la gloria. Pero la verdad es que, si no fuera por el miedo, habría huido a la primera oportunidad. Sus caderas se aceleraban lentamente, sus brazos se apretaban a mi alrededor, sentí que su cuerpo se calentaba y mojaba.

No quería escuchar lo que decía porque me recordaba que todo lo que estaba pasando no era exactamente lo que yo quería. Empecé a pensar en lo despiadado que puede ser, lo brutal y cruel que es. Nunca lo experimenté, pero vi y supe de lo que era capaz.

Los pensamientos en mi cabeza me hicieron sentir que la ira estaba creciendo en mí otra vez. Su cuerpo agitado me irritaba, me molestaba y hacía que mi furia se acumulara.

Blanka Lipińska

Massimo me arrancó la cara y me miró a los ojos. La vista que vio le hizo congelarse.

—Laura, ¿qué está pasando?— preguntó, para investigarme.

—¡No quieres saberlo y quítate de encima!

Me sacudí tratando de levantarme, pero él ni siquiera se movió. Sus ojos estaban helados; sabía que estaba tratando con Don ahora, y pelear con él no tiene ningún sentido.

—Quiero sentarme.— Dije con los dientes apretados, agarrando sus nalgas.

Black seguía investigando mi cara; en un momento dado me agarró con fuerza y se giró sobre mi espalda sin dejarme. Se acostó y levantó las manos, como yo lo hice hace unos minutos.

—Todo tuyo,— susurró, cerrando los ojos. —No sé qué te hizo enojar tanto, pero si necesitas controlarme para deshacerte de la ira, por favor—, dijo, abriendo un ojo. —El arma está en el cajón izquierdo, sin llave si la necesitas.

Yo estaba saliendo lentamente de su pecho, cada vez más duro encima de su polla. Me divirtió lo que dijo, y al mismo tiempo fue malvado y desviado. Agarré su mano derecha para un recuento... y lo apreté fuerte. No abrió los ojos, sólo empezó a apretar las mandíbulas rítmicamente. Lentamente levanté mis nalgas y me deslicé sobre él, introduciéndolo cada vez más profundamente dentro de mí. Quería que supiera cómo me sentía, quería castigarlo por todo y hacerle sufrir, y sólo había una manera de hacerlo.

Me levanté de él, y cuando sintió lo que estaba haciendo, abrió los ojos. Le di una mirada de advertencia y fui a buscar el cinturón de la bata que estaba en la puerta. El resto de su semen estaba goteando en mis piernas. Moví mi dedo, recogiendo un poco de líquido pegajoso, y en el



Blanka Lipińska

camino de regreso lo lamí, sin quitarle los ojos a Black. Al ver esto, su polla empezó a palpar rítmicamente.

—Es dulce, —dije, lamiendo su boca. —¿Quieres probarlo?

—No soy un fanático de mi propio sabor, así que no lo creo, respondió con disgusto.

—Siéntese.— Le pedí. Massimo se levantó con calma y se enredó las manos en la espalda, como si supiera lo que yo quería hacer.

—¿Estás segura de eso?— Preguntó más seriamente de lo que la situación requería.

Ignoré completamente esa pregunta, y le até las manos tan fuertemente que cuando terminé, sufrió un golpe de dolor.



Lo empujé a la cama para que se acostara, y metí la mano en el cajón izquierdo junto a la cama, sacando el arma. Black ni siquiera temblaba, me miraba con un ojo que parecía hablar: "Y así sé que no te atreverás". Y de hecho, no tuve tanto valor, y además, en la situación actual, no quería eso en absoluto. Excavé el mostrador, pero lo que buscaba no estaba allí. Alcancé otra, bingo. Le saqué el antifaz.

—Ahora jugaremos, don Massimo.— Dije que te lo pongas. —Antes de empezar, recuerda que si algo no te gusta, tienes que decirlo claramente, para que yo lo entienda, aunque las posibilidades de que yo te escuche son escasas.

Sabía que me estaba burlando de él, así que sonrió y puso su cabeza cómodamente sobre la almohada.

—Me secuestró, me encarceló, amenazó a mi familia— empecé por atraparlo en la mejilla otra vez. —Me has quitado todo lo que tengo, y aunque me estás secuestrando, te odio, Massimo. Quiero que sientas lo que es ser forzado a hacer algo.

Blanka Lipińska

Le arranqué la mano de su mejilla y le di un puñetazo con la mano abierta. Su cabeza se inclinó ligeramente hacia un lado y tragó fuertemente su saliva.

—Una vez más,— gruño a través de sus dientes.

Lo que hice, y su reacción, me excitó sorprendentemente.

Una vez más, le agarré la cabeza.

—Depende de mí decidir... yo soy el que ha estado silbando.

Me moví hacia arriba, y mi mojado coño fue encontrado sobre su cabeza.

—Empieza a chupar,— dije, frotándolo contra su boca.



Sabía que no se emocionaría con el sabor de sí mismo, y por eso decidí hacerlo. Cuando no reaccionó, le metí mi coño mojado en los labios para que sin darse cuenta sintiera el sabor que le estaba rechazando. Después de un rato, sentí su lengua acariciando mi interior. Levantó su barbilla y movió sus caricias a mi clítoris. Gemí y apoyé mi frente contra la pared acolchada detrás de la cama. Lo hizo demasiado bien y estuve al borde del orgasmo después de un tiempo. Floté sobre mis rodillas y miré hacia abajo, él estaba lamiendo el resto de mi sabor de mis labios, murmurando en voz baja. Claramente le gustaba esta parte del castigo. Deslicé mis nalgas de su pecho, su estómago y lo sentí entrar en mi coño mojado por la saliva. Su polla era dura, gruesa y me quedaba perfecta. Gemí, lo agarré por la espalda y lo coloqué. Sentí que me ayudaba, sabiendo que no podía hacerlo sola. Agarrado por la cabecera de la cama, nos empujé a la parte acolchada de la pared y le di la espalda. Me encantaba esta posición, me daba un control absoluto sobre mi pareja, y al mismo tiempo me permitía una penetración muy profunda. Lo agarré por el pelo y lentamente froté mi clítoris contra su vientre. La polla estaba ligeramente flotando en mí y me froté en ella más rápido y más fuerte. Me lo cogí, sosteniendo una mano por el pelo y la otra por el cuello.

Blanka Lipińska

Massimo respiraba con fuerza y sentí que estaba a punto de explotar. Lo golpeé en la cara otra vez.

—Vamos...— Dije y le di un golpe de nuevo.

Me emocionó tanto que sentí que estaba empezando a llegar a la cima, pero no quería terminar. Cuando, después de un tiempo, Black me llenó, hizo un poderoso gemido de sí mismo, y sus manos envolvieron mi cuerpo, empujándome con más fuerza contra él. Se quitó el antifaz de los ojos y llegó a mi boca. Movié sus manos sobre mis nalgas y las movió con firmeza.

—No quiero correrme, dije, recuperando el aliento.

—Lo sé. —Susurró, moviéndome más rápido y más fuerte.

—¡Golpéame! ¡Golpéame!— Siseó. Ahora que no tenía una venda y me miraba, tenía miedo de hacerlo.

—¡Golpéame, joder!— Gritó, y lo golpeé de nuevo.

Cuando mi mano chocó con su cara, sentí una ola de poderoso orgasmo inundándome. No podía mover las caderas, todo mi cuerpo temblaba y todos los músculos estaban tensos y duros. Massimo me movió fuerte y vigorosamente con sus brazos hasta que todo se aflojó dentro de mí y caí sobre sus hombros. Nosotros hicimos esto, y él me acarició suavemente la espalda.

—¿En qué momento liberaste tus manos?— Pregunté, sin quitar mi cara de su hombro.

—Cuando terminaste de atar, —respondió divertido. —No eres la mejor en esto, Laura, pero soy en cierto modo un especialista en atar y resolver.

—Entonces, ¿por qué usaste las manos al final?

—Sabía que algo te molestaba, algo en mí o lo que dije, así que decidí dejarte marchar. Estaba seguro de que no me harías daño porque me



Blanka Lipińska

echabas de menos... —dijo y se levantó de la cama conmigo. Besándome los labios, las mejillas y el pelo, me llevó al baño. Me metió en la ducha y abrió el agua. —Deberíamos acostarnos—, dijo, cubriéndome con jabón. —Mañana tenemos un largo día por delante. No oculto el hecho de que prefiero follarte toda la noche, pero hace mucho tiempo que no usas tu dulce coño y ya ha tenido suficiente por primera vez después del descanso, así que le daré uno—, dijo, lavándome suavemente entre las piernas. —Eres muy agresiva. Estás caliente, nena.— Sus manos se detuvieron y sus ojos me atravesaron.

—No puedo evitar notar que me gusta el sexo duro.— Dije, agarrando su dedo. —Para mí, una cama es una especie de juego, puedes ser quien quieras ser y hacer lo que quieras, dentro de lo razonable, por supuesto — continué girándolo en mi mano. —Es un juego, no una cuestión de vida o muerte.

—Estaremos bien juntos, Laura, ya verás — dijo, besándome en la frente.





Blanka Lipińska

CAPÍTULO 9

Cuando abrí los ojos, una suave luz entró en la habitación a través de las persianas cerradas, y yo estaba acostada sola en una enorme cama empapada de sexo. La última noche estuve pensando en ello y todo se calentó. No sabía si era una buena decisión o si debería haberlo hecho, pero sucedió, y mis deliberaciones ya no eran relevantes.

El hecho es que he echado de menos a Massimo durante los últimos días, y lo que hizo para salvarme la vida mostró claramente lo importante que soy para él. Finalmente, alguien me trató como yo quería, como una princesa, como algo muypreciado e importante. Estaba allí tumbada, preguntándome por qué me volví loca ayer, y llegué a la conclusión de que lo único que me molestaba en nuestra situación era el hecho de que amenazaba a mi familia. Traté de explicarme que si no me hubiera controlado, me habría escapado sin darnos la oportunidad de conocernos mejor. Una vez más, estaba confundida. Sacudí mi cabeza, ahuyentando los pensamientos demasiado pesados para esta hora del día.

La puerta de la habitación se abrió y Massimo sonrió. Estaba vestido con palos blancos de rodilla y una camiseta con tirantes, también blanca, con los pies descalzos y el pelo mojado. Gemí al verlo y me arrastré, deslizando el edredón con los pies. Se acercó, mirándome de los pies a la cabeza.

—Supongo que dormir es tu cosa favorita, ¿no?— Dijo, besándome en la frente. Puse las manos detrás de la cabeza y me arrastré aún más, estirando ostentosamente todo el cuerpo.

—Me encanta dormir.— Estaba sonriendo.

Black me agarró de la cadera, me puso boca abajo y me dio una palmada en las nalgas desnudas. Sujetándome por el cuello con una

Blanka Lipińska

mano y presionando mi cabeza en la almohada, se acercó a mi oído y me susurró:

—Me estás provocando, cariño.— Esta vez tenía toda la razón.

La mano que estaba apoyada en la nalga se deslizaba hacia abajo y me abría los muslos. Sus dos largos dedos se deslizaron suavemente dentro de mí. —¿Por qué estabas tan mojada?— Preguntó.

Me puse de rodillas y estiré las nalgas con más firmeza, y sus dedos empezaron a moverse lentamente dentro de mí. Se levantó y miró lo que estaba haciendo.

—Si no hubiera sido por el implante, habría ovulado, así que habría estado mojada todo el tiempo— me repetía con una sonrisa, moviendo las caderas.

Pero Mina Black ha cambiado, estaba claramente satisfecho con algo.

—Ahora—, dijo, sacando los dedos, —me gustaría quitarme los pantalones y follarte por detrás apoyándome en la ventana.

Presionó el botón del panel junto a la cama y una ola de luz inundó la habitación.

—Sí, para que puedas disfrutar de las vistas, pero desgraciadamente estás muy hinchado después de esa noche, y además, hay un chico que nos espera para bucear con él, así que no tengo tanto tiempo como me gustaría.— Se lamió los dedos, que me sacó. —Fabio lo trajo demasiado pronto. Vamos.

Me agarró y me tiró sobre su hombro. Agarró mi bata y cubrió mi cuerpo desnudo apoyado en su hombro. Se movió por el pasillo, y yo estaba colgado de él, muriéndome de risa. Pasamos otra puerta idéntica y otra persona sorprendida del personal. No sé qué tipo de cara tenía, porque mi cabeza estaba colgando de su espalda, pero sospecho que iba en serio como nunca. Después de un largo rato llegamos a mi habitación. Me puso en el suelo, tirando mi bata en la cama.

Blanka Lipińska

—Supongo que voy a consultar con el personal para que puedas caminar desnudo todo el tiempo—, dijo, dándome una palmadita en la nalga.

En la habitación había una bandeja con comida sobre la mesa, y junto a ella una jarra de té, cacao, leche y moët se elevaba.

—Un desayuno interesante— juzgué, sirviéndome cacao. —Creo que el champán es algo que debería estar en mi menú todas las mañanas.

—Que te gusta el champán, estoy seguro. Y el hecho de que te guste una de las otras cosas, puedo sentirlo.

Lo miré haciendo preguntas, y se apoyó contra el vidrio de la cabina y se puso un poco malhumorado.



—Cuando mi gente empacaba sus cosas en la casa de Varsovia, había dos vasos en el fregadero: uno era de cacao sobrante, el otro era de té con leche casi sin beber. No creo que tu hombre bebiera una o la otra, pero quién sabe.— Movié sus hombros. —Lo importante es que te guste una de estas bebidas. Además, en Roma, cuando te despertabas, también las bebías, así que no era difícil adivinarlo—, dijo, acercándose al refrigerador de champán.

—Estarás bebiendo por la mañana, supongo.— Pregunté, sorbiendo tu vaso. Massimo tomó el cubo con la botella y lo movió de la gran mesa al suelo.

—No, estoy haciendo espacio para mí—, dijo, por el lado, chupó el servicio de té y leche.

—Pensé que podía hacerlo, pero cuando estás desfilando desnudo frente a mí, me cuesta concentrarme, así que en un momento voy a ponerte sobre la mesa y a sentarte suavemente, pero con firmeza.

Estaba parado ahí, viendo como movía todo lo que estaba en la mesa. Debo haber tenido una cara muy estúpida, porque cuando me puso en ella, no estaba ocultando la diversión. Me abrió las piernas de par en par,

Blanka Lipińska

se arrodilló entre ellas y sumergió su lengua en mí. Esto sólo duró un momento y claramente no era para servir a mi propósito en mi oscuridad, sino para reducir la fricción. Luego hizo lo que dijo, suave y firmemente.

Salí a bordo llevando sólo gafas de sol y el maravilloso bikini blanco de *Victoria's Secret*. Había un equipo de buceo en la popa, y el muchacho que lo estaba desplegando no parecía un italiano en absoluto. Tenía el pelo dorado brillante y arañazos, lo que prueba que probablemente vino del Este. Su delgada cara se iluminó con grandes ojos azules y una radiante sonrisa. Massimo se puso de pie al otro lado de la cubierta y habló con Fabio, gesticulando fuertemente. Preferí no acercarme a ellos, así que me acerqué al buzo. Me tropecé con las escaleras y casi me caigo al agua.

—Mierda, algún día me voy a matar.—grite en polaco.

En estas palabras, el rostro de un joven brillaba, me extendió la mano y dijo en un hermoso polaco:

—Soy Marek, pero todos aquí me llaman Marko. Ni siquiera sabes lo agradable que es escuchar unas palabras en polaco.

Me quedé allí, ladrándole, hasta que en algún momento me eché a reír.

—Créeme, no tienes idea de lo feliz que estoy de escuchar mi querido lenguaje. Me han lavado el cerebro pensando en inglés. Soy Laura, y te ruego que me llames por mi nombre.

—¿Cómo disfruta de sus vacaciones en Italia?— Preguntó, habiendo regresado al equipo.

Por un momento, me preguntaba sobre el resto de mis conocimientos.

—En realidad, no eran vacaciones,— estaba mirando el agua.

—Tengo un contrato de un año en Sicilia y tuve que vivir aquí— dije, sentado en las escaleras. —¿Es una coincidencia que me haya encontrado con un polaco aquí, o te encontraron para mí a propósito?— Pregunté, quitándome las gafas.

A background image showing a couple in a boat, with a man in a suit and a woman in a white dress, set against a purple and white abstract background.

Blanka Lipińska

—Desafortunadamente, una coincidencia, aunque muy feliz por ambos. Se suponía que hoy iba a bucear contigo, Paulo, pero desafortunadamente ayer se rompió la pierna y tuve que reemplazarlo.— En ese momento Marek se enderezó y la sonrisa desapareció de su cara.

Miré a mi alrededor y en lo alto de la escalera vi a Massimo, que bajaba lentamente. Se acercaron y se saludaron, hablaron un momento en italiano y luego Black se volvió hacia mí.

—Lo siento, pero tenía una reunión, así que no puedo nadar con ustedes—, dijo, apretando con rabia.

—¿Una reunión?— Miré alrededor. —¡Estamos en medio del mar!

—El helicóptero llegará en un minuto. Te veré cuando termines.

Me volví hacia Mark y le hablé en polaco:

—Y nos dejaron solos, no sé si para ser felices o para llorar.

Massimo se puso de pie, mirándonos, y tenía los ojos llenos de rabia.

—Marko es polaco, maravilloso, ¿verdad? Va a ser un gran día.— Me volví hacia Black y le besé en la mejilla.

Cuando me alejé de él, me agarró la mano y me susurró para que sólo yo pudiera oírlo:

—No me gustaría que hablaras conmigo en polaco, porque entonces no entiendo nada.

—Su mano se agarró fuertemente a mi brazo.

Le arranqué la mano y la tiré con rabia:

—Y me gustaría que no hablaras italiano, ¿vale?

Le envié una mirada de advertencia, llena de ira, y me puse en camino hacia la lancha, donde Marek estaba cargando cosas. Me acerqué a él y le di una palmadita en la espalda, preguntándole en polaco si no

Blanka Lipińska

podíamos ayudarle y si teníamos todo lo que necesitábamos, entonces salude a Black y me dirigí hacia el barco.

No sé si Massimo tenía la capacidad de teletransportarse, pero yo no logré dar ni un paso, y ya me tenía en sus brazos, besándome con fuerza. Se inclinó y me levantó ligeramente por las nalgas, sobre las que apretó las manos. Sus labios me rodearon con tanta avidez, como si se estuviera despidiendo de mí para siempre. El sonido de un helicóptero entrante lo sacó del cálido beso.

Sostuvo mi cara entre sus manos y sonrió ampliamente, y luego me guiñó un ojo y susurró:

—Lo mataré si te toca.

Me besó en la frente y subió las escaleras.

Me quedé mirando cómo se iba, y me harté de lo que acababa de oír. Desafortunadamente, sabía que era capaz de hacerlo, y no iba a asumir la responsabilidad de la vida de otra persona.

—Supongo que está muy enamorado, ¿no?— Preguntó Marek, extendiendo su mano hacia mí.

—Bastante posesivo y le encanta el control— respondí, subiéndose a una lancha.

Avanzamos, giré la cabeza y miré a Massimo, a quien el helicóptero de aterrizaje le estaba volando los pelos. Estaba bastante enfadado, no necesitaba ver su cara, la posición en la que estaba de pie era suficiente, sus largas piernas bien separadas y sus brazos entrelazados en su enorme pecho no anunciaban nada bueno.

—¿Enseñas a la gente a bucear todos los días?— Pregunté cuando estábamos nadando.

Marek se rió y disminuyó la velocidad para que no tuviéramos que gritar al viento.

A faint, artistic background image of a couple in a boat, possibly on water, with a soft, painterly style. The colors are muted and blended.

Blanka Lipińska

—No, ya no. Tuve mucha suerte y encontré un nicho en el mercado. Ahora soy dueño de un imperio submarino— se rió alegremente.

—Imagínese, un polaco en Italia tiene el equipo de buceo más grande y todos los servicios que lo acompañan.

—Entonces, ¿qué estás haciendo aquí conmigo?— Pregunté divertida.

—Ya te lo dije, el destino y una pierna rota. ¡Se suponía que iba a ser así!— gritó y giró las ruedas hacia arriba, y la lancha se movió hacia adelante con ímpetu.

El sol se estaba poniendo naranja cuando Marko estaba empacando su equipo.

—Fue fantástico— dije, masticando un bocado de sandía.

—Es bueno que ya hayas buceado, así podríamos pasar más tiempo nadando y menos tiempo aprendiendo.

—¿Dónde estamos?

—No muy lejos de Croacia.— Marek señaló con el dedo a una vista apenas visible. —Es terriblemente tarde, todavía tengo que estar en Venecia hoy.

Cuando llegamos, empezó a oscurecerse. En la cubierta de Titán vi a Fabio, que me ayudó a salir de la lancha. Me despedí de Mark y me dirigí a las escaleras.

—El peluquero y el maquillador están esperando en el salón junto al jacuzzi. ¿Servirán algo de comer?— Escuché una voz a mis espaldas.

—¿El peluquero? ¿Para qué?— Pregunté sorprendida.

—Vas a ir a un banquete. Hay un Festival Internacional de Cine en Venecia, y don Massimo tiene una participación mayoritaria en uno de los estudios. Desafortunadamente, sólo tienes una hora y media de retraso para prepararte.



Blanka Lipińska

Delicioso, pensé. Me he estado ahogando en agua salada todo el día para deslumbrar a todos en la fiesta con la piel seca por la noche. Me he torcido la cabeza, preguntándome si alguna vez llegaré a conocer mis propios planes, y mucho menos a decidirlos. Subí las escaleras.

Poli y Luigi eran cien por ciento gay. Maravilloso, bello y fantástico, las mejores amigas de las mujeres y más femeninas que la mitad de nosotras. En una hora, se ocuparon del nido en mi cabeza y de las escamas en mi cara. Cuando terminaron, fui a mi camarote para preparar algo para ponerme. Entré en el dormitorio, y en la percha junto al baño había uno de los vestidos de *Robert Cavalli*, que elegí en Taormina. Y había una nota que decía "este" en ella. Ya sabía la respuesta a la pregunta de qué iba a actuar esta noche. Ella fue maravillosa y muy valiente. Estaba hecho de material negro transparente similar a una red, con inserciones que parecían cremalleras o cordones. Las mangas largas adelgazaban las manos, de las cuales la atención de todos se distraería de todos modos por la falta de tela en la espalda. El vestido sólo tenía una estrecha conexión justo por encima de los omóplatos y comenzó de nuevo en el borde de las nalgas.

—No puedo ponerme las bragas— me di cuenta con la cara inclinada, de pie frente al espejo.

Robert Cavalli lo predijo y el vestido no pasó en absoluto por lugares sensibles, pero no cambió el hecho de que no llevaba ni siquiera las más pequeñas tangas.

Tomé mi bolso, le eché perfume, me puse unas elegantes sandalias y me fui a la puerta. Antes de irme, la última vez que me detuve en el espejo. Me veía increíble. Un maravilloso y ahumado maquillaje en tonos negros y dorados se ajustaba perfectamente a mi piel bronceada. Y un moño colocado en la parte superior de mi cabeza me adelgazó y añadió clase — valía un kilo de pelo artificial, pensé, acariciando la intrincada estructura.

Blanka Lipińska

Salí a bordo y miré alrededor. En la mesa, como de costumbre, noté una botella de champán y una copa vertida. Así que Black está aquí en alguna parte. Subí y me serví otro. Estaba caminando por la cubierta, buscando otros lugares, pero no encontré a nadie. Tenía curiosidad por descubrir que el Titán había llegado a la orilla, por lo que una maravillosa vista de las luces parpadeando en la distancia estaba ante mis ojos.

—Es Lido, una isla también llamada la playa de Venecia— escuché una voz familiar.

Giré la cabeza hacia el lugar de donde provenían las palabras. A unos pasos de mí estaba Domenico y bebía champán.

—Sabía que este vestido sería perfecto. Te ves muy bien en él, Laura.

—Se acercó y me besó en ambas mejillas.

—Te extrañé, Domenico. Dije que lo abrazaras fuerte.

—Vamos, querida, porque en un momento Poli y su novia Luigi tendrán que empezar de nuevo—, dijo entre risas y me llevó a la silla de cuero.

—¿Dónde está don Massimo?— Le pregunté, tomando un sorbo.

Domenico me miró con ojos de pena. Sólo ahora vi que llevaba un esmoquin, lo que significaba que Black me había echado otra vez.

—Debe haberse...— Levanté la mano y Domenico rompió media frase.

—Tomemos un trago y divirtámonos, añadí, inclinando el vaso hasta el fondo.

La lancha a motor a la que cambiamos, se deslizó lentamente por las tranquilas aguas del mar Mediterráneo, y luego entró en el canal, y yo me preguntaba si quiero sólo este año, o tal vez más, o tal vez ni siquiera puedo soportarlo. Ya que consiguió lo que quería, ¿tal vez ahora me deje





Blanka Lipińska

ir? ¿Sólo quiero volver? ¿Por qué lo extraño...? Domenico me sacó de la corriente de pensamiento.

—Vamos. ¿Estás lista?— Me lo pidió, dándome una mano.

Me levanté y cuando vi todas estas luces, gente y esplendor, sentí miedo.

—No, definitivamente no lo estoy y no quiero estar lista. Domenico, ¿por qué estoy haciendo esto? — Pregunté aterrorizada cuando el barco llegó al muelle.

—Para mí—, escuché un acento familiar y el fuego de mi interior estaba muy fuerte —siento la confusión, pensé que no podría hacerlo, pero nos pusimos de acuerdo sin mucho problema y aquí estoy.



Levanté los ojos, mi deslumbrante secuestrador estaba en la plataforma. Vestido con un esmoquin negro de dos filas, parecía que estaba dibujado. Me impresionó que no pudiera levantarme. La camisa blanca resaltaba el color de su piel y la pequeña pajarita le daba clase y seriedad.

—Vamos.—Extendió su mano hacia mí, y después de un rato me puso en pie.

Me alisé el vestido y levanté los ojos para encontrarme con su mirada. Estaba de pie, sujetando mi mano izquierda con fuerza, probablemente estaba tan aturdido como yo.

—Laura, tú...— Se rasgó y frunció el ceño.

—Te ves tan encantadora hoy, no sé si quiero que nadie más que yo te vea así.

Sonreí ante esas palabras, fingiendo ser una falsa modestia.

—¡Don Massimo!— La voz de Domenico nos arrancó la admiración mutua. —Debemos irnos. Nos han visto de todos modos. Por favor, sus máscaras.

A couple in formal wear embracing, serving as a background for the page. The man is in a dark suit and the woman is in a light-colored dress. They are in a close embrace, with the man's hand on the woman's face.

Blanka Lipińska

¿Quién nos vio y por qué tenemos que irnos? Pensé, tomando una encantadora máscara de encaje como gafas.

Massimo se volvió hacia mí, la ató delante de mis ojos y murmuró, frotando su nariz contra el costado de ella. —El encaje y tú... Me encanta.— Susurró, besándome suavemente.

Antes de que lograra arrancar sus labios de los míos, el brillo de la linterna iluminó la noche. Me entró el pánico.

Se alejó lentamente y se volvió hacia los fotógrafos, abrazándome suavemente en la cintura. No sonrió, pero esperó tranquilamente hasta que terminaron. Una multitud de paparazzi gritó algo en italiano, y yo traté de lucir lo más digna posible, de pie sobre unas piernas suaves.



Entonces un hombre moreno los saludó, como si diera una señal de que ya había tenido suficiente, y nos movimos sobre la alfombra hacia la entrada. Atravesamos el salón y llegamos al salón de baile apoyado en columnas monumentales. En las mesas redondas había velas y flores blancas. La mayoría de los invitados llevaban máscaras, lo que me gustó mucho, porque sentí al menos los restos del anonimato.

Nos sentamos en la mesa, en la que obviamente sólo faltábamos nosotros. Después de un rato los camareros se presentaron, sirviendo aperitivos y luego más platos.



Blanka Lipińska

CAPÍTULO 10

El banquete fue increíblemente aburrido; organicé cientos de ellos, así que mi único pasatiempo era señalar los errores del personal. Massimo hablaba con los hombres sentados en nuestra mesa, de vez en cuando acariciando discretamente mi muslo.

—Tengo que ir a la habitación de al lado—, dijo, dirigiéndose a mí.
—Desafortunadamente, no deberías participar en esta conversación, así que te dejaré al cuidado de Domenico.— Me besó en la frente y se dirigió hacia la puerta, y detrás de él el resto de los hombres sentados en nuestra mesa.

Mi asistente apareció en un instante y tomó la silla después de Black.

—La mujer del vestido rojo parece una bola de pelos—, dijo, y ambos estallamos de risa al ver a una anciana con un vestido que parecía una pelota. —Si no fuera por estas curiosidades de moda, probablemente me moriría de aburrimiento aquí—, añadió.

Sabía cómo se sentía, así que estaba encantada con su compañía. Las siguientes docenas de minutos pasaron en un instante en conversaciones y bebiendo champán. Bien puesto, decidimos bailar.

La pista de baile estaba llena de gente y era elegante. No habrá locura, pensé, mirando al cuarteto de cuerdas. Después de otro baile de balanceo tuve suficiente. Gracias a mi querido amigo Domenico pude bailar perfectamente, ya que mi querida madre me envió a clases en la escuela primaria y secundaria.

Cuando bajábamos de la pista de baile, escuché un lenguaje familiar.

—¿Laura? No creo que me vaya a alejar de ti hoy.

Me di la vuelta y vi a Mark con un traje gris brillante.



Blanka Lipińska

—¿Qué estás haciendo aquí?— Pregunté sorprendida.

—Mi empresa trabaja con la mayoría de los hoteles de la zona, además de que es un baile benéfico, y yo soy uno de los patrocinadores,— diciendo eso, se encogió de hombros con una sonrisa.

Domenico gruñó significativamente.

—Oh, lo siento...— dije, cambiando suavemente al inglés. —Este es Domenico, mi asistente y amigo.

Los caballeros intercambiaron cortesías en italiano y estábamos a punto de salir cuando los músicos se unieron al cuarteto y el tango resonó en la sala. Apunté con alegría. Ambos me miraron sorprendidos.

—Me encanta el tango—, dije, mirando elocuentemente hacia Domenico.

—Laura, durante el último cuarto de hora, he estado pisoteando estos tacones increíblemente caros, ¿y no has tenido suficiente?

Me engañé, admitiendo que tiene razón.

—Llevo ocho años entrenando el baile de salón, así que si no hago un baile de salón, me sentiré honrado — dijo Marek, extendiéndome la mano.

—Una pieza— lancé en dirección al joven italiano y nos fuimos a la pista de baile.

Marko me tomó en sus brazos y después de un rato casi todas las parejas desaparecieron, dándonos espacio para el espectáculo de baile. Era un gran guía, seguro de sus movimientos, sentía la música perfectamente y conocía los pasos a la perfección. Creo que cada una de las personas que nos miraba estaba convencida de que llevábamos años bailando juntos. En medio de la canción la pista de baile estaba completamente vacía y estábamos girando juntos, dando un espectáculo de las habilidades que habíamos aprendido en la infancia. Cuando la



Blanka Lipińska

música se silenció, hubo un estruendoso aplauso en el salón. Ambos nos inclinamos elegantemente ante el público y nos volvimos hacia donde dejamos a Domenico. Sin embargo, en lugar de él vi a Black, que estaba rodeado por varios hombres. Cuando nos acercamos a ellos, todos inclinaban sus cabezas con aprecio —todos menos Massimo. Había rabia en su cara, y sus ojos estaban ardiendo con fuego. Si esa visión pudiera matar, me quedaría un montón de cenizas, sin mencionar a mi compañero.

Me acerqué y le besé en la mejilla, y Marek me quitó la mano del hombro y se la dio a Black.

—Don Massimo —dijo y asintió con la cabeza.

Se miraron unos a otros y la atmósfera se hizo más espesa, de modo que era difícil respirar. Sin soltarme la mano, Black se volvió hacia sus compañeros y les dijo unas palabras en italiano. Todo el mundo empezó a reírse.

—¿Sabías quién es?— Pregunté porque sabía que aunque lo oyera, no entendería ni una palabra.

—Por supuesto. He vivido en Italia desde hace varios años.— Marek parpadeó.

—¿Y aún así bailaste conmigo?

—Bueno, no va a matarme, o al menos no aquí,— se rió. —Además, por varias razones no puede hacerlo, así que espero que no haya sido nuestro último baile.

Besó mi mano libre y desapareció entre las mesas. Massimo le miró a los ojos y luego se volvió hacia mí.

—Bailas muy bien. Eso explica por qué tus caderas funcionan tan bien en otras situaciones.

A couple dancing in a ballroom. The background is a soft, purple-tinted image of a man and a woman in formal wear, dancing closely. The woman is wearing a light-colored dress, and the man is in a dark suit. The overall mood is romantic and elegant.

Blanka Lipińska

—Me aburría, y Domenico es un bailarín débil—, dije, disculpándome encogiendo los hombros. Un rítmico paso doble sonó en el salón.

—Te enseñaré a bailar— dijo, quitando la parte superior de su traje y dándosela a Domenico.

Me agarró la mano y con un movimiento entró en la pista de baile. Los otros bailarines no lograron volver después de mi última actuación, así que en cuanto me vieron venir con otro compañero, nos hicieron sitio. Massimo asintió con la cabeza a la orquesta para empezar de nuevo.

Ya estaba lo suficientemente borracha y confiada como para alejarme de él y sacar un trozo del vestido por debajo, revelando mi pierna. Dios, ¿qué me tentó para no usar calzones? Pensé. Los músicos rompieron los primeros compases, y la posición de la que partió Black fue una prueba de que no lo hacía por primera vez. El baile fue salvaje y apasionado, perfectamente adaptado a Massimo y a su naturaleza dominante. Esta vez no fue sólo un baile, fue mi castigo y mi recompensa al mismo tiempo, una promesa de lo que sucederá cuando salgamos del banquete, y una promesa de una sorpresa escondida en él. Estaba encantada, quería que la música no terminara y que nuestra maraña de cuerpos durara para siempre.

El final, por supuesto, tenía que ser espectacular y extraordinario, y recé para que mi pierna no se elevara demasiado, revelando demasiado. La música se detuvo y yo me quedé atrapada en sus brazos, respirando pesadamente. Después de un largo tiempo hubo muchos vítores y aplausos. Black me levantó con elegancia y me dio la vuelta unas cuantas veces antes de que ambos nos inclináramos. Con un paso tranquilo y confiado, sosteniendo mi mano con fuerza, bajó de la pista de baile, poniéndose la chaqueta que Domenico le dio en el camino.

Sin despedirnos de los demás huéspedes casi salimos corriendo de la habitación. Me arrastró por los pasillos del hotel sin decir una palabra, apretando fuertemente mi mano en la muñeca.



Blanka Lipińska

—Un hermoso espectáculo—, escuché una voz femenina.

Massimo se puso de pie como si estuviera clavado en el suelo. Se dio la vuelta tranquilamente, tirando de mí con él.

En el centro del salón se encontraba una deslumbrante mujer rubia vestida con un corto vestido dorado. Sus piernas terminaban a la altura de mi primera costilla, tenía hermosos pechos artificiales y un rostro angelical. Lentamente se acercó a nosotros y besó a Black.

—Así que la encontraste—, dijo, sin quitarme los ojos de encima.

Su acento indicaba que era inglesa, y el aspecto de que era una modelo sacada directamente del show de *Victoria's Secret*.

—Laura—, dije con confianza, extendiendo mi mano hacia ella.

La agarró y guardó silencio durante un rato, y una sonrisa irónica se dibujó en su rostro.

—Anna, el primer y verdadero amor de Massimo—, respondió manteniéndome aún en sus manos.

Black, por rabia, sudó su mano, que él estaba apretando cada vez más firmemente en mi muñeca.

—Tenemos prisa, perdonadme— siseo por los dientes y me arrastró al pasillo.

Cuando nos dimos la vuelta, la rubia seguía de pie, lanzando algunas palabras en italiano. Massimo estaba rechinando los dientes. Me soltó la mano y volvió hacia ella. Con una expresión apasionada en su rostro, le dijo en voz baja unas cuantas frases y luego se fue. Me agarró la mano y seguimos adelante. Entramos en el ascensor y fuimos al último piso. Rápidamente sacó la tarjeta de su bolsillo y abrió la puerta. Lo cerró con un golpe y sin encender la luz, se lanzó sobre mí. Me besó con fuerza y avidez, penetrando cada momento con avidez en mis labios. Después de la situación que se produjo en el piso de abajo, no tenía ganas de lo que



Blanka Lipińska

estaba haciendo, así que me quedé de pie, sin reaccionar. Después de un rato, cuando sintió que algo andaba mal, detuvo su loca excitación y encendió la luz.

Me levanté erguida, entrelazando mis manos en mi pecho. Massimo suspiró y agarró mi negro pelo con sus manos.

—Cristo, Laura—, dijo, sentado en la gran silla que estaba detrás de él.
—Ella es... en el pasado.

Me mantuve en silencio por un tiempo, y él estaba buscando mi reacción.

—Me doy cuenta de que no soy la primera mujer en tu vida. Es bastante seguro y natural.— Empecé con un tono tranquilo. —Y no voy a entrar en tu pasado o juzgarte. Pero me interesa lo que dijo que decidiste volver con ella y, sobre todo, ¿por qué está tan enfadada?

Black estaba en silencio, mirándome con ojos furiosos.

—Anna es una historia reciente— lanzó.

—¿Cómo de reciente?— No me di por vencida.

—La dejé el día que aterrizaste en Sicilia.

Bueno, eso explicaría muchas cosas, pensé.

—No la estaba engañando. Tus retratos habían estado colgados en la casa durante años, en realidad el enemigo no creía que te encontraría. Y lo menos importante. El día que te vi, le dije que se fuera.— Me miró, esperando una reacción. —¿Quieres saber algo más?

Estaba parada allí mirándolo y preguntándome cómo me sentía. Los celos son una debilidad, y a lo largo de los años he aprendido a eliminar las tonterías de mi carácter, y no me sentí amenazada porque no me importaba Massimo. Pero, ¿estás segura?

—Laura, di algo.— Estaba siseando entre dientes.



Blanka Lipińska

—Estoy cansada—, dije, cayendo en la otra silla. —Además, no es asunto mío. Estoy aquí porque tengo que hacerlo, pero cada día me acerco más a mi cumpleaños y a mi libertad.

Sabía que lo que decía no era verdad, pero no tenía ganas de tener esta conversación.

Black me miró durante mucho tiempo, apretando rítmicamente su mandíbula. Sabía que mis palabras lo habían herido y lo habían hecho enojar, pero no me importaba.

Se levantó de su silla y se dirigió hacia la puerta, agarrando la manija. Se dio la vuelta, miró y la tiró impasible:

—Dijo que te mataría para quitarme lo más importante, igual que yo se lo quite a ella.

—¡Estoy escuchando!— Grité enfadada.

—¿Y ahora sólo quieres irte después de lo que te dije?— Fui hacia él.

—Maldito egoísta.— Acabé con él cuando lo vi colgando el gancho de "no molestar" y cerrando la puerta. Me quedé allí con las manos bajadas sin poder hacer nada, mirándolo fijamente.

—Bailar contigo hoy— él empezó, acercándose a mí —fue el juego preliminar más electrizante que jamás haya experimentado. Sin embargo, eso no cambia el hecho de que quería matar a ese polaco cuando lo vi confiando en ti, aunque él sabe quién soy.

—Aparentemente no puedes hacer eso—, lancé un farol.

—Desafortunadamente, tienes razón, y lo siento— dijo, entrando de lleno en eso.

Me abrazó con sus poderosos brazos y con fuerza. Nunca lo hizo, así que me sorprendió que no supiera qué hacer con mis manos. Apoyé mi cara contra su pecho y sentí su corazón latiendo. Suspiró en voz alta, poniéndose de rodillas. Estaba atascado así con su frente apoyada en la



Blanka Lipińska

unión de mis pechos, así que lentamente deslicé mi mano en su pelo y comencé a acariciar su cabeza. Estaba impotente, exhausto y totalmente dependiente de mí.

—Te amo.— Susurró. —No puedo luchar contra ello. Te amé mucho antes de que aparecieras, soñé contigo, te vi y sentí. Todo resultó ser cierto—, dijo, agarrándome por las caderas.

Tenía alcohol en mi cabeza, y el horror se mezclaba con la calma.

Sostuve la cara de Black en mis manos y le levanté la barbilla para mirarle a los ojos. Los levantó y me envió una mirada llena de amor, confianza y humildad.

—Massimo, querido,— susurré, acariciando su cara. —¿Por qué tuviste que arruinarlo todo de esa manera? ¿Por qué?



Suspiré y caí en la alfombra junto a él, y las lágrimas se me fueron de los ojos. Pensé en ello como si nos hubiéramos conocido en circunstancias diferentes, si no me hubiera atrapado él, si no hubiera sido por todas esas amenazas y chantajes, y, sobre todo, si no hubiera sido por lo que él es.

—Hazme el amor—, dijo, poniéndome en un suelo blando.

Las palabras fueron un latido enorme. Estaba completamente confundido cuando lo miré con los ojos de mi vida fija en él.

—Esto podría ser un pequeño problema—, dije, recostado entre sus hombros.

Black colgaba sobre mí, apoyado sobre sus codos, su cuerpo estaba ligeramente pegado al mío, cubriéndolos perfectamente, y sus ojos miraban fijamente a los míos.

—Verás,— empecé a sentirme un poco avergonzada, —nunca me enamoré. Siempre he jodido, me gusta. Ningún hombre me enseñó a



Blanka Lipińska

hacer el amor, así que puede haber un problema, y te decepcionarás— terminé y avergonzada por mi propia confesión volví la cabeza a un lado.

—Oye, nena—, dijo, volviéndome la cara hacia mí, —eres tan frágil que no lo he visto antes. No tengas miedo, será la primera vez para ti, y para mí también. No te levantes, lo digo en serio.

—Sólo di, por favor.— Sugerí, girando sobre mi estómago. —Sólo pregunta, no siempre tienes que ordenar.

Massimo se quedó allí un rato y observó mi cara con los ojos medio llorosos. No había hielo en su mirada, lo que dio paso al deseo y a la pasión.

—Por favor, quédese donde está— se ahogó de risa.

—No hay problema— respondí, girando en la alfombra.

Tenía curiosidad por ver lo que estaba haciendo. Al pasar por la silla, se quitó la chaqueta y la colgó sobre el respaldo, desató los gemelos de diamantes y se arremangó las mangas. Oh, pensé, al caminar el chi, se estaba preparando para una tarea más seria. Cuando desapareció detrás de la puerta, todo lo que tenía que hacer era mirar alrededor del apartamento. La alfombra gruesa y brillante sobre la que estaba tumbado encajaba perfectamente con el resto del enorme salón. Aparte de esto, sólo había dos sillones suaves y un pequeño banco negro. Más adelante probablemente había una sala de estar, pero lo único que vi tirado en el suelo fueron enormes ventanas con pesadas cortinas, detrás de ellas una amplia terraza y un mar ondulante apenas perceptible a lo lejos.

Un pensamiento perturbador sobre mi cabello me sacó de mis felices expectativas.

Mierda, tengo un kilo de pelo artificial en mi cabeza, estaba silbando y sacando nerviosamente cientos de clips que sostenían el moño. Estuve jugando con ellos por un buen momento, rogando en mi mente que Black no lo viera. Una vez que logré liberarme de ellos, entré en pánico y



Blanka Lipińska

comencé a buscar un lugar donde pudiera esconder este nido muerto. ¡La alfombra! Estaba aturdida y empujé todo el asunto bajo un material pesado. Me peiné con los dedos y las hebras onduladas cayeron sobre mi cara. Salté y me asomé al espejo, que ocupaba gran parte de la pared junto a las sillas. Noté con admiración que me veía bastante sabrosa, y estaba de vuelta en la alfombra.

—Cierra los ojos— escuché una voz que venía de otra habitación.
—Por favor.

Me acosté de espaldas y obedientemente hice lo que me pidió. No sabía realmente cómo llevarme bien cuando sentí que él estaba parado sobre mí.

—Laura, pareces un hombre muerto en un ataúd en esta posición— se rió sinceramente.

De hecho, mis pechos trenzados podrían sugerir un hombre muerto.

—No voy a discutir el tema de la muerte con usted— lo miré con un ojo con una cara de risa.

Black me levantó y me tomó en sus brazos. Cada vez lo hacía con tanta ligereza, como si no pesara nada. Me llevó a través del pasillo y de repente sentí el aire cálido y agradable que olía a mar en mi cara.

Me puso en el suelo y me agarró la cara con ambas manos y empezó a besarme suavemente.

Lentamente alcancé mis manos para tocarlo. No se resistió. Desabroché los botones de su camisa uno por uno, y su boca se deslizaba por mi cuello desnudo.

—Me encanta tu olor.— Susurró, mordiéndome la barbilla.

—¿Puedo abrir los ojos ahora?— pregunté. —Quiero verte.

—Puedes—, dijo, y lentamente comenzó a abrir la cremallera que mantenía el vestido en su lugar.

Blanka Lipińska

Levanté los párpados y una imagen encantadora apareció ante mis ojos. Desde el último piso donde estábamos, había una vista de casi toda la isla. Las luces parpadeantes iluminaron la noche, dando luz a las olas que chocaban contra la playa. La terraza era gigantesca: había un bar privado, un jacuzzi, algunas tumbonas y un sofá con dosel para sorprender a Massimo, que estaba lejos del jardín. La diferencia era que éste podía estar completamente cubierto por las paredes de material, y en el colchón había ropa de cama tirada por descuido y algo para las espaldas. Creo que ya sé dónde pasaremos la noche, pensé.

El vestido se deslizó hacia abajo y la cerradura metálica se golpeó contra el suelo. Las manos de Black se deslizaban suavemente sobre mi cuerpo desnudo, y su lengua se deslizaba perezosa y ligeramente doblada.



—Una vez más te quedas sin bragas, Laura— estaba silbando, no apartándose de mí. —Y esta vez tampoco lo hiciste por mí, porque no podías saber que lo lograría.

Su tono no era de ira sino de curiosidad y diversión.

—Cuando me estaba poniendo el vestido, pensé que lo habías elegido tú, y no tenía ni idea de que iba a ir al banquete con Domenico— Dije quitando su camisa y me arrodillé ante él.

Yo estaba desabrochando el cinturón de manera tranquila y sin prisas, asomándome de vez en cuando a la reacción de este hombre encantador. Sus manos colgaban inertes a lo largo de su cuerpo y en nada se parecía al hombre que me llenó de miedo hace unas semanas. Con un movimiento firme, agarrando el cinturón, lo bajó y una impresionante erección apareció justo delante de mi cara.

—O estabas apurado o la reunión no era el tipo de reunión en el que pensaba—, le dije, mirándolo mientras preguntaba. —¿Dónde están tus boxers?

Blanka Lipińska

Massimo sonrió y movió sus hombros y metió sus dedos en mi milagrosamente rescatado pelo.

Lentamente llegué con mi mano a su nalga y la empujé suavemente hacia mí, de modo que estaba a sólo milímetros de su pene. Agarré la funda y sutilmente empecé a besar la cabeza. Black gimió, y sus dedos en mi pelo se tambaleaban en círculos lentos. Lo acaricié suavemente con la lengua y los labios hasta que se puso duro e hinchado. Abrí la boca y absorbí todo el largo tan suavemente que pude sentir cada pulgada de ella. Me movía de un lado a otro, jugaba, besaba, mordía, hasta que sentía un líquido pegajoso que me llegaba a la garganta. Massimo miró lo que estaba haciendo y respiró fuerte.

Se inclinó, puso sus manos debajo de mis axilas y las recogió. Me besó la boca y se dirigió hacia un baño redondo y humeante construido en la terraza. Entró en ella y me plantó sobre sí mismo. Mirándome, puso sus labios en mi cara, luego en mi cuello, hasta que los cerró en su pezón. Chupó y mordió suavemente mis pechos, y sus manos se apretaron en mis nalgas. En un momento dado, un dedo fue a un lugar que definitivamente no asocié con el amor. Me quedé paralizada.

—Tranquila, nena. ¿Confías en mí?— Preguntó, rompiendo las barreras hinchadas.

Asentí con la cabeza con aprobación y su dedo comenzó a frotar rítmicamente el lugar entre mis nalgas. Me levantó y casi me impresionó devotamente. Me quejé y eché la cabeza hacia atrás. El agua caliente intensificó todo lo que sentí. Sus movimientos eran firmes, pero suaves, era apasionado, codicioso y tierno.

—No me tengas miedo—, dijo y metió la punta de su dedo en mi trasero.

Un fuerte grito de placer salió de mi garganta y bloqueó mi lengua. Cada vez se burlaba más de mí y más de sí mismo; al ritmo de sus caderas, el agua golpeaba el borde de la bañera y una desconocida ola de

Blanka Lipińska

felicidad crecía en mi cuerpo. Todo a mi alrededor se volvió como si estuviera apagado, sólo podía sentir lo que él estaba haciendo. Puso su mano libre bajo el agua y empezó a frotar mi clítoris, lo que fue como presionar un botón rojo. Su dedo, al penetrar en la entrada trasera, se deslizó más profundamente y comenzó un fuerte, fuerte ataque.

—Uno más— susurré, con dificultad para retener el orgasmo. —Pon un dedo más en mí.

Esta orden hizo que Black apenas se mantuviera. Su lengua penetró profundamente en mi garganta y sus dientes me mordieron los labios con el poder que causó un dolor milagroso.

—Laura, —gimió y ejecutó la petición. —Estás tan apretada.

No pregunté si se me permitía y si debía, cuando lo hizo, simplemente vine. Alcancé la cima de mi placer con gritos, y todo mi cuerpo, aunque estaba en el agua, sudó y se enfrió en unos pocos segundos.

Massimo esperó hasta que terminé, me recogió y me llevó a la cama. Yo estaba medio consciente cuando él me pegó su cuerpo mojado y luego volvió a entrar en mí. Se acarició la cara en el pelo y sus caderas se frotaron mucho y con fuerza contra mí. Sentí que estaba cerca. Me agité y me ahogué con él, clavándole las uñas en la espalda. Besé su cuello con avidez, mordí sus hombros y lo escuché respirar cada vez más rápido para anunciar la explosión. Me empujó con ambas manos bajo la espalda y me abrazó tan fuerte que apenas podía respirar. Me agarró del cuello con la mano y me miró a los ojos.

—Te amo, Laura —dijo, y sentí la ola de su semen entrando y saliendo de mí. Vino largo y tendido, sin apartar los ojos de mi cara. La vista era tan cazadora y sexy que después de un rato sentí que mis músculos se ponían rígidos, y me uní a él. Cayó sobre mí, respirando pesadamente, y su cuerpo me quitaba el aire.

—Eres muy pesado,— dije, tratando de empujarle a un lado. —Y tienes una polla maravillosa.



Blanka Lipińska

Con esas palabras, Massimo estalló en risas y se volvió hacia un lado, liberándome.

—Lo tomaré como un cumplido, cariño.

—Necesito lavarme. —Dije, tratando de levantarme.

Black puso su mano en la manta.

—No estoy de acuerdo.— Extendió la mano y buscó una caja de pañuelos de papel que estaba en la mesa de al lado.

Al igual que en el avión, cuando probó mi coño por primera vez, me limpió suavemente y luego me cubrió con el edredón.

Estuvimos acostados hablando hasta que estuvo claro. Me contó lo que es crecer en una familia mafiosa y cómo eran sus tíos. Sobre lo hermosa que es Etna durante la explosión y lo que le gusta comer. Cuando salía el sol, pedimos el desayuno y no salimos de debajo del edredón, servimos unos cuantos platos al día siguiente cuando despertamos.

—Laura, ¿qué día es hoy?— Preguntó, sentado al otro lado de la cama.

Arrugué las cejas y lo miré por un momento, preguntándome qué me pedía.

—No entiendo,— dije, envolviéndome en un edredón. —Es miércoles, parece.

—¿Qué día?— Preguntó de nuevo, y yo me deslumbré y entendí de qué se trataba su pregunta.

Traté de contarle en voz baja, pero después de los recientes acontecimientos, no parecía saberlo.

—No tengo ni idea, dejé de contar— respondí, tomando un sorbo de té de la taza.

Black se levantó y se puso de pie, apoyando sus manos contra la barandilla de la terraza. Me acosté de costado y lo miré. Sus nalgas




Blanka Lipińska

estaban bellamente esculpidas, formadas y pequeñas. Sus esbeltas piernas hacían que su espalda y sus hombros parecieran más anchos de lo que realmente eran.

—¿Quieres que te deje ir? Estoy arriesgando mucho ahora, pero no puedo disfrutar de estar cerca sabiendo que te estoy haciendo miserable. Así que si quieres irte, puedes seguir en Varsovia hoy.

Lo miré con incredulidad, y la alegría brilló en sus ojos. Cuando una amplia sonrisa apareció en mi rostro, se convirtió en hielo y me atravesó con una mirada sin pasión, dijo: —Domenico te llevará al aeropuerto, el avión más cercano es a las once y media.



Me sentí feliz y aterrorizada al mismo tiempo, mirando al mar. Puedo volver, dije en voz baja. Escuché que la puerta del apartamento se cerró. Envuelto en un edredón, corrí a la habitación. Massimo no se encontraba en ninguna parte, miré en el pasillo, pero tampoco encontré a nadie allí. Volví a entrar y me deslicé por la pared. Ante mis ojos, cómo fue la película de anoche, cómo me hizo el amor, todas las conversaciones, todas las tonterías. Me vinieron las lágrimas a los ojos, sentí como si hubiera perdido algo.

Me dolía el corazón y casi no latía. ¿Es posible que me haya enamorado de él?

Me dirigí a la terraza, recogí mi vestido del suelo, pero estaba en tal estado que no era apto para la reinserción. Corrí al dormitorio y marqué el número de la recepción en el teléfono. Cuando llegó una voz, pedí llamar al número de Domenico. Por extraño que parezca, el hombre del otro lado sabía con quién quería hablar. Me temblaban las manos y no podía recuperar el aliento. Cuando el joven italiano se levantó, me desesperé con la naturaleza: —Ven aquí— y me caí en la cama.

—Laura, ¿puedes oírme?



Blanka Lipińska

Lentamente abrí los ojos y vi a Domenico sentado a mi lado. Había algunos frascos de medicina sobre la mesa, y al otro lado de la cama un anciano estaba hablando por teléfono.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde está Massimo?— lance asustada, tratando de levantarme.

Domenico me detuvo, y en silencio me explicó:

—Fue el doctor quien te cuidó. No pude encontrar tu medicina.

El viejo dijo unas cuantas frases en italiano, luego sonrió y desapareció.

—¿Dónde está Massimo? ¿Y qué hora es?

—Son las doce y don Massimo se ha ido. Ha dicho que lo siente.

Estaba mareada, estaba enferma y todo me dolía.

—Ahora mismo, llévame con él, ¡necesito ropa!— Grité, envolviéndome fuertemente en un edredón.

Domenico me miró un rato, luego se levantó y se dirigió hacia el armario.

—Había ordenado que algunas de tus cosas fueran colocadas aquí antes de que llegaras. El bote está esperando abajo, así que cuando estés lista, podemos irnos.

Corrí hacia el armario. No me importaba lo que llevaba puesto. Agarré el chándal blanco de *Victoria's Secret* que me dio Domenico, y un momento después me paré en el baño, poniéndomelo nerviosamente. Me miré en el espejo con un maquillaje un poco débil. No me importaba mi aspecto, pero no hasta ese punto. Me limpié el maquillaje y volví a la habitación donde me esperaba un joven italiano en la puerta.

El bote a motor iba demasiado lento a pesar de la velocidad máxima.



Blanka Lipińska

Después de unas docenas de minutos vi un casco gris de Titán en la distancia.

—Por fin—, dije, levantándome.

No esperé a que amarráramos, sólo me subí a bordo. Corrí a todos los niveles, abriendo otra puerta, pero no estaba en ninguna parte.

Llorando me caí en el sofá de la sala de estar. Olas de llanto inundaron mis ojos, y una olla que crecía en mi garganta no me dejaba respirar.

—Hace una hora, un helicóptero lo llevó a los aeropuertos—, dijo Doménico, sentado a mi costado. —Ahora tiene mucho trabajo en el que concentrarse.

—¿Sabe que estoy aquí?— pregunté.

—No creo que su celular estuviera en la habitación, así que no pude llamarlo. Además, hay lugares donde no puede tener su teléfono con él.

Me arrojé en sus brazos entre lágrimas.

—¿Qué hago ahora, Domenico?

El joven italiano me abrazó y me acarició la cabeza.

—No tengo ni idea, Laura, nunca ha estado en esta situación, así que es difícil para mí decirlo. Ahora soy yo quien tiene que esperar a que él me hable.

—Quiero volver, —dije, levantándome del sofá.

—¿A Polonia?

—No, para Sicilia, esperaré a que vuelva, ¿vale?— Lo miré preguntando, como si estuviera esperando un permiso.

—Por supuesto. No sé nada que cambie.

—Así que hagamos las maletas y volvamos a la isla.

Blanka Lipińska

Estuve dormida durante todo el viaje, repleta de sedantes. Cuando finalmente me subí a la camioneta en el aeropuerto de Catania, sentí que volvía a casa. La autopista corría a lo largo de la ladera del Etna, y todo lo que podía ver era a Massimo feliz, que estaba envuelto en un edredón para contarme historias de día.

Cuando subimos por la entrada, me sorprendió descubrir que se veía completamente diferente. El cubo granate fue cambiado por grafito, otros arbustos y flores crecían, apenas conocía la entrada de la propiedad. Me sorprendió que mirara, asegurándome de que estábamos en un buen lugar.

—Don Massimo ha cambiado todo durante su viaje—, dijo Domenico, bajando del coche.



Caminé por el pasillo y llegué a mi dormitorio. Me metí en la cama y me quedé dormida.

Los días siguientes fueron idénticos. Pasé algunos de ellos en la cama, a veces salía y me sentaba en la playa. Domenico intentó forzarme a comer, pero en vano, no pude tragar nada. Estaba vagando por la casa, buscando el menor rastro de la presencia de Black. Envié un correo electrónico a mi madre, pero no pude hablar con ella -sabía que no la engañaría y ella se daría cuenta inmediatamente de que algo andaba mal. Vi la televisión polaca, que Massimo ordenó que se instalara en mi dormitorio. A veces intentaba escuchar el italiano, pero a pesar de los esfuerzos, no entendía ni una palabra.

Por si fuera poco, una foto de un banquete apareció en los titulares de todos los periódicos y portales de chismes italianos, con Black besándome en la plataforma. Casi todos los titulares sonaban:

"¿Quién es la misteriosa elegida por el magnate siciliano?"

Blanka Lipińska

Y una extensa descripción de mis habilidades de baile.

Pasaron los días siguientes y sentí que era hora de volver a Polonia. Llamé a Domenico y le pedí que empacara sólo las cosas que vinieron conmigo a la isla. No quería llevarme nada de aquí que me recordara a él.

En Internet encontré un acogedor apartamento-estudio lejos del centro de Varsovia y lo alquilé. No tenía ni idea de qué hacer a continuación y no me importaba, sólo quería que dejara de doler.

A la mañana siguiente me despertó el sonido de un reloj programado en mi teléfono. Bebí el cacao que estaba en la mesa de noche y encendí la televisión. Eso es hoy, pensé. Después de un rato, Domenico entró en la habitación, lanzándome una triste sonrisa.

—Tienes un avión en cuatro horas.— Se sentó en la cama de al lado.

—Voy a echar de menos— dijo, agarrándome la mano. Lo agarré y sentí lágrimas fluyendo en mis ojos.

— Lo sé, yo también.

— Veré si todo está listo. — Dijo al levantarse.

Estaba acostada y mirando la televisión, saltando a los canales. Encendí la información y fui al baño.

"En Nápoles, el jefe de una familia de la mafia siciliana fue asesinado a tiros. El joven italiano era considerado uno de los más peligrosos..."

Y me caí del baño como una explosión con esas palabras. En la pantalla se desplazaban fragmentos de fotos del lugar del incidente, donde se veían dos bolsas para cadáveres y un todoterreno negro al fondo. Sentí ardor en el esternón, que no me permitía respirar, y escozor, como si alguien me clavara un cuchillo en el corazón. Traté de gritar, pero no había ningún sonido que saliera de mi garganta. Caí inconsciente en la alfombra.



Blanka Lipińska

CAPÍTULO 11

Abrí los ojos, la habitación era brillante y el sol que caía en ella era tan fuerte que apenas podía ver. Levanté la mano para cubrir los párpados y saqué el tubo del goteo que estaba a mi lado. ¿Qué pasó? Cuando mis ojos se acostumbraron al ambiente, miré a mí alrededor. El equipo que me rodeaba sugería que estaba en el hospital.

Estaba tratando de recordar lo que pasó, y luego me deslumbró. Massimo, él... Mi corazón se aceleró de nuevo, y todo el equipo junto a mi cama empezó a chirriar. Después de un rato un médico y una enfermera aparecieron en la habitación, seguida por Domenico.



Vi a un joven italiano y una ola de lágrimas se derramó sobre mí y los sollozos no me dejaron decir ni una sola palabra. Cuando me ahogué así, agitando las manos, la puerta se abrió de nuevo y Black se quedó en la puerta. Pasó por delante de todos y cayó de rodillas delante de mí, me agarró la mano y me abrazó la mejilla, mirándome con sus ojos de frente aterrorizados y cansados.

—Lo siento— susurró. —Cariño, yo...

Moví mi mano y le cubrí la boca.

No ahora y no aquí, pensé, y había aún más lágrimas en mi rostro, aunque en ese momento eran lágrimas de felicidad.

—La Sra. Laura—, dijo un anciano en bata blanca, mirando la tarjeta colgada en la cama, comenzó con un tono tranquilo. —Tuvimos que realizarle una cirugía de la arteria porque su condición era peligrosa para la vida. Para ello, le insertamos un tubo en el cuerpo, de ahí el vendaje en la ingle femoral. Un cable guía pasó por el agujero hasta el corazón, lo



Blanka Lipińska

que nos permitió desbloquear la arteria. Eso es en pocas palabras. Me doy cuenta de que a pesar de su excelente conocimiento del inglés, mi conocimiento de la nomenclatura médica no me permite dar explicaciones más detalladas, las cuales son definitivamente innecesarias en este momento. De todos modos, lo logramos.

Escuché lo que dijo, pero no pude apartar la vista de Massimo. Él estaba aquí, sano y salvo.

—Laura, ¿me oyes?— Sentí que alguien me levantaba. —No me hagas esto, o me matará.

Abrí los ojos lentamente. Yo estaba acostada en la alfombra y Domenico temblaba nerviosamente a mi alrededor.

Gracias a Dios. Suspiró cuando lo miré.

—¿Qué ha pasado?— Pregunté confundida.

—Has perdido el conocimiento de nuevo, es bueno que las pastillas estuvieran en el cajón. ¿Estás mejor?

—¿Dónde está Massimo? ¡Quiero verlo ahora mismo!— Estaba gritando, tratando de levantarme.

—Dijiste que me llevarías con él cada vez que quisiera, así que quiero que lo hagas ahora.

El joven italiano investigaba como si buscara en su cabeza la respuesta a la pregunta que le hice.

—No puedo—. Susurró.

—Aún no sé qué pasó, pero sé que algo salió mal.

—Laura, recuerda que los medios de comunicación no siempre dan la verdad. Pero tienes que salir de la isla hoy y volver a Polonia. Esa fue la



Blanka Lipińska

guía de don Massimo sobre tu seguridad. El coche ya está esperando. En Varsovia tienes un apartamento y una cuenta en uno de los bancos de las Islas Vírgenes, puedes utilizar libremente el dinero en él.

Lo miré con miedo y no creí lo que escuché. Continuó.

—Todos los documentos, tarjetas y llaves están en su equipaje de mano. El conductor te recogerá y te llevará a tu nuevo lugar. Tiene un coche en el garaje, todas tus cosas de Sicilia se llevarán como usted lo solicitó.

—¿Está vivo?— Lo interrumpí. —Dime, Domenico, antes de irme.

El joven italiano se congeló de nuevo, pensando en la respuesta.

—Ciertamente se está moviendo. Mario, su consigliere, se va con él, así que hay una buena posibilidad de que lo esté.



—¿Cómo funciona esto?— Pregunté, frunciendo el ceño. —¿Y pueden ambos estar...— Tengo miedo de decir la palabra "muerto".

—Don Massimo tiene un transmisor implantado en la parte interior de su mano izquierda, un pequeño chip como el tuyo—, dijo, y tocó mi implante. —Así que sabemos dónde está.

Estuve pensando por un rato en lo que escuché, acariciando nerviosamente el pequeño tubo.

—¿Qué demonios es eso?— Pregunté con rabia. —¿Un implante anticonceptivo o un transmisor?

Domenico no respondió como si entendiera que yo no tenía ni idea de lo que se estaba implantando. Suspiró con fuerza y se levantó de la alfombra, tirando de mí.



Blanka Lipińska

—Volarás en avión, es más seguro de esta manera. Vamos. Tenemos que irnos ahora.— Tiró las maletas en el camerino. —Laura, recuerda, cuanto menos sepas, mejor para ti.

Se dio la vuelta y desapareció detrás de la puerta.

Me quedé así un rato más, quieta, preguntándome qué había oído, pero a pesar de la rabia que sentía, agradecí a Massimo que se ocupara de todo. El pensamiento de que nunca lo volvería a ver, de que no me tocaría, me hizo llorar. Después de un tiempo, los pensamientos negros fueron reemplazados por la esperanza y la ilusión ardiente de que todavía está vivo, y un día volveré aquí. Empaqué mis cosas y después de una hora estaba sentada en el coche.



Domenico se quedó en la villa, diciendo que no podía venir conmigo. Estaba sola otra vez.

El vuelo fue relativamente corto, a pesar del cambio en Milán. No sé si fue culpa de las medicinas que me dio el joven italiano o de la apatía en la que caí, pero mi pánico a volar desapareció por completo. Después de salir de la terminal, vi a un hombre con una tarjeta con mi nombre.

—Soy Laura Biel—, dije en inglés por costumbre.

—Buenos días, soy Sebastián— se presentó, y yo hice una mueca al escuchar el polaco.

Hace una docena de días más o menos habría dado mucho por una conversación así, pero ahora me recordó dónde estoy y qué pasó. Mi pesadilla, que se convirtió en un cuento de hadas, llegó a su fin y volví al punto de partida. Frente a la entrada había un Mercedes negro clase S estacionado. Sebastian subió y abrió la puerta de atrás. Seguimos adelante.

Blanka Lipińska

Ya era septiembre y el aire definitivamente sentía el frío del otoño. Abrí la ventana y me metí el aire en los pulmones. Nunca me había sentido tan mal como ahora. Incluso tenía el pelo en la cabeza, y cada razón era buena para una ola de lágrimas. No quería ver a la gente, hablar con ellos, comer, y sobre todo no quería vivir.

Pasamos por el aeropuerto y el coche se dirigió al centro de la ciudad. Dios, no en el centro, pensé. Cuando recurrimos en Mokotow, fui feliz. El coche entró en la urbanización vigilada y se aparcó bajo uno de los altos edificios de apartamentos. El conductor salió y me abrió la puerta, entregando el equipaje. Estuve sentada un rato, verificando su contenido, hasta que encontré un sobre con la inscripción "casa". Estaban las llaves y la dirección.



—Llevaré tu equipaje y el siguiente coche con el resto de las cosas debería estar aquí enseguida—, dijo Sebastián, echándome una mano.

Salí y me dirigí hacia la puerta, y cuando me acerqué, otro coche aparcó en la acera. El conductor se bajó y comenzó a desempacar las cosas. Entré en el vestíbulo y me acerqué a un joven en la recepción.

—Hola, soy Laura Biel.

—Hola. Me alegro de que haya llegado. Su apartamento está listo. Está en el cuarto piso, la puerta de la izquierda. ¿Puedo ayudarle con su equipaje?

—No, gracias. Creo que los conductores se las arreglarán.

—¡Hasta luego!— el tipo detrás del mostrador gritó y me envió una amplia sonrisa.

Después de un rato, estaba parada en el ascensor que iba al último piso del edificio. Puse la llave de la cerradura de cada puerta con el número que encontré en el sobre, y después de abrirla, apareció ante mis ojos una



Blanka Lipińska

hermosa sala de estar con ventanas que llegaban al siguiente piso. Todo era tan oscuro y estéril, tan al estilo de Massimo.

Los conductores trajeron sus bolsas y desaparecieron, dejándome sola. El interior era elegante y acogedor. La mayor parte de la sala estaba ocupada por un rincón negro hecho de suave alcántara, bajo el cual había una alfombra blanca de pelo largo. Un banco de cristal estaba a su lado y un enorme televisor plano colgaba de la pared. Detrás de ella estaba la entrada al dormitorio con una chimenea de doble cara, que estaba rodeada de placas de cobre. Cuando profundicé más, una enorme cama moderna con retroiluminación LED apareció ante mis ojos, lo que dio la impresión de que los muebles estaban levitando. También había un pasaje al vestidor y al baño con una gran bañera.



Volví a la sala de estar y encendí la televisión para el canal de noticias. Abrí mi equipaje de mano y me senté en la alfombra. Revisé los siguientes sobres, aprendiendo sobre su contenido. Tarjetas, documentos, información; en la última encontré una llave de coche con tres letras: BMW. Sorprendentemente, descubrí que soy la dueña del apartamento en el que estaba sentada y del coche. Después de leer los siguientes periódicos, resultó que la cuenta con contenido de siete dígitos también era mía. ¿Por qué necesito todo esto cuando no está ahí? ¿Quería compensarme por estas semanas? En retrospectiva, yo debería ser la que le pague por todos los momentos maravillosos.

Cuando terminé de desempacar las maletas, era de noche y no quería sentarme aquí sola. Cogí el teléfono, los papeles del coche, las llaves, y luego entré en el ascensor para ir al garaje. Encontré el lugar junto al número de apartamento y un gran todoterreno blanco apareció ante mis ojos. Metí la llave y las luces del coche se encendieron cuando presioné el botón. No era más seguro y más ostentoso, pensé, trepar al medio



Blanka Lipińska

forrado con piel clara. Presioné el botón de arranque y atravesé el garaje buscando una salida.

Conocía bien Varsovia y me gustaba conducir por ella. Estaba cruzando las siguientes calles, convirtiéndome en las siguientes sin propósito. Después de una hora de conducir me detuve en la casa de mi mejor amiga, con quien no había hablado en semanas. No podía ir a ningún otro sitio. Introduje el código en el intercomunicador, atravesé la jaula y me paré frente a la puerta y presioné el timbre.

Éramos amigas desde que teníamos cinco años, era como una hermana para mí. Más jóvenes y a veces más viejas, dependiendo de la ocasión. Tenía pelo negro y un cuerpo sensualmente redondeado. Los hombres la amaban, no sé si por vulgaridad, o promiscuidad, o tal vez por una cara bonita. Porque Olga era, sin duda, una chica guapa de una belleza muy exótica. Sus raíces medio armenias le dieron a su rostro rasgos interesantes y agudos, y lo que es más injusto - un tono de piel oliva.

Olga nunca trabajó, aprovechó el hecho de que trabajaba para los hombres. Abogó por romper los estereotipos, especialmente el de que una mujer con muchas parejas es una puta. Su trato con los hombres era sencillo: les daba lo que querían y ellos le daban dinero. No era una prostituta, era más bien una guardiana de hombres aburridos con mujeres estúpidas. Muchos de ellos estaban locamente enamorados de ella, pero ella no conocía la palabra amor y no quería saberlo. Conoció a un soltero influyente, el dueño de un imperio cosmético que no tenía tiempo ni ganas de relacionarse con nadie. Ella lo acompañaba en las fiestas oficiales, cenaba con él y le daba masajes en las sienes cuando estaba cansado. Le proporcionó todas las comodidades y lujos que se le habían ocurrido. Mirando desde el lado, uno podría llamarlo una unión, pero ninguno de ellos permitía tal pensamiento.



Blanka Lipińska


—Laura, ¡maldita sea!— gritó Olga, arrojándose a mi cuello. —Creo que voy a matarte. Yo pensé que te habían secuestrado. Entra, ¿qué haces ahí parada?

Me agarró de la mano y me arrastró.

—Lo siento, yo... ...tuve que...— Estaba tocando, y mis ojos estaban cubiertos de lágrimas.

Olga estaba allí de pie, con aspecto aterrorizado. Me cubrió el hombro y me llevó a la sala de estar.

—Siento que necesito un trago— dijo ella y después de un rato estábamos sentadas en la alfombra con una botella de vino.



—Martin estaba en mi casa—, empezó a mirar con recelo. —Preguntó por ti y dijo lo que había pasado. Que habías desaparecido, dejando una carta, y que supuestamente volviste antes que él y te mudaste. Maldita sea, Laura, ¿qué pasó allí? Quería llamarte, pero sabía que lo harías tú misma si querías hablar.

La miré, bebiendo vino, y me di cuenta de que no podía decirle la verdad.

—Ya me harté de su ignorancia, y además, me enamoré.— Miré hacia arriba y la miré. —Sé cómo suena, así que no quiero hablar de ello, ahora tengo que volver a juntarlo todo.

Sabía que ella sabía que yo no estaba diciendo la verdad, pero era mi amiga que siempre entendía cuando yo no quería hablar.

—Oh, bueno, eso es jodidamente genial—. Ella tiró la mierda de su boca. —¿Cómo fue? ¿Tienes un lugar para vivir? ¿Tienes algo?— ella estaba tirando más preguntas.

Blanka Lipińska

—Alquilé algo a un amigo, un gran apartamento. Él tenía que irse rápidamente y necesitaba dejárselo a alguien en quien confiara.

—Y genial, eso es lo más importante. ¿Qué hay del trabajo?— No le importó un comino.

—Tengo algunas sugerencias, pero por ahora quiero concentrarme en mí misma— murmuré, jugando con un bocado. —Tengo que dármelo todo a mí misma, y entonces estará bien. ¿Puedo pasar la noche? No quiero conducir después del alcohol.

Se rió y se acurrucó en mí.

—Por supuesto, ¿dónde sacaste tu coche?

—Me lo dieron con el apartamento.— Dije, sirviéndonos otro vaso.

Estábamos sentadas hasta muy tarde, hablando de lo que pasó este mes. Le hablé de los encantos de Sicilia, de la comida, el alcohol y los zapatos. Después de vaciar la mitad de la siguiente botella, preguntó:

—Muy bien, ¿qué pasa con él? Dime algo, o me volveré loca fingiendo que no estoy interesada.

Tuve muchos momentos con Massimo volando por mi cabeza. La primera vez que lo vi desnudo, cuando entró en la ducha conmigo. Compras con él y momentos en el yate mientras bailábamos y la última noche desapareció.

—Él es— empecé, guardando el vaso —especial, majestuoso, altivo, tierno, guapo, muy cariñoso. Imagina un típico macho que odia la oposición y siempre sabe lo que quiere. Añade a esto un guardián y protector, con el que siempre te sentirás como una niña pequeña. Y finalmente, combínalo con el cumplimiento de tus fantasías sexuales más íntimas. Y como si eso no fuera suficiente, mide un metro noventa, cero por ciento de grasa y parece que fue tallado por el mismo Dios. Pequeño



Blanka Lipińska

imbécil, hombros gigantes, caja ancha... eh... Ese es Massimo.— Dije que sacudiendo los brazos.

—Joder...— maldijo Olga. —Mis piernas están dobladas. Muy bien, ¿qué pasa con él?

Estuve pensando qué decirle durante un tiempo, pero no se me ocurrió nada inteligente.

—Bueno, necesitamos tiempo para pensarlo, porque todo es muy fácil. Es de una rica familia siciliana con tradiciones. Y no aceptan a los extranjeros—. Dije haciendo una mueca.

—Pero te tomó—, dijo ella, tomando un sorbo. —Cuando hablas de él, brillas como una bombilla.

No quise hablar más de Black, porque todo recuerdo maravilloso duele al pensar que no habrá más.

—Vamos a dormir, tengo que ir a ver a mis padres mañana.

—Vale, pero con la condición de que vayamos a algún sitio el sábado. — me estremecí con esas palabras. —Vamos, será divertido. Pasaremos el día en el spa, y llegaremos a la ciudad esta noche. ¡Fiesta, fiesta, fiesta...! —...gritó saltando arriba y abajo.

Al verla alegre y emocionada, me sentí culpable por haberla dejado por tanto tiempo.

Hoy es sólo lunes, pero está bien. El fin de semana es nuestro.



Blanka Lipińska

CAPÍTULO 12

El camino hacia mis padres era extremadamente corto, a pesar de los ciento cincuenta kilómetros que tenía que recorrer. Ni siquiera hubo oportunidad de pensar en lo que les diría. Decidí no molestar más a mi madre y continuar con la mentira negra preparada anteriormente.

Conduje hasta la entrada y salí del coche.

—¿Desapareces durante un mes y vuelves en ese coche? Creo que te pagan bien en Sicilia— escuché la divertida voz de papá. —Hola, nena.— Dijo y me abrazó fuerte.



—Hola, papá, es un coche de la compañía—, dije, abrazándolo. —Te he echado mucho de menos.

Cuando sentí su calidez y escuché una voz cariñosa, me salieron lágrimas de los ojos. Me sentía como una niña pequeña, que estaba en algún lugar en el medio, siempre teniendo problemas para huir a los gallineros.

—No sé lo que pasó, me dirás lo que quieres—, dijo, limpiándome los ojos.

Papá nunca entró, esperó a que yo viniera y confesara lo que había en mi corazón.

—¡Dios, qué delgada estás!

Me separé de mi padre y me dirigí hacia el porche, donde mi encantadora madre salió de detrás de la puerta. Como siempre, estaba impecablemente vestida y llena de maquillaje. No me parecía a ella en absoluto. Tenía el pelo largo y rubio y los ojos gris azules. A pesar de su



Blanka Lipińska

edad promedio, parecía tener treinta años, y su cuerpo parecía de unos 20 años.

—¡Mamá!— Me di la vuelta y caí en sus brazos con un rastro salvaje.

Era como un refugio nuclear para mí, sabía que siempre me protegería de todo el mundo. A pesar de ser sobreprotectora, era mi mejor amiga y nadie me conocía como ella.

—Y verás, te dije que este viaje no era una buena idea— empezó acariciándome la cabeza. —Y ahora estas desesperada nuevamente. ¿Puedes decirme por qué estás llorando?

No podía, porque no lo sabía realmente.

—Te extrañé y supe que finalmente podría tirar todas mis emociones.

—Si lloras así, se te hincharán los ojos y mañana te lamentarás de tener mala cara. ¿Tomaste tu medicina para el corazón? Para que no haya ninguna tragedia,— preguntó, quitándome el pelo de la cara.

—La tomé, la tengo en mi bolso— respondí, limpiándome la nariz.

—Tomasz— se dirigió a mi padre. —Trae unos pañuelos de papel y haz un poco de té.

Papá sonrió y desapareció dentro de la casa y nos sentamos en sillas suaves en el jardín.

—¿Y qué?— Preguntó, encendiendo un cigarrillo. —¿Me dirás qué está pasando y por qué tuve que esperar tanto tiempo para tu llegada?

Suspiré fuerte, sabiendo que la conversación no sería fácil, pero no me la perderé.

—Mamá, te dije y escribí que tenía un pequeño vuelo para trabajar en Sicilia. Tuve que volver a Italia por un tiempo y me llevó más tiempo del



Blanka Lipińska

que esperaba. Por el momento me quedo en Polonia, al menos hasta finales de septiembre, porque las sucursales de esta cadena de hoteles también están aquí y puedo prepararme para trabajar en Polonia. Además, tengo un profesor de italiano en Varsovia, no te preocupes, no me escaparé mañana. Como puedes ver, la compañía se ocupa de mí.—Apunté con mi mano a la entrada del BMW. —También me alquilaron un apartamento y me dieron una tarjeta de crédito de negocios.

Me miró con sospecha, pero cuando no mostré ningún rastro de mentira, se relajó.

—Bueno, me has calmado un poco—, dijo, presionando una colilla de cigarrillo en el cenicero. —Y ahora dime cómo fue.



Papá trajo té, y yo les hablé de Sicilia. Algunas de las historias eran de las guías que leí porque no logré ver la isla. Gracias a un cuento de hadas sobre los hoteles de mi nueva cadena, que se encuentran en Venecia, pude contarles sobre el Lido y el festival. Nos sentamos hasta muy tarde y hablamos hasta que me sentí cansada.

Cuando ya estaba en la cama, mi madre me trajo una manta y se sentó a mi lado.

—Recuerda que pase lo que pase, siempre nos tendrás a nosotros.—Me besó en la frente y salió, cerrando la puerta.

Durante los siguientes días, mamá se encargó de engordarme. Cocinar y beber vino fue interminable. Cuando por fin llegó el viernes, agradezco a Dios que me iba porque un día más y mi vientre estallaría. Era bueno que mis padres vivieran cerca del bosque, así que todos los días salía corriendo a quemar lo que ella lograba empujar hacia mí. Me ponía los auriculares y me apresuraba, a veces me llevaba una hora, a veces más. Tenía la impresión de que alguien me estaba observando. Me paraba y



Blanka Lipińska

miraba alrededor, pero nunca me fijé en nadie. Pensaba en Massimo, en si estaba vivo y si pensaba en mí.

Por la tarde me subí al coche y regresé a Varsovia. Llamé a Olga, y me registre.

—Es genial que estes aqui, porque creo que tenemos que ir de compras. Siento la falta de zapatos nuevos— dijo ella. —Dame la dirección, estaré contigo en una hora.

—No, iré a buscarte, y todavía tengo algo que hacer.

Cuando llegué a su apartamento, la vi cerrar la puerta principal y después de un rato se detuvo como si estuviera bajo tierra. Se quedó allí, señalando con el dedo el coche, y golpeó la cabeza, luego se acercó a mi, se subió, y se lanzó en incredulidad:


—¿Quién te dio ese coche?

—Te dije que estaba en el paquete del apartamento— respondí, sacudiendo los hombros.

—Tengo curiosidad por como luce tu nuevo apartamento.

—Oh, mierda, como un apartamento. Y un coche como un coche.— Estaba molesta, o quizás estaba más molesta por no poder decirle la verdad. Ella sabía que yo estaba mintiendo, y yo sabía que estaba saliendo con un idiota, ignorando su intelecto. —¿Qué diferencia hay? ¿Recuerdas cómo vivíamos en ese estudio de soltero en Brodno?

Olga se rió y se abrochó el cinturón.

—Sí, con esa mujer debajo de nosotros, ¡¿qué dijo que estábamos teniendo orgías?!



Blanka Lipińska

—Sabes, no fue exactamente una mentira.— La mire de forma significativa, retirando el coche del aparcamiento.

—Estás jodiendo, solo grité unas cuantas veces más fuerte.

—Sí, recuerdo que volví antes y pensé que alguien te estaba asesinando.

—Ese imbécil que me cogió era muy agudo, y su papá tenía una clínica dental.

—Y te financiaba chequeos gratuitos.

—Me financió tan jodidamente que me mordí las paredes.

Gracias a Dios pude cambiar el tema del apartamento y durante el resto del tiempo nuestras discusiones oscilaron únicamente en torno a la exuberante vida erótica de Olga.

Ir de compras siempre fue lo que me hizo sentir mejor. Corrimos de boutique en boutique, comprando otro par de zapatos innecesarios. Finalmente, después de unas horas de un loco maratón, ambas tuvimos suficiente. Entramos en un garaje de varios niveles y empezamos a buscar un coche. Nos llevó un tiempo, pero los encontramos y empezamos a poner las compras en el maletero.

—¿Coche nuevo?— Escuché una voz familiar.

Me di la vuelta y me agaché horrorizada al ver al mejor amigo de Martin.

—Hola, Michael, ¿cómo estás?— Pregunté, besándolo en la mejilla.

—Será mejor que me digas qué estaba pasando en tu cabeza para dejarnos así. Joder, Martin casi se muere de ansiedad.



Blanka Lipińska

—Ya sé cómo se estaba muriendo, cogiéndose a esa siciliana— dije, dándome la vuelta y poniendo la última bolsa en el coche. —Estaba tan preocupado, que tuvo que vivirlo todo.

Michael se quedó allí de pie como si estuviera enfadado y me miró asombrado. Me acerqué a él.

—¿Qué creías que no sabía? ¡Se la cogió en mi cumpleaños, cabrón!— Vomité con rabia y me dirigí al coche.

—Estaba borracho.—Dijo él, encogiéndose de hombros, y yo cerré la puerta con ímpetu.

—Pronto se enterará de que has vuelto— dijo Olga, abrochándose el cinturón.

—Delicioso, me encantan esos escándalos. Y especialmente cuando me conciernen. Iremos a mi apartamento y te quedarás conmigo hoy porque no quiero estar sola, ¿de acuerdo?

Olga asintió con la cabeza y estuvo de acuerdo.

—Oh, joder.— Sin vestirse como siempre con palabras, mi amiga se apuntó a la sala de estar tan pronto como llegamos a casa. —Y tu amigo acaba de alquilártelo, ¿verdad? Por supuesto, añadiendo un coche y tal vez una criada? ¿Lo conozco?

—Oh, vamos, esto es más bien un favor. Y no lo conoces porque es alguien con quien trabajé hace tiempo. La habitación de invitados está arriba, pero prefiero que duermas conmigo.

Olga corría por la casa, gritando maldiciones de vez en cuando. Observé su reacción con diversión y me pregunté qué diría si viera Titán o una villa en las laderas de Taormina. Tomé una botella de vino portugués de la nevera, dos vasos y la seguí arriba.



Blanka Lipińska

—Vamos, te mostraré algo,— dije, subiendo las escaleras.

Cuando abrí la puerta se congeló. Fuimos hacia una hermosa terraza de más de cien metros de altura en el techo. Había una mesa con seis asientos, una barbacoa, tumbonas y un jacuzzi para cuatro personas. Puse una botella sobre la mesa y vertí vino en vasos.

—¿Tienes alguna pregunta?— Levanté un poco las cejas y le di un vaso.

—¿Qué le hiciste por eso? Admítelo. Sé que no es tu estilo, pero nunca conseguí una cabaña con jardín en la azotea...— se rió y se cayó en una de las sillas blancas. Nos cubrimos con mantas y miramos el centro de la ciudad parpadeando en la distancia. A pesar de que estaba rodeada de gente que amo, no hubo un minuto en el que no pensara en Massimo.

Incluso llamé a Domenico algunas veces, pero no respondió a ninguna de mis preguntas, sólo quería saber si estaba bien. Sin embargo, me gustaba escuchar su voz, porque la asociaba con Black.





Blanka Lipińska

CAPÍTULO 13

Cuando nos despertamos al día siguiente y llegamos a un orden relativo, me sentí sorprendentemente bien. De pie frente al espejo, intentaba explicarme que tenía que seguir viviendo, volver a montar todo y empezar a olvidar las semanas que pasamos en Italia.

Desayunamos, revisamos el armario y ayer hicimos algunas compras para buscar creaciones para la noche y después de las 15:00 nos fuimos al spa.

—¿Sabes qué, Olga? Tengo ganas de volverme loca—, dije cuando nos íbamos de casa.

—¿Tenemos un corte de cabello para hoy?— Me miró, torcida.

—¿Crees que puedo arreglarme el pelo?

—Claro que sí—. Se rió cuando cerré la puerta.

Nuestra estancia en el balneario era una especie de ritual, al que renunciábamos de vez en cuando. Peeling, luego masaje, tratamientos faciales, uñas, peluquería y finalmente maquillaje. Cuando llegó la hora de la penúltima acción, me senté en un sillón y Magda, mi estilista, acarició un mechón de pelo.

—Entonces, ¿qué se supone que debo hacer al respecto, Laura?

—Rubio.— Olga saltó al asiento de al lado. —Y un corte bob, atrás corto y al frente más largo.

—¡¿Qué?!— Olga se puso tan furiosa que todas las mujeres del sillón giraron la cabeza. —¡¿Estás jodidamente loca?! Laura, debes estar loca.



Blanka Lipińska

Magda se reía, acariciando al mirarlo disuelto.

—No está dañado, así que estará bien. ¿Está segura?

Asentí con la cabeza, y Olga se dejó caer sobre la silla, sacudiendo la cabeza con incredulidad.

Mientras tanto, para acelerar el ligero retraso causado por mis fantasías, aparecieron maquilladores y empezaron a trabajar.

—Listo— dijo Magda después de más de dos horas, mirando mi reflejo con placer.

El efecto fue fenomenal, el color del grano maduro encajaba perfectamente con mi piel bronceada y mis ojos negros. Me veía joven, fresca y sabrosa. Olga se puso detrás de mí, mirando con una ceja levantada.



—Bien, estaba equivocada. Tienes un aspecto demasiado bueno. Ahora vamos, porque es hora de la fiesta.

Me tomó la mano y nos dirigimos al coche. Aparcamos en el garaje y tomamos el ascensor arriba. Puse la llave en la cerradura y la giré.

—Qué raro, pensé que lo había cerrado de inmediato...— dije.

Después de beber una botella de vino y vestirnos con algo menos cómodo que un chándal, pero más espectacular, nos pusimos frente al espejo. Estábamos listas.

Elegí un conjunto negro muy sensual para la salida de hoy. Una falda de lápiz en alto estado, en la que metí un top corto de manga larga perfectamente ajustado. Entre la parte superior e inferior había un hueco de unos cuatro centímetros, mostrando sutilmente los músculos del estómago. Tacones negros con punta corta y con tachuelas del mismo color encajaban perfectamente en el conjunto. Olga, por su parte, apostó



Blanka Lipińska

por sus fortalezas, es decir, abundantes pechos y maravillosas caderas, poniéndose un vestido de venda en el color del desnudo. Completó el conjunto con tacones de agujas y un bolso del mismo tono, y lo rompió todo con accesorios dorados.

—Esta noche es nuestra—, dijo. —Sólo vigíleme, porque me gustaría volver a casa contigo.

Me reí y la empujé por la puerta.

La ventaja incuestionable de la vida, que Olga tenía, era que en cada club ella conocía al menos a un selector, y a la mayoría de los gerentes o propietarios.



Nos subimos a un taxi y fuimos a uno de nuestros restaurantes favoritos del centro. Ritual en *Mazowiecka 12*, aquí bebimos, comimos y me gustaría decir que estábamos recogiendo a los chicos, pero por desgracia, este honor sólo concernía a mi amiga.

Cuando salimos del coche, había un centenar de personas haciendo fila en el club. Olga pasó ostentosamente entre la multitud y se acercó a la cuerda, besando dos veces al selector.

Se quitó la cuerda que bloqueaba el pasillo y después de un rato ya estábamos dentro, recibidas por la esposa del propietario, Monica, que nos puso brazaletes VIP en las manos.

—Como siempre parece estar floreciendo—, Olga le habló, y Monica agitó su mano, haciéndola flotar hacia abajo.

—Siempre dices eso.— La encantadora morena se rió y agitó la cabeza. —No te impedirá tomar una copa conmigo de todas formas.— Nos guiño un ojo y asintió con la cabeza para que la siguiésemos.

Blanka Lipińska

Subimos las escaleras y nos sentamos a la mesa, y después de darle una orden a la camarera, Monica desapareció.

—¡Hoy yo invito!— Dije, gritando sobre la música y sacando la tarjeta que recibí de Domenico.

Pensé que era hora de usarla. Sólo quería hacerlo una vez y comprar una cosa gracias a eso.

Asentí la cabeza a la camarera e hice un pedido. Después de un tiempo, llevaba una rosa moeta en la nevera a través del club. Viendo esto, Olga se levantó eufóricamente de su asiento.

—¡Por el amor de Dios!— gritó, tomando un vaso en su mano. —¿Por qué estamos bebiendo?

Sabía por qué quería beber y por qué quería sentir ese sabor.

—Por nosotras—, dije, tomando un sorbo.

Pero no bebí por mí y por Olga. Fue para Massimo y durante trescientos sesenta y cinco días eso no ocurrió. Me sentí triste, pero al mismo tiempo tranquila, porque parecía que me había reconciliado en parte con la situación. Después de beber media botella, fuimos a la pista de baile. Estábamos saludando al ritmo de la música, tonteando. Pero mis maravillosos zapatos no estaban hechos para bailar, así que después de tres piezas tuve que descansar. Estaba volviendo a la mesa y sentí que alguien me agarraba la mano.

—¡Hola!— Me di la vuelta y vi a Martin.

Le solté la mano y me quedé allí, clavándole una mirada helada llena de odio.

—¿Dónde has estado tanto tiempo?— Preguntó. —¿Podemos hablar?



Blanka Lipińska

Tenía imágenes en mi cabeza que se cayeron del sobre que Massimo me mostró. En ese momento sentí ganas de despedazarlo, pero ahora que las emociones habían caído, me era completamente indiferente.

—No tengo nada que decirte— dije y me di la vuelta, dirigiéndome hacia el sofá.

No se dio por vencido y después de un tiempo volvió a estar conmigo.

—Laura, por favor. Dame un momento.

Estaba sentada y mirándolo, bebiendo champán, cuyo sabor me daba fuerzas.

—No vas a decirme nada que no sepa o no haya visto.

—Hablé con Michael, déjame explicarte, por favor. Te dejaré en paz más tarde.

A pesar de mi anterior enojo y disgusto con él después de ver las fotos, decidí que merecía poder contarme su versión.

—Bien, pero no aquí. Espera.

Fui donde Olga y le expliqué la situación. No se sorprendió ni se enojó porque ya había encontrado un reemplazo para mí como rubia encantadora.

—¡Adelante!— Ella dijo. —No voy a volver hoy, así que no esperes.

Me acerqué a Martin y asentí con la cabeza, dándole una señal para que se fuera.

Cuando salimos del club, me dirigió al estacionamiento y abrió la puerta de su auto.



Blanka Lipińska

—Por lo que puedo ver, ¿no has venido aquí para la fiesta?—
Pregunté, entrando en un jaguar blanco XKR.

—Vine aquí por ti— respondió y golpeó la puerta detrás de mí.

Condujimos por los barrios, y sabía exactamente dónde terminaría este viaje.

—Laura, con ese cabello te ves muy agarrada— dijo en un tono tranquilo, mirándome.

Lo ignoré porque no me interesaba en absoluto su opinión, y seguí mirando el paisaje detrás del cristal.

Martin pulsó el botón del mando a distancia desde el garaje y el portón subió. Aparcó y subimos las escaleras. Cuando me paré en el pasillo de su apartamento, me sentí débil. Incluso desde el interior, a pesar de que nunca había sido visitado por Black, estaba asociado a él.

—¿Quieres algo de beber?— Me preguntó cuándo me acerqué a la nevera.

Me senté en el sofá y me sentí incómoda. Tuve la extraña sensación de que estaba actuando en contra de la voluntad de Massimo en ese momento, violando su prohibición de contacto con Martin. Si me viera ahora, si lo supiera, lo mataría.

—Creo que el agua será mejor— decidió, poniendo un vaso delante de mí. —Te lo contaré todo, y harás lo que quieras con ello.

Me senté y agité mi mano para empezar.

—Cuando te levantaste y te escapaste, me di cuenta de que te estabas marchando y corrí detrás de ti. Pero un empleado del hotel me detuvo en la recepción, alegando que hubo un grave accidente en nuestra habitación y que tuvieron que entrar en ella. Cuando mi personal de



Blanka Lipińska

servicio y yo terminamos de comprobar esta señal, resultó ser un error del sistema y no pasaba nada. Salí a la calle y te busqué hasta que oscureció. Estaba seguro de que te encontraría, pensé que no habías ido muy lejos, así que no volví por el teléfono de inmediato. Y cuando finalmente llegué al hotel para hacer la llamada, había una carta en la habitación donde lo escribiste todo, y tenías razón. Sabía que la había cagado—. Agachó la cabeza y empezó a frotarse los dedos. —Me enfadé, pedí bebidas en mi habitación y llamé a Michael. No sé si fue porque estaba nervioso o porque tenía resaca, pero me sentí borracho después de terminar el primero.

Levantó la mirada y me miró profundamente a los ojos.



—Y lo creas o no, después no recuerdo nada. Cuando nos despertamos por la mañana y Karolina me dijo lo que había hecho, quise vomitar.— Martin tomó un respiro y luego se voló la cabeza otra vez. —Y cuando pensé que no podía ser peor, la recepción nos informó que teníamos que dejar el hotel porque nuestras tarjetas de crédito no estaban cubiertas. Así que dejamos la isla. Estas vacaciones fueron un poco desastrosas, como si todo fuera a salir mal desde el principio.

Cuando terminó de hablar, me cubrí la cara con las manos y suspiré en voz alta. Sabía que lo que decía, aunque sonaba ridículo, con una pequeña intervención de Massimo, era muy probable. Ahora no sabía con quién estaba más enojada, con Blake, o con Martin, que se había dejado arrastrar a ello.

—¿Pero qué cambia eso?— Dije después de un tiempo. —¿Recuerdas si te acostaste o no con ella. Además, la verdad es que nuestras expectativas son completamente diferentes. Quieres tener un pastel y comer un pastel, y siempre esperaré más atención de lo que puedas darme.



Blanka Lipińska

Martin se resbaló del sofá, arrodillándose a mi lado.

—Laura— empezó, agarrándome las manos —tienes razón en todo, eso es lo que pasó. Pero con el paso de las semanas, comprendí cuánto te amo, y no quiero perderte. Haré cualquier cosa para demostrarte que puedo ser diferente.

Lo miré aturdida y pude sentir el champán cayendo por mi garganta.

—Me siento mal...— Dije, levantándome del sofá y tambaleándome hacia el baño. —Me voy a casa— dije, empujando mis pies en los zapatos.

—No te vas a ninguna parte, no te dejaré ir—, dijo, sacando mi bolso.

—¡Martin, por favor!— Estaba impaciente. —Quiero ir a mi casa.

—Bien, pero déjame llevarte de vuelta.— Sin aceptar un no por respuesta, me quitó las llaves del coche.

Salimos del garaje, y se volvió hacia mi con una pregunta pintada en su cara. Olvidé que no sabía mi nueva dirección.

A la izquierda, le mostré, agitando mi mano. Luego a la derecha y recto. Finalmente, después de diez minutos de mi navegación, estábamos en la casa.

—Gracias— dije, agarrando la manija de la puerta, pero la puerta incluso se movió.

—Te acompaño a la salida. Quiero asegurarme de que llegaste bien.

Caminamos hasta arriba, y quería estar sola a toda costa.

—Está aquí,— dije, poniendo la llave en la puerta de mi apartamento.

—Gracias por tu preocupación, pero ya me las arreglaré.



Blanka Lipińska

Martin no se daba por vencido; cuando abrí, intentó colarse detrás de mí en el apartamento.

—¿Qué carajo estás haciendo? ¿No entiendes que ya no necesito tu compañía?— Estaba gruñendo, de pie en la puerta. —Dijiste lo que tenías que decir, y ahora quiero estar sola.

Traté de cerrar la puerta, pero las poderosas manos de Martin no me dejaron.

—Te extrañé. Déjame entrar.— No se rindió.

Finalmente dejé la puerta, volví a entrar y encendí la luz.

—Martin, maldita sea, ¡voy a llamar a seguridad!— Grité.

Mi ex- estaba parado en la puerta, no cruzándola, y miraba enojado a algo que estaba detrás de mí. Me di la vuelta y mi corazón casi se detuvo. Desde el sofá, Massimo se levantó sin prisa y se dirigió hacia la puerta principal.

—No entiendo lo que estás diciendo, pero creo que Laura no quiere que entres— arrojó a Black, parado a pocos centímetros de Martin. —¿Te lo digo para que lo entiendas? ¿Quizás el inglés sea más fácil?

Martin apretó todo el cuerpo y, sin perder de vista a Black, dijo en un tono tranquilo y bajo: —Nos vemos, Laura. Estamos en contacto.— Se dio la vuelta y entró en el ascensor.

Cuando desapareció de la vista, Black cerró la puerta y se puso delante de mí. No estaba segura de si todo esto estaba pasando realmente. El horror y la ira se mezclaron con la alegría y el alivio. Estaba aquí, bien y sano. Estuvimos allí mucho tiempo, mirándonos fijamente, y la tensión entre nosotros era insoportable.



Blanka Lipińska

—¿Dónde coño estabas?!— Grité, antes, con una mejilla enfurruñada.
—¿Te das cuenta de lo que he pasado, egoístamente? ¿Crees que el trauma constante de la conciencia es la forma perfecta de pasar el tiempo? ¿Cómo pudiste dejarme así? ¡Jesús!

Resignada, me desplome por la pared.

—Estás impresionante, pequeña.— Dijo, tratando de sostenerme en sus brazos.

—¡No me toques, maldita sea! No volverás a tocarme a menos que me expliques lo que pasó.

Al sonar un tono elevado, Black se enderezo y se mantuvo de pie durante un rato, elevándose sobre si mismo. Se veías aún más hermoso de lo que recuerdo. Vestido con pantalones oscuros y una camisa de manga larga del mismo color, exhibía una silueta perfectamente esculpida. Incluso ahora, enfadada con él, no pude evitar notar lo atractivo que era. Sabía que me acechaba como un animal salvaje y que en un momento habría un ataque.

No me equivoqué. Massimo se inclinó y me agarró por los hombros, me puso de pie, deslizó hábilmente bajo mi estómago y me lanzó sobre el hombro, de modo que colgué mi cabeza a lo largo de su espalda.

Me di cuenta de que mi resistencia o mis gritos no harían nada, así que me quedé colgando inerte, esperando lo que él haría. Atravesó la puerta del dormitorio y me tiró sobre la cama, pegando su cuerpo al mío para bloquear mi movimiento.

—Te reuniste con él a pesar de mi prohibición. ¿Sabes que mataré a este hombre si tengo que hacerlo, para que no te vea?



Blanka Lipińska

Estaba en silencio. No quería abrir la boca. Sabía que saldría un chorro de palabras. Era tarde, estaba cansada y hambrienta, y toda la situación era definitivamente abrumadora.

—Laura, te estoy hablando.

—Te escucho, pero no quiero hablar contigo—, dije en voz baja.

—Eso es aún mejor, porque lo último que me apetece ahora mismo es hablar duro—, dijo, y me rompió brutalmente la lengua en la boca.

Quise alejarlo, pero cuando sentí su sabor y su olor, todos esos días sin él volaron ante mis ojos. Recordé bien el sufrimiento y la tristeza que me acompañaban.

—Dieciséis— susurré, sin interrumpir el beso.

Massimo detuvo su loca carrera y me miró inquisitivamente

—Dieciséis— repetí. —Me debes tantos días, Don Massimo.

Sonrió y en un movimiento se quitó la camiseta negra que llevaba puesta. Una luz tenue de la sala de estar iluminó su torso. Vi la vista de heridas frescas, algunas con vendas.

—Dios, Massimo— susurré, saliendo de debajo de él. —¿Qué ha pasado?

Toqué su cuerpo suavemente, como si quisiera eliminar los lugares dolorosos.

—Prometo que te lo contaré todo, pero no hoy, ¿bien? Quiero que estes descansada, que estés llena y sobre todo sobria. Laura, estás terriblemente delgada— dijo, acariciando mi cuerpo de tejido negro.

—Tengo la sensación de que te sientes incómoda con esto—, dijo, poniéndome boca abajo.

Blanka Lipińska

Deshizo lentamente la cremallera de la falda y la deslizó de mis caderas hasta que estaba en el suelo. Hizo lo mismo con la parte superior y después de un tiempo yo estaba acostada frente a él, sólo en ropa interior de encaje.

Me miró, desabrochando el cinturón de mis pantalones. Lo vi hacerlo, y una drástica escena del avión me lo recordó.

—No conozco este conjunto— señaló, bajándose los pantalones junto con sus calzoncillos. —Y no me gusta. Creo que deberías quitártelo.

Lo observé, deshaciendo lentamente el sostén. La primera vez que lo vi fue cuando no era duro. Su polla gorda y pesada se elevaba lentamente mientras yo me deshacía de mi ropa interior, pero incluso cuando no estaba erecta era preciosa, y lo único que se me ocurría era sentirlo dentro de mí.

Acostada desnuda en la cama, puse las manos detrás de la cabeza, mostrando una vez más la sumisión.

—Ven a mí—, dije, abriendo más las piernas.

Massimo me agarró el pie y se lo llevó a la boca, le besó todos los dedos y cayó lentamente sobre el colchón. Subió con su lengua por la parte interior de mis muslos hasta que llegó al punto en que se unieron. Levantó los ojos y me miró, asintiendo con la cabeza. Esta mirada me dijo que no sería una noche romántica.

—Eres mía.— Gimió y hundió su lengua en mí.

Lamió con avidez, alcanzando los puntos más sensibles. Me retorci debajo y sentí que no me llevaría mucho tiempo alcanzar un orgasmo.

—No quiero—, dije, agarrándole la cabeza. —Vamos, vamos, vamos, necesito sentirte.

Blanka Lipińska

Massimo hizo lo que le pedí sin dudarlo ni un momento; se metió dentro de mí con brutalidad y fuerza, dando a nuestros cuerpos un galope como un golpe de corazón en este momento. Me cogió apasionadamente, apretó sus brazos a mi alrededor y me besó tan profundamente que no pude recuperar el aliento. De repente, una ola de placer se derramó sobre mi cuerpo, le clavé las uñas en la espalda y se las llevé hasta las nalgas. El dolor que le causé fue como un empujón decisivo y el calor del esperma se derramó dentro de mí. Empezamos y terminamos casi simultáneamente. Una incontrollable ola de lágrimas fluyó por mis mejillas y sentí alivio. Pero estaba sucediendo de verdad, pensé, y le abracé la cara.

—Hey, nena, ¿qué pasa?— Preguntó, deslizándose de mí.



No quería hablar con él, no ahora, me di la vuelta y lo abracé como si quisiera esconderme en él. Me acarició el pelo y los labios y recogió lágrimas de mi mejilla hasta que me dormí.

Me desperté cuando los rayos del sol entraban en la sala de estar a través de una ventana descubierta. Con los ojos entrecerrados, estaba investigando mi mano al otro lado de la cama. Él estaba allí. Aparté los ojos y me puse a gritar. Toda la cama estaba ensangrentada, y él ni siquiera se movió.

—Massimo,— lo tiré, gritando.

Lo puse de espaldas y abrió los ojos confundido. Me caí en el colchón con alivio. Miró a su alrededor y se pasó la mano por el pecho, frotando la sangre.

—No es nada, cariño, los puntos se sueltan— dijo, flotando y sonriéndome. —Ni siquiera lo sentí por la noche. Pero supongo que tenemos que lavarnos, porque parece que vamos a asesinar a alguien juntos—, dijo con diversión, frotándose con la mano limpia.



Blanka Lipińska

—No le encuentro lo divertido— dije y fui al baño.

No tuve que esperar mucho para que apareciera a mi lado. Esta vez era yo quien lo lavaba, quitando suavemente los vendajes empapados de sangre. Cuando terminé, tomé el botiquín de primeros auxilios y lo volví a colocar.

—Verás a un doctor— dije en un tono que no podía soportar la oposición.

Me miró con un ojo cálido, en el que acechaba la sumisión.

—Tu ayuno terminó ayer— dijo, dejando la bañera y besándome en la frente.



Subí a la nevera y descubrí una absoluta falta de comida. Sólo había vino, agua y zumos en la estantería. Black entró detrás de mi, mientras me besaba la cara, miró el interior casi vacío.

—Puedo ver que tenemos un menú limitado.

—No he tenido apetito últimamente. Pero hay una tienda abajo, siéntete como una persona normal y ve de compras, te haré una lista, y luego prepararé el desayuno— dije, cerrando la puerta.

Se retractó de estas palabras y se apoyó en una pequeña mesa que estaba en la cocina.

—¿Compras?— Preguntó, frunciendo el ceño.

—Sí, don Massimo, de compras. Mantequilla, panecillos, tocino, huevos es igual al desayuno.

Black sin ninguna diversión oculta salió de la cocina, tirando la puerta:
—Haz una lista.




Blanka Lipińska

Después de una breve instrucción sobre cómo llegar a la tienda, que estaba en el mismo edificio a unos cinco metros de la salida de la jaula exterior, le vi entrar en el ascensor.

Predije que le tomaría más tiempo del que debería, pero menos del que yo necesitaba para ponerme en orden. Así que corrí al baño, me arreglé el pelo, me maquillé un poco así como "no me pinté, así me veo todas las mañanas" y después de ponerme un chándal rosa, me acosté en el sofá.

Massimo volvió sorprendentemente rápido, sin usar el videoteléfono.

—¿Desde cuándo estás en Polonia?— Le pregunté cuando entró. Dudó y miró durante un rato.



—Primero el desayuno, luego la conversación, Laura. No voy a ninguna parte, y ciertamente no sin ti.— Dejó sus compras en el mostrador de la cocina y se volvió hacia mí. —Tú haces el desayuno, nena, porque no tengo ni idea de cocinar, y necesito usar tu ordenador.

Recogí y me mudé a la cocina.

—Tienes suerte de que me guste cocinar y me dedique a ello—, dije, y me puse a trabajar.

Después de treinta minutos estábamos sentados en la alfombra suave de la sala, comiendo al estilo americano.

—Bien, Massimo, de todas formas llevo mucho tiempo. ¡Cuéntame!— Espeté, bajando mis cubiertos.

Black apoyó su espalda contra el borde del sofá y tiró del aire.

—¡Pregunta!— Me perforó con sus ojos helados.

—¿Cuánto tiempo llevas en Polonia?— Yo empecé.

—Desde ayer por la mañana.



Blanka Lipińska

—¿Estuviste en este apartamento cuando yo no estaba aquí?

—Sí, cuando tú y Olga se fueron alrededor de las quince.

—¿Cómo sabes el código del intercomunicador y cuántos pares de llaves más hay?

—Lo establecí yo mismo, es el año en que nací, y las llaves sólo tú y yo las tenemos.

Mil novecientos ochenta y seis, es decir, sólo tiene treinta y dos años, pensé, y volví a una conversación que ahora me interesaba más que su edad.

—Desde que estoy en Polonia, ¿tu gente también ha estado aquí?

Massimo ha enredado juguetonamente sus manos en el pecho.

—Oh, claro, no pensaste que te dejaría en paz, ¿verdad?

Subconscientemente sabía la respuesta antes de que me la diera. Sabía que la sensación constante de ser observada no venía de la nada.

—¿Y ayer? ¿También enviaste gente detrás de mí?

—No, ayer estuve casi en todas partes, Laura, incluyendo el apartamento de tu ex, si a eso te refieres. Y te juro que cuando te metiste en su coche fuera del club, estuve a punto de sacar mi arma.— Su mirada era seria y fría. —Aclaremos esto, nena. O no tendrás ningún contacto con él, o me desharé de él.

Sabía que las negociaciones con él no tenían sentido, pero docenas de horas de entrenamiento en manipulación no eran en vano, así que sabía cómo jugar.

—Me sorprende que lo veas como un rival— empecé impasible. —No creí que tuvieras miedo de la competencia, especialmente porque justo



Blanka Lipińska

después de lo que vi en las fotos, él no es la competencia. Los celos son una debilidad, y sólo los sientes cuando sientes que tu rival es digno. Así que es al menos tan bueno como él o incluso mejor.— Me volví hacia él y lo besé suavemente. —No creí que tuvieras ninguna debilidad.

Black se sentó en silencio, jugando con una taza de té.

—Sabes qué, Laura, tienes razón. Puedo aceptar argumentos racionales. ¿Qué sugieres en esta situación?

—¿Qué sugiero?— Repetí después de él. —Nada. Creo que el principio de mi vida está cerrado. Si Martin se siente diferente, es asunto suyo. Puede seguir molestándose. Ya no me concierne. Además, debes saber que yo, como tú, no perdono la traición. Y, si ese es el punto, ¿qué le tiraste en su bebida el día de mi cumpleaños?

Massimo apartó la taza y me miró con horror.

—¿Qué? ¿Pensaste que no me enteraría? ¿Por eso me prohibiste hablar con él para que no supiera la verdad?— Lo dije con mis dientes apretados.

—Lo que cuenta es el hecho: traicionó, además, no todos se pierden después de esta sustancia. No era una píldora para la violación, o MDMA, era sólo un alcohólico. Se suponía que se emborracharía más rápido de lo normal, eso es todo. No voy a negar que no tuve nada que ver con el hecho de que no te siguiera cuando saliste del hotel. Por supuesto que lo frené a propósito. Piensa en lo mucho que habría cambiado, y me gustaría que todo fuera diferente.

Se levantó de la alfombra y se sentó en el sofá.

—A veces siento que te olvidas de quién soy y de lo que soy. Puedes cambiarme cuando estoy contigo, pero no cambiaré para todo el mundo.



Blanka Lipińska

Y si quiero algo, lo tengo. Te secuestraba un día u otro, era sólo cuestión de tiempo y de una forma u otra.

Después de lo que escuché, estaba enojada. Supongo que sabía que haría lo que quisiera, pero el hecho de que nada dependiera de mí me volvía loca.

—¿Realmente quieres hablar de un pasado sobre el que ambos no tenemos influencia?— Preguntó, inclinándose hacia mí y entrecerrando los ojos un poco.

—Tienes razón...— suspiré resignada. —¿Y Nápoles?— Dije, apretando mis párpados al pensar en las palabras que escuché. —En la televisión dijeron que estabas muerto.



Massimo se estiró, apoyándose en las almohadas del sofá. Me miró como si quisiera juzgar cuánta verdad podría soportar. Finalmente empezó a hablar.

—Cuando salí de la habitación del hotel, dejándote, bajé a la recepción. Quería darte tiempo para tomar una decisión. Al cruzar el pasillo, vi a Anna subir al coche de su hermanastro. Sabía que desde que don Emilio estaba aquí, algo tenía que pasar.

Lo interrumpí. —¿Qué quieres decir, Don?

—Emilio es el jefe de una familia napolitana que ha gobernado el oeste de Italia durante generaciones. Después de lo que dijo, cuando nos conoció y conociendo su carácter, sentí que estaba tramando algo. Tuve que dejarte porque sabía que él no pensaba que lo haría. Y si él iba a venir por ti, persiguiéndome, debo haber estropeado un poco su plan. Volví al barco y volé a Sicilia. Para mantener las apariencias, se me unió una de las mujeres al servicio de Titan, la que más se parecía a ti. Vestida con tus cosas, se fue a casa conmigo, y luego volamos a

Blanka Lipińska

Nápoles. La reunión con Emilio fue planeada muchas semanas antes, tenemos muchos negocios en común.

—Espera.— Interrumpi. —¿Estuviste con la hermana de otro Don? ¿De verdad?

Massimo se rió y tomó un sorbo de té.

—¿Por qué no? Además, parecía una idea perfecta en ese momento. Una posible fusión de dos enormes familias garantizaría la tranquilidad durante mucho tiempo y el monopolio en gran parte de Italia. Verás, Laura, no entiendes a la Mafia. Somos una empresa, una corporación, y como en cualquier negocio aquí, hay fusiones y adquisiciones. Excepto que es un poco más brutal que en una compañía normal. Estaba sólidamente preparado para el negocio del que iba a hacerme cargo. Me han enseñado a romper los lazos diplomáticos y sólo recurrir a la violencia como último recurso. Por eso mi familia es una de las más fuertes y ricas entre las mafias italianas del mundo.

—¿Del mundo?— Pregunté confundida.

—Sí, hago negocios en Rusia, el Reino Unido en los Estados Unidos, creo que sería más fácil decir dónde no hago negocios.— La alegría y el orgullo por lo que su familia ha logrado era casi tangible.

—Bien, y volviendo a lo que pasó en Nápoles...— Le insté.

—Anna sabía de mi encuentro con su hermano, me convenció para que fuera con él. No podía negarme sólo porque ya no éramos pareja, sería una calumnia para Emilio, y no podía permitírmelo. Fui a un lugar acordado, acompañado por Mario, mi consigliere, como siempre, y algunas personas que se quedaron en los coches. La conversación no salió como yo quería, además, sentí que había algo que no me estaba contando. Cuando decidimos que un acuerdo era imposible, dejamos el

Blanka Lipińska

cobertizo del Nek. Emilio me siguió y lanzó una serie de amenazas, gritando cómo traté a su hermana que la había insultado e hice que perdiera al bebé. Entonces se dijo una palabra que todos odiamos, porque cualquiera con un poco de razón sabe que esto no conduce a nada bueno: venganza, o venganza sangrienta.

—¿Qué?— Grité torcida, como si su historia me doliera. —Es sólo en las películas, ¿no es así?!

—Desafortunadamente, este no es el caso en absoluto. Si matas a un miembro de la familia o lo traicionas, toda la organización te persigue. Sabía que las traducciones y la conversación posterior no tenían sentido. Si no fuera por el lugar y la hora, probablemente hubiera sucedido de inmediato, pero él tampoco era estúpido, y quería hacerlo lo más rápido posible. Cuando íbamos de la reunión al aeropuerto, la carretera estaba bloqueada por dos Range Rover, de los que se bajó la gente de Emilio, y él también. Hubo un tiroteo, en el que murió, creo, por mi bala. Aparecieron los rifles y yo, junto con Mari, tuve que esconderme en un lugar seguro y esperar. Los coches que permanecieron en la escena estaban registrados a una de mis compañías. Es por eso que los periodistas, al tener sólo información breve de la policía, me mataron a mí, no a Emilio.

Respiré fuerte, mirándolo fijamente, y tuve la expresión de que estaba viendo una drástica película de gánsters. No sabía si yo y mi corazón enfermo encajaban en este mundo, pero estaba segura de una cosa: estaba locamente enamorada del hombre que estaba sentado frente a mí.

—Para que quede claro, Laura no hubo ningún embarazo, soy muy cuidadoso al respecto.

Cuando dijo esas palabras, me quedé helada. Olvidé por completo lo que Domenico me dijo el día que dejé Sicilia.



Blanka Lipińska

—¿Tienes un transmisor implantado bajo tu piel?— Pregunté con toda la calma que pude.

Massimo se movió en su asiento, y su cara cambió como si supiera a dónde iba.

—Si— dijo, mordiéndose los labios.

—¿Puedes mostrármelo?

Massimo se quitó la sudadera que llevaba puesta y se acercó a mí. Estiró su mano izquierda y me agarró la derecha, señalando un pequeño tubo bajo su piel. Lo tomé como si me estuviera quemando, luego toqué el mismo punto de mi cuerpo.



—Laura, antes de que te pongas histérica—, comenzó poniéndose la sudadera. —Esa noche, yo...

No lo dejé terminar.

—Voy a matarte, Massimo. En serio—, siseé entre dientes. —¿Cómo pudiste mentirme sobre un caso como este?— Lo estaba mirando, esperando que dijera algo sabio, y mis pensamientos volaban por mi cabeza, que tal si...

—Lo siento. En ese momento, pensé que la forma más fácil de detenerte era tener un hijo.

Sabía que era honesto, pero las mujeres suelen atrapar a los hombres ricos de esa manera, no al revés.

Me levanté, agarré mi bolso y fui a la puerta y Black saltó detrás de mí, pero hice un gesto con la mano para que se sentará y me fui. Tomé el ascensor hasta el garaje, tratando de calmarme, me subí al auto y fui al centro comercial cerca de mi casa. Encontré una farmacia, compré una prueba y volví. Cuando entré, Black estaba sentado exactamente en la



Blanka Lipińska

misma posición en la que lo dejé. Lo puse todo en el banco y hablé con voz fuerte:

—Intervienes en mi vida secuestrándome, pidiendo un año, chantajeando la muerte de mis seres queridos, pero eso no fue suficiente. Tenías que intentar joderlo todo hasta el final, decidiendo por ti mismo si seríamos o no padres. Así que, don Massimo, ahora le voy a decir cómo va a ser...— dije en todo elevado. —Si estoy embarazada, te irás de aquí y nunca seré tuya.

Con estas palabras, Black se puso de pie y sacó el aire en voz alta.

—No había terminado todavía—, dije, alejándome de la ventana.

—Verás al niño, pero no conmigo, y nunca tomará el poder después de ti y no vivirá en Sicilia, ¿está claro? Daré a luz y criaré al niño, aunque no me interese, porque estoy acostumbrada a tener una familia de al menos tres personas. Pero no permitiré que tus deseos destruyan la vida de una criatura que no se empuja a sí misma a este mundo. ¿Entiendes?

—¿Y si no lo estás?— Blake se acercó y se paró frente a mí.

—Entonces tendrás una larga penitencia,— dije, dándole la vuelta.

De camino al baño, hice una prueba en una encimera de cristal y cerré la puerta del baño detrás de mí sobre mis suaves piernas. Hice lo que la receta me dijo que hiciera y puse el indicador de plástico en el fregadero. Me senté en el suelo apoyada en la pared, aunque el tiempo que tardó el resultado en aparecer ya había pasado. Mi corazón latía tan fuerte que casi podía verlo a través de mi piel, y la sangre latía en mis sienes. Tenía miedo y quería vomitar.

—Laura.— Massimo llamó a la puerta. —¿Estás bien?

—Un momento.— Grité, me levanté y miré el lavabo. —Jesús, yo...— Susurré.

CAPÍTULO 14

Cuando me fui, Black estaba sentado en la cama con una cara que nunca había visto antes. Su rostro fue pintado con cuidado, miedo, ansiedad y sobre todo tensión. Cuando lo vi, se levantó de su asiento. Me paré frente a él y extendí mi mano con una prueba. Fue negativo. Lo tiré al suelo y me dirigí a la cocina. Saqué una botella de vino de la nevera, me serví un vaso de vino y lo vacié todo. Y me estaba apresurando. Giré la cabeza y miré a Massimo apoyado contra la pared.

—No vuelvas a hacer eso nunca más. Si decidimos ser padres, lo seremos, pero por consentimiento mutuo o por accidente y tontería de ambos. ¿Entiendes?

Se acercó y me abrazó la cara en el pelo.

—Lo siento, cariño.— Susurró. —En serio, lo siento, tendríamos un bonito bebé.

Se alejó con una risa, como si supiera que estaba a punto de darle un puñetazo. Agarrándome las manos y agitándolas, no dejaba de burlarse de mí.

—Si hubiera sido un chico con carácter después de ti, a los treinta años se habría convertido en un capo di tutti capi, y eso ni siquiera funcionó para mí.— Me paré frente a él y bajé las manos. —Estás sangrando otra vez—, dije, desabrochando su sudadera, que ya se había suavizado. —Vamos a ir al médico, y esta estúpida conversación ha terminado, nuestro hijo no estará en la Mafia.



Blanka Lipińska

Se pegó a mí con su cuerpo desnudo, sin prestar atención al hecho de que me ensuciaba. Me miró a los ojos con una sonrisa y me besó suavemente.

—Entonces— dijo, interrumpiendo los besos, —¿tendremos un hijo?

—Oh, vamos, es una situación tan difícil. Vístete, vamos a la clínica.

He tratado sus heridas de nuevo y me he ido al armario. Dejé caer mi ropa sucia roja. Me metí en unos brillantes pantalones vaqueros rotos, una camiseta blanca y las queridas zapatillas de Isabel Marant. Cuando terminé de vestirme, entró en la habitación y abrió uno de los cuatro enormes gabinetes.

Por curiosidad descubrí que estaba todo lleno de sus cosas.

—¿Cuándo lograste desempacar?

—Hubo mucho tiempo anoche, ¿y además que crees? lo hice yo mismo.

Nunca lo había visto usar eso. Parecía un joven normal, bien vestido. Llevaba unos vaqueros azul marino y una sudadera negra, y unos mocasines deportivos. Parecía loco. Metió la mano en la maleta que estaba dentro del armario y sacó la cajita.

—Te olvidaste de algo—, dijo, sujetando mi reloj, que me dio él hace algún tiempo cuando fuimos al aeropuerto.

—¿Eso también es un transmisor?— Pregunté con una risa.

—No, Laura, es un reloj. Un transmisor es suficiente y no volvamos a eso.— Terminó y me envió una mirada de advertencia.

—Vamos. Tus estigmas están a punto de abrirse de nuevo.— Me llevo las llaves de BMW.

Blanka Lipińska

—Has estado bebiendo, así que no vas a conducir—, dijo, guardándolas.

—Bien, pero puedes, a menos que no puedas conducir.

Massimo estaba de pie con una sonrisa inteligente y me miraba fijamente, levantando las cejas.

—Corrí en manifestaciones hace algún tiempo, así que confía en mí, conozco al operador de la caja de cambios. Pero no conduciremos tu coche porque no me gusta conducir autobuses.

—Bueno, llamaré un taxi.

Saqué el teléfono de mi bolso y marqué el número, y Black lo sacó lentamente de mi mano y presionó el receptor rojo. Subió al armario que estaba junto a la puerta y abrió el cajón más bajo. Sacó dos sobres de él.

—No miraste aquí, ¿verdad?— Preguntó irónicamente, abriendo el primero. —También tenemos otros medios de transporte parados en el garaje, que me convienen más. Vamos.

Bajamos al nivel menos uno, Massimo pulsó el botón del mando a distancia que tenía en la mano. Las luces del coche se empañaron en uno de los lugares. Pasamos un poco y vi el Ferrari negro de Italia. Me detuve y miré con incredulidad al plano y encantador coche deportivo.

—¿Cuál más es tuyo?— Pregunté, viéndolo entrar.

—El que tú elijas, nena, sube.

El interior del coche se parecía un poco a una nave espacial: botones y pomos de colores, volante aplastado en la parte inferior. No tiene sentido, pensé.

—¿Cómo puedes conducir esto sin leer el manual?

—¿Acaso ya no es posible?

Blank pulsó el botón de arranque y el coche rugió.

Lo hizo, pero la sonda pagana era demasiado para ver. Además, el estado de las carreteras polacas no es lo suficientemente satisfactorio para su suspensión. Levantó con divertidas cejas y pisó el acelerador.

Dejamos el garaje. Ya después de los primeros metros entendí que él sabía perfectamente lo que hacía, sentado al volante. Pasábamos por otro cruce, y nos dirigía a un hospital privado en *Wilanów*. Elegí este lugar porque había unos cuantos médicos que conocía ahí. Los conocí en una de las conferencias médicas que organicé y nos gustó. En general, les gustaba divertirse, comer y beber buenos licores caros, y valoraban mi discreción. Llamé a uno de ellos, que era cirujano, y le dije que necesitaba un favor.



Había unas jóvenes sentadas en la recepción del hospital, me acerqué a una de ellas, me presenté y les pedí que nos remitieran al Dr. Ome. Me ignoraron casi por completo, mirando al guapo italiano que me acompañaba. Era la primera vez que veía a las mujeres reaccionar así ante él. En su país, la tez nevada y los ojos negros no eran nada especial, pero aquí se le consideraba un producto importado, muy llamativo. Así que repetí la petición, y la joven avergonzada nos dio el piso y el número de la oficina.

—El doctor ya está esperando por ti— ella se estaba aniquilando, tratando de concentrarse.

Cuando íbamos en el ascensor, Massimo me tocó la oreja.

—Me gusta cuando hablas en polaco— susurró. —Me cabrea que no entienda nada. Pero eso es bueno, porque nuestro hijo hablará tres idiomas.



Blanka Lipińska

No tuve tiempo de hacer el ascenso porque la puerta del ascensor se abrió y salimos al pasillo.

El Dr. Ome era un hombre de mediana edad no muy apuesto, lo que claramente hizo que Black se sintiera complacido.

—Laura, hola.— Me extendió la mano para saludarme. —¿Como estas?

Lo saludé y le presenté a Massimo, advirtiéndole que hablaríamos en inglés.

—Este es mi...

—Mi prometido—. Black lo terminó por mí. —Massimo Torricelli, gracias por recibirnos.

—Paul Ome, un placer, y por favor, llamémonos por el nombre. ¿Que los trae por aquí?

Torricelli, decía en mi mente, porque después de estas semanas, no tenía ni idea de cómo se llamaba.

Blake se desnudó hasta la cintura y Paul dejó de hablar.

—Estaba en una cacería...— dijo, al ver su reacción. —Había un poco de chianti y ese es el resultado— dijo divertido.

—Te entiendo perfectamente, un día después de la fiesta decidimos tomar y literalmente nos paso un tren en movimiento.

Contando esta historia, el Dr. Ome le dio un anestésico y curó las heridas, escribió una receta con ungüento, un antibiótico y ordenó "no frotar".

Dejamos la clínica y nos subimos al coche.



Blanka Lipińska

—¿Almuerzo?— preguntó, tomando un mechón de pelo detrás de mi oreja. —No puedo acostumbrarme a este color. Me gusta y te queda muy bien, pero eres tan... —Pensó por un momento. —Nada.

—Me gusta por ahora. Además, es sólo pelo. Lo cambiaré en un rato. Vamos. Conozco un gran restaurante italiano.

Massimo sonríe y grabe la dirección en la navegación.

—La comida italiana se come en Italia. Y creo que es polaco, por lo que sé. Abróchate el cinturón.

Estábamos recorriendo a escondidas las calles, y me alegré de que el coche tuviera las ventanillas casi completamente negras, porque a su vista la gente se quedaba quieta e intentaba mirar dentro.



Este coche era exactamente como Massimo: complicado, peligroso, difícil de controlar y extremadamente sensual.

Nos detuvimos en el centro, junto a uno de los mejores restaurantes de la ciudad.

Cuando entramos, el gerente nos saludó. Black le dijo algo discretamente y el hombre después de mostrarnos la mesa desapareció. Después de un rato, un elegante anciano apareció en la sala con la cabeza rapada y calva. Llevaba un traje grafito con uno morado bajo la costura, se puede ver que estaba hecho a medida, una camisa oscura sin cremallera y unos zapatos impresionantes.

—¡Massimo, amigo mío!— Gritó y abrazó a Black, que apenas consiguió levantarse.

—Sin frotar, sin frotar—, repetí en voz baja.

—Qué bueno verte finalmente en mi país.



Blanka Lipińska

Los hombres intercambiaron cortesías, me recordaron mi existencia después de mucho tiempo.

—Karlo, te presento a Laura, mi prometida.

El hombre me besó la mano y añadió: —Encantado, me puedes llamar Karlo.

Me sorprendió un poco que Massimo conozca al dueño del restaurante en el centro de Varsovia, a pesar de que nunca ha estado aquí.

—Probablemente mi pregunta no le sorprenderá, pero ¿cómo se conocen?

Karlo miró a Massimo haciendo preguntas, y él respondió mirándome con un ojo helado.



—Del trabajo. Hacemos negocios juntos. La gente de Karlo te trajo del aeropuerto y te protegió aquí en mi ausencia.

—¿Ya has pedido algo de comer? Si no, déjame que elegirte— dijo el anfitrión, sentado a la mesa con nosotros.

Después de otra comida y una botella de vino, me sentí llena y cada vez más innecesaria, mientras sus conversaciones se reducían a los negocios. De lo que dijeron, deduje que Karlo era mitad polaco y mitad ruso. Él era un experto en gastronomía y tenía una poderosa empresa de logística para transportarme.

El sonido del teléfono de karlo los sacó de una conversación extremadamente aburrida. El restaurador se disculpó con nosotros y se fue por un momento. Massimo concentró sus ojos en mí y extendió su mano, agarrándome la mía.

—Sé que estás aburrida, pero esto, desafortunadamente, será parte de tu vida. Tendrás que asistir a algunas reuniones, y a otras no podrás



Blanka Lipińska

asistir. Necesito discutir algunas cosas con Karlo.— Bajo la voz y se inclinó ligeramente hacia mí. —Y luego nos iremos a casa para que pueda follarte en cada piso, en cada parte de tu cuerpo—, dijo con toda seriedad, entrecerrando un poco los ojos.

Esas palabras me hicieron sentir caliente. Me encantaba el sexo duro, y su amenaza era una promesa que valía la pena esperar.

Extendí mi mano de la suya y bebí un sorbo del vaso, apoyándome en la silla.

—Lo pensaré.

—Laura, no te estoy pidiendo permiso. Te estoy diciendo lo que voy a hacer.



Al ver su mirada, supe que no estaba bromeando, pero era uno de esos juegos que me encantaba jugar. Estaba sentado, tranquilo y calmado, y por dentro estaba hirviendo. Sabía que cuanto más enojado estuviera, mejor sería el sexo.

—Supongo que hoy no tengo ganas— dije y me encogí de hombros.

La vista de Black estaba tan enojada que sentí que me quemaba. No habló, sino que sonrió irónicamente, como si sin hacer ruido no me preguntara si estoy segura de ello.

La densa atmósfera se diluyó por la voz de Karlo, que se acercó a la mesa.

—Massimo, ¿recuerdas a Mónica?

—Por supuesto, como si pudiera olvidar a su encantadora esposa.

Black se acercó a la mujer y la besó dos veces y luego me señaló con la mano.




Blanka Lipińska

—Mónica, te presento a Laura, mi prometida—. Me extendió la mano y la sostuvo con fuerza.

—Hola, es agradable ver finalmente a la mujer de Massimo en casa, no en la de Mario. Sé que es su consejero, o como prefieren el consigliere, pero no puedo decirle que tiene zapatos bonitos.

A pesar de que había una gran diferencia de edad entre nosotros después de estas palabras, sabía que nos llevaríamos bien. Mónica era una morena alta con rasgos delicados. Era difícil saber cuántos años tenía, porque era imposible ocultar que tenía genes alienígenas o que tenía un excelente médico.



—Un placer. Soy Laura. Me has quitado las palabras de la boca sobre los zapatos, una colección demasiado vieja de *Givenchy*, creo.— Dije, señalando sus botas.

Mónica sonrió comunicativamente.

—Veo que tenemos algo en común. No sé qué tan interesada estás en hablar, pero te sugiero que hagas un viaje al bar conmigo. Proporcionó el poder de atracción en forma de porcentajes.

Se rió, mostrando una serie de blancos y hermosos dientes, y señaló un lugar al otro lado de la habitación.

—Llevo una hora esperando el rescate, gracias— dije, levantándome.

Massimo no entendió ni una palabra de lo que dijimos, porque el idioma polaco, gracias a Dios, le era todavía extraño. Me miró cuando aparté la silla.

—¿Vas a algún sitio?



Blanka Lipińska

—Sí, hablar con Mónica sobre algo más importante para ella que ganar dinero, por ejemplo, sobre zapatos—, le dije, mostrándole juguetonamente.

—Así que diviértete, porque estamos a punto de terminar. Como recuerdas, tenemos algunas cosas que hacer más tarde.

Me quedé allí, mirándolo con sorpresa.

—¿Cosas?— De repente sus ojos se volvieron completamente negros, como si sus pupilas inundaran su iris.

Oh, estas cosas, pensé. —Como dije, don Massimo, lo pensaré.

Cuando quise dejar la mesa, me agarró de la muñeca y me levantó vigorosamente, me atrajo y me apoyó contra la pared y me besó profunda y firmemente. Se comportó como si no hubiera gente alrededor, o al menos como si su presencia no le molestara.

—Piensa más rápido, bebé— dijo, alejando su boca de mí, e inmediatamente después todo el cuerpo.

Todavía estaba de pie contra la pared por un rato y lo estaba evaluando con los ojos. Cuando la gente estaba con nosotros, se convertía en una persona completamente diferente, como si se pusiera una máscara para ellos y se deshiciera de ella conmigo.

Black se sentó en una silla y volvió a hablar con Karlo, y yo seguí a Mónica al bar.

El restaurante, a pesar de que sólo servía comida polaca, no era una choza ominosa con elementos populares. Situada en el interior de una antigua casa de vecindad, ocupaba casi toda la planta baja. Los techos altos y las anchas columnas que sostienen el techo le dieron a la habitación un ambiente específico previo a la guerra. En el centro había



Blanka Lipińska

un piano negro, en el que un hombre viejo y muy elegante tocaba todo el tiempo. Aquí todo, excepto los instrumentos, era blanco: manteles, paredes, bar, formando un todo coherente.

—Long Island— dijo Monika mientras estaba sentada en el taburete del bar. —¿Quieres lo mismo?

—Oh no, Long Island es malo, especialmente desde que anoche fue duro. Una copa de prosecco, por favor.

Durante mucho tiempo, nuestro tema principal fueron sus botas locas y mis zapatillas. Me habló de la Semana de la Moda de Nueva York de este año, del apoyo que da a los jóvenes diseñadores polacos y de lo difícil que es vestirse en este país. Pero puedes ver que esa no es la razón por la que me alejaron de Black.



—Así que realmente existes—, dijo, cambiando de tema repentinamente y mirándome con incredulidad.

Durante un tiempo me pregunté qué quería decir hasta que recordé mis retratos en la finca de Black.

—Incluso a mí me cuesta creerlo, pero así parece, excepto que hace unos días que tengo el pelo claro.

—¿Cuándo te encontró? ¿Y dónde en primer lugar?.

—Tú y Karlo se mueren de curiosidad. Bueno, tal vez él un poco menos, pero me está haciendo explotar.

Me llevó un tiempo contar brevemente toda nuestra historia, evitando detalles innecesarios. No sabía cuánto podía pagar en relación con la mujer que acababa de conocer. Aunque tenía la impresión de que la conocía desde hace años, decidí ser cuidadosa con mis pensamientos.



Blanka Lipińska

—Tienes una difícil tarea por delante, Laura. Ser mujer de un hombre así es un gran desafío—, me advirtió, mirando el cristal que se giraba en mis manos. —Sé lo que hacen tu hombre y mi hombre, así que recuerda: cuanto menos sepas, mejor dormirás.

—Me di cuenta de que las preguntas no eran correctas— susurré.

—No preguntes, te lo dirá él mismo, y si no lo dice, significa que no te concierne. Y lo que es muy importante: nunca cuestiones su decisión en materia de seguridad.— Me dio la espalda y me clavó los ojos.

—Recuerda, todo lo que hace es para protegerte. Yo...no escuché— dijo, levantando las mangas de una camisa blanca. —Y el resultado, fui secuestrada.

Miré sus muñecas con dos cicatrices apenas visibles.

—Había un cable aquí. Karlo me encontró en menos de 24 horas y no quise volver a discutir con él sobre la protección o el cuidado. Massimo será aún peor, porque te busca desde hace muchos años y cree firmemente en el sentido de su visión. Te tratará como el tesoro más precioso que cree que todo el mundo quiere poseer. Así que ten paciencia, creo que se lo merece.

Me senté y traté de digerir lo que acababa de decir. Más allá de la burbuja de la vida con Massimo, yo estaba recibiendo impulsos cada vez más fuertes para darme cuenta de que esto no es un sueño, y ciertamente no es un cuento de hadas. La voz de Black me sacó de la multitud de pensamientos.

—Queridas señoras, es hora de que nos ocupemos de los asuntos urgentes. Mónika, fue un placer volver a verte y espero que nos visites pronto con Karlo en Sicilia.

A faint, artistic background image of a couple in a car, with a man and a woman embracing. The image is rendered in a soft, painterly style with a purple and blue color palette.

Blanka Lipińska

Nos despedimos y nos dirigimos a la salida. Antes de irme, Monika me cogió la mano y me susurró: —Recuerda lo que te dije.

Su tono serio me asustaba. ¿Por qué alguien me secuestraría? Sí, ¿y por qué alguien la secuestraría a ella?

—Cariño, sube— dijo Massimo, abriéndome la puerta del coche.

Sacudí la cabeza, ahuyentando los pensamientos estúpidos, e hice lo que me pidió.

—¿Conducirás? ¿Estabas bebiendo!

Blank se giró en el asiento y me acarició la mejilla con su pulgar.

—He estado bebiendo un vaso toda la tarde. Abróchate el cinturón, tengo un poco de prisa por llegar a casa—, dijo, abrochándose el suyo.

El ferrari negro corría por Varsovia, y me preguntaba qué estaba planeando. Varios escenarios pasaron por mi cabeza, lo que sólo intensificó mi curiosidad y emoción. Entramos en el garaje sin cambiar una palabra en el camino. Me sentí exactamente como cuando estaba de compras conmigo en Taormina. La diferencia, sin embargo, era que ahora sabía perfectamente que él no me ignora, sino que sólo está concentrado. Cuando salimos del coche, un hombre de seguridad se acercó a nosotros.

—Srta. Laura, los paquetes le fueron entregados a usted. Están en la recepción y en el edificio del nivel cero.

Sorprendida mire a Blank que me miraba con los ojos de su esposa ligeramente entrecerrados.

—No fue de mi parte— dijo, levantando las manos en un gesto de defensa —todas tus cosas de Sicilia fueron entregadas aquí contigo.



Blanka Lipińska

Tomamos el ascensor hasta la sala y un mar de tulipanes blancos apareció ante nuestros ojos.

—Laura Biel—, dije, acercándome a la recepcionista.

—Supuestamente es un paquete para mí.

—Así es, todas las flores que ves son para ti. ¿Puedo ayudarte a transportarlas arriba?

Miré por el pasillo con la boca abierta. Había cientos de tulipanes. Me acerqué a uno de los ramos y tomé una nota pegada entre las flores.

"¿Sabe qué tipo de flores te gustan?", había una inscripción en un pequeño papel. Me acerqué al siguiente y abrí el cartón:

"¿Sabe cuánto té endulzas?"

Agarré otro: "¿Conoce tus pasiones?" Me aterrorizaba abrir otra hoja, tenerla y meterla en el bolsillo de mis vaqueros.

Black estaba allí con las manos entrelazadas en su pecho y observó lo que yo estaba haciendo hasta que saqué todas las cajas.

—¿Sabes qué?— Me dirigí a la recepcionista. —Envíalo o títalo, a menos que tengas una novia, ella va a ser feliz— dije y presioné el botón del ascensor.

Massimo se paró junto a mí y sin decir una palabra se metió en él. Me acerqué a la puerta y arranqué el sobre. Entré y me senté en el sofá, girando el papel blanco en mis dedos. En ese momento levanté los ojos y miré a Massimo de pie en la puerta. Sus ojos ardían de odio y sus mandíbulas se apretaban rítmicamente. Asustada por su mirada, me acerqué a él.

—Me insultó— estaba apretando sus dientes, cuando yo estaba de pie contra él.

—Vamos, sólo son flores.

—Sólo flores, sí. ¿Qué hay en el sobre?

—No lo sé, y honestamente, ¡me importa una mierda!— Grité molesta y me empujé hacia la chimenea. Tomé el control remoto y encendí una llama que nos sacó del problema en segundos. —¿Mejor, don Massimo?— Lo estaba mirando, pero no reaccionó. —Joder, Massimo, ¿nunca has luchado por una mujer? Tiene derecho a intentarlo, si le apetece, y yo tengo derecho a decidir.— Bajé un poco el tono y tomé su cara de enfado en mis manos. —He tomado mi decisión. Estoy aquí contigo. Así que aunque la orquesta toque mi serenata a fuera de la ventana y la cante, nada cambiará. Para mí, está muerto, igual que el hombre que murió por tu mano en la entrada.



Massimo se quedó allí, clavándome sus ojos. Sabía que lo que estaba diciendo no le llegó. Sacudió la cabeza a un lado y se liberó de mis manos, luego se dirigió furioso hacia el dormitorio. Le oí sacar algo de su armario. Pasó junto a mí, recargando el arma.

—Lo mataré...— Siseó y sacó el teléfono de su bolsillo.

Asustada por su firmeza, me quedé allí de pie, mirándolo. No tenía idea de qué hacer para detenerlo.



Blanka Lipińska

CAPÍTULO 15

Le quité el teléfono de la mano y lo puse en el armario junto a la puerta. Giré la llave en la cerradura y la escondí ostentosamente en mis bragas sin apartar la vista de la cara del Black. Enojado, me agarró por el cuello y me presionó contra la pared. Sus ojos ardían con el calor de la lujuria y el odio. A pesar de la fuerza que usó contra mí, no le tuve miedo porque sabía que no me haría daño, o al menos esperaba que no lo hiciera. Me quedé de pie tranquilamente con las manos bajas y me mordí el labio inferior, todavía mirándolo provocativamente a los ojos.

—Dame la llave, Laura.

—Cógela si quieres, he dicho que me desabroches los pantalones.

Massimo metió brutalmente su mano en mis pantalones sin arrancarme la otra del cuello. La furia fue reemplazada por el deseo cuando gemí, sintiendo sus dedos sobre mí.

—Creo que está más profundo,— dije, cerrando los ojos.

No podía ignorar esa invitación.

—Si quieres jugar así, debes saber que no seré gentil,— advirtió, acariciando mi clítoris. —Todo el enojo se centrará en ti y temo que no te guste la forma en que te trate, así que déjame salir.

Abrí los ojos y lo miré.

—No, folleme, don Massimo... Por favor.

Massimo aumentó su agarre en mi cuello y se pegó a mí, atravesándome con una mirada helada.



Blanka Lipińska

—Te trataré como a un trapo, ¿entiendes eso, Laura? Y aunque cambies de opinión, no retrocederé.

Estaba emocionada por lo que decía, y me excitaba el miedo y la conciencia de que la vida de un hombre dependía de lo buena que soy. La compulsión interna que sentí, me hizo sentir cada vez más a gusto. Y el pensar en lo brutal y despiadado que podía ser para mí me quitaba el aliento.

—Hazlo,— dije, mientras apretaba sus labios contra los míos.

Black se separó de mí, me arrastró por el salón y me presionó en el sofá. Lo hizo tan fácilmente como si yo fuera una muñeca de trapo. Pulsó el botón del mando a distancia y unas enormes persianas cubrieron todas las ventanas. Se acercó a la puerta y apagó la luz, y todo el apartamento, aunque era temprano en la noche, estaba oscuro. No sabía dónde estaba, porque mis ojos se acostumbraron a la oscuridad muy lentamente. De repente sentí que me agarraba por el cuello y me metía el pulgar en la boca, estirándolo.

—Chúpa,— dijo, reemplazándolo con su polla hinchada. —Si quieres cumplir un castigo para tu novio, entonces por favor.

Me agarró por la cabeza y comenzó a frotar mis labios con fuerza con su masculinidad, sin dejarme respirar. Lo hizo más duro y más rápido hasta que empecé a ahogarme. Me separe lentamente, dejándome coger aire, metiéndolo de nuevo; él lo hizo más lentamente, pero lo metió mucho más profundo.

—Abre más la boca, quiero meterlo todo,— dijo, apoyando la cabeza en el reposacabezas del sofá y arrodillándose en él delante de mí.

Lo agarré por las nalgas desnudas y lo empujé hacia mí. Sentí su pene apoyándose en mi garganta, moviéndose hacia abajo en ella. Gemí



Blanka Lipińska

encantada, sintiendo su sabor en mi boca. No podía contenerme para no tocarlo más. Lo alejé suavemente y agarré sus pesados testículos con mi mano. Jugué con ellos, metiéndome el pene en la boca. Massimo se apoyó con ambas manos en el reposacabezas detrás de mí y respiró fuerte. Sabía que no estaba satisfecho anoche y si lo intento, no me llevará mucho tiempo llevarlo al orgasmo. Le estaba chupando más y más rápido. El hombre oscuro me agarró por el pelo y me puso la cabeza en la almohada, arrancándola.

—No creerás que te voy a dejar ir tan fácilmente, ¿verdad? Sólo acuéstate y no te muevas.

No le escuché, y levanté la cabeza de la almohada, tratando de poner mi boca sobre él otra vez. Un enfadado Massimo me agarró por el cuello y me empujó al rincón. Después de un rato, me dio vuelta sobre mi estómago y, sosteniéndome por el cuello esta vez, juntó mis pantalones con mis calzones.

—¿Quieres ver cuánto puedes aguantar, Laura? Estoy a punto de averiguar cuánto te gusta el dolor.

Esas palabras me asustaron, empecé a querer salir, pero él era mucho más fuerte que yo. Me tomó del cuerpo por la cintura y me levantó, así que me apoyé en mis rodillas, con el vientre apoyado en las almohadas. Cuando estiré mis nalgas, sentí que su mano las golpeaba con fuerza. Un gemido salió de mi garganta, pero Black no se detuvo. Sosteniendo mi pelo con una mano, presionó mi cara firmemente contra la almohada, domando los gritos, y volvió a golpear. Suavemente y despacio deslizó su dedo medio en mi coño, ronroneando con satisfacción.

—Veo que te gusta lo que estoy haciendo— dijo, lamiéndolo. —Me encanta tu olor, Laura, es bueno que no hayas podido ducharte— dijo, presionándolo de nuevo.

Blanka Lipińska

Traté de levantarme del sofá, pero me aplastó con un codo de su mano, que me apretaba el pelo. Estaba avergonzada y apenada, no quería que continuara.

—Massimo, déjame ir ahora mismo, ¿me oyes?— Cuando no reaccionó, volví a gritar.

—¡Joder, don Massimo!

Sólo empeoró las cosas. Su puto dedo corazón fue unido por un pulgar que se deslizó lentamente en mi entrada trasera.

—Tu culo está tan apretado que no puedo esperar a verlo. Susurró, girando mi cabeza a un lado.



Cuando sus dedos empezaron a enojarse conmigo, me fui volando. No tenía ganas ni fuerzas para masturbarme con él, sobre todo porque era maravilloso. Black sintió que dejé de resistirme y me soltó el pelo. Movié la almohada en la que estaba acostada para que estuviera justo detrás de mí. Sentí su abdomen apoyado en mi espalda y mis muslos rozando su polla. Sin dejar de mover su mano, me mordió y me besó el cuello.

—Entraré en ti en un minuto, Laura. Relájate.

No podía esperar a verlo, así que abrí las piernas obedientemente. Estaba tan emocionada, que si no lo hubiera hecho él mismo, lo habría hecho yo.

Massimo me agarró otra vez por el pelo, como si esperara que yo intentara escapar en un momento.

—No creo que me hayas entendido, nena,— dijo y se deslizó lentamente en mi trasero.

Me puse rígida y dejé de respirar, y él empujó un poco más fuerte.



Blanka Lipińska

—Relájate, cariño, no quiero hacerte daño.

A pesar de toda la brutalidad de esta situación, se podía escuchar el cuidado en su voz y trataba de ser lo más gentil posible. Confié en él, sabía que quería darme placer, no dolor. De nuevo empecé a respirar y sus dedos se dirigieron a mi clítoris, masajeándolo suavemente.

—Muy bien, nena, y ahora muévete con fuerza para mí— susurró, y sentí que ya estaba dentro.

Me lo sacó y lo metió lentamente, sin interrumpir el movimiento de sus dedos, cuya presión me volvió loca. Después de un rato aceleró y puso sus dedos libres en mi coño. Estaba presente en todos los lugares de mi cuerpo. Agitaba la mano debajo de ella y gritaba fuerte. Cuando sentí que estaba al límite, me estaba haciendo pis:

—¡Más fuerte!

Black siguió mi orden, Follandome con tal fuerza que los orgasmos entraban uno tras otro. Apreté los dientes, incapaz de controlar la ola de placer, y el sonido de sus caderas golpeando mis nalgas era como un aplauso. Sentí que explotaba en algún momento y que sus movimientos se ralentizaban. Todo el cuerpo de Black comenzó a temblar, y emitió un poderoso gemido que parecía el rugido de un animal furioso. Cayó sobre mi espalda y no se movió durante un tiempo. Podía sentir su corazón galopando, y estaba tratando de calmar su aliento loco.

Se bajo de mí y cayó al suelo, respirando fuerte. Con las piernas blandas fui al baño a tomar una ducha.

Cuando volví, Massimo no estaba en ninguna parte. Asustada, me acerqué a la puerta y agarré la manija, estaba cerrada. Encendí la luz y vi que la llave estaba junto a mis bragas en el suelo, y don Massimo envuelto en una toalla bajando las escaleras.



Blanka Lipińska

—No quería molestarte, así que usé el baño de arriba,— dijo, desenvolviendo la toalla de sus caderas y tirándola en las escaleras.

Esta vista hizo que mis rodillas se ablandaran de nuevo. Sus esbeltas y largas piernas se convirtieron en unas bonitas y entrenadas nalgas. Bajó lentamente hacia mí, sin apartar la vista de mí. La jaula herida no perdió nada de su atractivo, e incluso ganó uno nuevo. Era perfecto y muy consciente de lo que parecía. Se acercó y me besó en la frente.

—¿Todo bien, cariño?

Asentí con la cabeza y le cogí la mano, dirigiéndome al dormitorio.

—Todavía quiero,— dije, acostandome en la cama.

Massimo se rió y me cubrió con una colcha.

—Eres insaciable. Me gusta. Pero la verdad es que olvidamos ir a la estación a buscar los condones.— Se encogió de hombros. —Así que no voy a follarte una vez más y no voy a interrumpir. Además aún no es el mometo de concebir un bebé.

Lo miré divertido, tumbada delante de él.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer?— Yo pregunté.

—¿Y qué hace la gente en Polonia los domingos por la noche?

—Se van a la cama porque se levantan a trabajar por la mañana— dije con una sonrisa.

Massimo me abrazó y cogió el mando a distancia del televisor.

—Así que hoy seremos como ellos y nos tumbaremos, mañana es un día duro.

Me levanté y lo miré con ansiedad.

—¿Qué tan difícil será?

—Tengo algunas cosas que hacer con Karl y me gustaría que me acompañaras. Tenemos que ir a Szczecin. Iríamos, pero sé lo mucho que no te gusta, así que nos reuniremos con él allí. Bueno, a menos que quieras quedarte, pero ten cuidado de que la seguridad no te dé un paso.

Recordé lo que Mónica me dijo.

—¿La gente de Karlos me protegerá?

—No, señora, compré un apartamento al otro lado de la calle, para que estén lo más cerca posible, sin molestarla. Hay cámaras en todas las habitaciones, así que sé lo que está pasando aquí, y pueden vigilarte.

—¿Perdón? Don Massimo, ¿no está exagerando?

Black me miro con diversión, se revolcó en la cama hacia mí y, de costado, me entrelazo la pierna.

—Don Massimo, tal vez don Torricelli, si quieres sonar oficial. ¿Y cómo se siente tu pequeño agujero?— Preguntó, acariciándome entre las nalgas. —Laura, para que quede claro, todavía tengo ganas de matarlo y lo haré si se burla de mí otra vez.

Pensé, mirándolo fijamente.

—¿Es tan fácil matar a un hombre?

—Nunca es tan simple, pero si hay una razón para ello, es mucho más fácil.

—Así que déjame hablar con él.

Black respiró hondo y se giró sobre su espalda.



Blanka Lipińska

—Massimo, te quiero, así que...— Rompí la charla cuando entendí lo que acababa de decir.

Se levantó y se sentó al otro lado de la cama mirándome. Me senté para estar a la altura de él, cerré los ojos y bajé la cabeza. No estaba lista para esta confesión, aunque fuera verdad.

Me levantó la barba con el dedo y después de un importante y tranquilo tono dijo: —Repítalo.

Durante una docena de segundos más o menos, estaba nerviosamente recuperando el aliento y las palabras se me atascaban en la garganta.

—Te quiero, Massimo— le dije todo de un tirón. —Me di cuenta de ello en el momento en que me dejaste en el Lido, y luego, cuando pensé que estabas muerto, estaba absolutamente segura de ello. Repelí ese sentimiento porque tú eras mi secuestrador y me encarcelaste, recurriendo al chantaje, pero cuando me dejaste ir, todavía quería estar contigo.

Cuando terminé de hablar de ello, me salieron lágrimas de los ojos. Me sentí aliviada. Quería que él lo supiera.

Black se levantó sin decir una palabra y desapareció en su armario. Oh, hermoso, pensé, él sólo empacará y se irá. Me senté en el borde de la cama y me cubrí con una toalla que estaba en el suelo. Cuando volvió, llevaba pantalones de chándal y apretaba algo en el puño.

—No se suponía que se viera así,— dijo, arrodillándose frente a mí. —Laura, me gustaría que te casaras conmigo. Laura.— Y abrió la caja negra que tenía en la mano.

La piedra más grande que he visto en mi vida se me apareció frente a los ojos. Lo mire fijamente, tratando de tomar aire. Sentí la presión en mi cuerpo creciendo y mi corazón acelerándose, me senti enferma. Black se

Blanka Lipińska

dio cuenta de lo que estaba pasando y metió la mano en la mesita de noche para coger una pastilla que me puso bajo la lengua.

—No te dejaré morir hasta que estés de acuerdo— susurró con una sonrisa, poniéndome un anillo en el dedo.

Sentí la tensión que salía de mi cuerpo y estaba mejor con cada minuto. Massimo no se rindió. Arrodillado ante mí, estaba esperando una decisión.

—Pero yo...— Empecé, sin tener ni idea de lo que quería decir. —Es demasiado rápido. Es demasiado rápido. No nos conocemos y generalmente empezamos así...— Estaba balbuceando.



—Te amo, nena, siempre te protegeré y nunca dejaré que nadie te aleje de mí. Haré lo que sea para mantenerte a salvo y tener lo que quieres. Si no estoy contigo, Laura, no estaré con nadie.

Creí todo lo que dijo, sentí que cada palabra era verdadera, y que la honestidad romántica le costaba mucho. En realidad, no tenía nada que perder. Toda mi vida, hice lo que otros esperaban, o como era más correcto. No me arriesgué porque tenía miedo de lo que los cambios traen consigo y de si iba a decepcionar a alguien. Además, es un largo camino desde el compromiso hasta el matrimonio.

—Sí,— dije arrodillándome a su lado. —Me casaré contigo, Massimo.

Black inclinó su cabeza y suspiro.

—Dios, que es lo mejor que puedo hacer— casi susurré, apoyándome en la cama. —Nos complicamos mucho la vida, ¿lo sabes?

Estaba en silencio, y su cabeza ni siquiera estaba doblada.

—Escúchame ahora, Massimo, quiero terminar lo que empecé. Martin y su vida no me importan en absoluto, pero no quiero que cometas un



Blanka Lipińska

error por mi culpa. Me tienes a mí. Soy la única que puede hacerle entender. La relación se basa en la honestidad y la confianza, así que si confía en mí, déjame hablar con él.

Black levantó los ojos y me miró impasible.

—Incluso en un momento como éste, el maldito bastardo está aquí. Y esa es la única razón por la que voy a dejar que esta reunión ocurra, para deshacerme de él de una vez por todas, y si no funciona, entonces lo haremos a mi manera.

Sabía que hablaba en serio, y tengo una oportunidad de salvar la vida de mi ex-novio o quitársela.



—Gracias, cariño.— Dije besándolo tiernamente. —Ahora ven conmigo, porque como mi prometido tienes más responsabilidades.

Ya no hicimos el amor esa noche, pero no lo necesitábamos.

La cercanía y el amor mutuos fueron suficientes para nosotros

CAPÍTULO 16

No me gustaba levantarme temprano, pero sabía que no tenía opción, porque Black no me dejaba quedarme. Me levanté de la cama, fui al baño y en menos de veinte minutos estaba lista. Massimo estaba sentado en el salón con el ordenador en el regazo y el teléfono en la mano, estaba serio y concentrado. De nuevo, llevaba la ropa a la que yo estaba acostumbrada: una camisa negra y pantalones de tela oscura, se veía elegante y chic. Lo observé desde detrás de la pared, jugando con un enorme anillo en mi dedo. Será mi marido, pensé, y pasaré el resto de mi vida con él. Una cosa de la que puedo estar segura, no será una vida aburrida y ordinaria, sino una película de gánsters combinada con porno. Después de un rato de observación, fui a mi armario, escogí cosas que hicieran juego con el traje negro y empecé a hacer una pequeña maleta. Cuando entré en el salón, Massimo levantó la vista en silencio y me miró. Los pantalones de grafito en alto extendieron ópticamente mi silueta. Lo mismo ocurría con los extraordinariamente altos alfileres escondidos bajo las patas sueltas, que los cubrían completamente. Elegí para ellos un suéter de cachemira en un tono de gris un poco más claro. Era elegante y perfectamente adecuada para mi prometido.

—Señora Torricelli, usted se ve muy atractiva,— dijo, dejando el ordenador y acercándose a mí. —Espero que estos pantalones sean fáciles de quitar y no para mí, porque si no, te volverás un poco menos chic.

Lo miraba divertido.

—En primer lugar, don Massimo, su delicioso ferrari no es apto para jugar, porque incluso con un paseo normal, es incómodo. Y en segundo



Blanka Lipińska

lugar, me distraería un poco la presencia de nuestra protección, así que olvídale.

—¿Y quién dijo que estaremos conduciendo un Ferrari?

Massimo levantó las cejas y sacó otra llave del cajón.

—Por favor,— dijo, abriendo la puerta delante de mí y señalando el camino con la mano.

De camino al garaje ya nos acompañaban cuatro hombres, por lo que el ascensor se llenó bastante. Cuando pensé en cómo nos veíamos, me reí, cinco tipos, la gran mayoría de los cuales pesaban más de cien kilos, y una rubia diminuta. Black les habló en italiano, parecía que les estaba dando direcciones.



Cuando la puerta se abrió a la una menos uno, todos los guardias de seguridad se agruparon en dos filas en la entrada de un BMW, y nos adentramos en el garaje. Don Massimo pulsó el botón del mando a distancia y me pregunté qué coche me estaba esperando esta vez. El *Panamera Porsche*, por supuesto negro con ventanas negras, me sentí aliviada porque la perspectiva de tener sexo en un Ferrari era aterradora incluso para una persona tan atlética como yo. Massimo se acercó a la puerta del pasajero y me la abrió. Cuando entré, me apoyó contra un vidrio oscuro y exhaló directamente a mi boca:

—Cada cien millas, te follaré en el asiento de atrás, espero que el coche te quede bien.

Me excitaba cuando estaba a cargo, me gustaba el hecho de que a menudo no me pedía mi opinión, sólo me informaba, pero me gustaba burlarme de él. Me resbalé en el asiento y dije:

—Son casi seiscientas millas ahí fuera, ¿crees que puedes hacerlo?



Blanka Lipińska

Se rió y antes de cerrar la puerta me lanzó una advertencia:

—No me provoques, o lo haré cada cincuenta.

El camino a *Szczecin* nos paso por la conversación, la tontería y el sexo casual en los aparcamientos del bosque. Nos comportamos como dos adolescentes que le quitaron el coche a sus padres, compraron el paquete más grande de condones y decidieron tener una aventura. Cada vez que bajábamos al aparcamiento, nuestros guardias de seguridad desaparecían discretamente, dándonos un poco de privacidad y libertad.

Pasé unos días en el spa y Massimo en el trabajo. A pesar de la multitud de reuniones, comíamos juntos cada comida, y cada noche me dormía a su lado para despertarme en sus brazos por la mañana.



Cuando regresamos a Varsovia el miércoles, mi madre llamó. —Hola, cariño, ¿cómo estás?

—Oh, maravillosa, mamá, tengo mucho trabajo que hacer, pero en general todo está bien.

—Bueno, genial, espero que recuerdes la boda de tu primo, que es el sábado.

—Oh, joder...— gruñí directamente al teléfono.

—Laura Biel, ¡cómo dices!— ...me reprendió con un tono elevado.

La palabra "*joder*" era una de las pocas palabras polacas que Massimo conocía, así que cuando la escuchó, supo que yo no estaba particularmente feliz.

—Como concluyo a partir de esta concisa declaración, lo has olvidado, así que te recuerdo que la boda es a las dieciséis, pero intenta llegar temprano.



Blanka Lipińska

—Mami, eso fue muy feliz. Claro que lo recuerdo. Confirma a dos personas.

Hubo un silencio elocuente en el teléfono, y subconscientemente sentí lo que estaba a punto de escuchar.

—¿Qué quieres decir con dos? ¿Y a quién vas a llevar?

Háblame, hada, pensé y me mordí la lengua.

—Mamá, conocí a alguien en Sicilia, trabaja conmigo y me gustaría llevarlo, y porque es una suerte que esté en Varsovia por unos días. ¿Esta información es suficiente para tí o debo enviar su certificado por correo electrónico?



—Así que te veré el sábado...— dijo sonando ofendida y colgó. Estaba sentada, mirando los árboles que pasaban por la ventana. ¿Cómo se supone que le diré a Black que va conocer a mis padres? Lo miré y me pregunté cuál sería su reacción.

Sintió que lo estaba mirando, también sintió que algo no estaba bien, por eso estacionó su auto en la primera salida de la autopista y giró en su asiento y se volvió hacia mí.

—Estoy escuchando— dijo en un tono tranquilo, frunciendo el ceño.

Dos BMW negros se pararon detrás de nosotros, y una de las personas se bajó y se dirigió hacia nuestro coche. Massimo abrió la ventana, agitó la mano y dijo dos frases en italiano. El hombre se dio la vuelta, se paró junto al auto y encendió un cigarrillo.

—El sábado tenemos que ir a casa de mis padres, me olvidé por completo de que mi primo se va a casar— le expliqué, retorciéndome y cubriéndome la cara con las manos.

Black estaba sentado mirándome, sin ocultar la diversión.



Blanka Lipińska

—¿Y eso es todo? Pensé que algo había pasado. Pero creo que tengo que empezar a aprender polaco, porque al entender sólo maldiciones, no percibo la situación correctamente.

—Será un desastre. No conoces a mi madre. Te estará molestando. Y además, tendré que participar con ella, haciendo de traductora, porque la única lengua extranjera que conoce es el ruso.

—Laura— dijo en voz baja, quitando sus manos de mi cara. —Te dije que mis padres apostaron por mi educación. Sé ruso, alemán y francés, así que no será tan malo.

Lo miré con incredulidad y me sentí estúpida porque sólo hablaba un idioma extranjero.

—Eso no me calma en absoluto.

Black se rió y siguió adelante.

Cuando llegamos, ya estaba oscuro. Massimo aparcó en el garaje y sacó mi maleta del maletero.

—Sube las escaleras, tengo que hablar con Paolo— dijo y se dirigió hacia los coches aparcados en el otro lado.

Tomé mi maleta y me dirigí hacia el ascensor, presioné el botón y después de un rato me di cuenta de que no funcionaba. Abrí la puerta y subí las escaleras. Cuando llegué al nivel cero, cientos de rosas blancas aparecieron ante mis ojos. Oh, Dios, pensé.

—¡Señora Laura!— la recepcionista me gritó. —Me alegro de verla, porque las flores le llegaron de nuevo.

Miré alrededor con pánico.



Blanka Lipińska

—El ascensor no funciona. Tendrá que pasar por aquí.— Estaba balbuceando.

—Lo siento, pero no entiendo— dijo la recepcionista.

—Había demasiadas flores para esconderlas y no había tiempo suficiente para tratar de sacarlas.— Arranqué la tarjeta del ramo que estaba junto a mí. *"No voy a renunciar"*.

—¡Maldita sea!— Grité, aplastando la tarjeta.

Y entonces la puerta se abrió y Massimo entró en el salón. Miró al mar de flores que tenía delante y apretó las manos en su puño. Antes de que pudiera decir una palabra, lo vi desaparecer y escuché que la puerta se cerraba de golpe. Me quedé aturdida, mirando la pared, y los guiones de lo que sucedería ahora volaban por mi cabeza. El sonido de un Porsche me sacó de mi torpeza, que se convirtió en un chirrido en la calle. Corrí hacia las escaleras y, a través de ellas, ya estaba en la puerta en un minuto. Con mis manos temblorosas, traté de poner la llave en la cerradura. Cuando lo hice, tomé las llaves del BMW de la mesa de cristal y corrí al garaje. Encendiéndolo, marque el número de Martin y recé para que me respondiera.

—Puedo ver que esta vez te gustó más el paquete— se escuchó una voz baja en el receptor.

—¿Dónde estás?!— Grité.

—¿Qué?

—¿Dónde diablos estás ahora?!—

—¿Por qué gritas? Estoy en casa. ¿Qué quieres venir?

—Martin, sal de la casa ahora mismo, ¿vale? Encuéntrame en el McDonald's de al lado, estaré allí en cinco minutos.



Blanka Lipińska

—Creo que te gustaron mucho las flores, pero ¿por qué no vienes a mí? Pedí sushi. Entra. Comeremos juntos.

Estaba molesta y asustada y conduje por las calles, rompiendo absolutamente todas las reglas de tráfico.

—Martin, ¿puedes salir de la casa y encontrarte conmigo donde te dije?

De repente oí el intercomunicador sonando en el fondo y mi corazón casi se detuvo.

—Alguien está llamando, probablemente sea comida. Estaré allí en cinco minutos. Adiós.



Le grité, pero no me escuchó más y colgó. Marqué su número de nuevo, no contestó, llamé una y otra vez y otra vez. Estaba asustada, supongo que nunca he estado tan asustada en mi vida. Sabía que era todo culpa mía.

Cuando llegué, dejé el coche en la calle y corrí al apartamento, metí el código y me apresuré a subir las escaleras. Agarré la manija y la puerta se abrió. Enfrente, vi a la gente de Black, crucé el umbral con el resto de mis fuerzas y me deslicé por el muro.

Massimo, que estaba sentado en el sofá cerca de Martin, se levantó y Martin se puso detrás de él. El guardia de seguridad lo sujetó y lo presionó para que volviera al asiento.

—¿Dónde están tus drogas?— Podía oír la voz de Black alejándome, agarrándome de los hombros. —¡Laura!

—Tengo...,— dijo Martin.

Cuando abrí los ojos, estaba acostada en la cama del dormitorio y Massimo estaba sentado al lado.



Blanka Lipińska

—Me estás dando más razones para matarlo que él... Si no fuera por el hecho de que su medicación se dejó aquí...— Se fue y apretó las mandíbulas.

—Déjame hablar con él. — dije sentándome. —Me prometiste eso, y confié en ti.

Black permaneció en silencio durante un rato, luego dijo algo en italiano, y los hombres que estaban en la sala desaparecieron detrás de la puerta.

—Está bien, pero me quedaré aquí. Tu conversación será en polaco, así que no entenderé nada de todos modos, y me aseguraré de que no te toque.



Me levanté y lentamente, a donde estaba ese bastardo, fui a la sala donde el loco Martin estaba sentado en la esquina. Su mirada era más suave cuando lo vi. Me senté a su lado y Massimo tomó un sillón bajo el acuario.

—¿Cómo te sientes?— Pregunte con cuidado.

—¿En serio o cómo debería estarlo? Estoy enojado con los límites y los voy a matar a los dos.

—Martin, ¿qué estás haciendo? ¿Por qué necesitas hacerlo?

—¿Cómo que para qué lo necesito? Estoy luchando, ¿no es eso lo que querías? ¿No esperabas que estuviera atento e intentarlo? Además, creo que deberías responderme algunas preguntas, como ¿quiénes son las personas con armas y qué hace este italiano en mi casa?

Colgué mi cabeza en un gesto de rendición.

—Te dije claramente que se había acabado. Me traicionaste, no perdono la traición, y el hombre de la silla es mi futuro esposo.



Blanka Lipińska

Sabía que estas palabras lo lastimarían, pero era la única manera de que pudiera alejarse de mí y sobrevivir. Martin me miraba con una cara torcida, y la ira ardía en sus ojos.

—Así que de eso se trataba, querías casarte, y no te lo dije, así que te encontraste con un gángster italiano y vas a ser su esposa? Te fuiste de vacaciones con un patán, buscando a un perdedor, genial.

El tono elevado y burlón de Martin hizo reír a Massimo. Sacó lentamente su pistola de detrás del cinturón del pantalón y la puso en su regazo. Al ver esto, mi rabia contra ambos alcanzó el cenit. Estaba harta de toda la situación y de cómo me sentía. Cambié al inglés para que ambos entendieran, grité, mirando a Martin: —Me enamoré, ¿entiendes? No quiero estar contigo, me traicionaste y me humillaste. En mi cumpleaños, actuaste como un patán y nada cambiará eso, así que no quiero volver a oír hablar de ti. Y ahora mismo estoy cansada de los dos y si quieren, pueden matarse entre ustedes.— Le di la espalda a Massimo. —Pero eso no cambiará nada. Yo decido mi vida, no uno de ustedes. ¡Entonces aléjense de mí!— Grité y salí corriendo del apartamento.

Massimo gritó algo a la gente en el pasillo, y me siguieron. Yo era mucho más rápida que ellos y conocía mejor la finca. Llegué al coche y empecé a chillar los neumáticos, dejándolos atrás. Sabía que en circunstancias normales probablemente dispararían, pero esta vez no podían.

Mi teléfono no paraba de sonar y la pantalla parpadeaba "número oculto". Sabía que era Massimo, pero no tenía ganas de hablar con él ahora, así que apagué el teléfono. Conduje hasta la casa de Olga y recé para que estuviera dentro. Presioné el timbre, y después de un rato la puerta se abrió y vi a una amiga mía acostada frente a mí.



Blanka Lipińska

—Oh, estás viva,— dijo, dejándome entrar. —Vamos, mi cabeza va a explotar, me jodieron ayer.

Cerré la puerta y la seguí hasta la sala de estar. Se sentó en el sofá y se envolvió en una manta.

—He estado de fiesta con ese chico rubio de Ritual desde el sábado, y creo que está enamorado de mí porque no me deja vivir.

Me senté a su lado y no hablé, sólo hasta que me di cuenta de que dejé a los dos con armas y ordené que se mataran entre ellos.

—Laura, estás tan pálida como las pantorrillas de Dominika, que caminaba con el nombre de la escuela primaria, ¿eh?



Sacudí la cabeza y la miré. Tuve que decirle la verdad, porque todos esos secretos me estaban pudriendo más y más.

—Te he mentado.

Olga se giró con la cara inclinada hacia mí.

—No vivo en casa de un amigo, y no he conocido a un tipo normal en Italia.

Me llevó dos horas contar toda la historia, y cuando terminé, saqué el anillo de mi bolsillo y lo puse en mi dedo.

—Y aquí está la prueba— suspiré, apoyándome en el reposacabezas. —Bueno, ahora lo sabes todo.

Olga estaba sentada frente a mí en la alfombra y miraba con la boca abierta a su mano.

—Joder. Es como si me estuvieras contando una película sensacional sobre un fuerte erotismo. ¿Qué crees que le pasó a Martin?— Sus ojos brillaban de emoción.



Blanka Lipińska

—Dios, Olga, no quiero ni pensarlo, y tú me preguntas estas cosas.

Después de un rato, alcanzó el teléfono, sacó el número y encendió el manos libres.

—Lo comprobaremos.

Los siguientes segundos, sentí que se me estaba acabando el tiempo. Sabía que ella lo estaba llamando.

Después de la quinta señal, finalmente respondió.

—¿Qué quieres, ninfómana?— preguntó Martin en voz baja.

—Yo también me alegro de oírte. Estoy buscando a Laura. ¿No sabes dónde está?

—Bueno, no eres la única que la está buscando. No lo sé y no quiero saberlo porque ya no me interesa. Olga.— Colgó, y ambas rompimos el reto histórico de la química.

—Está vivo, dije, incapaz de dejar de reírme nerviosamente. Gracias a Dios.

—Ni siquiera la cosa nostra siciliana lo logró,— añadió Oli, levantándose del suelo. —Ya que todo el mundo está vivo y yo ya sé lo que está pasando, ¿por qué no te quedas conmigo esta noche para que tu prometido se preocupe un poco?

Me sentí aliviada de respirar y asentí con la cabeza.

Nos quedamos sin diversión cuando llamaron a la puerta.

—¿A esta hora?!— Oli se sorprendió cuando caminó hacia ellos. —El tipo rubio debe estar allí, y voy a dejarlo.



Blanka Lipińska

Cuando abrió, hubo un grave silencio. Oli retrocedió dos pasos y Massimo entró en el apartamento. Sus ojos helados me miraron y se quedó en el pasillo como si esperara algo.

—Bueno, se está convirtiendo en un infierno de burdel,— dijo Oli al pueblo polaco, sabiendo que no entenderían una palabra. - ¿Vas a quedarte así, y él se va a quedar así, o debería irme porque ya no sé nada?

—¿Qué estás haciendo aquí?— Yo pregunté. —¿Y cómo me encontraste?

—El coche tiene localizador contra robo, y además, sé dónde vive tu mejor amiga. No me presenté,— dijo, mirando a Oli. —Massimo Torricelli.

—Sé quién eres,— dijo ella, dándole una mano. —Gracias a sus descripciones, no tenía ninguna duda de a quién le abría. ¿Van a mirarse así o quieren hablar?

Los ojos de Massimo se estaban suavizando, y yo quería reírme. La situación era tan ridícula como todo lo que ha estado sucediendo en mi vida durante semanas. Me levanté del sofá y tomé las llaves del coche, me acerqué a mi amiga y la besé en la frente.

—Me voy. Te veré mañana en el almuerzo, ¿de acuerdo?

—Ve y cógelo por mí, está tan caliente, está tan sexy, está tan guapo, está tan mojado—, dijo Olga, dándome una palmada en el culo. —¿tiene un amigo?— añadió, cuando ambos estábamos cruzando el umbral.

—Créeme, no quieres eso.— Le dije adiós con la mano.

Salimos sin hablarnos, apreté la tecla y me subí al coche, y Black se sentó en el asiento del acompañante.

—¿Dónde está el Porsche?

—Paulo lo llevo a casa.

Presioné la salida y me adelanté. De camino a la suite, tampoco sabían que teníamos una opinión, como si todos estuvieran esperando a que empezara la otra.

Cuando entramos en el apartamento, Massimo se sentó en el sofá y se peinó nerviosamente con la mano.

—¿Sabe tu amiga quién soy? ¿Le dijiste todo?

—Sí, porque ya me he cansado de tus mentiras, Massimo. No sé cómo vivir así, tal vez cuando estábamos en Italia era más fácil, porque allí todo el mundo sabe quién eres de todos modos, pero aquí hay un mundo diferente, gente diferente, gente cercana a mí. Y cada vez que tengo que mentirles, me siento fatal.

Se sentó allí, clavando su mirada casi muerta en mí.

—Después del fin de semana volvemos a Sicilia,— dijo al levantarse.

—Quiquiera que regrese, regresa, no voy a ninguna parte. Además, probablemente deberías disculparte conmigo.

Black se acercó a mí, temblando de rabia, sus ojos volvieron a estar completamente negros y sus mandíbulas se apretaban rítmicamente.

—No lo maté, así que no puedes guardarme rencor. Fui allí para hacerle saber con quién estaba tratando, y para dejar clara la línea entre tú y él.

—Sé que está vivo, y sé que me dejará en paz. Le dijo a Olga que ya no le interesó.



Blanka Lipińska

Massimo, sin ninguna diversión oculta, metió las manos en sus bolsillos y se balanceó sobre sus talones.

—Sería extraño que después de lo que escuchó de ti y luego de mí, quisiera seguir intentando recuperarte.

Arrugué las cejas y le miré preguntando.

—No lo maté— dijo, besándome.

Me quedé allí un rato, preguntándome cómo era su conversación. Como no se me ocurrió nada, lo seguí. Black estaba en el vestidor, así que lo pasé, fui al baño y me duché, soñando con echar un polvo. Cuando volví, estaba acostado en la cama envuelto y mirando la televisión. Se veía absolutamente normal, no como alguien que amenazó a alguien con un arma unas horas antes. Una vez más me fascinó su extremidad.



Para mí era un hombre ideal, un verdadero hombre, un guardián y protector, pero para el resto del mundo se convirtió en un incalculable y peligroso mafioso. Fue raro y emocionante, pero ¿es soportable a largo plazo? Desde ayer por la tarde, cuando se arrodilló ante mí, me he estado preguntando si pasar el resto de mi vida con él es una buena idea.

—Laura, tenemos que hablar,— dijo, sin apartar la vista de la televisión. —Hoy, no sólo no respondiste a mi llamada, sino que apagaste el teléfono. Desearía que esta fuera la primera y última vez. Se trata de tu seguridad. Si no te apetece hablar conmigo, contesta y dímelo, pero no me hagas usar medidas finales como el seguimiento.

Me paré en la puerta del baño y me dieron ganas de discutir, pero recordé las palabras de Mónica y lamenté decir que ella tenía razón. Me fui a la cama y dejé la toalla. Me quedé desnuda y aún así no me prestó

Blanka Lipińska

atención. Enfadada por su ignorancia, me acosté y me envolví en un edredón, abracé mi cabeza a una almohada y me dormí inmediatamente.

Me desperté con un suave movimiento de la entrada de mi coño y sentí dos dedos que se deslizaban dentro. Suspendida entre el despertar y el dormir, estaba confundida, no sabía si estaba sucediendo realmente o si era sólo mi imaginación.

—¿Massimo?

—¿Sí?— Escuché su sensual susurro justo detrás de mi oído.

—¿Qué es lo que haces?

—Tengo que meterme dentro de ti o me volveré loco,— dijo, empujando su cintura tan cerca que su dura polla se apoyó en mis nalgas.

—No me apetece.

—Lo sé.— Lo confirmó y lo atacó brutalmente.

Su pene entró en mi agujero húmedo por su saliva. Gemí, incliné mi cabeza hacia atrás y me apoyé en su hombro.

Estábamos acostados de lado y sus poderosos brazos estaban sobre mí.

Las caderas de Black estaban fijas, y sus manos vagaban lentamente alrededor de mis pechos. Casi con devoción tocó mi cuerpo desnudo, apretando mis pezones con fuerza de vez en cuando. Su toque intenso me despertó completamente, y lo que estaba haciendo encendió la pasión en mí.

—Quiero sentirte, Laura,— confesó cuando mi cuerpo comenzó a balancearse suavemente. —No te muevas.

Estaba enojada, me despertó, y ahora me hizo estar como un tronco.

A faint, artistic background image of a couple in a car, with a man and a woman embracing. The image is rendered in a soft, painterly style with a purple and pink color palette.


Blanka Lipińska

Lo saqué de mi cuerpo y me retorcí, lanzando mi pierna sobre él; lo atrapé.

—Estás a punto de sentir más profundo y mucho más rápido,— dije, agarrándole el cuello.

Black no se defendió; me agarró las caderas con ambas manos y las movió suavemente. Incluso estando debajo de mí, tenía que mantener al menos la apariencia de dominación. Apreté mis manos con más fuerza y me incliné hacia él.

—Esta vez te follaré— dije y con calma empecé a mover mi trasero.

A small circular logo featuring a cartoon girl with long brown hair and a pink bow, with the text "Leona por letra" written in a cursive font below her.

Cuando mi clítoris se frotaba contra su vientre, quería más y más rápido. Mis movimientos se volvieron más y más insistentes y despiadados. Black me metió los dedos en las nalgas, infligiéndome dolor y gimiendo en voz alta. No pude soportarlo más, le di una bofetada con mi mano libre y me empecé a venir largo y tendido. Cuando el orgasmo se apoderó de mi cuerpo, todos mis músculos se pusieron rígidos y me quedé inmóvil. Massimo me agarró con más fuerza y empezó a moverme rítmicamente, y después de un rato sentí su dedo deslizarse en mi trasero, y con un fuerte grito, me frotó más y más profundamente sobre sí mismo.

—Una vez más, nena,— susurró.

Quite la mano en la que me apoyaba de su pecho y le golpeé en la cara. Nunca he llegado tan lejos y con tantos orgasmos múltiples. Black me tiró en mi espalda sin sacarme la polla y se arrodilló ante mí. Estaba agotada, pero me apetecía más.

—No tengo ninguna intención de terminar,— dijo, deteniéndose y recostándose a mi lado. —Además, los condones se dejaron en el coche, y no voy a interrumpir.




Blanka Lipińska

Miré a Massimo con asombro, pero en la oscuridad no pude ver la expresión de su rostro. Traté su orgasmo como un reto personal y una satisfacción, dando más satisfacción que la mía.

—Si no quieres terminar, yo terminaré por ti— decidí y empecé a llevarlo a lo profundo de mi garganta, mientras le apretaba la mano. Black respiraba fuerte y profundamente, retorciéndome debajo de mí, y su cuerpo decía que estaba listo para terminar.

Agarré su mano y la puse en mi cabeza para darle el ritmo que le convenía. Massimo apretó sus dedos en mi pelo y, presionando mi cabeza contra sus caderas, me obligó a meterlo todo.



Empezó a llegar a su punto máximo y una ola de su semen se derramó por mi garganta. No pude tragar, así que el contenido salió en parte de mi boca. No hizo absolutamente nada al respecto, perdido en el deleite que le dieron mis labios. En cierto momento, el apretón de manos se relajó. Se deslizó sobre mi cabeza hasta que cayó sobre una sábana. Levanté mi vista y vulgarmente le lamí la barriga.

—Eres dulce...— dije al acostarme a su lado.

Presioné el botón del mando a distancia, que estaba en la mesita de noche, y los leds bajo la cama se encendieron, creando un brillo que me permitió ver su cara. Estaba acostado con la cabeza de lado y me miraba con pasión.

—Y tú cruelmente perversa, Laura— estaba exhalando, incapaz de calmar su aliento.

—¿No incluía tu visión sexual?— Pregunté, lamiéndole provocativamente los labios con las sobras de su esperma.

—A menudo pensaba en cómo eras en la cama, pero cada vez que te follaba, me follabas a mí.



Blanka Lipińska

Me acerqué a él y le besé la barba suavemente y le acaricié sus pesados testículos.

—Desafortunadamente, ya lo he hecho, y a veces necesito un poco de poder. Pero no te preocupes, es bastante raro. Normalmente prefiero ser un esclavo que un verdugo. Y no soy pervertida, sólo perversa, y esa es la diferencia.


—Tal vez si no es muy frecuente, pueda manejarlo de alguna manera. Y créeme, nena,— dijo, agitando sus dedos en mi pelo. —Eres pervertida y perversa gracias a Dios, y mía.



Capítulo 17

Los dos días siguientes fueron bastante ordinarios, yo estaba viendo a Olga, y Massimo estaba viendo a Karlos. Desayunamos juntos y vimos la televisión antes de dormir.

El sábado no pude dormir desde las seis, porque el pensamiento de que tenía que llevar a Black a conocer a mis padres no me dejaba en paz. Hace unas semanas tenía miedo de que murieran por su mano, y ahora iba a encontrarse con ellos.



Cuando finalmente se despertó, pude empezar a prepararme, fingiendo que todo estaba en orden. Fui a mi habitación a hurgar en el armario en busca de la ropa adecuada. Olvidé por completo que los mejores vestidos se quedaron en Sicilia. Desesperada, me caí sobre una alfombra suave, mirando fijamente a las perchas, y me cubrí la cara con las manos.

—¿Estás bien? — preguntó Black, con una taza de café en la mano apoyada en el marco de la puerta.

—Un dilema estándar de la mitad de las mujeres del mundo no sé qué ponerme— respondí, agachada.

Massimo tomó lentamente un suspiro, mirándome como si inconscientemente sintiera que el problema no era el vestido.

—Tengo algo para ti,— dijo, camino hacia su armario. —Lo trajeron el viernes, es la elección de Domenico, así que espero que te guste.

Metió la mano en el armario y sacó una percha con un estuche de tela que mostraba el logo de Chanel. Encantada, me levanté del lugar y me acerqué a él, desabrochando lentamente la cremallera. Me quejé cuando



Blanka Lipińska

vi un vestido corto de seda de un color apagado. Tenía mangas largas y un escote muy profundo y sorprendentemente arrugado. Era perfecto, simple y modesto, pero sexy.

—Gracias,— dije, volviéndome hacia él y besándolo en la mejilla.
—¿Cómo puedo pagarte por ello?— Pregunté, deslizándome lentamente hacia el suelo y deteniéndome con mi boca exactamente alrededor de su cremallera. —Me encantaría mostrarle mi satisfacción.

Massimo se apoyó en el armario y me agarró el pelo con las manos. Le bajé los pantalones hasta los tobillos y le abrí la boca para que decidiera cuándo y cómo quería que lo hiciera. El hombre oscuro me miraba con sus ojos abrumados por el deseo, pero ni siquiera se movió. Estaba impaciente por atraparlo con mi boca, pero entonces las manos en mi pelo se apretaron, no permitiéndome moverme.



—Por favor, dezhaste la blusa y quítatela.— Dijo, sin soltar mi brazo.
—Ahora abre bien la boca.

Se deslizó en mi garganta lentamente, para que pudiera sentir cada centímetro de él entrando en mí. Gemí con satisfacción y chupe demasiado. Me encantaba chuparlo, me encantaba su sabor y cómo se comportaba su cuerpo cuando lo tocaba.

—Suficiente— Dijo, después de una docena de segundos, se salió de mi boca y se puso los pantalones. —No siempre puedes tener lo que quieres, nena. Además, debes hacer tiempo para tu estilista.

Estaba sentada torcida y caliente, viéndolo salir de mi habitación. Sabía que no sólo me quitaba el placer, y su comportamiento era deliberado. Miré mi reloj y descubrí que en realidad estaba un poco mal vestida. Me levanté y corrí a la cocina, tomé un sorbo de té y agarré un bollo dulce. Cuando el primer mordisco atravesó mi garganta, sentí que

Blanka Lipińska

me estaba enfermando. En el último minuto corrí al baño, casi pisoteando a Black. Después de un tiempo, llamaron a la puerta del baño. Me levanté de mis rodillas, me enjuagué la boca y me fui.

—¿Estás bien?— Preguntó, mirándome como un niño pequeño.

Incliné mi cabeza y apoyé mi frente contra su torso.

—Son los nervios. La idea de que conozcas a mis padres es aterradora. No sé por qué dijiste que iremos...— Me incorpore, levantando los ojos sobre él. —Estoy tensa, nerviosa, y me encantaría quedarme en casa.

Black se divirtió y me vio resignarme.

—Si te follo para que no puedas sentarte, ¿te sentirás más tranquila y podrás manejar el día más fácilmente?— Preguntó con una importante expresión en su cara, entrecerrando un poco los ojos.



Pensé por un momento, preguntándome si todavía me sentía enferma o si ya me sentía bien. Después de un breve momento de reflexión, llegué a la conclusión de que mi estado de ánimo era excelente y que el sexo puede realmente hacerme sentir mejor y, sobre todo, aliviar la tensión.

Black miró mi reloj y me agarró la mano entrando en la sala. Me quitó los pantalones en un solo movimiento cuando nos detuvimos frente a la mesa de cristal.

—Recuéstate,— dijo, insertando sus dedos lentamente en la banda elástica. —Y ahora trae tú trasero de vuelta a mí, lo haré duro y rápido.

Hizo lo que prometió, y después de un tiempo, relajada y, sobre todo, mucho más tranquila, fui al salón de belleza.

Después de más de una hora, volví a casa, pero Massimo no estaba en ninguna parte. Saqué el teléfono y marqué su número, no respondió. No mencionó ninguna reunión, así que estaba un poco preocupada, pero

Blanka Lipińska

pensé que era un adulto y fui a pintar. Después de dos horas y treinta llamadas, estaba muy enojada. Fui al apartamento de enfrente para enterarme por su gente, pero desafortunadamente nadie me abrió. Miré mi reloj y escribí bajo mi nariz, porque ya deberíamos irnos. Vestida con un vestido corto y con los tacones en alto, me senté en el sofá, preguntándome qué hacer ahora. No quería ir, pero mi madre no me dejaría si le dijera ahora que no estaríamos allí. Tomé mi bolso, mis llaves BMW y bajé al garaje.

Mientras conducía, me preguntaba cómo explicaría la ausencia de mi pareja, y llegué a la conclusión de que el relato de una enfermedad sería el mejor. Cuando estaba a unos veinte kilómetros de mi destino, vi un coche que se acercaba a mí muy rápidamente en el espejo, que después de un rato me pasó y me bloqueó el camino. Me detuve. Era un ferrari negro, Massimo emergió con gracia y se dirigió hacia mí. Estaba vestido con un elegante traje gris, que calificaba perfectamente su entrenada silueta. Abrió la puerta y me dio una mano para facilitarme la salida.

—Intereses— lanzó, sacudiendo los hombros. —Vamos.

Estaba sentada con las manos en el volante y mirando al frente. Odiaba la sensación de no poder decidir por mi misma, que sentía regularmente por sus misteriosos intereses. Sabía que no se me permitía preguntar, y aunque lo hiciera, no me respondería, y me enfadaría aún más.

Después de un rato, un todoterreno negro aparcó detrás de mi coche y Massimo claramente grito molesto:

—Laura, si no sales del coche en un minuto, te sacaré, te arrugaré el vestido y te arruinaré el pelo.

Con mi cara enfurruñada, le di una mano y me metí en un Ferrari negro. Unos segundos más tarde, Massimo estaba sentado a mi lado, sosteniendo su mano sobre mi muslo como si nada hubiera pasado.



Blanka Lipińska

—Te ves hermosa— dijo, acariciándome suavemente. —Pero te hace falta algo.

Se inclinó y sacó una caja con la inscripción Tiffany & Co. De la guantera. Mis ojos se iluminaron, pero decidí no traicionar mi alegría y fingir indiferencia.

—No puedes sobornarme sólo con un collar— le dije cuando abrió la caja, mostrando un collar que temblaba con pequeñas piedras.

Lo sacó y me lo puso alrededor del cuello, besándome suavemente en la mejilla.

—Ahora estas perfecta,— juzgó, siguiendo adelante. —Y este collar es de platino con diamantes, así que lo siento si no cumple con tus expectativas.



Me gustó esa sonrisa inteligente suya cuando pensó que me estaba demostrando su superioridad. Me daba la vuelta y me molestaba con su forma de ser.

—¿Dónde está tu anillo, Laura?— Preguntó, delante del siguiente coche. —¿Sabes que vas a tener que decirles que te vas a casar de todos modos?

—Pero hoy no puedo, ¿vale?!— Grité molesta. —Además, Massimo, ¿qué debo decirles? Tal vez esto. Conocí a un tipo porque me secuestró y dijo que tuvo una visión conmigo. Luego me encarceló, chantajeándome con su muerte, pero finalmente me enamoré de él y ahora quiero casarme con él. ¿Crees que eso es lo que quieren oír?

Black miró hacia delante y apretó rítmicamente la mandíbula sin decir una palabra.



Blanka Lipińska

—Tal vez esta vez yo planee el evento. Te diré lo que pasará. Dentro de unas semanas, le diré a mi madre que estoy enamorada. Luego, unos meses más tarde, estaremos comprometidos y todo parecerá natural y mucho menos sospechoso para ella.

Massimo seguía mirando hacia delante, y casi sentí su rabia.

—Te casarás conmigo el próximo fin de semana, Laura. No en unos pocos meses o años, sino en siete días.

Lo miré con los ojos bien abiertos, y mi corazón latía con fuerza, así que sólo pude oír su golpe. No sospechaba que tuviera tanta prisa, mi plan era que ocurriera lo más pronto posible a principios del verano, ciertamente no en una semana. Docenas de pensamientos volaron por mi cabeza, incluyendo la pregunta básica: ¿por qué estuve de acuerdo?

Black se detuvo frente a la puerta de entrada de la casa de mis padres.

—Escucha, nena, ahora te diré cómo va a ser— dijo, volviéndose hacia mí. —El próximo sábado serás mi esposa y dentro de unos meses te casarás conmigo de nuevo, para que tus padres tengan paz interior.— Se acercó a mi boca y me dio un suave beso en la frente. —Te amo, y casarme contigo es la penúltima cosa que quiero hacer en la vida.

Aparcó en la entrada de la casa.

—¿Penúltima?— Pregunté sorprendida cuando se detuvo.

—La última es un hijo,— dijo, abriendo la puerta.

Estaba sentada tranquilamente, recuperando el aliento, todavía incapaz de creer lo que estaba haciendo y lo mucho que mi vida había cambiado en menos de dos meses. Contrólate, me dije a mí misma, sal de aquí. Arreglé mi vestido y tiré profundamente en el aire. La puerta principal de la casa se abrió y papá se paró en la entrada.



Blanka Lipińska

—Acabemos con esto— dije, tambaleándome ligeramente en mis pies. Espero recordar la versión corregida.

Massimo se rió y con confianza extendió la mano hacia su próximo padre.

Intercambiaron algunas frases en alemán, no creo que nada importante, y luego papá se volvió hacia mí:

—Cariño, te ves hermosa, este cabello brillante es un gran ajuste. Y no sé si es por el hombre de al lado o por el cambio de corte de pelo, pero estás floreciendo.

—Probablemente ambos,— yo arroje, besándolo y abrazándolo.



Entramos en la terraza y nos sentamos en unas sillas blandas dispuestas alrededor de una gran mesa. Massimo, como le pedí, mantuvo una distancia apropiada. En algún momento la expresión de su cara cambió. Estaba mirando algo detrás de mí. Tenía curiosidad por ver, mi cabeza dio vueltas, mi madre, en una deslumbrante creación cremosa, se acercaba a nosotros, dándole a Black una radiante sonrisa química. Me levanté y la besé.

—Massimo, te presento a mi madre, Clara Biel.

Black se puso de pie, un poco aturdido, pero rápidamente reunió sus pensamientos y, cambiando su idioma al ruso, la saludó con un beso en la mano. Mamá le agradeció sutilmente por un momento, hasta que su vista se enfocó en mí.

—Cariño, ¿quieres venir a la cocina conmigo y ayudarme?— dijo con una sonrisa desarmante, que sólo anunciaba problemas.



Blanka Lipińska

Se dio la vuelta y desapareció en la casa, dejando a los hombres absortos en la conversación; yo la seguí. Cuando entré, estaba de pie junto a la mesa con las manos en el pecho.

—Laura, ¿qué está pasando?— Ella preguntó. —Has cambiado tu trabajo, tu lugar de residencia, has cambiado tu apariencia de forma muy radical, y ahora traes un italiano a casa. Dímelo, porque siento que no sé algo.

Su sensor, como siempre, funcionó a la perfección, sabía que no sería fácil engañarla, pero no creía que lo averiguaría tan rápido.

—Mamá, es sólo pelo. Necesitaba un cambio. Ya nos hemos desviado del tema, y Massimo es un colega, me gusta y me enseña mucho. No sé qué decirte sobre él, porque sólo lo conozco desde hace unas semanas.

Sabía que cuanto menos dijera, mejor para mí, porque no podía recordar más mentiras.

Tranquila, puso los ojos ligeramente entrecerrados.

—No sé por qué me mientes, pero si eso es lo que quieres, bien. Recuerda, Laura, veo muchas cosas y tengo cierta familiaridad en el mundo. Sé perfectamente bien cuánto cuesta un coche como el que está en la entrada. Y no creo que un empleado del hotel pueda permitírselo.

He usado todas las maldiciones que conozco en mi mente. Cambiamos el coche con su desaparición hoy, y el plan inicial era venir con el coche que yo había traído.

—Además, sé cómo son los diamantes— continuó, moviendo sus dedos alrededor de mi collar. —¿Y qué son los vestidos de la última colección de Chanel. Recuerda, querida, yo fui quien te mostró lo que es la moda.



Blanka Lipińska

Terminó y se sentó en la silla, esperando una explicación. Me paré frente a ella y no pude pensar en nada sensato. Me dejé caer en el asiento junto a ella.

—¿Qué, se suponía que iba a empezar diciendo que es propietario de un hotel y que es asquerosamente rico? Viene de una familia adinerada e invierte mucho, nos encontramos y desearía que fuera algo serio. Y no puedo influir en el precio de sus regalos.

Me miraba para investigar a fondo, y cada segundo su vista era más suave.

—El habla ruso de maravilla, se puede ver que es un hombre educado, muy bien educado. Y además, tiene un gusto por las mujeres y la joyería— dijo, levantándose de la silla. —Bien, vamos a ir con ellos antes de que Tomas lo aburra hasta la muerte.



Estaba mirándola a los ojos, incapaz de creer en el repentino cambio que tuvo. Sabía que mis padres siempre quisieron que me casara con un rico, pero su reacción me destrozó en miles de pedacitos. Después de un largo rato, la seguí y me quedé totalmente atónita, sacudiendo la cabeza ligeramente en incredulidad.

Había una feroz discusión afuera, desafortunadamente no tenía idea de qué se trataba, porque no entendía nada de alemán, pero sabía que tenía que tirar de Black por un tiempo para enseñarle la casa. Desafortunadamente, mi padre no hablaba inglés, pero entendía mucho.

—Massimo, te enseñaré la habitación en la que dormirás— me acerqué y le di una palmadita. —Además de eso, papá, saldremos temprano, así que descansen— añadí, girando hacia el otro lado.

—Oh, Maldición, es tarde.— Papá susurro al levantarse de la silla.



Blanka Lipińska

Subimos las escaleras y entramos en la antigua habitación de mi hermano.

—Dormirás aquí, pero no es de eso de lo que quería hablar— estaba susurrando en conspiración, dándole una nueva versión de los hechos.

Cuando terminé, se paró divertido con las manos en los bolsillos y miró alrededor de la habitación.

—Me siento como un adolescente— dijo entre risas. —¿Dónde está tu habitación, nena? ¿No estás realmente contando con que me quede aquí?

—Mi habitación está al otro lado del pasillo, y sí, te quedarás. Mis padres piensan que por ahora este conocimiento es platónico, así que no los saquemos del camino.

—Muéstrame tu habitación, nena.— dijo, tratando de ser serio.

Le cogí la mano y lo llevé a la puerta de mi habitación. Era mucho más pequeña que el que me dio en Sicilia, pero tenía una conexión maravillosa y no necesitaba mucho aquí. La cama, el televisor, un pequeño tocador y cientos de fotos me recordaron mis despreocupados días de escuela.

—Cuando vivías con tus padres, ¿tenías un novio? — Preguntó, mirando las fotos y sonriendo.

—Por supuesto, ¿por qué lo preguntas?

—¿Le diste una mamada en esta habitación?

Me sorprendió, abrí bien los ojos y, con las cejas arrugadas, me miró con curiosidad.

—¿Qué?




Blanka Lipińska

—No tienes cerradura en la puerta, así que me pregunto dónde y cómo lo hiciste, sabiendo que tus padres podían entrar aquí en cualquier momento.

—Lo apoyaba contra la puerta y me arrodillaba ante él— dije, poniendo mi mano en la madera y empujando ligeramente hacia el marco.

Massimo estaba parado exactamente donde estaba mi novio en ese momento hace diez años, y estaba desabrochando su cremallera. Me arrodillé delante de él y apreté sus nalgas firmemente contra la puerta.

—No se mueva, don Massimo, y esté tranquilo, esta casa es increíblemente acústica— le pedí y me lo puse en la boca.



Lo chupé rápido y muy brutalmente, queriendo que alcanzara el climax lo antes posible. Después de unos minutos, sentí su semen derramándose por mi garganta. Me tragué todo educadamente y me levanté, limpiándome la boca con los dedos. Massimo, con los ojos cerrados, apenas se mantenía en pie, apoyado en el marco de la puerta.

—Me gusta cuando te comportas como una puta.— Susurró, abrochándose la cremallera.

—Algo así, ¿en serio?— Pregunté con una sonrisa irónica.

Nos recuperamos, bajamos las escaleras y fuimos a la iglesia. Lublin era mucho más pequeño que Varsovia, también había menos coches de una clase similar en el que viajábamos actualmente. Cuando subimos a la iglesia, los ojos de todos los invitados se volvieron hacia el Ferrari negro.

—Genial he borrado el sueño de mi mente por la sensación que causamos.

Blanka Lipińska

Massimo salió del coche con elegancia, acomodó su chaqueta y se dirigió hacia mi puerta, abriéndola después de un rato. Apoyada en su mano, salí del coche, escondiéndome detrás de unas gafas oscuras. La multitud que esperaba se quedó en silencio y yo agarré a Black firmemente en mi mano. Es sólo tu familia, yo repetía en mi cabeza como un mantra y le ladraba artificialmente a todo el mundo.

La voz de mi hermano me sacó de mi torpeza.

—Si, puedo ver que los cuentos de mi madre sobre tu trabajo de cuento de hadas son verdad— dijo, acercándose a mí y agarrándose a mis brazos. —Estas jodidamente guapa y estas por ahí conduciendo en italiano.



Lo abracé tan fuerte como pude; nos veíamos de vez en cuando por la distancia, que nos dividía. Era mi amigo, mi amado y mi ideal sin igual. Era el hombre más inteligente que he conocido, una mente matemática invencible y un hombre apuesto. Cuando vivíamos en la casa de la familia, él pasó todos mis sofás uno por uno - para su profunda alegría. Un hombre completo, sabio, guapo, elegante y despiadado. Éramos completamente diferentes en carácter y apariencia. Yo, una morena diminuta con ojos casi negros, él - un rubio alto con ojos de esmeralda. Cuando era pequeño, parecía un ángel con sus rizos casi de platino.

—James, hermano, qué bueno verte. Olvidé completamente que estarías aquí. Permíteme presentarte,— dije, con fluidez en inglés.

—Mi... Massimo Torricelli, trabajamos juntos.

Ambos intercambiaron miradas, estrechando sus manos, pero parecía más una lucha antes de una pelea que un saludo.

—Ferrari Italiano, motor de cuatro litros y medio, quinientos setenta caballos. Un monstruo,— dijo Kuba, asintiendo con la cabeza en agradecimiento.

A soft-focus background image of a couple in wedding attire embracing. The woman is wearing a white dress and the man is in a dark suit. The overall tone is romantic and slightly ethereal.

Blanka Lipińska

—Las llaves están puestas,— lanzó Massimo con las gafas puestas.

Su despreocupación fue desarmante, pero no funcionó con mi hermano, lo vio investigar, como si quisiera penetrar en su mente.

La misa fue aburrida y definitivamente demasiado larga, y toda mi familia estaba mirando al guapo italiano que estaba a mi lado. Lo único por lo que he rezado durante la misa es para que empiece la boda y luego la atención de los invitados se centrará en la joven pareja y el vodka.

Durante el juramento, recordé lo que Black dijo cuando fuimos a la casa: dentro de una semana, estaremos de pie como ellos ahora. ¿Pero realmente quiero? ¿Quiero casarme con un hombre al que apenas conozco, que me asusta y me hace enojar? Además, ¿quiero involucrarme con alguien a quien no tengo nada que decir? Con alguien que siempre se pone a su manera y no me deja hacer muchas de las cosas que amo, pensando que me está protegiendo, y que lo necesito. Desafortunadamente, la triste verdad es que estaba muy enamorada de él y no pensaba en absoluto. No fuiste tú la que lamento perder a Massimo de nuevo, así que dejarlo estaba fuera de discusión.

—¿Estás bien?— susurró cuando la ceremonia terminó. —Estás muy pálida.

De hecho, hace unos días que no me siento bien, estoy cansada y completamente sin apetito, pero no es de extrañar, con la intensidad del estrés que me acompaña, debo dar gracias a Dios de que estoy viva.

—Me siento un poco débil, pero deben ser los nervios. Se acabará pronto.

Después de salir de la iglesia fue cuesta abajo, todo el mundo estaba ocupado dando deseos y celebrando la fiesta de mi prima María.

Blanka Lipińska

La boda tuvo lugar en una pintoresca casa solariega a unos treinta kilómetros de la ciudad. El complejo constaba de varios edificios, un hotel, un establo y un salón donde se preparaba la recepción. Llegamos siendo últimos, porque insistí en que no volviéramos a prestar atención, y Czarny me escuchó excepcionalmente. Casi sin darnos cuenta, nos escabullimos por la sala y llegamos a la mesa redonda en la que estábamos sentados. Me sentí aliviada al ver que Kuba también estaba sentado allí. Mi hermano solía venir a esas fiestas solo y cazar. Le encantaba que las mujeres le adoraran, se rindieran a él y, como resultado, se acostaran con él. Era un coleccionista al cien por cien. En mi caso, el tema del sexo era más complicado y a veces sufría por los hombres. El único sufrimiento de mi hermano fue un rechazo ocasional que estropeo sus estadísticas.



Cuando nos sentamos a la mesa, resultó que un lugar estaba vacío. Miré los rostros familiares que nos acompañaban, tratando de averiguar quién faltaba. No podía adivinarlo. Cuando trajeron los aperitivos, me lancé sobre la comida, no había podido comer nada desde ayer, así que cuando finalmente sentí hambre, mi apetito se apoderó de ella.

—Disfruta de la comida— escuché una voz familiar y levante mi vista del plato.


Casi escupo en la mesa la comida que tenía en la boca. La silla vacía de enfrente fue empujada por mi antiguo novio, con quien fuimos compañeros de baile durante varios años. Maldita sea, ¿podría ser peor? Pensé, mirándolo fijamente.

Mi hermano, con una alegría indisimulada por la situación, me miraba desde el plato, sonriendo irónicamente. Afortunadamente, Massimo no se dio cuenta de nada, o al menos eso creía yo. Me salvó el hecho de que no entendiera absolutamente nada.



Blanka Lipińska

Peter tomó su lugar y lentamente comenzó a comer, sin perderme de vista. Y mi apetito se desplomó. Con asco, aparté la crema de calabaza sin digerir, atrapando el muslo de Black bajo la mesa. Me alisó suavemente la mano y me miró a hurtadillas para investigar; leyó en mí como un libro abierto, así que supe que tarde o temprano tendría que presentarle a un hombre de mi pasado.



Peter fue la parte de mi vida que preferí olvidar. Nos conocimos cuando tenía dieciséis años, empezó con el baile y, como siempre, terminó con una relación. Primero fue mi instructor, luego un compañero y finalmente un verdugo. Tenía entonces veinticinco años y todas las mujeres que lo miraban lo amaban. Era encantador, guapo, atlético y seguro de sí mismo, y un bailarín. Desafortunadamente, también tenía sus demonios, el principal de los cuales era la cocaína. Al principio no vi nada malo en ello, hasta que su adicción empezó a rebotar en mí. Cuando estaba drogado, no le interesaba lo que yo sentía, lo que pensaba y lo que quería, él era importante. Pero yo sólo tenía diecisiete años y yo lo miraba como si fuera un cuadro. No sabía cómo era una relación y cómo debía ser tratada en ella. Por supuesto, no podía soportar cinco años en patología absoluta - cuando estaba sobrio, intentaba hacerme parecer celestial, disculpándose por su comportamiento. Fue por él, o más bien por él que hui a Varsovia. Sabía que de otra manera no me libraría de él.

Su voz me sacó de recuerdos no necesariamente agradables:

—Tinto, si recuerdo bien...— preguntó Peter, inclinándose sobre la mesa con una botella de vino.

Sus ojos verdes se clavaban hipnóticamente en mí, y su enorme boca se doblaba en una sutil sonrisa. No se podía ocultar que no había perdido nada de su magnetismo. La mandíbula fuertemente rascada y la cabeza completamente calva no encajaban en la imagen de bailarín, pero le



Blanka Lipińska

hacía parecer aún más intrigante. Se podía ver que entrenaba menos que antes, porque su cuerpo aumentó de peso.

Tomé un sorbo del vaso y arrugué los ojos.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí?— Estaba susurrando entre dientes con una estúpida sonrisa para que los otros invitados, especialmente uno, no adivinaran lo que estaba pasando.

—María me invitó, o mejor dicho, su marido. Durante seis meses estuve preparando su primer baile con ellos y nos gustó. Además, los conocí una vez en el aniversario de boda de tus padres, por si no lo recuerdas.



Estaba hirviendo de rabia, preguntándome cómo mi primo pudo haberme hecho esto cuando sentí la mano de black moviéndose en mi espalda.

—¿Puedes hablar inglés?— preguntó molesto. —Me molesta no entender nada.

Me incliné un poco y cerré los ojos, viendo la muerte.

—Me siento débil, caminemos.— dije y Massimo me siguió.

Entramos en el jardín junto al edificio y nos dirigimos hacia el establo.

—¿Montas a caballo? — intente distraerlo.

—¿Quién es ese hombre, Laura? Cuando apareció, te pusiste tensa.

Se detuvo y me miró fijamente con las manos en los bolsillos.

—Mi pareja de baile. No me dijiste si montas.— No me detuve.

—¿Sólo una pareja de baile?



Blanka Lipińska

—Jesús, Massimo, ¿qué importa? No, no sólo y no quiero hablar de ello. No te estoy preguntando sobre tus ex chicas.

—¿Así que estaban juntos? ¿Mucho tiempo?

Respiré profundamente e intenté controlar mi irritación.

—Unos cuantos años. Te recuerdo que cuando me conociste, no era virgen, y no importa cuánto lo intentes, no puedes cambiar eso. No tienes una máquina del tiempo, así que no lo pienses y no me hagas mencionarlo.

Me enfadé y fui directamente al salón. Fue después del primer baile y los invitados se volvieron locos en la pista de baile. Cuando entré por la puerta, mi primo salió corriendo de la pista de baile y agarró el micrófono.



—Nuestro primer baile fue gracias a un fantástico instructor que está aquí con nosotros hoy. Peter, te invito a la pista de baile. Y es tan gracioso que su pareja de baile de hace mucho tiempo y mi prima Laura estén aquí.

Cuando escuché eso, pensé que me desmayaría. ¿Qué coño está haciendo?

—Danos el placer y muéstranos cómo bailar.

Hubo aplausos en el salón, y Peter me agarró la mano y se dirigió hacia la pista de baile. Estaba a punto de vomitar, pensé, deslizándome detrás de él.

—Enrique Iglesias, Bailamos,— por favor - le gritó al DJ. —Salsa, querida— susurró y levantó las cejas, tirando felizmente su chaqueta en una silla cualquiera.



Blanka Lipińska

Me paré a su lado, agradeciendo a Dios que no hubiera elegido el tango. Cuando todavía estábamos juntos, nuestro tango terminaba siempre en la cama.

Los primeros sonidos de guitarra salieron del altavoz y miré hacia la puerta, donde Massimo estaba de pie con la mirada furiosa apoyada en el marco de la puerta. A su lado vi a mi hermano inclinarse hacia él, explicándole algo. No tenía ni idea de si le decía por qué estábamos ahora en la pista de baile o si sólo hablaban, pero la vista de Massimo seguía llena de rabia. Le arranqué la mano a Peter y corrí hacia Black, lo besé tan fuerte como pude para hacerle sentir que yo era únicamente de él, y con una sonrisa, rodeada de aplausos, volví a la pista de baile. El DJ dejó ir a Bailamos, otra vez, y yo tomé mi lugar. Fueron los tres minutos más largos de mi vida y el mayor esfuerzo que he puesto en el baile.

Cuando finalmente me incliné hacia mi arco, hubo una tormenta de aplausos y vítores. María corrió hacia mí, besándonos y abrazándonos a los dos, y mi madre recibió las felicitaciones de los invitados. Lentamente me retiré hacia Massimo.

Cuando me acerqué a él, todavía estaba de pie con la cara de piedra.

—Cariño, no podía decir que no, es mi familia.— Tartamudeé, tratando de calmarlo. —Y el resto es sólo baile.

Black se quedó allí sin decir una palabra, luego se dio la vuelta y se fue. Quería seguirlo, pero a mis espaldas escuché la voz de mi madre:

—Laura, querida, veo que la ciencia no se ha desperdiciado, y tú sigues siendo brillante en ello.

Me di la vuelta y ella cayó en mis brazos, besándome y mirándome.

—Estoy tan orgullosa de ti.— Casi dijo con llanto.

—Oh, mamá, es sólo por ti.



Blanka Lipińska

Nos quedamos allí, recibiendo de vez en cuando felicitaciones hasta que me acordé de Massimo.

—¿Pasó algo, cariño?— Preguntó, viendo un cambio de humor en mi cara.

—Massimo está un poco celoso,— le susurré. — Así que no estaba particularmente emocionado de verme bailar con mi ex.

—Recuerda, Laura, no puedes dejar que haga estallidos de poder sin sentido. Además, debe entender que no le perteneces.

Qué equivocada estaba. No se trataba de su permiso o no, sino de lo mucho que me importaba lo que él sentía. Sabía que su actitud autoritaria hacia mí se debía a su educación y a las condiciones en las que vivía, no al deseo de esclavizarme.



Salí y busqué por todo el complejo, pero no estaba en ninguna parte. El ferrari negro estaba todavía en el estacionamiento, así que no volvió a casa. A través de una ventana abierta en uno de los edificios escuché una conversación en inglés y reconocí la voz de mi hermano. Me fui por ahí.

—Buenas noches.— Dije, mirando a la mujer de la recepción.

—Estoy buscando a mi prometido, guapo, alto italiano.

La chica sonrió y miró en el monitor de la computadora.

—El apartamento en el tercer piso es de ellos,— dijo, señalando las escaleras.

Llegué a la puerta y llamé, y un momento después mi divertido hermano la abrió.

—Eres joven, ¿qué estás haciendo aquí? ¿Peter se aburría de bailar?



Blanka Lipińska

Lo ignoré y entré en la habitación, pasando por el pasillo a la enorme sala de estar. En un gran banco, Massimo estaba sentado en un sofá de cuero, girando su tarjeta de crédito.

—¿Te estás divirtiendo, nena?— preguntó y se inclinó sobre la mesa.

En el centro de la mesa, noté que derramaban un polvo blanco en la tapa de la mesa, que black puso en tiras cortas. Me quedé allí y puse mis ojos recordaron cuando mi hermano apareció con una botella de chivasa.

—Qué bueno que este tipo tuyo— dijo, me golpeó en el hombro y se sentó a su lado. —Sabe divertirse.

Don Massimo se inclinó sobre la mesa y tocó una línea con su fosa nasal, después tiró de la otra.

—Massimo, ¿puedo hablar contigo?

—Si quieres preguntarme si puedes unirte, la respuesta es no.

Después de esa declaración, mi hermano estalló en risa.

—Mi hermana y la coca sería una combinación asesina.

Nunca he probado las drogas en mi vida, no por elección, sólo por miedo. He visto lo que le hacen a la gente, y lo incalculables que se vuelven. Esa visión me trajo los peores recuerdos y un sentimiento de miedo que no quería volver a experimentar.

—Kuba, ¿puedes dejarnos solos?— Le pregunté a mi hermano.

Cuando vio mi cara, se levantó de su silla y se puso su chaqueta.

—Se suponía que me iba a ir de todos modos, porque esa rubia de la tercera mesa no se rinde.

Al salir, se volvió hacia Black:

—Volveré aquí.

Me quedé allí y vi a Massimo dibujar otra línea, bebiendo un sorbo de líquido ámbar. Después de un rato me acerqué y me senté a su lado.

—¿Así es como vas a pasar la noche?— Pregunté, sentándome en la silla.

—Tu hermano es un gran tipo— dijo, como si no hubiera escuchado la pregunta en absoluto. —Es muy inteligente y tiene un gran conocimiento de las finanzas. Podemos usar un contador creativo en la familia.

Me harté de que Kuba fuera un miembro de la Mafia.

—¿De qué estás hablando, Massimo? Él nunca pertenecerá a la familia.

Black se rió irónicamente y tomó otro sorbo.

—No te corresponde a ti decidir, nena. Si quiere, lo haré un hombre muy feliz y rico.

La desventaja de mi hermano era un amor desenfrenado por el dinero y por las mujeres.

—¿Tendré alguna vez algo que decidir? ¿Se tendrá en cuenta mi opinión de alguna manera? Porque yo soy la que vive así, carajo!— Grité y me levanté. —Estoy harta de no poder influir en nada, y el hecho de no tener poder sobre mi vida durante semanas.

Me enfadé salí de la habitación, dando un portazo, subí las escaleras y me senté en la glorieta del jardín.

—Maldito infierno— susurre entre dientes.



Blanka Lipińska

—¿Problemas en el paraíso? —Peter preguntó, sentado a mi lado con una botella de vino. —¿Tu amigo te hizo enojar? — Tomó un sorbo directamente de la botella.

Lo miré un rato y ya quería levantarme cuando decidí que no tenía ganas de huir de él. Extendí mi mano, tomé su vino y empecé a verterlo por mi garganta.

—Relájate, Lari, no quieres bajar aquí.

—Ya no sé lo que quiero. Y tú sigues aquí. ¿Por qué estás aquí?

—Sabía que estarías aquí. ¿Cuántos años han pasado, seis?

—Ocho.

—No me hablaste, no contestaste los correos electrónicos, no contestaste los teléfonos. Ni siquiera me dejaste disculparme y explicarme.

Me volví hacia él con irritación y le volví a quitar la botella de las manos.

—¿Explicar qué? Intentaste suicidarte delante de mí.

Colgó la cabeza.

—Sí, fui un idiota. Después de todo eso, fui a terapia ya que no la había tomado. Estaba tratando de organizar mi vida, pero después de un tiempo, me di cuenta de que probablemente eras la única mujer con la que podía vivir, y dejé de intentarlo. No sé en qué estaba pensando cuando vine aquí, supongo que esperaba que estuvieras sola y tal vez...

Levanté mi mano para mantenerlo callado.

—Peter, tú eres el pasado, esta ciudad es el pasado, y mi vida se ve diferente ahora y no te quiero en ella.



Blanka Lipińska

Se inclinó y cayó en el fondo del sofá.

—Lo sé, pero eso no cambia el hecho de que es agradable verte, especialmente porque cada año estás más y más hermosa.

Nos sentamos allí y hablamos de lo que pasó todos estos años, de mis comienzos en Varsovia y de su escuela de baile. Una botella de vino, luego otra y otra más.



365 días



Blanka Lipińska

CAPÍTULO 18

Me despertó el sol brillante que brillaba directamente en mi cara y un poderoso dolor de cabeza.

—Oh, Dios.— Estaba a punto de salir de la cama.

Miré a mi alrededor y decidí que ciertamente no estaba en la casa de mis padres. Entré en la sala de estar y la vista de la mesa del apartamento me recordó lo que pasó anoche. Massimo se inclinó sobre el polvo blanco y habló con Kuba, y luego nada en absoluto. Tomé el teléfono en mi mano y marqué a black, no respondía. Qué consecuencia, pensé, aunque en el fondo me alegré de no tener que hablar con él, estando con la resaca de un gigante.



Fui al baño y me di una larga ducha, después de salir de él subí a la ventana y vi un todoterreno negro y a Paulo fumando un cigarrillo delante de él. Miré el lugar donde ayer se estacionó un Ferrari negro, que desapareció. Me vestí y bajé.

—¿Dónde está don Massimo?— Le pedí a Paul que apagara la colilla.

No me respondió, sólo señaló la silla, y cuando entré, cerró la puerta. Condujimos hasta la casa de mis padres, Paul se detuvo frente a la entrada, sin entrar en la propiedad. Mi conductor salió del coche y abrió la puerta.

—Esperaré aquí,— dijo, subiendo al coche.

Con los zapatos en la mano, subí por la entrada. Presioné el timbre, después de un rato mi madre abrió la puerta.



Blanka Lipińska

—No hay manera de salir de fiesta y volver por la mañana— dijo, agachándose ligeramente. —Vamos, hice el desayuno.

—Iré enseguida— respondí, yendo a mi habitación a cambiarme.

Cuando me senté a la mesa, mi madre me dio un plato con tocino y huevos.

—Disfrútalo.

El olor de la comida hizo que todo se me metiera en la garganta y me apresuré a ir al baño.

—Laura, ¿estás bien?— Preguntó, llamando a la puerta.

Salí, limpiándome la cara con la mano.

—Ayer me excedí con el vino. ¿Sabes dónde está Massimo?

Mamá me miró preguntando.

—Pensé que estaba contigo. ¿Cómo has llegado hasta aquí?

No tenía sentido mentir, así que dije la verdad.

—El conductor me trajo, le dije que tenía cosas aquí, uno de sus empleados me estaba esperando. Dios, qué terrible me duele la cabeza.— Estaba balbuceando, cayendo en la silla de la mesa.

—Bueno, veo que después del baile, la fiesta siguió adelante.

Estaba sentada, mirándola, y tratando de recordar que algo estaba sucediendo, desafortunadamente sin éxito. Recogí mis cosas y después de tomar el té con mis padres me preparé para salir.

—¿Cuándo vendrás?— Mamá preguntó, despidiéndose de mí.



Blanka Lipińska

—Voy a volar a Sicilia la semana que viene, así que probablemente no pronto, pero llamaré.

—Cuídate, cariño.— Me apretó fuerte en un abrazo.

Dormí todo el camino hasta Varsovia, despertándome dos veces y tratando de llamar a Black en vano.

—Srta. Laura, estamos.— La voz de Paulo me sacó de mi sueño.

Abrí los ojos y descubrí que estamos en la terminal de salidas VIP en Okaciu.

—¿Dónde está Massimo?— Le pregunté, no salí del coche.

—En Sicilia, el avión ya está esperando,— dijo, dándome una mano.

Al sonar la palabra el avión empecé a buscar nerviosamente pastillas en mi bolso, tomé dos y me dirigí hacia el check-in. Después de treinta minutos ya estaba sentada en un avión privada, estupefacta, esperando el despegue. La resaca no era propicia para viajar, pero en combinación con las píldoras para calmarme, funcionó como somnífero.

Después de casi cuatro horas llegamos a Sicilia, donde un coche me esperaba en el aeropuerto que conocía bien. Cuando llegamos a casa, Domenico me saludó en la entrada.

—¡Hola, Laura! Me alegro de verte,— dijo, abrazándome fuerte.

—¡Domenico, te he echado mucho de menos! ¿Dónde está don Massimo?

—Está en la biblioteca, tiene una reunión, pidió que te refrescaras y que te vería en la cena.

—No pensé que nos iríamos tan repentinamente, ¿ya están aquí mis cosas de Polonia?



Blanka Lipińska

—Las traerán mañana, pero creo que estarás bien después de que haya llenado tu armario.

Caminando por el pasillo, me detuve en la puerta de la habitación donde estaba Black. Hubo una fuerte discusión desde adentro y a pesar de un gran deseo de entrar allí, me detuve.

Me duché y me preparé para la cena. Sin saber muy bien lo que pasó anoche, decidí vestirme, por si acaso. Entré en mi armario y elegí mi conjunto favorito de ropa interior de encaje rojo. Metí la mano en el armario y saqué el vestido negro suelto de la percha hasta los tobillos. Metí las piernas en las sandalias y me dirigí hacia la terraza. Massimo estaba sentado en la mesa a la luz de las velas, y estaba al teléfono.



Me acerqué, lo besé en el cuello y me senté en la silla de al lado. Sin interrumpir la conversación, me miró fijamente con una mirada oscura y helada que no anunciaba nada bueno.

Cuando terminó, puso su celular sobre la mesa y bebió un sorbo del vaso que estaba frente a él.

—¿Cuánto recuerdas de anoche, Laura?

—Creo que lo más importante es que cuando estabas frente a una mesa llena de coca.— Le tiré irónicamente.

—¿Y después?

Me pregunto y por un momento me asusté. No tenía ni idea de lo que pasó después de la segunda botella de vino que me bebí con Peter.

—Fui a hablar y bebí vino— respondí, sacudiendo los hombros.

—¿No recuerdas nada?— preguntó con los ojos medio cerrados.




Blanka Lipińska

—Recuerdo que bebí demasiado. Joder, Massimo, ¿qué quieres decir? ¿Me dirás lo que pasó o no? ¿Me perdí de algo, o es tan terrible? Estaba enojada contigo y lo que vi, fui al jardín y me encontré con Peter allí. Quería hablar y tomamos un trago de vino, eso es todo. Además, me dejaste sin una palabra, estoy harta de que desaparezcas todo el tiempo.

Black empujó su espalda hacia el respaldo y su pecho se agitaba cada vez más.

—Eso no es todo, nena. Cuando tu hermano volvió a mí algún tiempo después, me dijo por qué reaccionaste al ver la cocaína. Quería encontrarte y luego te vi.

Su mandíbula estaba apretada.



—Al principio, tu no hablaste, pero luego tu colega reaccionó de manera un poco exagerada y definitivamente trató de aprovechar la condición a la que te llevó.— Se detuvo, y sus ojos se volvieron completamente negros.

Se levantó de su silla y presionó su vaso contra el adoquín de piedra. El cristal se rompió en cientos de pedazos.

—Ese hijo de puta trató de joderte, ¿entiendes?— gritó, estrechando sus manos en un puño.

—Estabas tan inconsciente que pensaste que era yo el que estaba a tu lado. No te resististe, así que tuve que detenerlo.

Estaba sentada allí asustada y tratando de ayudarme a mí misma, pero sólo tenía un agujero negro en mi cabeza.

—Mamá no me dijo nada. ¿Qué ha pasado? ¿Le diste una paliza?

Massimo se rió irónicamente, se acercó y me acorralo en el sillón, apoyando las manos a ambos lados.



Blanka Lipińska

—Yo lo maté, Laura.— Estaba silbando a través de sus dientes. —Y antes de eso, confesó lo que te había hecho en el pasado cuando estaba drogado. Si lo hubiera sabido antes, no habría cruzado el umbral de la habitación en la que estabas.— Podías ver cómo las emociones casi le desgarraban el cuerpo. —¿Por qué no me dijiste nada de esto y me dejaste comer en la misma mesa con este degenerado?

Estaba aturdida y asustada, estaba tratando de tomar aire. Recé para poder mentir.

—Creo que planeaba acostarse contigo esa noche desde el principio, pero mi presencia rompió un poco su plan. Por eso esperó el momento adecuado y tomo las drogas que creo que te dio en el alcohol. Para probar que no estoy mintiendo, haremos un análisis de sangre.

Se echó hacia atrás y se apoyó contra la mesa con ambas manos.

—Si pienso en lo que ese hijo de puta te hizo mientras estabas con él, me siento como si lo matara de nuevo.

No sabía cómo me sentía. Miedo mezclado con ira e impotencia. Maté a un hombre, o tal vez Black sólo está fanfarroneando, tal vez quiere darme una lección y asustarme de nuevo? Poco a poco me levanté de la silla, Massimo se acercó a mí, pero yo extendí mi mano para darle instrucciones y le hice señas para que volviera a su lugar. Golpeando la puerta llegué a mi habitación y detrás de la puerta cerré con llave. No quería que entrara aquí, no quería verlo. Tomé una píldora para hacer que mi corazón acelerado fuera un poco más lento, me desnudé y me fui a la cama. No podía creer lo que hizo. Cuando las drogas funcionaron, me quedé dormida.

Al día siguiente me despertó un golpe en la puerta.

—Laura,— oí la voz de Domenico. —¿Puedes abrir?



Blanka Lipińska

Me acerqué a la puerta y giré la llave. Un joven italiano entró en la habitación y me miró con compasión.

—Domenico, me gustaría preguntarte algo, pero no quiero que don Massimo lo sepa.

Se paró allí y me miró confundido, y averiguó qué contestarme. —Eso depende de lo que la solicitud se trate.

—Me gustaría ver a un médico. No me encuentro muy bien y no quiero que Massimo se preocupe.

—Pero tienes a tu médico. Él puede venir aquí.

—Quiero ir a otro, ¿puedes hacer eso por mí?— No me di por vencida.

Domenico se quedó allí y me miró. —Por supuesto. ¿A qué hora quieres ir?

—Dame una hora.— dije entrando al baño.

Sabía que Black se enteraría de todo de todos modos, pero tenía que ver si realmente estaba diciendo la verdad y si hace dos días no estaba simplemente borracha.

Antes de las 13:00 nos subimos al auto y fuimos a una clínica privada en Catania. El Dr. Di Vaio me recibió casi inmediatamente. No era el cardiólogo que ya había visto, sino un médico general, porque era al que quería ir. Le explique lo que quería comprobar y le pedí que hiciera las pruebas. Mientras esperaba los resultados, Domenico me llevó a un desayuno tardío y nos presentamos de nuevo a las 15:00. El doctor me invitó a su oficina, me sentó en un sillón y miró tranquilamente las cartas.

—Sra. Laura, en realidad hay drogas en su sangre, exactamente ketamina. Es una sustancia psicoactiva que causa amnesia. Y eso es lo



Blanka Lipińska

que me preocupa. Necesitamos hacerle unas pruebas y consultar a un ginecólogo.

—¿Un ginecólogo? ¿Para qué?

—Estás embarazada y necesitamos asegurarnos de que el bebé está bien.

Cerré los ojos e intenté digerir lo que acababa de oír.

—¿Perdón?

El doctor me miró sorprendido.

—¿No lo sabías? Los análisis de sangre indican que estás embarazada.

—Pero me hice una prueba hace una docena de días, y tuve un período antes de eso, así que ¿cómo es posible?

El doctor sonrió bien y puso sus codos en su escritorio.

—Verás, puedes tener un período de tres meses si estás embarazada. Y el resultado de la prueba depende de muchos factores, incluyendo el momento en que se produjo la fecundación. Le haremos un ultrasonido y un ginecólogo le dará más detalles. Sólo necesitamos tomar otra muestra de sangre.

Estaba sentada allí, apretando mis párpados cada vez más fuerte, y podía sentir lo débil que me estaba volviendo.

—¿Estás 100% seguro de esto?— Pregunté de nuevo.

—¿Que estás embarazada? Absolutamente, sí.

Intenté tragar mi saliva, pero mi boca estaba bastante seca.

—Doctor, es un secreto de médico, ¿verdad?

Lo confirmó asintiendo con la cabeza.

—En ese caso, no deseo informar a nadie de los resultados de mis pruebas.

—Entiendo, por supuesto que lo harás. La recepcionista la llevará a la sala de tratamiento, y luego hará una cita con el ginecólogo.

Le eché una mano y salí de la oficina con mis suaves piernas. Primero fui a la enfermera para donar sangre de nuevo y luego a la sala de espera donde estaba sentado Domenico.

Pasé a su lado sin decir una palabra y me puse de pie. Cuando se unió a mí, me miró fijamente haciendo preguntas. Los acontecimientos de los últimos días, mi ira, todo se volvió sin importancia, estaba embarazada.

—Laura, ¿y qué? ¿Todo está bien?

Reuní toda la fuerza que tenía, y con una falsa sonrisa, dije:

—Sí, tengo anemia, y por eso sigo cansada. Tengo que hacer una plancha de tambor y pasaré.

Estaba como en trance, creía saber lo que estaba pasando, pero no entendía nada. Escuché un ruido sordo en mi cabeza, y mi piel se me puso de piel de gallina justo después. Intenté no respirar demasiado alto, pero los intentos de respirar con calma no tuvieron éxito.

El coche empezó a moverse, y saqué el teléfono de mi bolsillo y marqué el número de Oli.

—Hola, perra.— Escuché una encantadora bienvenida por teléfono.

—Oli , ¿estás muy ocupada para la próxima semana?

—¿Sé...? Si no cuentas a esta rubia que folla como un cohete, supongo que no demasiado. Mi marica se fue a conquistar más mercados de



Blanka Lipińska

cosméticos, así que definitivamente me aburriré. ¿Qué, tienes un pro-
vida para mí?

Domenico me miró sin entender una palabra, y yo me esforcé por comportarme con naturalidad.

—¿Vendrías a Sicilia por mí?

Había un silencio inquietante en el teléfono.

—¿Qué está pasando, Lari? ¿Por qué te fuiste ya, de acuerdo?

—Oli, sólo dime si vas a venir. — Estaba molesta. — Yo me encargaré de todo, sólo tienes que estar de acuerdo, por favor.

—Cariño, por supuesto que iré, hazme saber cuándo y dónde estar.

¿Ese medio Dios oscuro te hizo algo? Si lo hizo, mataré al hijo de puta y su mafia no me hará una mierda.

Me apoyé en el asiento, divertida.

—Estoy bien. Sólo te necesito ahí dentro. Te lo haré saber cuándo termine, empaca.

Puse el teléfono en mi bolso y miré a Domenico.

—Me gustaría que mi amiga viniera a verme mañana, ¿puedes encargarte de su transporte desde Polonia?

—¿Entiendo que se quedará para la boda?

La maldita boda, me olvidé totalmente de ella anoche y de la revelación de esta noche.

—¿Todos lo sabían, pero yo no?

Domenico se encogió de hombros y sacó el número del teclado del teléfono.



Blanka Lipińska

—Me encargaré de todo,— dijo, poniéndose el auricular.

Cuando el coche aparcó en la entrada, salí sin esperar a que el conductor abriera la puerta y me dirigí hacia la casa. Caminé a través de una maraña de pasillos y entré en la biblioteca. Massimo estaba sentado en una gran mesa con un par de hombres. Todo el mundo se quedó en silencio para verme. Black les dijo algo y se levantó de la silla.

—Necesitamos hablar,— dije, apretando los dientes.

—Nena, ahora no, tengo una reunión. ¿Podemos hacer esto esta noche?

Estaba parada ahí mirándolo y tratando de calmar mis nervios. Sabía que no era aconsejable en mi estado de agitación.

—Necesito un coche, pero sin conductor, quiero ir a pensar.

Me miró investigando, entrecerrando los ojos.

—Domenico te traerá un coche, pero no puedes conducir sin protección.— Susurró. —Laura, ¿estás bien?

—Sí, quiero pensar lejos de aquí.

Me di la vuelta sobre mi talón y cerré la puerta detrás de mí. Me acerqué a un joven italiano que estaba en el umbral.

—Necesito un coche. Massimo dijo que me lo darías, así que pediré las llaves.

Sin decir una palabra, se dio la vuelta y se dirigió hacia las escaleras que conducen a la entrada. Cuando nos fuimos, me detuvo en la puerta.

—Espera, te traeré tu coche.

A faint, artistic background image showing a couple in a car, with a man driving and a woman in the passenger seat. The image is rendered in a soft, painterly style with a purple and blue color palette.

Blanka Lipińska

Después de un tiempo, un Porsche de Cherry Macan aparcó delante de mí.

Domenico salió de el, me dio la llave y dijo: —Esta es una versión turbo con un motor muy potente, va casi doscientos setenta por hora, pero es mejor no desarrollar tales velocidades— advirtió con risas. —¿Por qué quieres conducir sola, Laura? ¿Por qué no te quedas y hablas conmigo? Don Massimo trabajará hasta tarde. Tomaremos vino.

—No puedo.— dije quitándole las llaves de la mano.

Me metí en el cremoso centro de un gran vehículo y me quedé helada: botones, cientos de botones, interruptores, perillas. Como si no pudieras dar con el volante, los pedales y la caja de cambios. Un joven italiano se acercó y llamó a la ventana.

—Tienes las instrucciones en la guantera, en pocas palabras, aquí tienes el control del aire acondicionado, la caja de cambios es un autómata, pero probablemente lo has notado— intercambié todas las funciones del coche una por una, y sentí que me caían las lágrimas a los ojos.

—Vale, ya lo sé todo— le interrumpí, arrancando el coche y pisando el acelerador.

Cuando salí de la propiedad, un todoterreno negro me siguió. No me apetecía tener compañía, y mucho menos controlarme. En cuanto llegué a la autopista, apreté más fuerte el acelerador y sentí la fuerza que me dijo Domenico. Corrí como una loca, pasando por más coches hasta que el coche negro de mi guardia de seguridad desapareció en el espejo retrovisor. En la primera salida, volví a los Giardini-Naxos. Sabía que no adivinarían que iba a volver a la ciudad.



Blanka Lipińska

Me paré en el estacionamiento del paseo marítimo y salí. Me puse gafas oscuras en la nariz y me dirigí a la playa. Me senté en la arena y un chorro de lágrimas salió de mis ojos. ¿Qué fue lo que mejor hice? Vine aquí hace dos meses de vacaciones y me convertí en una jefa de la mafia, y ahora voy a tener un bebé para él.

Estaba llorando; no era un llanto, era un rugido salvaje y desesperado. Estaba sentada y las horas siguientes pasaron como minutos. Cientos de pensamientos por segundo volaban por mi cabeza, incluyendo aquellos para deshacerme del problema que llevaba dentro de mí. ¿Qué le voy a decir a mi madre, cómo le voy a decir a Massimo, qué va a pasar ahora? ¿Cómo pude ser tan estúpida, por qué me acosté con él y para qué diablos confié en él?



—Maldito infierno.— Me quejé, escondiendo mi cabeza entre mis rodillas dobladas.

—Conozco esa palabra.

Levanté la cabeza y vi a Black sentado a mi lado en la arena.

—Nena, no puedes huir de la seguridad. No lo hacen con tu ira sólo para protegerte.— Sus ojos estaban llenos de cuidado, y me penetraban haciendo preguntas.

—Lo siento,— tenía que estar bastante tranquila.— No he tenido en cuenta que este coche también tiene un transmisor, porque lo tiene, ¿verdad?

Massimo asintió con la cabeza.

—Estarán en grandes problemas si te pierden, tienes que ser consciente de eso. Si una niña puede perderlos, ¿cómo pueden protegerte?

—¿Vas a matarlos?— Le pregunté asustada.

Black se rió y se pasó la mano por el pelo.

—No, Laura, esa no es razón para matar a alguien.

—Soy un adulto y puedo cuidar de mí misma.

Me abrazó con su brazo y me atrajo hacia sí.

—No lo dudo. Ahora dime, ¿qué está pasando, por qué fuiste al médico?

Muchas gracias, Domenico. Pensé que estaba encantada con su discreción.



Estaba atrapada en un abrazo, abrazando su cuello. Me preguntaba si debía decirle la verdad o si sería más conveniente mentirle por ahora.

—Demasiado. Estuve en la clínica para ver qué tenías razón, y la tenías. Había ketamina en mi sangre, así que no puedo recordar nada. Massimo, ¿realmente lo mataste?— me incorpore y me quité las gafas.

Black se volvió hacia mí y me agarró suavemente por la cabeza con ambas manos.

—Lo golpeé y luego lo llevé al estanque junto al establo. Sólo quería asustarlo, pero cuando empecé, no podía parar, sobre todo porque él lo admitió todo. Sí, Laura, yo lo maté, y los hombres de Karlos se encargaron del resto.

Jesús, susurré y me salieron lágrimas de los ojos. —¿Cómo pudiste? ¿Por qué?

Massimo se levantó y me recogió. Sus ojos eran casi completamente negros y estaban helados.



Blanka Lipińska

—Porque yo quería. No pienses en cómo lo dijiste una vez. No tienes una máquina del tiempo, así que no harás nada al respecto.

—Déjame en paz. Todavía quiero sentarme aquí sin ti.— Me ahogué, sentada en la playa.

Sabía que no me dejaría ir, y tenía que decir algo para convencerlo y darme un momento de paz. Paradójicamente, no me preocupaba en absoluto la muerte de Peter, sino sólo que daría a luz al hombre que estaba delante de mí.

—Mataste a un hombre por mi culpa. Me has dado un remordimiento que no puedo soportar. Tengo ganas de subirme a un avión ahora y no volver a verte nunca más. Así que, o respeta mi petición, o esta será nuestra última reunión.

Se quedó allí un rato, mirándome, y luego se dirigió al paseo marítimo.

—Olga aterriza mañana a las doce en punto,— dijo, y se fue, y desapareció en un todoterreno negro.

El sol comenzó a ponerse y recordé que apenas había comido nada hoy. Ahora no podía permitírmelo. Me levanté y caminé por el paseo marítimo hacia los coloridos pubs. Caminando por la acera, me di cuenta de que estaba al lado del restaurante donde vi a Massimo por primera vez. Mi cuerpo temblo. Era tan reciente, y sin embargo, mucho había cambiado desde entonces, en realidad todo.

Entré y me senté en una mesa con vista al mar. El camarero apareció extremadamente rápido, saludándome con un giel de orina líquido, y desapareció, dejando una tarjeta. Miré a través de él, preguntándome qué podía comer, si había algo que no podía comer, y qué debería haber hecho, dada mi condición. Finalmente, me decidí por el plato más seguro, la pizza.



Blanka Lipińska

Sacudí mis piernas y tomé el teléfono. Quería hablar con mi madre. Si no, sería la primera persona a la que llamaría con la feliz noticia, pero no ahora. Porque las noticias del embarazo no eran nada felices, y tendría que exponer toda mi postura de mentira, lo que probablemente haría que se le rompiera el corazón.

Después de comer pizza y beber un vaso de jugo, le di al camarero mi tarjeta de crédito, mirando fijamente al mar casi negro.

—Srta. Biel, lo siento.— Lo escuché a mis espaldas. —No la reconocí con ese color de pelo.— Me volví hacia el hombre y lo miré con curiosidad.

El joven camarero estaba de pie junto a la mesa y al estrechar sus manos me dio la tarjeta.

—No lo entiendo. ¿Cómo puedes saber quien soy?

—Tenemos una foto tuya como una persona VIP que nos dio el manidón de Massimo. De nuevo, lo siento. El pago no fue cobrado.

—Tomaré un poco más de jugo de tomate—, dije, girando la cabeza.

Estaba pensando en volver a la mansión y reunirme con Black hasta que me apretó en el estómago.

La siguiente hora pasó desapercibida y decidí que era hora de volver a dormir. Mañana Oli estará conmigo y todo estará bien, puedo llorar todo lo que quiera.

—Veo que estás muy aburrida, déjame hacerte compañía— dijo el joven moreno, sentada a mi lado en la silla. —Te oí hablando con el camarero. ¿De dónde eres?

Miré a un hombre extraño con un ojo enojado y frustrado.

—No tengo ganas de compañía.

—Nadie tiene si quiere estar solo, pero a veces vale la pena vomitar sobre una persona al azar, porque su evaluación no le importará y le aliviará.

Me hizo reír y molestar al mismo tiempo.

—Entiendo tu elegante amigo perdonador, pero en primer lugar, realmente quiero estar sola, y en segundo lugar, puede que tengas problemas para sentarte aquí, así que te aconsejo que busques otro lugar.

El hombre no se rindió y movió la silla más cerca de mí.

—¿Sabes lo que pienso?

Me importaba una mierda, pero sabía que no se callaría.

—No creo que el tipo en el que estás pensando te merezca.

Lo interrumpí hablando con él:

—Creo que estoy embarazada y me voy a casar el sábado, así que levántate y mira si no estás en el bar.

—¿Embarazada?— Escuché una voz a mis espaldas.

El tipo se levantó como si se hubiera quemado y casi huyó de la mesa, y Massimo ocupó su lugar.

Mi corazón latía como loco, y él me miraba con enormes ojos negros. Recuperé el aliento y me volví hacia el mar para evitar el contacto visual.

—¿Y qué se suponía que debía decirle? ¿Que estabas a punto de matarlo? Es más seguro mentir. Además, ¿qué estás haciendo aquí?

—Estoy aquí para la cena.

—¿No hay comida en casa?

—Haces falta en la mesa. Me voy mañana, de todos modos. Quería despedirme.

Me volví hacia él y me torcí, frunciendo el ceño.

—¿Qué quieres decir con que te vas?

—Tengo que trabajar, nena, pero no te preocupes, me voy a casar contigo... Quería llevarte conmigo, pero como tu amiga viene, hazte una despedida de soltera. La tarjeta de crédito que recibiste con las llaves de tu apartamento es tuya y empieza a usarla. Aún no tienes un vestido de novia.



Su cálida voz y su preocupación me calmaron y se aseguraron de que no fuera el momento de que él lo descubriera. Estaba completamente perdida. ¿Cómo era realmente? y al mismo tiempo me encantaba la incompetencia que había en él.

—¿Cuándo volverás?— Podía oír en mi voz que me había suavizado claramente.

—Cómo me llevo bien con la familia que tengo en Palermo. La muerte de Emilio me causará problemas, pero no te quiebres la cabeza.— dijo, levantándose y besándome en la frente. —Si has comido y estás lista, vamos, me gustaría despedirme de ti en casa.

Llegamos al coche, y le di las llaves del Porsche.

—¿No te gusta?— Preguntó, abriéndome la puerta.

Entré y esperé a que él entrara.

—No se trata de eso. Es hermoso, pero es terriblemente complicado. Además, me gusta cuando conduces.

The background of the page is a soft-focus photograph of a man and a woman in a car. The man is wearing a dark suit and the woman is wearing a light-colored dress. They are both looking towards the camera with slight smiles. The car's interior and windows are visible, creating a romantic and intimate atmosphere.

Blanka Lipińska

Durante un tiempo dudé en abrocharme el cinturón de seguridad, leí una vez que las mujeres embarazadas no deberían hacerlo.

—¿Cómo supiste dónde estaba?

Black se rió, y sentí la potencia del motor turbo.

—Recuerda, nena, siempre sé lo que estás haciendo.

Después de unos minutos, estacionamos en una entrada renovada.

Black salió del coche y me abrió la puerta.

—Voy a ir a mi habitación— voy a frotarme la barriga suavemente.

—Sí, pero cambié tu habitación, así que déjame llevarte... dijo, agarrando mi mano.

—Me gustaba esa...— Dije cuando me arrastró por el pasillo.



CAPITULO 19

Nos paramos frente a la puerta en el último piso, y Massimo agarró la manija y la abrió. Una habitación que ocupaba todo el piso de la casa apareció ante mis ojos.

Las paredes estaban revestidas de madera oscura de suelo a techo, en el centro había un gran y brillante sofá en forma de C, y delante de él, sobre la chimenea, había un televisor. Luego sólo había ventanas y escaleras que conducían al entresuelo, donde había un dormitorio con una enorme cama negra apoyada en cuatro columnas, se parecía al dormitorio del rey. A continuación había un armario y un baño, y justo detrás una terraza con vistas al mar.



—A partir de ahora, tu lugar está aquí, Laura, a mi lado— dijo, empujándome al espejo del baño cuando me quedé aturdida por la vista, mirando al horizonte. —Hice que movieran tus cosas, pero esta noche no necesitarás nada.

Sentí sus labios deambulando alrededor de mi cuello, y las caderas que se frotaban contra mi espalda comenzaron a ondear. Me volví hacia él delante de mí y respiré hondo.

—Massimo, hoy no.

Black se apoyó en mí con las manos a ambos lados de la barandilla, encerrándome en un abrazo. Me miró con curiosidad, casi penetrándome con los ojos negros.

—¿Qué pasa, nena?

—Me siento mal, creo que todavía siento los efectos de la fiesta del sábado.

Blanka Lipińska

Vi que mis argumentos no eran particularmente convincentes, así que cambié mi estrategia.

—Me apetece abrazarte, darme una ducha, ver la televisión e irme a la cama. Además, dentro de un par de días es nuestra boda y al menos mantengamos el resto de los buenos modales y guardémoslos hasta el sábado.

Massimo se puso de pie, divertido, y me miró, incapaz de creer lo que estaba escuchando.

—¿Restos de buenos modales? Soy de la familia de la mafia, ¿recuerdas? Bien, cariño, será como tú quieras. Además, veo que algo anda mal, así que hoy me conformaré con lavarte la espalda.

Divertido me llevó por el apartamento.

—Oh, no, me voy a duchar sola. Los dos sabemos cómo terminará la ducha junta.

Una hora después, ambos estábamos en la cama viendo la televisión.

—Aprender italiano no te pasará de todas formas. Si se supone que vives aquí, deberías saber el idioma. Nos ocuparemos de ello a partir del lunes,— dijo, incluyendo las noticias locales.

—¿Aprenderás también el polaco? ¿Hablaré siempre en inglés, incluso en mi propio país?

—¿Cómo sabes que no estoy estudiando?— Preguntó, abrazándome y peinando mi pelo con sus dedos. —Me alegro de que Olga esté contigo unos días, creo que necesitarás algo de libertad. Pero ni siquiera cuente con la seguridad de quedarse en casa, y no huya de ellos, porque no quiero ponerme nervioso.—Tenía su mano en mi mano. —Si quieres bucear o ir a una fiesta, díselo a Domenico, él lo organizará todo, Laura.



Blanka Lipińska

Recuerda, mucha gente ya sabe quién eres. Me preocupa tu seguridad, pero sin tu cooperación, la protección no funcionará.

Me preguntaba cuál era el significado de esas palabras, y la Mina Negra estaba preocupada.

—¿Hay alguna amenaza para mí?

—Nena, tu vida ha estado en peligro desde que te traje de vuelta, así que deja que me ocupe de ello para que nunca te pase nada malo.

Instintivamente me agarré la barriga bajo el edredón. Sabía que ahora era responsable no sólo de mí misma sino también del pequeño bebé que crecía dentro de mí.

—Haré lo que quieras que haga.

Massimo se levantó un poco y me miró, frunciendo el ceño.

—Laura, ¿no te reconozco? ¿Dónde se produjo esta repentina sucesión?

Sabía que tenía derecho a la información sobre nuestro hijo, también sabía que esta conversación no me pasaría de largo, pero no quería hacerlo ahora, antes de su partida. Sentí que no era el momento adecuado.

—Me di cuenta de que tenías razón. Soy una chica inteligente, recuerdas.

Lo besé y me apreté bajo su hombro.

Hacia las siete de la mañana me despertó un suave empujón, la erección de Massimo me empujaba en las caderas. Giré ligeramente mi cabeza hacia él y con diversión descubrí que todavía estaba durmiendo. Deslice lentamente mi mano entre nosotros y agarré su miembro.

Blanka Lipińska

Empecé a masajearlo desde la raíz hasta la punta. El hombre oscuro gimió en silencio y se giró sobre su espalda. Me acosté de costado, apoyándome en el codo y vi cómo reaccionaba a lo que yo estaba haciendo. Apreté mi mano cada vez más rápido y presioné más fuerte sobre su masculinidad. En algún momento abrió los ojos y cuando me vio, se calmó y los cerró de nuevo. Puso su mano bajo el edredón y frotó suavemente mis bragas de encaje.

—Más fuerte— Susurró.

Seguí su orden y sentí que la mano que me estaba tocando, se movía y llegaba a mi grieta húmeda. Tiró del aire y empezó a jugar, retorciéndose en los placeres, y su miembro creció y se hizo más duro.



—Súbete en mí— dijo, lamiéndose los labios y dejando caer al suelo el edredón.

Una increíble erección matutina apareció en mis ojos, hasta que me calenté.

—Nada de esto, cariño— dije, besándolo en la barbilla. —Quiero satisfacerte de esta manera.

—Yo quiero entrar en ti.

Después de estas palabras, lo sentí retorcerse y pegar su cuerpo a mí. Me quitó las bragas de encaje y entró brutalmente en mí. Grité, clavando mis uñas en su espalda. Me presionó mucho hasta que recordó que no podía terminar porque no teníamos condones. Lo sacó y, respirando fuerte, se movió sobre mi cabeza, apoyando sus manos contra la pared detrás de la cama.

—Termina— Exhaló y deslizó su pene por mi garganta.

Tiré fuerte y rápido y mis dedos acariciaron suavemente sus testículos.

Blanka Lipińska

Después de un rato, sentí su cuerpo apretando y una ola de semen pegajoso inundando mi garganta. Gritaba fuertemente, metiendo las manos en la cabecera de la cama. Cuando terminó, se cayó a mi lado e intentó recuperar el aliento.

—Puedes despertarme así todos los días,— dijo divertido.

Intenté tragarlo todo, pero sentí que el contenido de mi estómago subía hasta la garganta. Salté de la cama y corrí al baño, dando un portazo. Me incliné sobre el inodoro y empecé a vomitar. Cuando terminé, me apoyé en la pared y recordé que estaba embarazada. Dios, que drama, pensé, si cada uno de estos chupa-vergas tengo que terminar vomitando, supongo que no lo haré por meses.

Massimo se paró en la puerta del baño y cruzo las manos en el pecho.

—Me hizo daño la pizza de anoche, sentí que algo andaba mal.

—¿La pizza te hizo daño?

—Sí, además, las drogas cambian el sabor y el olor del esperma, así que tenlo en cuenta la próxima vez que tengas ganas de noquearme, dije, levantándome y yendo a por un cepillo de dientes.

Black se paró contra el marco de la puerta y me miró para investigar.

Terminé de cepillarme los dientes y le besé en la mejilla al pasar.

—Es muy temprano, creo que todavía me quedare acostada.

Me metí debajo del edredón y encendí la televisión, y todavía estaba en la puerta, de cara al dormitorio esta vez.

Volé a través de los canales, sintiendo su mirada en mí.

—Antes de irme, me gustaría que te examinara un médico—se metió en el armario.

Blanka Lipińska

Mi corazón se detuvo. No sabía a qué médico quería llamar, pero hasta un curandero leería el embarazo a partir de la prueba del pulso. O al menos eso pensaba.

Veinte minutos más tarde, estaba de pie junto a la cama. Se veía igual que el primer día que lo vi en el aeropuerto. El traje negro y la camisa oscura hacían juego con sus ojos y su bronceado. En este equipo, era un gobernante, no un gángster indulgente y excepcional. Manteniendo el resto de la paz y dirigiendo mis ojos hacia la TV, dije:

—No creo que la indigestión sea una buena razón para llamar al médico, pero haré lo que quieras. Haré mi propio diagnóstico y escribiré el tratamiento. Gotas para el estómago, té amargo y bizcochos, ¿quieres que te recete algo también?



Massimo se acercó a mí, sonriendo un poco.

—Prevenir es mejor que curar, ¿verdad?— Lo agarré por los pantalones. —¿No era suficiente con vestirse por la mañana, Sr. Torricelli? ¿O no está lo suficientemente satisfecho?

Black se rió de mi cara.

—Sigo siendo insaciable para ti, pero ahora, por desgracia, no tengo tiempo para sentar cabeza hasta el final. Prepárate para tu noche de bodas. Tendremos que compensarlo, cariño.

Se inclinó y me dio un largo y apasionado beso en los labios, y luego se dirigió hacia las escaleras.

—Recuerda, me prometiste que no te escaparías y te dejarías proteger. Tengo una aplicación en el teléfono, así que sé dónde estás. Es la misma que te dije que usaras en el tuyo, así estarás más tranquila. Domenico te mostrará todo. Si no quieres conducir un Porsche, los choferes te



Blanka Lipińska

llevarán, pero no te lleves ninguno de los deportivos. Me temo que no puedes manejarlos, cariño. He planeado algunas sorpresas para ti para que no te aburras, búscalas. Están en lugares que son nuestros primeros. Nos vemos el sábado.

Cuando estaba desapareciendo, bajando las escaleras, sentí que las lágrimas fluían en mis ojos. Me levanté de la cama y corrí tras él. Salté sobre él y empecé a besarlo como loca, colgando de él como un mono.

—Te quiero, Massimo.

Gimió y me apoyó contra la pared, empujándome la lengua hasta la garganta. —Me gusta que me quieras, y ahora corre a la cama.

Me quedé con los ojos de cristal, mirando cómo abría la puerta.

—Volveré— susurró, cerrándola detrás de él.

Yo todavía me quede parada así por un tiempo, con la mano en la cintura, y cada vez que se vaya, rezaré para que vuelva feliz. Borré los malos pensamientos y me fui a la terraza. Otro hermoso día fue levantarse sobre Sicilia. El cielo ligeramente nublado estaba cediendo el paso al sol, que se abría paso cada vez con más fuerza a través de las nubes. Me senté en un sillón y miré el mar que se movía ligeramente. Sentí un suave presencia moviéndose suavemente en mi espalda.

—Te traje té con leche,— dijo Domenico, parándose a mi lado. —Y algo de medicina para tu anemia.

Puso frascos de medicina en la mesa delante de mí y empezó a intercambiar:

—Ácido fólico, zinc, hierro y todo lo demás necesario para el primer trimestre.



Blanka Lipińska

Estaba sentada, mirándolo fijamente con los ojos bien abiertos.

—¿Sabes que estoy embarazada?

El joven italiano sonreía, asintió con la cabeza y se sentó cómodamente en la silla.

—No te preocupes, sólo yo lo sé. Y no voy a compartir ese conocimiento con nadie, porque creo que es todo tuyo.

—¿Pero no se lo dijiste a Massimo?— Pregunté con horror.

—Por supuesto que no. Laura, hay cosas en las que incluso las familias tienen derecho a interferir. Tú eres la que tiene que decírselo, nadie más.

Me sentí aliviada de respirar y beber un sorbo de una taza.

—Rezo por la niña,— dije con una sonrisa triste.

Domenico me dio la espalda y se despidió riendo.

—La niña podría eventualmente ser también la cabeza de la familia,— respondió irónicamente, levantando las cejas.

Lo golpeé en el hombro.

—Ni siquiera lo digas, no es gracioso.

—¿Has pensado en un nombre?

Me quede congelada, mirándolo. —Sé lo del embarazo desde ayer, y no se me ha ocurrido pensar en ello. Por ahora, tengo que ir al médico para averiguarlo todo, y luego pensaré en los detalles.

—Te he reservado una cita para mañana, a las tres, en la misma clínica que la última vez. Ahora vístete y ven a desayunar. Mi iniciación me obliga a cuidar especialmente tu dieta.




Blanka Lipińska

Mientras caminábamos por el dormitorio, noté una caja enorme que estaba sobre la cama.

—¿Qué es?— Pregunté, dirigiéndome a Domenico.

—Un regalo de don Massimo,— explicó, sonriendo y desapareciendo significativamente en las escaleras. —Estaré esperando en el jardín.



Desembalé el cartón y dos cajas más pequeñas con el logo de Givenchy en la parte superior aparecieron ante mis ojos. Los saqué y los abrí. Eran las botas asesinas que la esposa de Karlos llevaba cuando nos conocimos. Estaba locamente enamorada de estos zapatos, pero ninguna persona normal gastaría casi siete mil zlotys en ellos. Me levanté por admiración al verlos - ambas parejas eran del mismo modelo, sólo que eran diferentes en color. Los tomé en mis manos, abrazándolos fuertemente, y fui al armario. Miré las décimas partes de las cosas hermosas de las perchas. Dentro de unos meses no encajaré en nada, pensé. Me voy a perder la bebida de Nochevieja, las fiestas con Oli y ¿cómo demonios voy a explicárselo a mis padres? Me senté en la silla grande, todavía apretando mis botas, y un torrente de pensamientos fluía por mi cabeza.

Me deslumbró: tengo que ir a casa de mi mamá antes de que sea visible, y luego siempre saldré a trabajar, son sólo unos meses. Pero mi brillante plan tenía un defecto - el niño finalmente nacerá y será difícil para mí explicar este fenómeno a mis padres.

—Oh Dios, pero el baño... lo dejé, me levanté de la cama.

Mientras que mi figura seguía siendo casi impecable, decidí utilizar el armario activamente. Para el primer día con Oli elegí unas botas brillantes, que Black me dio. Escogí pantalones cortos blancos y una camisa gris aireada con una manga larga y enrollada. Me pinté

Blanka Lipińska

suavemente los ojos y con cuidado formé mi brillante rubio bob. Cuando terminé, ya eran más de las diez. Me empaqué en una bolsa de crema de Prada y me puse iluminados dorado en la nariz. Al salir, me paré frente al espejo junto a la puerta y me quejé. Mi vestuario de hoy valía tanto como mi primer coche, por supuesto, sin contar el extremadamente caro reloj, porque con él estaba alcanzando el valor de mi apartamento. Me sentía atractiva y muy marcada, pero ¿era todavía yo?

No pensé que a Domenico le importara tanto mi condición. Casi a la fuerza, como mi madre, me metía más comida en la garganta.

—Domenico, ¿sabes que el embarazo no es una hambruna?— Me molestó que me pusiera otra tanda de huevos en mi plato. —No quiero comer más, me desmayaré otra vez. Vámonos, o llegaré tarde.



Un joven italiano me miró con pesar. —¿Por qué no te llevas una manzana a la carretera?

—¡Jesús! Tómallo tú mismo y detente, psicópata.

El camino a Catania fue sorprendentemente corto, o tal vez sólo tenía algo en que pensar. Para tranquilizar a Massimo, decidí ir con el chofer.

Aparcamos en la terminal de llegadas. Estaba feliz de estar a solas con Oli, Domenico sintió que no lo necesitaba y se quedó en la propiedad. Cuando vi salir a mi amiga, no esperé a que se abriera la puerta, sino que me lancé sobre ella.

—¿Son estas las botas de Givenchy que no me puedo permitir?— Preguntó cuándo caí en sus brazos y la presione firmemente contra mí. —Sujetarme no te servirá de nada y te los quitaré de todas formas.

—Hola, querida. Me alegro de verte.

A faint, artistic background image of a couple in a car, with a man driving and a woman in the passenger seat. The image is rendered in a soft, painterly style with a purple and blue color palette.

Blanka Lipińska

—Sabes, me llamaste a este ritmo, y del que estoy hablando, sabía que no tenía elección.

El conductor tomó el equipaje y nos abrió la puerta.

—Más en serio, Olga se lanzó al asiento. ¿Tenemos un conductor? Tengo curiosidad por saber qué pasará después.

—Seguridad, servicio y control— le expliqué, agitando mis brazos. —Transmisores, probablemente llamadas telefónicas y gánsteres en cada turno. Bienvenida a Sicilia.— Abrí los brazos y sonreí sarcásticamente.

Olga se curvó un poco y me miró como si estuviera tratando de hacer brillar mi cabeza.



—¿Qué está pasando, Lari? Hace mucho tiempo que no te escucho como ayer.

—Intentaba darte algo de mierda, pero no creo que tenga sentido.

Me voy a casar el sábado y quiero que seas mi dama de honor.

Se sentó allí mirándome con la boca abierta.

—¿Estás loca?! — Ella gritó. —Entiendo el brote de amor de don mafioso y el hecho de que quieras probarlo con él, sobre todo porque te da una vida de cuento de hadas, tiene la polla hasta las rodillas y se parece a Dios, pero el matrimonio? ¿Después de dos meses de amistad? Yo creo en la institución del divorcio, no tú. Siempre has querido ser romántica, quieres esta vida, con niños, una casa. ¿Qué te está pasando? Te dijo que lo hicieras, ¿verdad? Lo haré pedazos por obligarte a hacer todo. Dejaste el país, te convertiste en una muñeca como Vogue, ¡y ahora estás casada!

Había estado gritando, apenas recuperando el aliento.



Blanka Lipińska

Me volví hacia el vidrio, y no pude oírla gritar más.

—Estoy embarazada.

Olga se quedó en silencio y gritó a voz en cuello para convencerme de que en un momento dado rodarían sobre la alfombra.

—¿Qué estás qué?

—Me enteré ayer, así que quería que vinieras. Massimo no sabe nada todavía.

—¿Podemos parar? Tengo que conseguir un poco de aire.

Le pedí al conductor que se detuviera en el lugar más bajo posible. Oli saltó del coche cuando finalmente se levantó y encendió un cigarrillo con las manos temblorosas. Después de quemar uno sin decir una palabra, tomó otro y, tirando de sí misma, comenzó:

—Vives como en una jaula, dorada... pero sigue siendo una jaula, y ahora es una jaula. ¿Te das cuenta en lo que te estás metiendo?

—¿Qué quieres que haga ahora? Ha pasado. No voy a quitar el bebé.

—Estaba sentada en el asiento mirándola, y el tono de mi voz se elevó. - Me gritas como si pensaras que soy discapacitada y no supiera lo que hice. Sí, fui estúpida, sí, no lo pensé, la cagué, pero no tengo una máquina del tiempo. Bueno, a menos que lo hagas, vamos, pero si no lo haces, cállate y empieza a apoyarme. ¡Maldita sea!

Olga estaba parada allí mirándome cuando yo estaba llorando.

—Ven a mí.— Estaba hablando, apagando su cigarrillo.— Te quiero, y el bebé...— se quedó así por un tiempo. —Por lo menos será hermoso, después de tales padres no puede ser de otra manera.



Blanka Lipińska

Condujimos el resto del camino en silencio, como si cada una de nosotras tuviera que meterse en la cabeza lo que escuchó. Sabía que tenía razón. Sus palabras fueron mis pensamientos, pero eso no cambió el hecho de que la vida se salió completamente de control.

Cuando estábamos llegando a casa, me volví hacia ella.

—Intentemos divertirnos. No quiero pensar más en ello.

—Lo siento.— Se atragantó detrás de unas gafas oscuras. —Pero no me preparaste para las noticias.

El coche se dirigió a la entrada donde Domenico ya estaba esperando. Oli miraba a los lados, sorprendida por lo que vio.

—Joder, como en la Dinastía, ¿vives aquí con él o diriges un hotel?

Me hizo reír con lo que dijo, y sentí que su humor regresaba.

—Lo sé, da un poco de miedo, pero te gustará. Vamos,— dije cuando el Joven Italiano abrió la puerta desde mi lado.

Los presenté y los observé con curiosidad. Era bastante obvio que esto sucedería, porque Olga, como yo, amaba la moda y los tipos galantes y guapos.

—Probablemente es gay,— lanzó cuando caminamos por el pasillo. —Y es bueno que no nos entienda,— nos ahogamos en risas.

—Te decepcionaré, pero la palabra gay es la misma en muchos idiomas, así que la probabilidad de que lo entienda es alta—, susurré.

Mientras pasaba por mi antigua habitación, recordé las palabras de la mañana de Massimo, que hablaba de nuestros primeros lugares y de la sorpresa.

—Espera un minuto. Dije,— agarre la manija.

Blanka Lipińska

Entré y me sentí tranquila. Todo era tan mío, familiar e intacto. La ropa de cama fue cambiada y no había cosas en el vestidor, era diferente. Había un sobre negro en la cama. Me senté en el colchón y lo abrí. Dentro había un bono de lujo para un spa y una nota: "*Lo que te gusta*". Abracé la nota en mi corazón y sentí un anhelo por Black, incluso lejos de mí podía sorprenderme. Saqué el teléfono y marqué el número de Massimo.

—Estaremos al final del pasillo,— dijo Domenico, arrastrando a Oli con él. Después de tres señales escuché un acento familiar.

—Pienso en ti...—. Susurré en el auricular.

—Yo también pienso en ti, cariño. ¿Qué ha pasado?

—No, acabo de encontrar el sobre y quería darte las gracias.

—¿Sólo uno?— Preguntó sorprendido.

—¿Hay más?

—Inténtalo con más fuerza, Laura. Creo que hubo más de una primera vez. ¿Olga ya llegó?

—Sí, gracias. Ya estamos en casa.

—Diviértete, cariño, y no te preocupes, todo va bien.

Presioné el botón rojo y fui a buscar el resto de las sorpresas.

Un montón de opciones volaban por mi cabeza, pero no veía por dónde empezar. Lo más lógico era seguir las huellas de nuestro pasado común.

—La biblioteca— susurré y seguí adelante. En la silla en la que estaba sentado la primera noche, había otro sobre negro. Lo abrí y encontré una tarjeta de crédito con un chirrido: "*Gástalo todo*". Oh, Dios, ni siquiera



Blanka Lipińska

quería imaginar, cuánto dinero hay en ello, pensé. Luego fui al jardín hacia el sofá, donde besé a Massimo.

Había un papel negro en el colchón, y dentro había una invitación a nuestra boda y un breve texto que estaba esperando: "*Te quiero*". Abracé el sobre y me dirigí a casa buscando a mi amiga y a un joven italiano.

Los encontré en la terraza del dormitorio al final del pasillo, cerca de mi antigua habitación. Podía ver que le gustaba.

—Champagne para el desayuno a las 13:00— después de que conociera a Oli, tomo una copa de moët rose.

—Tu mafioso se ocupó de nosotros.



Señaló con la mano un enorme jarrón de hielo en el que había varias botellas de mi bebida favorita. Domenico movió los hombros disculpándose y me dio un vaso de jugo de tomate.

—Pedí vino espumoso sin alcohol de Francia, pero no llegará hasta mañana. Bueno, no exagero,— dije, sentada en la gran silla blanca. Durante unos meses prescindiré del sabor del alcohol.

Oli se apretó a mi lado y me abrazó.

—Pero, ¿por qué? Además, como te vas a casar dentro de unos días y Massimo no sabe nada del niño, vale la pena guardar las apariencias. Un agua con sabor a champán no le hará ningún daño.

Me aterrorizaba el pensamiento de que tenía que organizar y subyugar toda mi vida a un ser no nacido, y eso era sólo el principio. Sabía que la parte más difícil era en unos pocos meses.

—Domenico, me gustaría almorzar en la ciudad, reserva algo...

Un joven italiano sirvió otro vaso a mi amiga, y luego desapareció.



Blanka Lipińska

—¿Por qué no le dijiste a Black lo del bebé?

—Porque hasta que lo sepa, tengo una opción. Oli, no quería a este niño, pero también sé que no puedo deshacerme de él. Además, Massimo se iba y no quería que cambiara sus planes por mi culpa, se lo diré después de la boda.

—¿Crees que será feliz?

Me quedé callada un rato, mirando el mar.

—Sé que se volverá loco de alegría. Porque en realidad, esta carga no planeada fue planeada por él.— Me incliné y moví los brazos, y Olga me miró con los ojos bien abiertos.

—¿Qué carajo?

Le conté la historia de mi implante y nuestra primera noche en el yate. Le expliqué por qué me mintió. Mencioné que tuve días fértiles en ese entonces, y un examen que no mostró nada.

—Así que supongo que si no soy idiota, me quedé embarazada cuando hicimos el amor por primera vez.

Oli se sentó un rato en silencio, analizando toda la historia. Luego tomó un sorbo del vaso y dijo:

—No quiero entrar en un tono de adivino irracional, pero ya sabes, estas cosas raramente pasan. ¿Tal vez es el destino? Tal vez estaba destinado a ser, Lari. Tú eres la que siempre me dijo que todo en la vida es pasa por algo. ¿Has estado pensando en un nombre?

—Todo está sucediendo tan rápido, que ni siquiera he pensado en ello todavía.

—¿Pero polaco o italiano?



Blanka Lipińska

La miré, buscando respuestas a su pregunta.

—No lo sé, me gustaría armarlo, pero creo que esperaré a Massimo. No hablemos más de eso. Vamos, comamos algo.

Tuvimos una tarde de rumores y recuerdos de la infancia. Siempre supimos que íbamos a ser madres, pero había planes para tomar una decisión consciente, en lugar de un fracaso. Cuando regresamos a casa, ya era tarde y Olga estaba claramente cansada.

—Duerme conmigo hoy— le pregunté, mirándola a través de los ojos de un spaniel.

—Por supuesto, querida.



La agarré de la mano y la subí por las escaleras. Cuando entramos en el apartamento del último piso, estaba tapiada.

—¡Oh, joder!— se estranguló con su encanto natural. —Lari, ¿cuánto dinero crees que tiene?

Me encogí de hombros y me dirigí hacia las escaleras que conducen al entresuelo.

—No tengo ni idea, pero un montón de asqueroso dinero. Me abruma un poco, pero no voy a ocultar el hecho de que es fácil acostumbrarse al lujo. Nunca le pedí nada, no tuve que hacerlo, incluso consigo lo que no necesito.

Nos sentamos en la cama y señalé la puerta abierta del vestidor.

—¿Quieres ver una verdadera exageración? Ve allí. Puedes comprar algunos apartamentos en Varsovia con el contenido de mi armario.

Cuando corrió por la puerta, la seguí. La luz brillaba, y un armario de más de cincuenta metros de altura apareció ante sus ojos. En la pared

Blanka Lipińska

opuesta a la entrada había estantes con zapatos, del suelo al techo, desde Louboutin hasta Prada. Una escalera móvil estaba fijada a ellos, gracias a la cual podía quitar fácilmente lo que estaba en la parte superior. En el centro de la sala había una isla iluminada con cajones que cubrían los relojes, las gafas y las joyas, con una gigantesca araña de cristal colgando sobre ella. El interior era negro y las perchas estaban separadas entre sí por espejos. Mis cosas ocupaban todo el lado derecho, y el lado izquierdo de Massimo. En la esquina junto a la entrada del baño había un enorme y suave sillón acolchado sobre el cual una sorprendida Olga cayó.

—Oh, no me jodas. No sé qué decir, pero no siento lástima por ti.

—Yo tampoco, pero a veces pienso que no me lo merezco todo.

Oli se levantó de su silla, se acercó a mí y me cogió los brazos.

—¿De qué estás hablando?!— ...grito, sacudiéndome. —Lari, eres millonaria, lo amas y él te ama, le das todo lo que quiere y ahora le darás el bebé. No tienes que ser tan rica como él para darle lo que quiere y necesita. Y si puede y quiere darte lo que quiere, ¿cuál es tu problema? ¡Tienes una actitud equivocada!— Me amenazó con un dedo. —Para él, diez mil es como cien zlotys para ti, no lo midas con tu medida financiera, porque la escala es diferente.

Me pareció que sonaba bastante lógico

—Si tuvieras tanto dinero como él, ¿no querrías darle el mundo entero?— continuó.

Sólo asentí con la cabeza.

—Ya ves, así que agradece lo que tienes, y no pienses en ello como una estúpida. Ven a dormir, mami, porque me estoy cayendo de sueño.



Blanka Lipińska

CAPÍTULO 20

Al día siguiente desayunamos demasiado tarde, y nos quedamos en la cama hasta el mediodía.

—Tienes que hacer algo por mí,— dije, recurriendo a Olga. —Hoy tengo una cita con un ginecólogo, pero a petición mía está a tu nombre, así que básicamente tú eres la paciente de hoy.

Oli me miró, levantando una ceja.

—No sé cuánto puede controlar Massimo lo que hago. El plan es decirle que olvidaste tu receta para las píldoras anticonceptivas, y vamos a la clínica. De esa manera, no se sorprenderá de verme allí si comprueba dónde estoy.

Oli seguía comiendo el bollo dulce con el que estaba tomando café.

—Estás jodida, ¿lo sabes? Se va a enterar, pero genial. Haz lo que creas.

—Gracias, y después de la prueba, iremos a Taormina para hacer compras. Quiero vestir a mi dama de honor y necesito encontrar mi vestido de novia,— dije con una sonrisa. —¿Sabes lo que eso significa?

—¡De compras!— gritó Oli y comenzó a bailar junto a una silla con una rosquilla en los dientes.

—Tenemos que limpiar la tarjeta de crédito de Massimo. Tengo un poco de miedo de su contenido. Vale, voy a llamarle. Quiero acabar con esto.— Me dirigí a mi sofá favorito.

Black tomó un sorbo sorprendentemente fácil del cuento de hadas sobre las píldoras de Olga, asegurándose de que no era nada serio, y que



Blanka Lipińska

se trataba de anticonceptivos, y continuó la conversación, cambiando el tema de nuestra boda. Dijo que no tendremos una boda en sí y que sería una celebración muy íntima. Al final, se quedó extrañamente callado.

—Massimo, ¿estás bien?— Pregunté ansioso.

—Sí, sólo quiero estar en casa ahora.

—Son sólo tres días más y estarás en Taormina.

Hubo un silencio elocuente en el auricular y él, suspirando, se ahogó: —No se trata del lugar, se trata de que no estés cerca. La casa es donde estás, no el edificio, nena. Sobre todo porque también tenemos un apartamento en Palermo.



“Nena” al oír esas palabras, me calenté y me puse bien, lo extrañé. Sólo me di cuenta de eso cuando hablé con él por teléfono.

—Tengo que irme, Laura, puede que no tengas contacto conmigo hasta el viernes, pero no te preocupes y usa la aplicación en el teléfono si sientes la necesidad.

Estoy de vuelta en la mesa, asimilando el teléfono para mí.

—Pero te encanta, es sorprendente,— dijo Oli, tambaleándose en la silla. —Puedes oír su voz por teléfono, y si pudieras, le quitarías los auriculares con ese amor.

—Deja de joder y vamos, encontraremos algo que usar en mi armario. Justo después de la cita con el doctor, vamos a gastar algo de dinero, así que parezcamos muñecas de Vogue.

Nos llevó demasiado tiempo cavar en el armario y si no fuera por Domenico, probablemente llegaría tarde a una cita con el médico.



Blanka Lipińska

Listas para salir, estábamos en la puerta de la casa. Me puse las mismas botas que ayer, excepto por un vestido ligero negro sin hombros. Olga, por su parte, apostó por el estilo de una rica puta, llevando unos brillantes pantalones cortos de Chanel en alto estado, que revelaban casi por completo sus nalgas, y un top del mismo color. También desenterró los alfileres altos de *Giuseppe Zanotti* con insertos de oro y vasos brillantes. Definitivamente no parecíamos una mujer embarazada y la cuidadora de su amiga.

El Dr. Ventura se sorprendió de que dos mujeres entraran en el consultorio. Rápidamente le expliqué que necesitaba el apoyo de un amigo porque mi prometido se había ido. Aceptó mantenerla en la habitación durante el examen, que seguía teniendo lugar detrás del biombo. Cuando terminamos, me vestí y me senté al lado de Olga. El doctor tomó las huellas y se puso las gafas.

—Definitivamente estás embarazada, es el comienzo de la sexta semana eso es lo que muestra el ultrasonido y el examen. El feto se está desarrollando correctamente, tienes un buen resultado, pero estoy preocupado por tu corazón. Podría hacernos difícil dar a luz. Necesitaremos una consulta cardiaca y un cambio de medicación lo antes posible, preferiblemente no del todo. No hay emoción violenta ni ansiedad.— Se reservó y se volvió hacia Oli. —Por favor, cuida de tu amiga. Estas primeras semanas serán las más importantes para el desarrollo del niño, le prescribiré sus suplementos y si no tiene ninguna pregunta, le veré en dos semanas.

—Tengo una cosa en común: ¿por qué estoy perdiendo peso?

El Dr. Ventura se apoyó en la silla y se quitó las gafas.

—A menudo sucede, las mujeres pueden aumentar de peso rápidamente, pero también pierden peso al principio del embarazo. Come



Blanka Lipińska

racionalmente, aunque no tengas hambre. Si no tienes apetito durante todo el día, come algo fuerte, porque el bebé necesita alimento para crecer.

—¿Y el sexo?— Preguntó Olga.

El doctor me miró haciendo preguntas.

—Con mi prometido, por supuesto. ¿Hay alguna contraindicación?

Sonriendo amistosamente, respondió: —No hay ninguna, por favor, ten sexo a voluntad.

—Muchas gracias—, dije. Le apreté la mano y me despedí.

—Bueno, estamos embarazados— Olga estaba feliz cuando manejamos hacia Taormina.

—Tienes que beber, quiero decir, yo beberé y tú solo verás.

—Eres una estúpida. —Me quede en silencio, con una declaración de conciencia en mi cabeza. —Dios, es tan bueno que el bebé esté sano. Últimamente he estado bebiendo y con todas esas drogas.

Oli se volvió y se giró en la silla.

—¿Qué drogas, Lari? Nunca has tomado nada.

Le conté brevemente la historia de la boda, guardando los detalles de la muerte de Peter.

—Qué imbécil.— anunció. —Siempre te dije que... Vámonos de aquí, imbécil.

Y está muerto, dije en mi mente, sacudiendo la cabeza para sacarme este recuerdo.



Blanka Lipińska

De camino a las compras llevamos a Domenico, nadie conocía los secretos de las mejores y más caras boutiques de la ciudad. Taormina es un lugar maravilloso y extremadamente hermoso, desafortunadamente, no hay absolutamente ningún lugar para aparcar.

—Bien, saldremos de aquí y daremos un paseo,— dijo nuestro guía, abriendo la puerta.

Dos guardaespaldas salieron del coche que iba detrás de nosotras, y esta vez se alejaron lo suficiente de nosotras.

—Domenico, ¿me seguirán siempre?— Pregunté, en cuclillas.

—Desafortunadamente, sí, pero al final te acostumbrarás.

¿Empezamos con la novia o la dama de honor?



Sabía que no sería fácil encontrar un vestido, así que decidimos empezar conmigo. En realidad, por un lado, no me importaba que nadie me viera de todas formas, y por otro lado, quería parecer un rompeolas para Massimo. Íbamos a ver más tiendas de marca, pero no había nada a lo que agarrarse. Si no hubiera sido por el hecho de que Olga estaba cargada de bolsas como una nómada, probablemente estaría un poco enfadada, pero su alegría se vio recompensada por la falta de un vestido.

—De acuerdo, no habrá nada aquí de todos modos—, dijo Domenico. —Iremos al taller de diseño de mi amiga, almorzaremos allí, y de alguna manera estoy extrañamente seguro de que encontrarás lo que buscas en ella.

Caminamos por calles estrechas, vagando por las siguientes escaleras y callejones. Nos paramos frente a una pequeña puerta del color de una berenjena. Un joven italiano se metió en el código y subimos las escaleras.



Blanka Lipińska

Creo que conocía bien a la dueña, ya que ella le dio acceso a su estudio, pensé.

Era uno de los lugares más mágicos que he visto. Toda la casa era un espacio abierto, sostenido sólo por unas pocas columnas adornadas con lámparas, que se asemejaban ilusoriamente a los pompones blancos y grises. Decenas de vestidos colgados perezosamente en las perchas: vestidos de noche, de boda y de cóctel. En la esquina cerca de las ventanas que dan a la bahía había un enorme espejo. De piso a techo, y considerando que el techo era muy alto, era de unos cuatro metros. Frente a ella se encontraba una alfombra roja, al final de la cual se encontraba un monumental sofá blanco con un asiento acolchado. De repente apareció en el atelier una mujer alta, delgada y extremadamente bella. Su largo pelo negro y liso colgaba suelto a lo largo de su delgada cara, tenía labios y ojos antinaturalmente grandes como una muñeca hecha de mangas japoneses. Simplemente perfecta. Vestida con un vestido estrecho y corto, expuso sus piernas extraordinariamente largas y la falta absoluta de senos - como yo. Se veía que se preocupa por sí misma y hacía mucho ejercicio, pero su silueta seguía siendo femenina y sexy.

Domenico se acercó a ella y ella le dio una calurosa bienvenida. Se quedaron quietos durante unos pocos, quizás una docena de segundos, como si ninguno de ellos quisiera soltar primero el abrazo.

Poco a poco me acerqué y extendí mi mano.

—Hola, soy Laura.

Una bella mujer italiana dejó ir a Domenico y me besó en ambas mejillas con una sonrisa radiante.



Blanka Lipińska

—Sé quién eres, y estás mucho mejor de rubia,— dijo. —Soy Emi y he visto tu cara en docenas de pinturas en la casa de Massimo.

Con este texto, puse una pequeña sonrisa en la cara: en la casa de Massimo ¿y qué estaba haciendo en su casa y por qué sabe sobre mi?

Me acordé de Anna, la fenomenalmente hermosa ex novia de Black. ¿Emi era parte de su colección también? No creo que Domenico me hubiera puesto bajo tal estrés, aunque tal vez... mi cabeza se rompía por la multitud de pensamientos flotantes.

—Y así es, Domenico— se volvió hacia el joven italiano. —¿Cómo está tu hermano? No lo he visto en mucho tiempo y siento que necesita unos cuantos trajes.



—¿Hermano?— Repetí después de ella, frunciendo el ceño y haciendo preguntas a Domenico.

Se volvió hacia mí y dijo en voz baja, sin ninguna emoción:

—Massimo y yo tuvimos el mismo padre, así que somos medio hermanos. Si quieres, te lo contaré en casa, y ahora finalmente se casaran.

Yo me quedé mirándolos, mientras Olga se dirigía hacia los colgadores. No sabía qué me interesaba más: La relación de Emi con Massimo, o el hecho de que Domenico era su hermano.

—Laura— se volvió hacia mí. —¿Has pensado en algo? ¿Algo? ¿Material?

Me encogí de hombros, doblé la boca.

—Cariño— dijo Domenico, dándome una palmadita en el trasero. —Sorprendida.



Blanka Lipińska

Me asusté totalmente, porque estaba convencida de que ella también era gay.

—Esperan minuto.— Dije, agitando la mano, y todo el trío se giró sobre mí. —Chicos, tranquilícense conmigo porque ya estoy perdida, ¿quién eres tú y qué son ustedes?

Los dos estallaron en risa, y la bella mujer italiana abrazó a Domenico.

—Somos...— ella empezó a divertirse —...amigos, nuestras familias se conocen desde hace años. El padre de Massimo y Domenico son amigos míos desde la escuela primaria. Incluso me enamoré de Massimo una vez, pero no le interesó y mi hermano menor me sacó.— Besó la mejilla de Domenico. —Si te interesan los detalles, dormimos juntos un par de veces. Un poco menos desde que apareciste, pero de alguna manera estamos bien,— ella dijo, —déjame echar un vistazo.

—Si quieres saber algo más, ¿continuamos con el tema del vestido? Yo no me meto con Massimo, si eso estaba en tu mente, prefiero los más jóvenes.

Me sentí avergonzada, pero por otro lado, me sentí aliviada por la información concisa y mi estado de ánimo definitivamente mejoró.

—Me gustaría mucho encaje, y preferiblemente todo. Encaje italiano, clásico, ligero y sensual.

—Tienes necesidades muy específicas, y resulta que recientemente he hecho un vestido para el espectáculo que te puede gustar. Vamos.— Me agarró la mano y corrió una gran cortina. —Domenico, pide el almuerzo y saca el vino de la nevera, siempre es más fácil pensar con una copa.

Después de diez minutos de que me puse el vestido y de clavar un millón de alfileres para entallarlo, salí y me paré en una plataforma situada en medio de la alfombra roja entre el sofá y el espejo.



Blanka Lipińska

Olga se quejó. —Lari, te ves...— dijo y había chorros de lágrimas en sus mejillas.

—Te vez tan bonita, querida.— Susurró, parada detrás de mí.

Levanté los ojos y miré mi reflejo. Por primera vez en mi vida me puse un vestido de novia y por primera vez en mi vida vi una creación tan deliciosa.

No era blanco, era sólo un delicado vestido color melocotón, completamente sin espalda, cubierto con un delicado encaje. En la cintura estaba muy bien ajustado y suelto de las caderas con una cola hermosa, de al menos dos metros de largo. En la parte delantera, perfectamente cortada en forma de V se adaptaba muy bien a mis pechos pequeños y no se necesitaba poner un sostén. Bajo el busto había una delicada decoración de cristal, que animaba el conjunto, ligeramente parpadeante. Era perfecto, perfecto y sabía que impresionaría a Black.

—Tu debes tener un velo,— dijo Emi. —Y será uno que te cubrirá la espalda, porque, ya sabes, estamos en Sicilia, aquí los curas tienen una grieta.— Golpeó en la frente con su dedo índice. —Tengo algo que le combina.— La diseñadora desapareció entre las perchas y después de un tiempo me puso un delicado encaje casi completamente transparente que me cubrió como un capullo. La tela era tan transparente que se me podía ver exactamente, y cubría mi cuerpo lo suficiente como para no perturbar la paz del sacerdote.

—Ahora estás lista— dijo, asintiendo con la cabeza.

Olga estaba sentada en el sofá, bebiendo el tercer vaso de vino.

—No creí que fuera tan fácil la primera vez, pero te ves increíble.



Blanka Lipińska

Es un hecho. Me veía increíble y sabía que Massimo pensaría igual. Cuanto más me miraba, más me daba cuenta de que me iba a casar y lentamente empezaba a sentir la alegría.

—Está bien, quítamelo, porque estoy a punto de llorar,— dije, bajando del ascensor y arrastrando el velo detrás de mí junto con la cola.

Cuando me libere del vestido, los deliciosos mariscos llegaron a la mesa cerca del sofá. Todos nos sentamos en sillas blancas y empezamos a comer.

—Hasta mañana estará listo y emparejado— dijo Emi entre bocados.
—Domenico lo llevará a tu propiedad, espero que me lo prestes para esta noche.

Me reí y abracé a Oli, que estaba sentada en la silla de al lado.

—Ya tengo un compañero para las noches solitarias, así que adelante.— Miré hacia atrás al joven italiano. —Pienso que sería aún mejor si tú te quedaras inmediatamente y te aseguraras de que Emi termine a tiempo.

—Vigilo a alguien. Si a la novia de mi hermano para que no se escape, Tommy lo está también, es el destino. Uno es un don, el otro una niñera.

Emi le dio un codazo en el hombro y le dio una mirada pro-evocación.

—Si no quieres, no puedes vigilarlo.

Domenico se inclinó hacia ella y le susurró algo al oído, y ella se lamió elocuentemente los labios. Estaba celosa, no de mi asistente, sino de mi cuñado, pero del hecho de que ahora estaban juntos y podían divertirse. No sé si Massimo y yo podremos ser así con los demás.



Blanka Lipińska

—¿Y qué hay de mí?— Preguntó Olga. —En toda la montaña de ropa que compramos, no hay ningún vestido que le quede bien al tuyo.

Emi dejó el tenedor, comiendo un pedazo de pulpo, y se dirigió hacia una de las perchas.

—Puedo ver que estás muy cerca del estilo de las putas— se dio cuenta, volviendo con un vestido. —Pero no pasará aquí, sobre todo en esta iglesia que eligió Massimo. Pruébate este.

Oli se levantó, cogió el vestido y, se puso detrás de la cortina, y dijo: —Lari, mira como estoy haciendo un sacrificio por ti.

Pero cuando salió y se paró frente al espejo, cambió de opinión. El vestido que llevaba era del mismo color que el mío, pero definitivamente difería en el corte y longitud, una elegante creación en tirantes de seda delicada y mate. Enfatizó perfectamente su prominente trasero, su vientre plano y sus enormes pechos.

—Menos mal que no haya boda en si, porque estoy atada a mis rodillas,— dijo, acariciándose. —El baile es bastante libre en este vestido, pero el diseño se ve muy bien.

Me sentí aliviada al ver lo bien que se veía mi amiga, y sabiendo que estábamos listas para el día.

Cuando terminamos de comer, ya era muy tarde, y la noche cayó sobre Taormina.

—Laura— Domenico se dirigió a mí cuando me despedí de Emi. —Si pasa algo, llámame.

—¿Pero qué va a pasar?— Preguntó enfadada a Oli. —Eres peor y más sensible que su madre.

—Te acompañaré al coche,— sugirió.

Blanka Lipińska

—¿Sabes qué? No estoy cansada y me gustaría caminar, ¿qué quieres hacer, Oli?

—En realidad, ¿por qué no? La noche es cálida, y estoy aquí por dos días y no he visto nada todavía.

A Domenico no le gustó mucho nuestra idea, pero no podía prohibirla, sobre todo porque siempre he estado protegida.

—Dame un minuto, llamaré a los chicos. Cuando bajes las escaleras, espéralos, por favor, si aún no están parados ahí. ¿O sabes qué? Bajaré contigo.

—¡Domenico, estás enfermo!— Grité, empujándolo por la puerta.

—Llevo casi tres décadas sin tipos con armas, y esta vez también lo haré. ¡No me molestes!

Se puso de pie, torcido, con las manos sobre el pecho.

—Sólo espéralos.— Estaba silbando entre dientes cuando cerré la puerta.

—Te veré mañana. ¡Adiós!— Olga gritó y bajamos las escaleras.

Esperamos un momento a los tristes caballeros y cuando aparecieron a lo lejos, avanzamos por la calle.

La noche fue maravillosa y cálida, y las calles del pequeño pueblo estaban llenas de miles de turistas y residentes. Taormina estaba llena de vida, música y maravillosos olores de comida italiana.

—¿Te mudarías?— Le pregunté a Olga, cogiendo su mano.

—¿Aquí?— gritó sorprendida. —No sé, si sé que algo me puede retener en Polonia, pero aquí no me atrae nada más que a ti.


—¿Y eso no es suficiente?



Blanka Lipińska

—No, pero ¿recuerdas cuánto tiempo me llevó mudarme a Varsovia? No me gustan los cambios, y tengo miedo de los drásticos.

Sí, recuerdo cuánto tiempo estuve persuadiéndola para que viviera conmigo.



Viví en Varsovia durante ocho años. Escapé de Lublin, del amor enfermizo de Peter. Cuando me mudé a la capital, no tenía donde vivir y el trabajo que me ofrecieron estaba en línea con mis aspiraciones profesionales pero financieras. Mamá todavía no puede vivir con el hecho de que yo haya elegido este camino en ese momento, aunque probablemente piense que es algo bueno ahora. Por un lado, estaba el puesto de gerente de ventas en un hotel de cinco estrellas, que me ofrecía una tarifa sin pasar hambre, pero yo tenía tarjetas de visita y un ego desordenado. Por otro lado, había un salón de belleza exclusivo que quería que yo fuera su estilista, y para mí significaba "servir" constantemente a las mujeres ricas e hinchadas. La paradoja era que como gerente, ganaba tres veces menos de lo que me ofrecían en ese salón. Desafortunadamente, la perspectiva de una carrera ganó y decidí entrar en los hoteles. Luego hubo más hoteles y más relaciones infructuosas; la hospitalidad es un servicio de veinticuatro horas al día, siete días a la semana. Puede ser una gran ruptura para una persona soltera, pero para una persona en una relación es un drama. La elección entre el tiempo con un ser querido y el trabajo es constante y muy agotadora. Así que o estoy rompiendo la relación o el trabajo. Finalmente, cuando decidí estar sola y conseguí un puesto de director de ventas, algo se rompió dentro de mí. Y como me sobraba mucho dinero, podía darme el lujo de tirarlo todo y buscar un trabajo que me diera más diversión. Martin me animó en esta decisión, pensó que todavía me estaban utilizando, y la verdad es que necesitaba una cocinera y un sirviente de tiempo completo.

Blanka Lipińska

—Laura, pero ya sabes... Si quieres, puedo venir aquí, y cuando el bebé nazca, estare aquí por un tiempo. No tengo ni idea de los niños, les tengo miedo y creo que si se cagan, tienes que huir, pero por ti, puedo soportarlo.

—Será mejor que me digas, ¿cómo lo voy a hacer?— La tiré, sacudiendo la cabeza. —Normalmente llamaría a mi madre para que viniera cuando nazca, pero cuando vea todo esto, esta gente con armas, esta casa, los coches, me matará a mí o a ella misma o a ellos.

—¿Qué hay de la madre de Massimo? ¿No te ayudará?

—¿Sabes qué? Sus padres están muertos. Murieron en un accidente de barco. Probablemente fue un intento de asesinato, pero no hay evidencia de terceras partes involucradas en la explosión y el hundimiento del barco. Aparentemente, su mamá era increíble, cálida y amaba a Black. De vez en cuando habla de sus padres, pero cuando habla de ella, sus ojos cambian. Y su papá era, ya sabes, el jefe de la familia de la mafia, más autoridad que apoyo emocional. De su familia, como lo viste hoy, sólo conozco a Domenico.

—Me pregunto por qué ocultaron el hecho de que son hermanos.— me guio en otro callejón.

—No creo que lo estuvieran ocultando. No me lo dijeron y no se me ocurrió preguntar. Creo que Massimo lo eligió como mi guardián porque es el que más confía en él.

—¿Recuerdas que Marius, el que trabajaba en el sector inmobiliario, una vez te consiguió un guardian también?— Se rió a carcajadas. —Eso fue un éxito, el tipo resultó ser un psicópata total.

Asentí con la cabeza, y me alteró un poco la memoria. Una vez conocí a un tipo que quería aparecer frente a mí y conseguir mi corazón. Vivía

Blanka Lipińska

muy por encima de sus posibilidades, como resultó después, pero al principio decidió impresionarnos y cuando Olga y yo fuimos al club, dijo que no podía ir, pero que enviaría a su "hombre" con nosotros. Marius le dio dinero para que nos cuidara, y al principio fue así, pagó, vigiló y ahuyentó a los admiradores. Pero luego bebió un trago de más y se le solto la lengua. Llegó a mí y a Olga, haciendo escenas, gritando e insultándonos, y como ella conocía a casi todos los guardaespaldas del club, al cabo de un rato le pegaron en la cara y se fue a casa llorando.

—Fue un número. Y preferimos la fiesta, nos quedamos sin su culo y todos pensaron que éramos prostitutas.

—¡Sí!— Ella gritó. —Nos vestimos de blanco y este tipo tuvo una fiesta de cumpleaños. ¡Fue duro!— Abracé su mano con más fuerza.

—¿Sabes que no volverá a suceder?— Dije con pesar. —Ahora todo va a cambiar, voy a tener un marido, un hijo, todo el paquete y eso en menos de tres meses.

—Creo que estás exagerando,— dijo Olga. —Verás, puedes contratar una niñera, con los frecuentes viajes de Massimo, todavía tendrás que pensar en ello, porque no podrás manejarlo todo sola. Además, ¿con quién dejará a su hijo, por ejemplo, cómo irá a una cena oficial? Empieza a pensar en ello ya.

—¿Para qué?— Me encogí de hombros. —Se que es el Perro Negro que decide , y no tendré nada que decir. La seguridad de su hijo no estará en juego. —Giré la cabeza con horror. —Dios, va a enloquecer sus sentidos por la ansiedad.

Oli se rió en voz baja, y yo me uní a ella.

—O te encerrará en el sótano, sólo para estar absolutamente seguro.



Blanka Lipińska

Seguimos caminando durante una hora, recordando los tiempos no tan antiguos, hasta que fue muy tarde. Decidimos esperar un tiempo y dejar que nuestra protección nos alcanzara; cuando esto sucedió, pedí que nos llevaran a casa.



365 días




Blanka Lipińska

CAPÍTULO 21

Al día siguiente me desperté sola en la cama, Olga no estaba en ninguna parte. ¿Por qué se levantó tan temprano? Me preguntaba, buscando el teléfono en la mesita de noche para ver qué hora era.

—¿Qué demonios?!— grite, al ver la pantalla.

No creía que se pudiera dormir tanto, pero el médico mencionó los síntomas de fatiga severa, que supuestamente era natural para el estado en que me encontraba.



Muy confundida, fui al baño y luego fui en busca de mi amiga. Salí al jardín y me encontré con Domenico, que estaba tomando café.

—Buenos días, ¿cómo te sientes? Tengo periódicos para ti,— dijo, moviendo la pila hacia mí.

—No sé cómo me siento porque no puedo despertar del todo. ¿Dónde está Olga?

El joven italiano sacó el teléfono de su bolsillo, llamó y en un momento el chico de servicio me dio un té con leche.

—Olga se está bronceando en la playa. ¿Qué quieres desayunar?

Me cubrí la boca con la mano, todo el contenido de mi estómago subió hasta la garganta. Me incliné y le hice un gesto con la mano a Domenico.

—Estoy enferma. No quiero nada ahora mismo, gracias. Voy a la playa. —Tomé una botella de agua y me fui al muelle.

A couple in a boat, with a man in a suit and a woman in a bikini, is the background image for the page. The man is holding the woman, and they are both looking at each other. The background is a soft, purple, cloudy texture.

Blanka Lipińska

Bajé las escaleras y me calenté. Una lancha a motor amarrada en el muelle me recordó cómo, en medio del pánico, me escapaba de la ducha del caluroso Massimo y su polla tambaleante.

—¿Por qué miras ese barco como si quisieras follarlo?— Oí una voz y vi a Oli medio desnuda saliendo del agua. —Te lo tiraste en un barco, admítelo.— No se rindió.

Con una misteriosa sonrisa, levantando ligeramente las cejas, me volví hacia ella cuando se acercó.

—Tus tetas son bonitas,— me di cuenta. —Ya sé por qué Domenico estaba tan tenso.

—Estuvo aquí y me trajo una botella de vino, tenía tantas ganas de mirarme a los ojos. Ojalá hubieras visto eso. ¿Dormiste un poco?— Preguntó, tumbada en el sofá.

Me acosté a su lado, poniendo mi cara al sol.

—No lo sé, probablemente podría dormir todo el día. Enferma.

—No tienes nada que hacer de todos modos, así que duerme o consigue un bikini, tomaremos algo de sol antes de la boda.

No sabía si podía tomar el sol, ni siquiera se me ocurrió preguntarle al doctor.

—Pero puedo broncearme cuando estoy embarazada, ¿verdad?

—No tengo ni idea. Estoy lejos de ser una madre. Pregúntale a tu tío Google.

En realidad, eso era lo más lógico. Saqué el teléfono de mi bolsillo y metí mi pregunta. Después de un rato de mirar, le di la espalda a Oli.

Blanka Lipińska

—Así que me no me bronceare. Escucha: *Bajo la influencia del sol, nuestra piel produce vitamina D, muy necesaria para el desarrollo del bebé. Es suficiente para que la futura madre camine a media sombra. No se aconseja tomar el sol, entre otras cosas porque es difícil protegerse completamente de las dañinas radiaciones ultravioletas; la piel de la embarazada es muy sensible y el sol puede irritarla, causar decoloración y además el cuerpo se deshidrata, lo que no es beneficioso para el bebé.*

Olga se volvió hacia mí, se quitó las gafas de la nariz y las tiró:

—Ya estas embarazada porque no sabías de ello, ¿y tomar el sol se supone que te hace daño? Eso es absurdo.



—Ahora lo sé, y no voy a arriesgarme a una gran mancha hormonal en mi barbilla. Tenemos una invitación a un spa, así que elige - o estás tumbada aquí y envejeciendo bajo la luz ultravioleta, o vamos a ir a buscarlo.

Terminé, y ella ya estaba de pie junto a mi tumbona con una bolsa en la mano, poniéndose un pareo.

—¿Y qué? ¿Nos vamos?

Después de una hora, estábamos listas para salir, y Domenico me puso mi Porsche color cereza.

Salió del auto, y se frunció un poco la mirada.

—No huyas de ellos.— Señaló un todoterreno negro que acaba de pasar, estacionándose detrás de mi auto. —Massimo se enfada mucho con ellos después y reciben una paliza.

Acaricié su hombro y abrí la puerta.



Blanka Lipińska

—Ya he discutido esto con Don, así que cálmate. ¿Me programaste para ir al spa?

Domenico asintió con la cabeza y levantó la mano como gesto de despedida.

—Una maldita nave espacial,— dijo Olga, mirando dentro del auto.
—A quién coño le importa si es un coche. Volante, pedales, caja de cambios y asientos. ¿Para qué es este?

—¡No lo empujes, Dios! Nos va a disparar como si fuéramos a pasar de una catapulta a un avión.— Golpeé su mano cuando quiso tocar otro botón. —No lo toques.— Estaba sacudiendo la cabeza. —Eso es lo que dijeron cuando lo intente tocar, pero se supone que estamos a salvo y todo eso.— Me encogí de hombros en un gesto de resignación.



Cuando salimos para la autopista, decidí mostrarle lo que me gustaba y apreté el acelerador. El motor rugió, y el coche se arrancó delante, llevándonos a los asientos.

—¡Eso es jodidamente increíble!— y encendí la música.

—Verás cómo los chicos se asustan al estar detrás de nosotros, ya me escapé de ellos una vez.

Estaba conduciendo un slalom, pasando a los coches que iban mucho más despacio que yo. En ese momento me sentí muy feliz de que fueran los hombres los que me enseñaran a conducir. Mi papá siempre puso gran énfasis en la conducción segura y protegida, por lo que tanto mi hermano como yo terminamos tomando cursos de conducción extrema. No se trataba de hacernos piratas, sino de enseñarnos a responder a las amenazas. En un momento dado, oí las sirenas de la policía detrás de mí y vi a dos hombres en un alfa romeo sin marcar.

—Genial, estaba jodidamente bien— estaba yendo tras ellos al lugar que señalaron.

Un hombre de uniforme se acercó al cristal y dijo unas palabras en italiano. Abrí mis manos y traté de explicarle en inglés que no lo entendía en absoluto. No tuve suerte, porque ni él ni su amigo conocían otro idioma. Pude comunicarme con él de un vistazo y pensé que debía mostrarle los documentos. Saqué la tarjeta de registro y se la di al policía.

—Oh, joder... lo eh olvidado,— me volví a Olga. —No cogí el carnet de conducir de la otra bolsa.

Me miró con un reproche y se arregló los pechos.

—Entonces voy a darles una mamada, ¿qué dices?

—No me hagas reír, Oli, hablo por lo importante.

De repente, un todoterreno negro se detuvo detrás de nosotros y dos hombres de los que me protegían salieron. Oli, viendo esto, la escena, ella dijo: —Ahora estamos jodidas.

Los cuatro se acercaron, estrechándose las manos para saludarse. Parecía una reunión de amigos en carretera, no un control policial. Estuvieron hablando un rato, luego el oficial se acercó a mi ventana y me entregó los documentos del coche.

—Scusa— murmuró, tocando el dosel de su sombrero con el dedo.

Olga me miró con sorpresa.

Aún así se disculpó con nosotros, sorprendentemente.

La policía se alejó y uno de mis guardaespaldas se acercó a la ventana y se inclinó para verme, dijo en voz baja: —Si quieres probar el coche,



Blanka Lipińska

iremos a la pista, pero tengo permiso de Don Massimo para quitártelo la próxima vez que intentes escapar, así que o te cambias a nosotros o te vas tranquilamente.

Me incliné y asentí con la cabeza.

—Lo siento.

El resto del camino transcurrió sin prisa y sin excesos. Cuando llegamos al spa, nos sorprendió el lujo y la multitud de tratamientos ofrecidos. Gracias a que la oferta también incluía las de las mujeres embarazadas, pude disfrutar de los beneficios que ofrece este lugar extremadamente hermoso.



Pasamos casi cinco horas allí. Cualquier hombre que escuche esto probablemente se golpearía la cabeza, pero una mujer sabe cuánto tiempo se necesita para cuidarse a sí misma. Tratamiento facial, tratamiento corporal, masaje, y luego el estándar: pedicura, manicura y peluquería. Debido a la celebración del sábado, elegí colores similares a los del vestido. Tenía que estar lo más preparada posible, así que confié en la artesanía de mi peluquero y le pedí que me tiñera las raíces. Para mi alegría, Marco, que es cien por ciento gay, hizo un gran trabajo, lo que me animó a darle un corte de luz extra. Oliendo, hermoso y relajada nos sentamos en la terraza y el camarero nos sirvió la cena.

—No comes mucho, Lari, hoy es sólo tu primera comida. ¿Sabes que no puedes comer una patata frita?

—Vamos, todavía quiero vomitar, me pregunto si comerías con apetito. Además, estoy nerviosa por lo del sábado.

—¿Tienes alguna duda? Recuerda, no tienes que hacer eso. Un niño no significa una boda, sino una boda de una relación eterna.




Blanka Lipińska

—Lo amo, quiero casarme con él y decirle lo antes posible que vamos a tener un hijo, porque estoy cansada de que no lo sepa todavía— dije, guardando el plato.

Después del aperitivo, la sopa, el plato principal y el postre apenas me moví. Entramos en el coche y con gran dificultad nos subimos.

—Tengo náuseas de nuevo, pero esta vez de un servicio al carro— dije, arrancando el motor.



En el espejo retrovisor vi las luces de un SUV oscuro parpadeando y me alejé. Encendí la navegación y puse la dirección que Domenico había guardado como "casa". Debido a la hora tardía, había poco tráfico y no muchos coches en la autopista. Presioné el botón del control de crucero y apoyé mi cabeza en mi mano izquierda apoyada en el codo contra el vidrio. La caja automática tenía un más y un menos al mismo tiempo que no sabías qué hacer con tus manos, o al menos una. Olga estaba hablando por teléfono, sin prestarme atención en absoluto, y yo quería dormir por la sobrecomida.

Conduciendo a lo largo de la ladera del Etna, vi un chorro de lava que salía, una vista asombrosa y aterradora al mismo tiempo. Al ver la inusual imagen, no me di cuenta en absoluto de que el todoterreno que me seguía se acercaba peligrosamente a nosotros. Cuando aparté los ojos y me miré al espejo, sentí un golpe en la parte posterior del paseo.

—¿Qué coño están haciendo?!— Grité.

Por otra parte, el coche golpeó el Porsche, tratando de empujarnos fuera del camino. Presioné el acelerador en el suelo y me precipité por la autopista.

Le tiré mi bolso a Olga, y me puse nerviosa:

—Busca un teléfono allí y llama a Domenico.

A couple in a car, with a man in a suit and a woman in a black dress, both looking distressed. The background is a soft, purple, smoky texture.

Blanka Lipińska

Asustada por el temblor de las manos de Oli, que estaba hurgando en el bolso y después de mucho tiempo encontró el teléfono móvil. La oscura camioneta no se rendía, corría detrás de nosotros, pero gracias a Dios el motor de mi coche era más fuerte, lo que nos dio la oportunidad de escapar.

—Todo lo que tienes que hacer es marcar el número, el teléfono está conectado al sistema de manos libres.

Olga presionó el teléfono verde y yo recé para que finalmente respondiera.

—¿Dónde demonios están?— Escuché la voz de mi futuro cuñado por teléfono.

—¡Domenico, nos están persiguiendo!— Grité cuando lo escuché.

—Laura, ¿qué pasa? ¿Quién te persigue? ¿Dónde estás?

—Nuestra seguridad se ha vuelto loca, y están intentando que hagamos lo que se supone que no debo hacer?!

—No son ellos. Me llamaron hace cinco minutos y me dijeron que siguen esperando bajo el spa.— Sentí una ola de terror inundando mi cuerpo, no podía entrar en pánico, pero no tenía idea de qué hacer ahora.

—No cuelgues,— dijo.

En el fondo le oí gritar algo en italiano y después de un rato volvió a mí.

—La seguridad ya ha comenzado a seguirte, te veré en el lugar. No te preocupes, te alcanzarán pronto. ¿A qué velocidad vas?

Estaba asustada. Miré la pantalla.



Blanka Lipińska

—Doscientos siete por hora. Lo he calculado, según los números que he visto.

—Mira, no sé qué tipo de coche te persigue, pero como pensabas que era el nuestro, probablemente te esté persiguiendo un Range Rover. No hay un mejor rendimiento como el de tu coche, así que si sientes que puedes ir más rápido, podrías perderlos.

Presioné el acelerador y sentí que el coche aceleraba, y las luces del coche que me perseguía se quedaron atrás.

—En quince kilómetros, habrá una salida de la autopista a Messina, tómala. Mis hombres ya están en camino hacia ustedes, y la seguridad está a unas tres docenas de millas detrás de ti. Recuerda que habrá una desviación después de la salida, así que empezaras a frenar, pero si no los pierdes para entonces, bajo ninguna circunstancia abra las ventanas y salgas del coche. El coche es a prueba de balas, así que no te pasará nada.

—¿Qué? ¿Me dispararán?

—No sé si lo harán, pero te digo que no te muevas es porque no hay peligro dentro.

Escuché lo que estaba diciendo, y pude sentirlo sonar en mis oídos y mi corazón latiendo como loco. Me estaba aferrando con el resto de mis fuerzas. Miré por el espejo y vi que las luces del coche desaparecían lentamente; apreté el acelerador aún más fuerte. Es difícil, o muero en un accidente o me matan, pensé. Había un cartel en la ruta con información sobre la salida.

—¡Domenico, hay un descenso!

Le oí hablar algo en italiano, y después de un rato habló en inglés:

The background of the page is a soft-focus photograph of a man and a woman in a car. The man is in the driver's seat, looking towards the woman, who is in the passenger seat. They appear to be in a moment of emotional connection. The overall color palette is warm and slightly desaturated.

Blanka Lipińska

—Genial, ya están llegando a las salidas. BMW negro y cuatro personas dentro. Paulo, sabrás, cuando lo veas, detente tan cerca como puedas.

Empecé a frenar en la salida de la autopista y recé para que me esperaran. Cuando di otra vuelta, vi que el BMW negro se detuvo y cuatro hombres salieron corriendo. Presioné el freno y después de un rato me detuve, casi entrando en la parte trasera del coche de Domenico.

Paulo abrió la puerta y me sacó temblando del coche, me puso en el asiento trasero y chirrió hacia la puerta. Traté de respirar con firmeza para calmar mi corazón. Escuché la voz de Domenico, que le habló tranquilamente en italiano a mi chofer.



En esta confusión, me olvidé completamente de Olga. Estaba sentada quieta con los ojos clavados en el parabrisas.

—Oli, ¿qué pasa?— Susurré, agarrándole el hombro.

Se volvió hacia mí, y sus ojos estaban llenos de lágrimas. Se desabrochó el cinturón y se fue al asiento trasero, cayendo llorando en mis brazos.

—¿Qué carajo fue eso, Lari?

Estábamos sentadas allí, acurrucadas juntas, llorando y temblando como si el coche estuviera a treinta grados bajo cero. Sentí lo asustada que estaba, la primera vez que la vi en tal estado de histeria. A pesar de que me sentía yo misma, sabía que tenía que cuidar de ella ahora.

—Está bien, estamos a salvo, querían asustarnos.

No creía del todo en lo que decía, pero tenía que calmarla a toda costa.



Blanka Lipińska

Condujimos hasta la entrada donde Domenico ya estaba esperando. Tan pronto como el coche se detuvo, abrió la puerta detrás del conductor, donde yo estaba sentada. Me resbalé y caí en sus brazos.

—¿Estás bien? ¿Estás bien? El doctor está en camino.

—Estoy bien.— Susurré. No me separé de él.

Oli salió del coche y se apretó bajo su otro brazo.

Domenico nos llevó al gran salón de la planta baja. Veinte minutos más tarde un médico vino y me midió la presión sanguínea y me dio medicación para el corazón sin encontrar ninguna lesión y luego se ocupó de Oli. Todavía no podía hacer frente a lo que había sucedido, así que le recetó sedantes y pastillas para dormir. Domenico la tomó en su mano y la llevó medio consciente a su dormitorio. Cuando desaparecieron, el médico me recomendó que visitara al ginecólogo para ver si el bebé estaba bien. Me sentí muy bien, siempre y cuando uno se pueda sentir bien después de una aventura así, así que estaba tranquila con el resultado del test. El impacto no fue fuerte, mi cintura estaba más magullada en la clavícula que en el estómago, pero compartía la opinión de que valía la pena asegurarse. Después de un tiempo Domenico volvió y el doctor se despidió y desapareció.

—Laura, escúchame. Tienes que decirme exactamente lo que pasó.

—Salimos del spa, el chico me dio las llaves del coche...

—¿Cómo era el chico?— Me interrumpió.

—No tengo ni idea, parecía un italiano, no lo miré. Cuando entramos, el todoterreno nos siguió, a oscuras. Pensé que era nuestra seguridad. Luego, cuando entramos en la autopista, empezó la película de terror, y ya sabes el resto, porque hablé contigo todo el camino.



Blanka Lipińska

Cuando terminé, sonó su teléfono y salió de su habitación enfadado.

Lo seguí con ansiedad. Domenico casi salió corriendo por la puerta principal y se dirigió hacia mi guardia de seguridad, que acababa de aparcar en la entrada. Cuando los hombres se acercaron a él, primero noqueó a uno con un fuerte golpe y luego pateó al otro, además de darle una patada. Los hombres del BMW que estaban a su lado sujetaron al conductor en el suelo y Domenico le dio un puñetazo a su compañero.

—¡Domenico!— Grité asustada por lo que vi.

Lentamente se levantó del suelo, dejando a un hombre casi inconsciente en los adoquines, y se acercó a mí.

—Mi hermano los matara de todos modos— dijo, limpiándose las manos con sangre en sus pantalones. —Te llevo a tu habitación. Vamos.

Me senté en una cama grande, y Domenico fue a lavarse. Sentí que los medicamentos estaban empezando a funcionar, y yo estaba un poco aburrida y quería dormir.

—Laura, no te preocupes, no volverá a suceder. Encontraremos a quien sea que te esté persiguiendo.

—Prométeme que no los matarás.— Susurré, mirándolo a los ojos.

Se apoyó en el marco de la puerta.

—Puedo prometerte eso, pero depende de Massimo decidir. No pienses en eso ahora. Lo importante es que estés bien.

Escuché un golpe en la puerta, Domenico bajó y volvió con una taza de chocolate caliente.



Blanka Lipińska

—Normalmente te daría alcohol,— dijo, poniendo una taza de chocolate a mi lado. —Pero la situación es que sólo te queda tomar leche. Tengo que irme, pero esperaré a que te vayas a la cama.

Fui a mi armario y me puse la camisa de Black, volví y me metí bajo el edredón.

—Buenas noches, Domenico, gracias por todo.

—Lo siento.— Dijo mirando al lado de la cama. —Recuerda, tienes un botón al lado de tu cama. Si necesitas algo, presiona.

Me di la vuelta y encendí el televisor, apagué todas las luces con el mando a distancia y puse mi cabeza en la almohada.

Miré el canal de noticias por un rato y ni siquiera sé cuándo me dormí.

Me desperté en medio de la noche, y la televisión seguía sonando en silencio. Me di la vuelta para buscar el control remoto que estaba en la mesa de noche y me quedé helada. Massimo estaba sentado en la silla junto a la cama, mirándome. Me quedé allí un rato, mirándolo, sin saber si seguía durmiendo o si realmente estaba pasando.

Después de unos segundos, Black se levantó y cayó de rodillas, abrazándome su cabeza en mi vientre.

—Nena, lo siento.— Susurró, abrazándome con brazos fuertes.

Salí de su abrazo y me arrodillé a su lado, abrazándolo.

—No puedes matarlos, ¿entiendes? Nunca te pido nada, pero ahora te lo suplico. No quiero que otra persona muera por mi culpa.

Massimo no dijo ni una palabra. Estaba atrapado conmigo. Nos sentamos allí en silencio durante unos minutos, y escuché su aliento tranquilizador.



Blanka Lipińska

—Es mi culpa,— dijo, alejándose y tomándose en sus brazos.

Se levantó y me puso en la cama, cubriéndome con un edredón, y luego se sentó a mi lado. Sólo hasta ahora me había despertado de verdad y pude apreciar la vista que tenía delante. Se podía ver que vino aquí con prisa, porque ni siquiera logró cambiarse el esmoquin. Acaricio su chaqueta.

—¿Estuviste en una fiesta?

Black dejó caer su cabeza y sacó de su cuello una pajarita.

—Te he decepcionado. Prometí que te protegería. Prometí que nunca dejaría que pasara nada. Me fui durante tres días, y tú escapaste milagrosamente de la muerte. No sé todavía quién estaba detrás del volante y cómo sucedió, pero prometo que encontraré al que quería hacerlo— gruñó y se levantó de la cama. —No sé, Laura, si todo esto es una buena idea. Te quiero más que a nadie en todo el mundo, pero no puedo imaginar que pierdas tu vida por mi culpa. Al traerte aquí, he mostrado el más sublime egoísmo, y ahora que la situación es tan inestable como pueden ver, no puedo estar seguro de nada.

Lo miré aterrorizada por lo que dijo.

—Creo que tienes que irte por un tiempo. Hay muchos cambios y hasta que eso ocurra, no estás a salvo en Sicilia.

—¿De qué estás hablando, Massimo?— Dije levantándome de la cama. —¿Ahora quieres enviarme a algún sitio, dos días antes de la boda?

Se volvió hacia mí y me agarró con fuerza, mirándome a los ojos.



Blanka Lipińska

—¿Es eso lo que querías? Laura, tal vez debería estar solo. Yo elegí esta vida, y no te di esa opción. Te sentencie a estar conmigo, a estar en constante peligro.

Me dejó ir y empezó a subir las escaleras.

—Fui estúpido al pensar que sería diferente, que tendríamos éxito.—
Se detuvo y se dio la vuelta. —Te mereces algo mejor, nena.

—¡No puedo creerlo!— Grité por debajo, corriendo hacia él.
—¿Ahora crees que eso es lo que pensamos? ¡¿Después de casi tres meses, después del anuncio y después de que me hicieras un bebé?!...



CONTINUARA...